



*El coleccionista
de corazones*

Anne Garber

**EL COLECCIONISTA
DE
CORAZONES**

Anne Garber

© 2018, Anne Garber

Corrección: Celia Arias Fernández

Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio sin permiso expreso de la autora, según la Ley de Derechos de la Propiedad Intelectual

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

*Te soñé y te hiciste realidad, a partir de ese momento
mi lugar favorito no es otro sino contigo.*

Silvia Núñez

PRÓLOGO

Salgo de mi celda, y mi semblante refleja el ánimo de un hombre que alcanza su libertad; por fin llegó ese día tan esperado, el puto día en que abandono este inmundo agujero.

Mientras recorro los pasillos, oigo los vítores de algunos reclusos mezclados con las maldiciones de otros y los «vete a la mierda» del resto; lo que podríamos llamar una despedida con todos los honores, a la que correspondo sin palabras: me limito a sonreírles con cinismo y a dedicarles algún que otro gesto obsceno que tanto me divierte.

Sumergido en esta cloaca, ves en cada rostro y bajo cada piel cómo son incapaces de ocultar sus bajos instintos, esos deseos malsanos que les han inducido a cometer crímenes atroces. Cuando vives sometido a tus verdugos, tienes que luchar cada día por sobrevivir en este maldito lugar; un lugar donde se aplica un régimen interno tan duro que, con tal de salir, llegarías a pactar con el mismísimo diablo la inyección letal. Y ahora yo, Kyle Thomas Brooks, formo parte de este repugnante colectivo denominado «la escoria de la sociedad». Cuando perteneces a él, es muy difícil ocultar el rencor, el desprecio que sientes hacia todo y hacia todos, y lo único que alivia tu mente es saber que ya se acabó este puto infierno.

Terminamos de pasar varias galerías y tan solo queda un sutil eco detrás de mí; una maldita puerta más y todo se habrá acabado. Una vez en el exterior, me quedo paralizado, incapaz de reaccionar al ver la cantidad de periodistas y cámaras de televisión apostados tras la verja de la cárcel; buitres esperando conseguir la primera imagen de la persona a la que han estado machacando, insultando y sentenciando a muerte.

Mi mejor amigo me espera cerca de la puerta principal y su voz capta mi atención:

—¡Hermano, se acabó! —Me da un fuerte abrazo que no mitiga la furia que se ha agolpado en mis entrañas ante el infame espectáculo. Me aparto de él con frialdad y miro una vez más el revuelo que hay a mi alrededor. ¡Necesito salir de aquí!

Como si me leyera el pensamiento, Owen hace un gesto con la cabeza señalando hacia su derecha, donde está el aparcamiento. Lo único que agradezco en estos momentos es que haya tomado la precaución de escoger un vehículo con los cristales tintados.

Nos dirigimos con paso firme hacia el coche mientras las preguntas de los periodistas chocan contra mi espalda. Algunos curiosos que se habían arremolinado junto a ellos se apartan a nuestro paso, los mismos hijos de puta que pedían a gritos mi cabeza. Esto es un circo, y no pienso formar parte de él.

Tomamos asiento en el vehículo y Owen me mira. Enseguida capto su pregunta muda.

—Estoy bien —contesto, y él asiente.

—Necesitas descansar y desconectar de todo antes de reanudar tu trabajo. Márchate a la casa de la playa —me aconseja con una débil sonrisa que no llega a sus ojos. A mí no me engaña. Lo conozco demasiado bien: aún puedo descubrir el rastro, tanto en su voz como en su rostro, de esa preocupación que se instaló en él en el mismo instante en que me acusaron y encarcelaron.

—No voy a volver —suelto antes de que comience a sermonearme sobre mi estúpida reinserción.

—Estoy de acuerdo. Ahora no es el momento; tómate tu tiempo, pronto volverá todo a la normalidad. —Su expresión no revela nada, pero puedo percibir su silenciosa rabia.

Abro la ventanilla. Necesito tomar aire, una bocanada de algo limpio que reemplace ese olor nauseabundo que he respirado todo este tiempo. Echo la cabeza hacia atrás e inspiro profundamente, mirando al cielo; está de un gris casi negro, amenazando con estallar de un momento a otro en una embravecida tormenta. Una carcajada burlona y sardónica sale de mi garganta al contemplarlo: ni siquiera me merezco que un rayo de sol venga a saludarme.

—No me has entendido. Me largo y nada volverá a la normalidad —digo tajante, para ver si así le queda claro de una puta vez.

—Sí que volverás —replica, convencido—. Solo necesitas un buen profesional que te ayude.

Hace una pausa, como pensando bien lo que va a decir a continuación. Sabe de sobra que acaba de tocar un tema peligroso, pero le ahorraré el trabajo de soltarme más gilipolleces.

—Si piensas que cualquier loquero es la solución, el que lo necesita eres tú. —No le dirijo la mirada, y maldice por lo bajo.

Sé que he vuelto a decepcionar a mi mejor amigo, la única persona que, pese a todo, ha estado a mi lado desde el principio; pero el odio que llevo adherido a mis entrañas, el que me pudre por dentro, me impide regalarle una mínima muestra de agradecimiento. Y, sinceramente, me importa una mierda... ¡Todo me importa una mierda!

—Pero ¿qué cojones estás diciendo? ¡Maldita sea, Kyle! Olvida y sigue con tu vida.¿No has tenido ya suficiente? —escupe la frustración que ha ido envolviéndolo todo este tiempo como una maldita y asquerosa telaraña—. ¿Qué piensas hacer entonces? —pregunta, y percibo el miedo en su voz.

La perspicacia de mi amigo me sigue enorgulleciendo, pero tengo claro que no voy a contarle mis verdaderos planes. Lo que mi mente ha ido maquinando durante todo este tiempo, lo que pienso hacer a partir de ahora,

está calculado y tiene un propósito, pero Owen no necesita saberlo.

Me giro hacia él y mis labios se curvan en una cínica sonrisa.

—Recoger todos mis pedazos y construirme de nuevo.

DOS AÑOS MÁS TARDE...

Cierro mi portátil tras una exhaustiva búsqueda de información sobre Stephen Norwek. La felicidad explota en mi pecho como un castillo de fuegos artificiales al comprobar que todo sigue tal como lo dejé.

Estoy seguro de que ese cabrón malnacido al primero que tiene en mente es a mí. Esta es solo una provocación más; estoy deseando que demuestre de lo que es capaz y se enfrente a lo que le espera. Eso asegurará mi victoria, una victoria que ansío que llegue pronto, sobre todo para ver qué hace ella cuando se dé cuenta de que es un fracasado de mierda. Ese capullo tuvo que pensar mejor a quien le iba a dar la espalda. No va a poder negarme lo que perseguiré hasta el fin de mis días.

Lo que sí ha llegado hoy es otro de mis grandes momentos: mi gran actuación final. Para celebrar tan feliz ocasión, mi amigo Frank y su *The way you look tonight* me acompañan, como siempre.

—¡Oh, sí! ¡Qué grande eres, colega! —grito a pleno pulmón y me echo a reír como un gilipollas.

Podría largarme y listo, pero no, eso no es lo que hago. ¿Por qué? Porque todo sucede por un motivo, y sé cuál es el mío. No tendría sentido para mí, ni habría valido la pena, si no pudiera ver la derrota en sus caras.

Suelto una carcajada al imaginármelo. Soy un maldito cabrón, lo admito, y este no es el único insulto que podrían adjudicarme al saber lo que hago;

estoy seguro de que no existen suficientes para definirme.

La vida puso dos direcciones ante mí. Me empujaron hacia la peor y aprendí todo lo malo de ella. Somos la consecuencia de nuestro pasado y ese pasado deja secuelas. Una de ellas son las heridas. Y yo tengo las peores, las más profundas, las que provocan ese dolor que te palpita dentro, que te persigue para caer sobre ti como cobre fundido y te devora hasta que no queda nada de lo que eras. También están las otras: esas heridas superficiales, las que causan un dolor inesperado, las que escuecen al principio, pero en poco tiempo se desvanecen. Esas son las que yo inflijo... Después de todo, no soy tan malo. ¿O sí? ¡Qué más da!

«¡Así es la vida!», como dice el cabrón que me engendró. Otros pagarán hasta que le llegue el momento al verdadero culpable. En esto, le doy toda la razón, porque nos conduce a seguir fomentando el rencor dentro de nosotros para continuar avivando ese apetito excesivo de venganza.

Mi cabeza se centra en lo que va a suceder, en lo que yo mismo voy a provocar, y ya siento cómo la euforia circula por mis venas. Soy todo lo que ellas desean, el hombre perfecto. Les hago vivir ese estúpido cuento de princesas, salvo por un pequeño detalle: en este cuento no existe el final feliz que anhelan, sino el final apoteósico que yo mismo me brindo. Lo más fascinante de todo es que ninguna llega a sospechar qué pasará cuando consiga lo que quiero. Las manipulo a mi antojo y disfruto abandonándolas; me divierte ver sus caras de impotencia ante mi decisión, la derrota en sus bonitos rostros e incluso sus lágrimas.

Llegó la hora. Voy a llevarme otro corazón... Otro más para mi colección.

Termino de recoger mis cosas y echo un último vistazo. Todas mis pertenencias caben en una sola bolsa de viaje y una de ellas es mi vieja agenda que aún está sobre la mesa. Solo falta una cosa más antes de irme: deshacerme del móvil; este ya ha cumplido su cometido. Rompo la tarjeta y

lo tiro al cubo de la basura. Cierro la puerta y dejo las llaves en el buzón como me indicó mi casera.

Treinta minutos más tarde llego a casa de April. Espero que no me dé tanto trabajo como su antecesora. Aunque fue divertido, no paró de tirarme todo lo que encontraba a su alcance. Una vez más agradecí a mis buenos reflejos. De no ser así, me hubiese abierto la cabeza con aquel jarrón etrusco.

—Hola, cariño. Qué sorpresa. No te esperaba hasta esta noche —me saluda April con su inacabable sonrisa, nada más abrir la puerta. Sé que está deseando tirarse a mis brazos. Se lo concedo, porque va a ser el último abrazo que le dé.

Se hace a un lado, invitándome a entrar en su lujoso e impecable apartamento. Uno de esos que escupen lo último en complementos decorativos o, más bien, lo que yo llamo todo un delirio estético.

—Vengo a decirte algo —comento y ella sonrío. No sé qué mierda se estará imaginando, pero, que me despellejen vivo, si sospecha lo que voy a soltarle.

Bien. Que comience el espectáculo. Relajado, me siento en el sofá.

—¿Te pongo algo de beber? —pregunta, tan buena anfitriona como siempre. Niego con la cabeza al mismo tiempo que tiro con suavidad de su mano para que tome asiento a mi lado.

Vuelve a dedicarme otra de sus sonrisas, pero esta vez percibo un punto de nerviosismo. La repaso con la mirada: April es sofisticada hasta el punto de lo excesivo, demasiado para mi gusto. Tiene unos gestos tan estudiados que le restan naturalidad, aunque esto no quita que sea un bomboncito apetitoso para pasar un buen rato. Podría aprovechar para follármela por última vez, aunque acabo de acordarme de que no llevo un puto condón; ayer los acabé y sé que ella no tiene... ¡Cabrón, vas quedarte sin este polvo! Es mi única regla y es inamovible: nunca volveré a meterla a pelo. Así pues, a terminar cuanto

antes.

—Me marchó de aquí, April.

Sus ojos se abren de par en par y traga saliva.

—No... no te entiendo. —Parpadea desconcertada— ¿Cómo que te vas? ¿Qué significa esto, Kyle?

—Nunca dije que fuera a quedarme. Solo he venido a despedirme. —Mi voz suena indiferente, y observo cada milímetro de su cara, cerciorándome de que ha intuido lo que está por venir. Parece que lo ha captado: la sonrisa se ha borrado de sus labios y el poco color que tenía en las mejillas ha desaparecido.

—Pero... ¿y lo nuestro? —Eleva el tono de voz y se pone de pie mientras yo sigo sentado con tranquilidad.

—Nunca he dicho que «lo nuestro», como tú lo llamas —enfático esto último para que advierta que para mí ha sido algo intrascendente—, fuese una relación, ni a corto ni a largo plazo.

—¿Todo el tiempo que hemos pasado juntos no ha significado nada para ti? —replica, alterada.

¡Chica lista! Se ha percatado a la primera.

—Gatita... —empleo ese estúpido apodo que utilizo con todas. Nunca entenderé qué misterioso placer le encuentran, pero es algo que siempre funciona y las hace sentirse más especiales. Esa fue una de las dos únicas cosas que aprendí de mi abuelo; ese viejo cascarrabias y amargado que se transformaba en un almibarado adulón cuando se trataba de una mujer; la otra fue sembrar patatas. El ceño fruncido de April me dice que no ha sido buena idea utilizarlo en un momento como este—. Lo he pasado muy bien, eres una chica fascinante, especial —añado en el tono monótono que suelo usar cuando repito algo a menudo.

—¡Especial! —repito con énfasis. —Eso sí me lo dijiste...

—Así es, pero no que lo fueras para mí —sentencio sin inmutarme.

Cierra los ojos un instante y vuelve a tragar saliva. Cuando los abre de nuevo, veo la aflicción que se marca en su rostro y sé que acabo de herirla.

—¡Eres un cabrón! —Suelta con desprecio y sus delicados rasgos se endurecen.

—Probablemente... Pero este cabrón no te ha prometido nada en ningún momento —le recuerdo en un tono de voz cauto y reconfortante para que se tranquilice. April lo advierte y me clava su mirada como si pudiera fulminarme con ella. Su rostro empieza a mostrar pura rabia porque sabe que es cierto. ¡Joder, cómo lo estoy disfrutando!

Un silencio tenso se instala en la habitación. Siempre me ha parecido absurdo e inútil, porque no conduce a nada que no sea lamentarte e intentar rebuscar en tu mente. ¿El qué? ¿Alguna solución que sabes que no va a servir de nada?

Me levanto, hundo las manos en los bolsillos de los pantalones y camino con lentitud hacia los enormes ventanales de este pequeño palacio de cristal. Pronto empezará a gritar, me dará una bofetada o me tirará lo primero que encuentre. Casi deseo que lo haga. Al menos habría un poco de acción y no este espectáculo tan soporífero.

—Cómo he podido ser tan estúpida... —se lamenta en voz baja, pero aún así la oigo.

¡Si, cariño! Pero, no te preocupes, no eres la única; las otras también picaron.

Me vuelvo y veo cómo se va directa hacía su espléndido y caro mueble bar, y se sirve una copa. Ahora sí que me apetecería acompañarla para brindar por otra victoria, aunque será mejor que no; ya lo celebraré más tarde. Le da un trago largo y se vuelve hacía mí.

—No hace falta prometer nada. Tus actos hablaban por ti: tu forma de

tratarme, tus detalles, todas tus atenciones... ¿Eso qué significa? —pregunta. Mis reflejos se ponen en alerta, porque no sé dónde puede acabar ese vaso que tiene en la mano.

—Que así es como soy. Nunca he tratado mal a una mujer.

—Sé que es una verdad a medias. En un tiempo atrás fue así, pero todo cambió. Ahora soy un lobo con piel de cordero.

—¡Eres un cínico! ¡A mí me estás tratando mal! —me reprocha con la voz temblorosa.

—No. Te tratas mal tú misma, negándote a ver la realidad. Puedes insultarme todo lo que quieras si así te sientes mejor, pero no me culpes de lo que tú misma te has hecho creer.

Sabe que tengo razón y es lo que más le jode. Conozco esta sensación: primero el dolor y después la rabia, esa ira que te cuesta controlar. Has ido formando esa pareja idílica en tu cabeza, pero todo se va a la mierda cuando te das cuenta de que ese amor solo ha existido en ti.

—Has hecho que te necesite —susurra April.

Me acerco a ella. No hay llanto, pero sé que no tardará en llegar; tiene ese inconfundible brillo en los ojos. Le acaricio la mejilla sin saber cómo reaccionará después de todo lo que le estoy diciendo. Para mi sorpresa, no solo no me rechaza, sino que apoya su mano temblorosa sobre la mía y me escudriña con la mirada, lo que me dice que, a pesar de todo, sigue buscando una señal que le indique que puedo cambiar de opinión. Pero no va a encontrarla.

—No. Tú has querido necesitarme. —No oculto el aburrimiento en mi voz en un intento de provocarla

—Te podrías haber despedido por teléfono, así te ahorrabas el viaje... — ironiza, apartándose de mí, y levanta la barbilla con soberbia. Sé que está luchando por no derrumbarse, pero solo es una máscara. Conozco su

vulnerabilidad.

—Después de lo que hemos compartido, no es la mejor forma de despedirse.

¿Y perderme este momentazo? Ni de coña, gatita, no sabes lo jodidamente bien que lo estoy pasando. Pero esto se está alargando más de lo previsto; acabo de recordar que aún no hice la apuesta para el combate y espero que no sea tarde. También tengo que cambiar la rueda de atrás de mi moto, la banda central está desgastada.

—¿Qué ocurre, Kyle? ¿No soy lo suficiente buena para ti? —pregunta en tono despectivo y jactancioso, sacándome de mi ensimismamiento. Señala con sus brazos todo lo que la rodea.

Esto es patético. ¿Ahora se pone a presumir de su riqueza? Me importa una asquerosa mierda su dinero. Lo que no sabe es que me lo acaba de poner a tiro: es el momento de meter el dedo en la llaga.

—Simplemente... no eres lo que quiero.

Se queda inmóvil y está más pálida que antes. Se le podría confundir con una de esas figuras del museo de cera de no ser por las lágrimas que caen desbordadas de sus ojos. Lo que nunca sabrá es que sé cómo se siente, cómo es de familiar para mí ese dolor que ahora la retuerce por dentro.

—¡Maldito seas, Kyle! ¡Eres un don nadie, un fracasado de mierda! ¡Ya eres historia para mí! —grita desaforada y se echa a llorar.

Estoy demasiado acostumbrado a estas reacciones y mi impasibilidad es tan patente que ni me inmuta. Cualquiera otro sentiría lástima por ella, pero yo, en cambio, no siento la menor compasión.

—Nada es para siempre. Acéptalo, April —le digo antes de marcharme.

—¡Fuera de mi casa! —brama a mi espalda mientras me dirijo hacia la puerta.

Cierro tras de mí y en mi cara aparece la sonrisa del triunfo. No puedo

ocultar la enorme satisfacción que esto me produce, el orgullo por un trabajo bien hecho. Lo reconozco: no me causa ningún remordimiento hacer lo que hago; sigo tan vacío como siempre.

Ha llegado el momento de cambiar de aires e ir en busca de mi próximo juguete.

CAPÍTULO 1

*****DEYDRA*****

Sentada en la cocina, miro absorta mi humeante taza de café y hago un repaso mental de otro insípido fin de semana. No puedo culpar a ese pobre chico, aunque como es normal en mi, fue lo que le hice creer. La única culpable soy yo. Él hizo todo lo que se esperaba, pero volvió a suceder lo mismo que con los demás. Y la misma pregunta de siempre aparece de nuevo en mi cabeza: ¿cuándo se acabará esto?

El estruendoso timbre de la puerta me aparta al instante de la huella indeleble de mis recuerdos.

—¿Dey? —Es la voz de Molly. No me acordaba de que hoy se vendría conmigo. Su coche lo están reparando y su hermano solo podía traerla hasta aquí.

Vivimos en Green Lake, un pueblecito cercano a Rochester, donde trabajamos juntas en el taller de coches y tienda de repuestos de mi padre: Nevill's Motors.

—¡Entra por la ventana, tengo la puerta rota! —le suelto a gritos.

—¡Esto era lo que me faltaba! —se queja, forcejeando la ventana para abrirla—. ¿Crees que es normal tener que entrar de este modo en una casa?

No voy a contarle el motivo por el que no puedo abrir la puerta y, mucho menos, lo que me indujo a tener que atrancarla de la forma en que lo hice. Me acerco para ayudarla. La ventana es de guillotina y solo la hoja inferior es móvil, pero es tan vieja que a veces resulta complicada de abrir.

—No es tan difícil —replico al mismo tiempo que tiro de sus brazos—. Y claro que es normal. La cuestión es entrar, ¿no? Papá Noel lo hace por la

chimenea y nunca he oído a nadie que se queje.

Aguanto la risa cuando me fulmina con la mirada, pero no lo consigo por mucho tiempo al ver que su perfecto moño alto se le está enganchando en una astilla rota de la ventana. Me recuerda que tengo que dejar de posponer los pequeños arreglos que necesita mi casa y ponerme de una vez por todas.

Conseguí esta casa hace seis meses. Antes vivía en Rochester, en un pequeño apartamento bastante destartado y muy ruidoso, porque estaba ubicado en una de las calles más transitadas de la ciudad. En cambio, esta es un remanso de paz, rodeada de un frondoso bosque que te invita a disfrutar de su magia, a oír el suave silbido del viento entre los árboles mientras contemplas cómo se mecen sus copas; un reposo absoluto que te envuelve en el aroma inconfundible de la naturaleza. Está situada junto al precioso lago que da nombre al pueblo y es la única de este lado que posee un embarcadero.

Desde pequeña, siempre me había llamado la atención esta casa: sus muros de piedra, por donde una perezosa hiedra reptaba, cubriendo gran parte de la fachada, le dan un toque misterioso y oculto, como si emanara de ellos una tenue melancolía. Comparada con el resto de viviendas que poco a poco fueron remodeladas para unirse a la moda de las nuevas construcciones, ésta sigue intacta y conserva su estilo sobrio, pero no pierde el encanto y belleza de antaño. Lo mismo ocurre con el mobiliario que me dejaron. Quizás sea ese el motivo por el que no la han alquilado muy a menudo. Lo único que rompe esa sobriedad son las azaleas amarillas y anaranjadas que adornan su pequeño porche delantero. Fueron el regalo de bienvenida que me hicieron las únicas vecinas que tengo.

Sin lugar a dudas, lo que me enamoró fue la espectacular vista del Green Lake, flanqueado entre dos montañas que se alzan orgullosas como dos madres protectoras mientras contemplan su belleza reflejada en el sereno

espejo del lago. Si existe un paisaje más hermoso y fascinante en la tierra, yo no lo conozco.

Un poco de coqueteo y dos sonrisas bastaron para que el agente inmobiliario, un señor bajito y calvo, olvidara de inmediato a la persona que estaba antes que yo para el alquiler de la casa.

—Deydra, tú no eres normal. Nunca lo has sido —dice Molly al pasar por mi lado, dejando una estela de ese perfume tan empalagoso que usa—. Cuando sea una mujer rica y famosa, te compraré una puerta.

Esto es lo que llevo soportando toda mi vida. Al principio me molestaba, pero un día decidí que no seguiría dándoles la satisfacción de ver que me afectaba. Adopté la actitud de «todo me resbala». Aún recuerdo cuando le decían a mi madre que debía verme un médico, porque a los ocho años de edad tomé la firme decisión de no volver a ponerme jamás un vestido, etapa que duró hasta mi décimo cuarto cumpleaños. Otras de las razones por la cual no soy normal, según ella y casi toda la totalidad de mis queridos vecinos, es que abandonara mis estudios en la universidad a falta de un año para finalizarlos. La otra es que no regresara al hogar familiar y decidiera vivir sola. ¡Menudas estupideces! Es lo que pensaría cualquiera, aunque ... cualquiera que no haya nacido en Green Lake.

—Serás tacaña... Con tanto dinero, bien podrías comprarme esta casa —digo muerta de risa mientras voy a por el bolso.

—Esta casa me da repelús.

Me detengo al oírla y me giro hacia ella. Soy consciente de que su interior, hasta que el sol no se posiciona al noreste, es un poco sombrío. Le da un aspecto decadente, pero así es como me gusta. Donde yo veo belleza, no tienen por qué verla también los demás.

—No sé cómo puedes vivir aquí, tan cerca de ese lugar —añade Molly, abrazándose a sí misma como si un viento helado la hubiese azotado.

Sé a qué se refiere y es cierto. No está muy lejos de donde ella dice, pero está retirada de los ojos cotillas de los habitantes de Green Lake. Es el lugar perfecto para mí.

Su comentario me traslada a mi infancia, a recordar todas las advertencias de mi madre y de toda la gente mayor del pueblo sobre la leyenda que reinaba en el bosque que rodea al lago. Si no querían que se cumpliera la maldición del ahorcado al que le habían arrancado el corazón y comido las entrañas, los niños no podían ir solos. Su espíritu vagaba, buscando el corazón de un inocente niño para volver a la vida.

Solo eran patrañas que utilizaron a raíz de un macabro suceso que ocurrió en el bosque hace muchos años. Encontraron una buena solución para aumentar el tráfico de turistas y, al mismo tiempo, evitarnos cualquier peligro: en menos de un año, dos niños murieron ahogados en el lago. Funcionó en ambos casos, excepto conmigo. Mi carácter curioso y travieso me impulsaba a querer ver u oír a la criatura malvada y monstruosa que habitaba en ese lugar y que, según quién te lo contaba, lo iba engrosando, añadiendo brujas y seres extraños. Por supuesto, nunca vi nada. Lo único que conseguí con mi travesura fue una buena reprimenda de mis padres, seguida del consabido castigo.

Por el comentario de Molly y movida por los últimos acontecimientos extraños que he vivido, me animo a preguntarle.

—Dime, Molly, ¿qué piensas sobre todo lo que dijeron que ocurría en el bosque? ¿Crees que hay algo de cierto?

Se queda en silencio y mira a su alrededor, como si no supiese qué responder.

—¿Eres tonta? Por supuesto que no —responde—. Pero nunca viviría tan cerca de donde alguien se quitó la vida... Aunque estoy segura de que, con lo rarita que eres, te crees esas chorradas —se burla, echándose a reír.

Me da rabia reconocer que no va mal encaminada, sobre todo después de las cosas que han ido sucediendo en esta casa. Una vez leí que cuando estamos ante algo inexplicable o que no llegamos a comprender, experimentamos ese temor a lo desconocido hasta el punto de convertirlo en aterrador, y creo que eso es lo que me está ocurriendo.

Me asalta el recuerdo de esa especie de rito que utilizaban para invocar al espíritu del ahorcado. Y una ocurrente idea aparece en mi mente al ver que estamos en el ambiente perfecto: aún no he descornado las cortinas y hay una leve penumbra, quiero comprobar si esas chorradas como dice le dan miedo o no.

Doy dos golpes secos en la mesa baja del salón y Molly pega un respingo. Me mira con el ceño fruncido, porque sabe lo que viene a continuación.

—El cuervo te avisó —susurro y golpeo dos veces de nuevo—. A por ti viene el ahorcado. —Vuelvo a golpear—. Nadie te oirá gritar.

Retrocede unos pasos, está tensa y tiene la boca apretada.

—¡Deja de hacer eso! —gruñe, nerviosa.

Sé que lo que más le asusta, y admito que un poco también a mí, es que pueda funcionar y se manifieste algo siniestro ante nosotras, aunque, por alguna extraña razón, este temor no impide que me detenga.

Doy dos golpes en la puerta de la cocina y me quedo en silencio. Molly mira a un lado y a otro buscándome, pero la muy tonta no mira hacia atrás que es por donde me voy acercando a ella con sigilo.

—¡Porque tu lengua arrancará! —grito. El bote que pega del susto le hace perder el equilibrio y la obliga a agarrarse al respaldo del sillón para no caerse. Se me encara, rabiosa, y yo aguanto la risa como puedo. Espero darle un buen escarmiento y que así se le quiten las ganas de volver a burlarse de mí.

—¡Para ya! —chilla y me coge del brazo con tanta fuerza que me hace

daño. Eso no evita que la arrastre conmigo hacia el interior del salón y con el otro brazo golpeo dos veces en la estantería de madera.

—¡Tu cuerpo empalará!

—Dey, ¡eres una zorra mala! —brama, zarandeándome.

—¡Y en el infierno te pudrirás! —grito y estallo en una carcajada, al ver que he conseguido lo que quería.

Molly me empuja y la arrastro conmigo hasta que nos caemos juntas sobre el sofá. Unos chillidos desgarradores y espeluznantes me arrancan la risa de cuajo. Me sobresaltan de tal forma, que acabo en el suelo con el corazón a punto de salir disparado de mi pecho. Mis ojos se clavan en el foco de esos gritos. ¡Joder, es el televisor! Pero... ¿qué mierda ha pasado?

—Y ahora... ¿quién se ha acojonado? —susurra en mi oído y me muestra lo que había debajo de su culo: el mando a distancia de la televisión—. Esto se llama karma, capulla, y te lo han devuelto por querer asustarme. —Me da un golpe en la cabeza con el mando.

—¡Seré idiota! —Es lo primero que mi boca consigue articular antes de echarme a reír—. Para no creértelo, buen susto te has llevado...

Me levanto del suelo y le quito el mando de la mano. Apago la televisión y lo dejo sobre el mueble.

—Lo que me ha asustado ha sido tu cara de loca. Esas tonterías me las creí cuando era pequeña, no ahora. Éramos críos, seres ignorantes y fáciles de manipular —dice Molly mientras se acerca a las ventanas y empieza a descorrer las cortinas—. ¿Cuántas veces se escaparon mis hermanos para venir aquí y nunca vieron nada? —Sonrío al recordarlo. Alguna que otra vez yo fui con ellos—. Exceptuando al idiota de Edy, que todos sabíamos lo mentiroso que era, y que solo lo hacía para llamar la atención y darse importancia. ¡No había ningún monstruo! Solo los cuentos que se inventó todo el mundo para atraer turistas.

—¿Y qué me dices de los hechos extraños que todos esos científicos escépticos no han podido demostrar? —insisto, aunque no sé por qué. Quizás necesito darle sentido para dejar de pensar en ello—: esa niebla que aparece de repente y justo en el punto exacto; los quejidos y lamentos que quedaron registrados en esos sofisticados aparatos y no provenían de ningún animal, como tampoco las heridas que tenía Richardson cuando despertó. Algo se las hizo mientras dormía... Y ahora, dime, ¿quién no despierta ante semejante dolor? Yo te lo diré, nadie.

Molly me mira fijamente y niega con la cabeza. Está claro que mi argumento no la convence, y me estoy arrepintiendo de haber sacado el tema a relucir.

—Dey, todos sabemos lo aficionado que es a empinar el codo. En ese estado, pudo caerse y hacerse esas heridas con algún cepo para animales al intentar quitárselo. Todos sabemos que los cazadores siguen utilizándolos a pesar de la prohibición. Aquí tienes la explicación al suceso extraño —dice con una sonrisita satisfecha.

Cuando la policía lo encontró, dijeron que no estaba borracho y también lo demostraron los análisis que le hicieron. Pero me acabo de dar cuenta de que Molly es la persona menos indicada para hablar de estos temas y solo falta que comience a irse de la lengua diciendo que creo en fantasmas, así que doy por terminada la conversación.

—Tienes razón, Molly —digo y su sonrisa se ensancha. Sabía que iba a gustarle, porque nunca se la doy—. Seguro que fue así como ocurrió y, para que te quede claro de una vez y pese a ser todo lo rarita que quieras, no creo en absoluto en esas chorradas.

Me encamino al pequeño armario que hay en el recibidor para coger mi bolso. Al abrirlo, no lo veo. Aparto un poco las chaquetas que tengo colgadas y miro por bajo por si se hubiese caído, pero nada, no hay rastro de él. ¡Qué

extraño! Siempre lo dejo aquí.

—¿Nos vamos o qué?

Oigo la voz de Molly amortiguada, porque aún tengo la cabeza dentro del armario, intentando recordar dónde lo dejé.

—No sé a dónde ha ido a parar mi bolso y las llaves de la camioneta están dentro.

—No creo que muy lejos. Esto no es una mansión precisamente... ¡Ah, ya lo tengo! Seguro que se lo ha llevado el fantasma, que necesitaba unos dólares para cervezas.

—Se empieza a partir de risa. Ha sido una pésima idea hablar de este tema con ella.

—¿Me echas una mano? Así nos podríamos largar de una vez. —No me apetece enzarzarme con ella en una discusión.

Suelta un bufido y levanta un cojín de mala gana del sillón.

—Aquí no está. ¿Qué tienes de desayunar? —La muy caradura ya ha dado por finalizada su búsqueda y se marcha decidida hacia la cocina. Pues menuda sorpresa se va a llevar cuando abra el frigorífico.

—¡Ahhh! ¡Qué es esto! —grita—. ¡Ese fantasma ladronzuelo te ha robado la comida!

Está empezando a agotar mi paciencia.

—¡Idiota! Olvidé ir a la compra. —Voy hacia mi dormitorio. ¿Dónde diablos lo habré puesto?

—¿Cómo puede alguien olvidarse de ir a la compra? —La oigo murmurar—. ¿Ves como no eres normal?

Vuelvo al salón y me pongo a gatear para mirar debajo de los sillones.

—¡Ya lo encontré! —grito al verlo. ¿Cómo ha ido a parar ahí?

—Si lo sé te hubiera esperado fuera... ¿Y ahora qué? ¿Otra vez por la ventana?

—Tenemos dos opciones: ventana o terminamos de destrozar la puerta. Te dejo que elijas, señoritinga. —La empujo hacia la ventana, porque tengo claro que no la voy a dejar que se acerque a la puerta.

Me parto de risa al ver cómo va maldiciendo. Gran parte del encanto de Molly reside en su espectacular y abundante melena pelirroja, y su cara fresca y pecosa que evoca picardía. Es aficionada a las dietas, siguiendo el canon de belleza impuesto por las revistas de moda y las *celebrities* del momento, aunque nunca las cumple a rajatabla por culpa de su desaforado apetito. Imagino que debe de ser una manía como otra cualquiera, porque ella ve kilos de más donde nadie se los ve. Charlatana, entrometida y amante de los cotilleos, un don innato cuando naces en un pueblo como Green Lake.

—Anoche soñé con él —dice con un enorme suspiro mientras camina delante de mí.

No puedo evitar que los aires de grandeza de Molly me hagan tanta gracia. Conteniendo como puedo la risa, le repito lo que una y otra vez me ha dicho hasta la saciedad:

—Con tu futuro marido millonario, el que te llevará de viaje por todo el mundo y el mismo que te comprará una casa tan grande como un castillo.

—¡Exacto! La casa más grande que haya.

—De eso estoy segura y ¿sabes por qué, Molly? Para que te pierdas en ella y no tener que verte. —Suelto una carcajada. Ella se detiene en seco y se vuelve hacia mí.

—Eres una envidiosa. Mi marido besaré por donde yo pise. Quien tuvo el honor de ocupar mis sueños fue el despampanante Tyler Patterson.

No me sorprende en absoluto al oír su nombre. Tyler pertenece a una de esas familias asquerosamente ricas. Y coincido en lo referente a su físico, pero cierro el pico, ella no tiene por qué saber lo que pienso. No puedo decir que Tyler y yo seamos amigos ni que lo conozca mucho, quitando alguna que

otra fiesta de las que se celebran en verano. Y solo se limitaba a saludarme cortésmente. Apenas lo he vuelto a ver. El resto lo sé por los chismes del pueblo: que había acabado la carrera de medicina y con excelentes notas, y que se había convertido en toda una eminencia. A esto último no le concedo toda la credibilidad, puesto que los ciudadanos de Green Lake son muy dados a exagerarlo todo.

—¿Piensas mudarte a Inglaterra? Porque te recuerdo que vive en Londres...

—Ya no. Ha vuelto para quedarse. Su padre se va a jubilar y él será el nuevo presidente de la compañía —dice Molly con tanto entusiasmo como si ella fuese a ocupar el cargo.

¡Caramba! ¡El rey Patterson deja su trono! Su empresa es de las más importantes y destacadas del país, por su desarrollo en equipos médicos de alta tecnología. Además de dedicarse también a servicios de salud, prestaciones sanitarias y operaciones de atención médica.

—Y tú quieres convertirte en la nueva dueña y señora de Diamond Lake.

La impresionante mansión donde vive Tyler abarca unas doce mil hectáreas y dispone de su propio lago y helipuerto.

—¿Quién sabe? Todo puede ocurrir.

Sí, Molly en tus sueños...

—Creo que te olvidas de un pequeño detalle: ya está casado y con una mujer igual de despampanante que él —digo con un placer perverso. De un tiempo a esta parte, chingar a Molly se ha convertido en una de mis actividades preferidas.

Su esposa pertenece a una familia de la alta sociedad neoyorquina. Se casaron hace un año y aún recuerdo todo el revuelo que se formó cuando aparecieron las fotos de su boda en las revistas.

—Esa es la única pega que tiene, pero seguro que tarde o temprano se cansará de ella. No sé cómo puede soportarla. Es una engreída prepotente. —
Pone cara de asco y saca la lengua como si fuera a vomitar.

Molly ha empleado dos adjetivos que la describen muy bien, pero es la que él eligió y ninguna de las de aquí se le parecen. Ni siquiera las que suspiraban por él, entre las que incluyo a mis dos hermanas, aunque ni muertas lo confesarían. Siempre tuve la sospecha de que Brenda, mi hermana mayor, estaba enamorada de él, a pesar de que siempre lo negaba; iban a la misma clase en el instituto. Años después, yo tuve la enorme desgracia de que a la mía viniese el sin cerebro de su primo Neal; sus padres habían muerto en un accidente y los Patterson decidieron que se fuese a vivir con ellos. Siempre andaba burlándose de unos y otros; se hizo de un grupito de gilipollas como él, que solían amedrentar a todo el mundo si no hacían lo que a él se le antojaba. También tuve la mala suerte de que se fijara en mí. Siempre me pedía que saliera con él y yo siempre tenía una excusa preparada, hasta el día en que me cansé y le dije claramente que no me interesaba. No se tomó bien mi rechazo y se encargó de hacerme la vida imposible en el instituto. De nada sirvieron mis quejas. Los profesores le exculpaban, alegando que era debido a su inestable estado emocional por la pérdida de sus padres. En cambio, yo siempre pensé que era por el dinero que sus tíos donaban. Esa pesadilla duró apenas seis meses, momento en el que decidieron mandarlo a un instituto privado. Ahora es un caradura que vive a costa de ellos, que no trabaja y solo sabe despilfarrar el dinero. Sigue haciendo todo lo que le viene en gana.

—Prefiero que sigas soñando con Tyler y te quites de la cabeza al idiota de su primo.

—¡Oh, Neal! Otro guapísimo que te deja sin respiración.

¡Y dale! ¡Qué pesada es la tía! Aunque la culpa es mía por recordárselo.

—Y también un sinvergüenza, aparte de bocazas. —La aparto con la mano y sigo caminando hacia mi camioneta.

—Es un chico duro.

—El mismo chico duro que sale por piernas cada vez que hay problemas en el bar de Slay para que no le partan su preciosa cara.

—Eso no es cierto. Él sabe cómo se las gasta y no quiere ocasionarle problemas a Slay. —Se ve tan convencida que me deja pasmada.

¿Cómo puede decir eso? Si uno de los pasatiempos favoritos de Neal es meter cizaña: es el primero que provoca los problemas e incita al resto, y después se quita de en medio. Si Molly es tan idiota de creerse todas las patrañas que ese capullo le cuente, allá ella. Ya estoy cansada de advertirle y no voy a perder mi tiempo en esta tonta conversación sobre ese gilipollas.

—Muy bien, futura mujer de un millonario, pero debes darte prisa o me quitarás protagonismo. Aún sigo encabezando la lista de todos los chismes.

Este es otro de los motivos por los que mis queridos vecinos murmuran de mí: que no tenga una relación formal, un novio con el que pavonearme los domingos por el centro de la ciudad, en vez de andar con unos y con otros. Toda una desgracia, según ellos, para mi familia. La mentalidad de los ciudadanos de Green Lake, aparte de puritana, se quedó anclada en alguna parte del pasado en el que las mujeres solo debían aspirar a encontrar un buen marido y tener una bonita casa donde criar a un montón de hijos. Es muy sorprendente que ese pensamiento persista en gran parte de las nuevas generaciones, en la que incluyo a Molly.

—Te encanta pitorrearte, ¿eh? —dice Molly—. Pero, te diré algo: puedes apostar lo que quieras a que, al paso que llevas, me casaré antes que tú.

¡Que Dios te oiga y ojalá sea pronto!

—¡Oh, calabacita! —la ataco con su apodo para devolverle lo de rara—. De eso no me queda la menor duda.

Me mira con los ojos entornados y arruga los labios. Sé lo mucho que le molesta, pero se muerde la lengua y no replica.

—Llegaremos tarde... Y cómprate un coche. Este cacharro que llevas se va desmoronando —comenta en un tono airado.

—Pero me gusta. —Acaricio con cariño la vieja camioneta de mi abuelo. Cada dos por tres está estropeada, pero me cuesta demasiado deshacerme de ella.

Molly se retrepa en el asiento del copiloto y se coloca los auriculares de su iPod, algo que agradezco. Así me ahorraré tener que aguantar otra de sus absurdas fantasías.

Decido tomar el desvío hacia una de las carreteras secundarias para evitar el tránsito de camiones hacia Rochester que suele haber a estas horas. Un poco más adelante, empiezo a oír un ruido extraño y por la parte delantera comienza a salir humo. Salgo de la carretera y me detengo en el arcén.

—¡Oh, oh! Problemas —informo a mi copiloto, que al parecer aún no ha reparado en este pequeño contratiempo.

—¡Cualquier día este trasto explotará! —me advierte a gritos—. Pero, cariño, a mí no me pillaré dentro. —Baja de la camioneta como alma que lleva el diablo.

Levanto el capó y el humo me impide ver qué ocurre por ahí dentro. Comienzo a toser. Me estoy ahogando, cuando Molly me coge del brazo y me aparta.

—Pero, loca, ¿quieres asfixiarte!? —me grita—. Deydra, te lo digo en serio. Sé el amor que le tienes, pero debes dejar que descanse en paz. Dale un sepelio con todos los honores.

—Jamás tendré un coche tan bueno como este... Lo más seguro es que sea alguno de esos dichosos cables, que se ha soltado. Verás cómo consigo arreglarlo —intento tranquilizarla, aunque no tengo ni idea de si ese puede

ser el motivo. Hasta que no deje de salir humo y se enfríe un poco, no podré ponerme a ello.

—¿Tú? —Me señala con el dedo, esbozando una sonrisita burlona—. Llevas trasteando este cacharro ni se sabe desde cuándo y siempre te vuelve a hacer lo mismo. Así que no lo haces tan bien como dices. Aparte de rara, cabezota —murmura lo último, pero no lo suficiente bajo. Sé que es su forma de provocarme, pero ahora no tengo ganas de enzarzarme con ella en otra de nuestras tontas discusiones, así que hago caso omiso. Mira su reloj de pulsera—. Y, para colmo, no sirve de nada que llamemos al taller, porque aún no ha llegado nadie. Tendrías que haber ido por la otra carretera, sabes de sobra que por aquí hay poco tránsito.

—Ese es el motivo por el que vengo, lista. —Me siento sobre un tronco que hay tirado en el arcén. Verla caminando de un lado a otro como un león enjaulado no me ayuda a buscar una solución para salir de esta y solo puedo pensar en que, si es algo del carburador o del motor, estoy bien fastidiada.

Oímos un claxon, pero mi alegría se evapora al ver de quien se trata: la señora Hendrich, una octogenaria encantadora pero cegata pérdida. No entiendo cómo permiten que siga conduciendo.

—¡Me voy! —dice Molly sin dudarlo mientras coge su bolso de la camioneta.

—¿Estás loca? Es un peligro subirse con ella. —Me pongo delante para cortarle el paso, esperando que entre en razón.

—¿Tú me hablas de peligro? —Me aparta con la mano—. Yo te diré lo que es peligroso: ir subida en ese maldito trasto. —Señala hacia mi coche—. Deberías dejarlo ahí y venirte conmigo.

—No pienso hacerlo. —Me entristezco solo de pensar en tener que abandonar la camioneta de mi abuelo.

—Pues yo me voy. Además, la señora Hendrich conduce muy despacio y

tardaré, pero seguro que llegaré antes que tú. —Se despide con un beso al aire y entra alegremente en lo que yo llamaría una bomba de relojería a punto de estallar.

El coche de la señora Hendrich se aleja despacio por la carretera. Me fijo en que el humo que salía de la camioneta se ha disipado.

¡Bien, Deydra, a solucionar el problema! Cojo mi caja de herramientas y me pongo unos guantes. Comienzo a revisar los cables del sistema eléctrico y no veo nada que esté mal. No tendré más remedio que llamar a mi padre y aguantar otro de sus sermones referente a mi camioneta, el mismo que me ha soltado Molly. Voy a tener que hacerles caso y cambiar de coche.

—¿Problemas? —Una voz grave y ligeramente ronca me sobresalta, una voz... concebida para seducir.

—¡Aish! —me quejo por el golpe que me acabo de dar con el capó. Lo cierro con fuerza y me giro hacia el culpable de mi cabezazo.

Su altura me exige tener que elevar la cabeza y, en una milésima de segundo, paso del estado de aturdimiento debido al castañazo que me he llevado, al de fascinación al ver al hombre que tengo frente a mí: al propietario de un impresionante cuerpo ataviado con unos pantalones grises de vestir y una elegante cazadora de cuero negra. De aspecto duro y porte distinguido, tiene pinta de hombre importante. Solo su presencia transmite una autoridad innegable. El viento juguetea con su melena rubia oscura con el tipo de espesura que te hace anhelar hundir los dedos para deleitarte con su suavidad. Le desciende hasta los hombros de una forma muy sexy, igual de sexy que la sombra de una incipiente barba que cubre su mandíbula marcada.

Su sonrisa de medio lado me indica que es plenamente consciente de mi escrutinio.

—¿Necesitas ayuda? —Se acerca a la camioneta al mismo tiempo que levanta sus Ray-Ban tipo aviador y se las apoya en la cabeza, dejando al

descubierto todo su rostro. Lo que veo me deja sin aliento en el acto, y eso que no soy una persona fácil de impresionar, pero su físico es tan arrollador que me ha dejado noqueada.

Baja el rostro y me mira directamente a los ojos. No me extraña, porque sigo inmóvil y sin articular palabra. Debe de pensar que me acaba de dar una crisis catatónica, sobre todo en el momento que los míos impactan con los suyos. ¡Dios, que ojazos! Son de un verde tan intenso como el bosque en primavera, los más extraordinarios que he visto hasta ahora. Me fijo en la cicatriz que le cruza la ceja derecha, que no le resta ni un ápice de atractivo a su rostro, sino todo lo contrario, acrecienta su misterio y le confiere un aire peligroso y enigmático. Es el tipo de hombre que piensas que no puede existir, que solo es fruto de tu imaginación. Ahora estoy comprobando que estaba equivocada.

Deydra, ¡deja de babear!

—No, no hace falta —respondo, a pesar de que no es lo que quiero decir. Este tío me ha dejado fuera de combate y ya no sé ni lo que hablo. Como he rechazado su ayuda, no quiero retractarme y quedar como una idiota.

Le doy la espalda. Sé que estoy siendo maleducada, pero necesito salir de este patético embobamiento en el que estoy metida y controlar las palpitations que me ha provocado. Me pongo a rebuscar por mi bolso en un intento de disimular.

—Yo creo que sí —discrepa. Me giro hacia él con el ceño fruncido. La prepotencia que ha desprendido su voz, junto con la sonrisita de suficiencia que baila en sus labios, hace que no me arrepienta de lo que acabo de decirle. Los hombres que me ponen nerviosa me vuelven irascible.

Cuando veo que ahora es él quien me da la espalda y abre de nuevo el capó, me irrito aún más. Pero ¿quién se cree que es?

—¡Oye, quita tus zarpas de mi coche! —le grito—. ¿Qué parte no has

entendido? Te he dicho que no es necesario. Me las puedo arreglar yo sola.

Se gira hacia mí y un repentino calor me inunda cuando esboza una sonrisa tan canalla como exageradamente sexy, provocando de inmediato que mi corazón vuelva a desbocarse. ¿Qué me pasa con este hombre?

—Como quieras, gatita. ¡Suerte! —Me guiña un ojo antes de volver a ponerse sus gafas y se dirige hacia su moto. Su vehículo es igual de impresionante que él.

—¿Gatita? —murmuro mientras veo cómo se marcha y me echo a reír. Nunca he soportado ningún apodo cariñoso. ¡Por el amor de Dios, qué horrerada!

Ahora sí que no me queda más remedio que avisar a mi padre. Llamo, pero no lo coge. Seguro que otra vez se lo ha dejado olvidado en casa. ¿Para qué querrá un móvil si nunca lo lleva encima? Tendré que intentarlo al teléfono del taller, ahí seguro que lo encuentro.

—Nevill's Motors, le atiende la encantadora Molly, ¿en qué puedo ayudarle?

—responde con su característico saludo.

Levanto los ojos al cielo. Ella sola se lo dice todo. Respiro, aliviada, porque al menos ha llegado sana y salva.

—Molly, pásame a mi padre.

—No estaba cuando llegué. Desde luego, no sé qué haría esta empresa sin mí...—gruñe, volviendo a su tono natural de voz, distinto del que emplea en su cálido saludito.

—¡Pedazo de idiota! Te recuerdo que sigo tirada en mitad de la carretera.

—¡Eh, no me grites! ¿Ves? Lo sabía. He llegado antes que tú. Te lo llevo advirtiéndote desde hace mucho tiempo, dale un...

—Buen sepelio —acabo por ella la frase—. Qué pesada eres... Anda, pásame a Billy o a CJ.

—Solo estoy yo. ¿Quieres que te envíe un taxi?

Eso no es buena idea, porque tardaría ni se sabe cuánto en encontrar esta carretera secundaria.

—No, déjalo, no es la primera vez que se queda parada y después, por arte de magia, consigo que se ponga en marcha.

Me despido de ella y cuelgo. Vuelvo a intentar arrancarla por décima vez y sigue igual ¡Maldita sea! Golpeo con rabia el volante una y otra vez.

—Bien, Dey, ¡piensa! —me animo mientras me bajo de la camioneta—. Estoy aquí tirada, no pasa ningún bicho viviente, y la única ayuda que he encontrado y que acabo de largar es la de ese portento masculino.

Me giro al oír tras de mí el sonido de una moto. No puedo evitar que mi sonrisa se exteriorice al ver otra vez a ese desconocido.

¡Ha vuelto a por mí! Admito que me alegro, aunque mi alegría se esfuma de un plumazo al ver cómo, sin molestarse en bajarse, inclina la moto y recoge algo del suelo que a esta distancia no consigo ver.

—Veo que sigues en el mismo sitio —me dice con tono burlón al acercarse a mí, e intento ignorar el cosquilleo que recorre todo mi cuerpo al oír de nuevo su voz.

—Sí, me gusta este lugar. He pensado quedarme aquí todo el día. ¿Algún problema, amigo?

—¿Siempre eres así de desagradable con todo el mundo o tengo el enorme honor de que solo sea conmigo?

Sonríó ante su réplica y no porque se haya referido a mí de ese modo. Lo que me hace sonreír es que está demasiado claro que no está acostumbrado a que le nieguen nada, ni siquiera su ayuda. Estoy segura de que cualquier chica en esta situación hubiese coqueteado y desplegado todos sus encantos, pero se ha topado conmigo. Reconozco que no ha hecho nada para que me comporte de este modo con él. Exceptuando su comentario de superioridad,

su único delito ha sido el impacto que me ha provocado y es por lo que estoy a la defensiva. Cuando esto sucede, mi lado desagradable sale automático. Debería decirle que sí, que solo es con él, pero no lo voy hacer.

—Hoy es tu día de suerte, te concederé un privilegio —bromeo, intentando contrarrestar un poco mi actitud.

—Ah, ¿sí? —me dedica una sonrisa socarrona.

—Sí. Que me acerques a la ciudad.

—No, cariño, mi moto no es digna de que tu precioso culo se suba en ella —responde al mismo tiempo que acelera y da media vuelta preparándose para salir.

¡Caramba! Qué poco sentido del humor tiene el caballero... aunque reconozco que sabe lucir su jactancia con mucho estilo. Tengo que hacer algo y rápido, o este tío se larga y, visto lo visto, es mi única forma de salir de aquí.

—Estaba bromeando... Sí necesito ayuda. No consigo que arranque y creo que es el carburador —grito acelerada a su espalda.

Se detiene al oír mis palabras y se gira despacio. Me mira fijamente, con una pequeña sonrisa de triunfo asomando en sus labios.

—¿Podrías repetirlo? No te he oído bien. ¿Qué has dicho? —pregunta al bajarse de la moto y avanza con lentitud hacia mí. Voy a tener que darle la disculpa que espera, si no quiero quedarme todo el día en este dichoso lugar.

—¿Serías tan amable de ayudarme, por favor? —recalco bien las palabras para que se dé por satisfecho y arqueo mis cejas, expectante ante su silencio. Sus ojos comienzan un lento recorrido por mi cuerpo antes de volver a centrarse en los míos y me obsequia con otra de sus matadoras sonrisas, que me deja hecha un flan y bastante confundida. Ahora no sé si aprueba mi cuerpo o mis disculpas.

Comienza a bajar la cremallera de su cazadora con una exagerada

parsimonia mientras se dirige hacia mi camioneta. No puedo evitar seguir cada uno de sus movimientos. ¿Por qué no se la quita de una maldita vez? ¿Lo está haciendo adrede? Apostaría lo que fuera a que sí. Esto no ayuda en nada a la seguridad que tanto me ha costado recuperar y a la que me estoy aferrando con todas mis fuerzas desde el mismo instante en que este hombre apareció. Y justo ahora, cuando más la necesito, me abandona, dejándome hecha una inútil. Se deshace de la cazadora y lo que deja al descubierto hace que desee de inmediato que vuelva a ponérsela. ¡Joder, cómo le queda la ropa! Lleva una camisa de un blanco impoluto, chaleco y corbata que le aporta un toque tan sexy como imprevisible. La sensualidad de este hombre es arrolladora.

Unos músculos macizos se adivinan bajo su ajustado conjunto y, cuando se recoge las mangas de la camisa, casi me quedo sin aliento al ver esos brazos tan bien definidos. Mis ojos se quedan pegados al tatuaje de color que lleva en el brazo izquierdo. Está realizado con trazos finos y su dibujo es tan intrincado que no consigo saber qué es exactamente. Aparto mi atención para mirarlo a la cara. Le brillan los ojos y sus labios esbozan una sonrisa picarona, lo que me dice que sabe demasiado bien cómo reaccionan las mujeres al verlo. Si espera que actúe igual que las demás, no pienso darle esa satisfacción. Doy media vuelta y voy a por la caja de herramientas, que había dejado en el arcén.

Regreso a su lado y se la acerco. Él roza toda mi mano con la suya hasta agarrar el asa, y todo mi cuerpo se estremece con su contacto. Soy incapaz de reaccionar y sigo sosteniéndola con fuerza entre mis dedos. Él me observa con atención mientras me dedica otra de sus mortíferas sonrisas y luego agita mi mano para que la suelte, sacándome de mi absorto encandilamiento. Noto que un calor explota en mis mejillas. No necesito mirarme en un espejo para saber que deben de estar de un rojo chillón.

Me siento cohibida y enfadada conmigo misma por mi reacción tan patética y, sobre todo, porque él está siendo consciente de ella. Aparta su mirada con total naturalidad, deja la caja de herramientas a su lado y abre el capó. La imponencia de este hombre es tan palpable que necesito separarme un poco de su lado para intentar recuperar el control de mis desaparecidas habilidades mentales.

—No es el carburador, sino las bujías. ¿Llevas de repuesto? —explica. Empiezo a alucinar. ¡Qué narices! Llevo alucinando con este hombre desde el mismo instante en que lo vi. Me resulta demasiado increíble que, con solo echar un leve vistazo y sin comprobar nada más, se haya dado cuenta de dónde está el fallo.

—Creo que sí. —Apelo en silencio a la actitud precavida de mi padre y busco en la caja donde me guardó un juego de lámparas de repuesto. Encuentro un par de bujías—. ¿Eres mecánico? —añado, llevada por la curiosidad. Ya veremos si ha acertado con ese diagnóstico a simple vista. Si está en lo cierto, me darán ganas de darme un buen castañazo en la cabeza por no haberlo visto yo, porque es una de las reparaciones más simples que hay.

—Sí —contesta sin levantar la cabeza del motor. Mis ojos están centrados en los músculos de sus brazos; sus magníficos bíceps se tensan y se estiran mientras manipula y aprieta las bujías. Me noto la piel ardiendo y entreabro la boca para intentar coger aire, sorprendida por cómo mi cuerpo reacciona ante él.

Cierra de nuevo el capó y me pide que lo arranque. Ese sonido tan familiar y un poco estridente inunda mis oídos.

—¿Necesitas empleo? —suelto sin pensar, llevada por la emoción de ver que mi vieja camioneta ha vuelto a resucitar. Él afirma con la cabeza—. Mi padre necesita un mecánico. Si quieres, puedes acompañarme y hablas con él.

Enarca las cejas por la sorpresa. No me extraña, porque hace un momento lo estaba largando y ahora le estoy ofreciendo un empleo.

—De acuerdo.

—Bien, pues sígueme. —Obligo a mi voz a mostrar un tono neutral para encubrir esta especie de alegría súbita que me ha invadido al saber que ha aceptado mi propuesta.

Sus largas piernas se ponen en movimiento. Debe de medir el metro noventa. Mientras espero a que suba a su moto, no puedo evitar recrearme, admirando de nuevo su impresionante cuerpo. Trago saliva cuando me fijo bien en la anchura de su espalda. Es de las que te incitan a clavar tus uñas en ella en los momentos de lujuria. Mis ojos prosiguen su descenso hasta detenerse en su trasero, que me hace tragar saliva de nuevo. Aparto la vista, porque mirar ese culo prieto no me va a ayudar a recuperar mi serenidad. Arranca su moto y me hace una señal para que me incorpore a la carretera.

Veinticinco minutos después, llegamos al taller, pero le hago pasar por la tienda, porque no sé si mi padre habrá llegado o no. Sin detenerme, Saludo a una Molly que se ha quedado boquiabierta. Ahora sí queda claro el efecto que este hombre causa en todas las mujeres, dentro de las cuales estoy incluida.

Me detengo delante de mi oficina y le hago pasar. Es gracioso llamar de este modo a un habitáculo de diez metros cuadrados, que es donde paso trabajando la mayor parte del tiempo.

Me voy corriendo a buscar a mi padre. Estoy segura de que lo va a contratar, porque hay demasiado trabajo y van muy atrasados. Pero de pronto, me detengo en seco.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Dey? — me pregunto en un susurro en el momento en que mi raciocinio se pone en alerta—. Acabas de ofrecer empleo a un completo desconocido, al que ni siquiera le has preguntado su nombre, y que te deja en estado de *shock* cada vez que te mira.

Esbozo una pícaro sonrisa. Por supuesto que voy a hacerlo... Aunque no sé si es por la desconfianza, por la curiosidad o por ambas, por lo que vuelvo tras mis pasos. Primero tengo que saber todo lo que pueda de él.

—Dey, ¿quién es ese pedazo de tío bueno? ¿Alguna de tus aventurillas esporádicas? —pregunta Molly.

—Viene por el puesto de mecánico —explico sin detenerme.

—¿Y a qué esperas? Contrátalo ahora mismo. Y, por supuesto, retiro lo de que los Patterson sean los más guapos del universo. Al lado de este tío, no tienen nada que hacer. Te advierto que acabo de echarle el ojo. —Viene hacia mí y la detengo.

—¡Eh! ¿Adónde se supone que vas?

—A presentarme. Soy una chica muy educada. —Sus ojos se acaban de iluminar como farolillos de feria—. Y no como otras —añade, apuntándome con su dedo—. Seguro que lo has hecho para que no se quedara embobado con mis encantos. Soy toda una tentación. —Contonea sus hombros y sus enormes tetas van de un lado a otro, al igual que su perfecto moño.

Suspiro, armándome de paciencia. ¡Esta Molly no tiene arreglo!

—Escúchame, tentación con moño. Si se queda con el trabajo, ya tendrás oportunidad de atacarle con tus melones. —La imito y me echo a reír, porque el tamaño de las mías no se queda atrás—. Así que, por ahora, déjate de presentaciones.

Resopla y vuelve a la tienda. No se ha puesto muy pesada, pero sé que, a la menor oportunidad, se tirará en picado.

Entro de nuevo en mi despacho y me lo encuentro observando con detenimiento las viejas fotografías de cuando mi abuelo inauguró el taller, que tengo colgadas en una de las paredes. Es lo único que podría despertar la curiosidad de alguien. Mi anodino despacho apenas tiene una mesa de

escritorio de estilo colonial que pide a gritos una renovación; justo detrás de ella hay una extensa librería de suelo a techo que cubre la pared; y un sillón, del que apenas se distingue su color original, porque el paso de los años lo ha dejado de un tono verde manzana. Para concluir este soso conjunto, la única pieza ornamental la compone un ficus que se yergue solitario en un rincón. Fue un regalo de mi tía abuela Dorothy, y aún no consigo entender cómo sobrevive, ya que soy un desastre con las plantas: puedo inundarlo o, de lo contrario, dejarlo largas temporadas sin oler el agua. Reconozco que el despacho necesita un cambio y lo único que hay más actual es el ordenador que reposa sobre mi mesa. Pero así fue como lo dejó mi querido abuelo y me cuesta mucho deshacerme de las cosas que le pertenecieron.

Carraspeo en un intento de recuperar su atención, parece que no se ha percatado de mi presencia o más bien le ha importado un bledo, ya que la puerta chirría al abrirla. Me recuerda que ni CJ ni Billy han hecho lo que les pedí, aunque no me sorprende, es algo habitual en ellos.

—Mi padre está ocupado. Te atenderá dentro de unos minutos. Mientras tanto, yo comenzaré con la entrevista. —Señalo el sillón que hay frente a mí para que tome asiento y me acomodo en el mío, que cruje nada más posar mi culo en él. Adoro las antigüedades y esta es del siglo XIX. Aparte de ser una reliquia, fue el sillón de mi abuelo.

Respiro hondo y adopto esa actitud de alta ejecutiva que he visto en multitud de pelis. Me aguanto la risa como puedo, al ver lo lejos que se encuentra mi despacho de parecerse al que tienen ellas.

—Podríamos empezar por tu nombre.

—Kyle Moore. ¿Y el tuyo? —responde en un tono amistoso. Se quita la cazadora antes de sentarse y la deja sobre el respaldo. Agradezco a Dios que esta vez no se haya tomado tanto tiempo.

—Deydra Nevill. —Bajo la mirada a mi bloc de notas y escribo su

nombre, más que nada para darle veracidad a esta especie de entrevista. Así también puedo distraer mis ojos, que parece que solo quieren quedarse embobados mirándolo.

—Un placer conocerte, Deydra —dice, alargando su mano hacia mí.

Le sonrío y se la estrecho. De nuevo siento esa sensación, el estremecimiento que me recorre todo el cuerpo, y, en un acto reflejo, la retiro.

—¿Qué edad tienes? —prosigo. Nos observamos. En las distancias cortas es como mil veces más impactante y me deja medio atolondrada. Tiene ese aire indómito que lo hace aún más deseable e irresistible.

—Treinta y uno. ¿Y tú? —responde y se recuesta en el respaldo de la silla para acomodarse mejor. Cruza una pierna, descansando el tobillo sobre la otra.

—Veinticinco —digo de pasada—. ¿De dónde eres?

—Los Ángeles. Imagino que tú eres de aquí, ¿no?

Nuestras miradas se cruzan de nuevo, trago saliva, y soy la primera en apartarla.

—Sí, claro. ¿Tu familia es de allí?

Sus cejas anchas, con esa línea arrogante que le aportan un aire de poder, se arquean sorprendidas. Lo entiendo. Es una pregunta poco adecuada, pero quizás su familia sí es de por aquí y ese es el motivo por el que ha venido. Necesito sacar toda la información que pueda.

—Sí. ¿Y la tuya? —vuelve a preguntar. Está empezando a crisparme los nervios con ese empeño que tiene en devolverme mis propias preguntas.

—Todos somos de aquí. Y, perdona, la que hace la entrevista soy yo, no tú —aclaro un poco molesta—. ¿Estás muy lejos de tu ciudad? ¿Qué te ha traído hasta Minnesota? ¿Vienes a visitar a algún amigo? ¿Amiga? —Le miro, expectante. No sería de extrañar que se tratara de alguna mujer. Viendo este espécimen humano, es algo que le debe de sobrar. Espero que mi curiosidad

por saber si se trata de alguna mujer no la malinterprete como un claro interés por mi parte.

Mis pensamientos no iban mal encaminados, porque medio sonrío otra vez.

—Me gusta viajar.

¿Eso es todo? Aunque no me extraño, es la respuesta adecuada para una cotilla como yo. Creo que voy a quedarme con las ganas de saber el verdadero motivo. Me da la sensación de que está jugando conmigo.

—¿Hace mucho que estás por aquí? —insisto.

Se limita a negar con la cabeza mientras vuelve a recostarse sobre el respaldo. Arqueo las cejas en una invitación a que prosiga con palabras y me mantengo en silencio a la espera.

—Llegué ayer —dice al fin e inclina la cabeza hacia un lado ligeramente divertido.

—Entonces, este es el motivo. Coges tu moto y te lanzas a la aventura. —Deduzco lo que quiere que me crea mientras garabateo tonterías en mi bloc.

—Así es —responde y se encoge de hombros como si tal cosa. Se humedece con discreción el labio inferior con la punta de la lengua antes de mordérselo. Parece un gesto natural, aunque resulta muy erótico. Sigue teniendo ese punto arrogante que lo hace aún más endiabladamente sexy y que provoca que un gemido involuntario salga de mis labios. Me dedica esa sonrisita que dice que sabe el efecto que está teniendo sobre mí, y vuelvo a sonrojarme.

Estoy empezando a arrepentirme de haberle ofrecido el trabajo. Este tío es como un alucinógeno, y de los potentes. Me limito a ignorarlo, aunque tengo que admitir que no es tarea fácil y obligo a mis ojos a mirar hacia otro lugar que no sea esa excitante boca, esos labios que querrías estar besando cada minuto del día. Pero mi mirada no se retira de su anatomía, sino que va

directa a sus manos. Siempre he oído decir que las manos de un hombre pueden darte una pista sobre él, en concreto a qué se dedica. Son elegantes pero masculinas, grandes y fuertes. Lo que más me sorprende es que no parecen trabajadas como las de un mecánico, sino todo lo contrario; se ven demasiado cuidadas. Esto me resulta...

—¡Qué extraño! —exclamo en voz alta y maldigo para mis adentros al oírme. El filtro cabeza-boca ha vuelto a hacer de las suyas y todo es por culpa de este hombre.

Suspira y se echa a reír. Maldita la gracia que me hace ser el motivo de su divertimento.

—No veo por qué —dice con tranquilidad.

Por supuesto que no lo ve. No hay nada extraño en que le guste viajar, pero no pienso darle la razón, no me da la gana. No me queda otra alternativa que buscar alguna salida a mi propia estupidez. No me preocupa, porque suelo salir bastante airosa de estas situaciones.

—Hay gente que lo hace cuando huye de algo —explico, llevada por mis propios recuerdos, y analizo su rostro en busca de algún tipo de reacción, pero no la encuentro. ¿Es impenetrable o es que estoy tan afectada por su magnetismo que no consigo ver nada?—. ¿Podría tratarse de eso? —le presiono.

—Podría ser —contesta, clavándome su mirada, una mirada tan penetrante y tan profunda que siento que me abraso por dentro.

No me gusta nada lo que acabo de oír y en mi cabeza comienzan a arremolinarse infinidad de situaciones de las que pueda estar huyendo. La primera es que podría tratarse de deudas; la gente se larga cuando debe dinero. De San Francisco a Las Vegas no hay mucha distancia y, dado que le gusta viajar, ¿deudas de juego? Aunque la segunda me gusta más: su espectacular físico más bien se corresponde con el de un modelo que con el

de un mecánico, así que huye de su propia fama; esta gente se vuelve muy excéntrica. Aunque, si fuese alguien muy famoso, Molly enseguida lo habría reconocido. Siempre está al tanto de todo lo que se cuece en ese mundo. Y la más disparatada de todas es que sea un delincuente. Que haya cometido un robo y esté huyendo de la ley es lo que siempre sale en las películas, ¿no? Pero ¿qué idioteces estoy pensando? Aunque todo es por su culpa. Si fuese más claro, no tendría que estar especulando. Lo único evidente es que, si huye, es porque tiene problemas, pero... ¿qué tipo de problemas? Por desgracia, sé muy bien de lo que hablo.

—Y... ¿se puede saber de qué huyes?

Bien, Dey, ¡esto es ir directa al grano! Mis ansias de obtener respuestas supera con creces el comportarme de una forma razonable. Pero ¡qué demonios!, ha sido él quien ha creado esta duda en mí.

—No he dicho en ningún momento que lo esté haciendo.

Mis cejas se fruncen. Estoy empezando a creer que me está tomando el pelo para enredarme más de lo que ya estoy. Presiento algo raro en él, aunque es gracioso que yo lo diga.

—Sí que lo has dicho. Lo has insinuado.

—Era una forma de hablar... —me explica como si yo fuera idiota. Sin dejar de mirarme fijamente, descruza la pierna y apoya los antebrazos en las rodillas—. Todo el mundo puede huir en algún momento. ¿Tú no huyes de nada?

Recibo la pregunta como un duro golpe en el estómago que me devuelve a mi propia realidad, pero encubro mi expresión de angustia con un suspiro de exasperación.

—Vuelvo a decirte que aquí yo soy quien hace las preguntas —le recuerdo, empleando un tono de voz severo. Me pongo en pie y voy hacia la ventana. Necesito alejarme un poco de este hombre que me convierte en un

manejo de nervios.

—Esto no tiene pinta de entrevista de trabajo —comenta mientras levanta su impresionante cuerpo de la silla y camina despacio hacia mí—. No me has preguntado nada relacionado con mi experiencia laboral. Tan solo te interesa... —Se queda en silencio, observándome con demasiada atención, y percibo un interés en sus ojos, algo salvaje y sexual que me pone en alerta—. ¿El qué, Deydra? Porque está claro que te interesa algo de mí —dice con su voz grave y seductora.

Soy incapaz de articular palabra, porque no he conseguido disimular mi interés y me ha pillado. Da unos pasos más para acortar la distancia y su aroma me acaricia, envolviéndome en un olor amaderado, sensual y masculino. Mi corazón comienza a latir desaforado contra mi pecho cuando su mirada se queda fija en mi boca.

¡Dios! ¿Me va a besar? ¿Aquí? Aunque una parte de mí se muere porque lo haga, este arrogante descarado no se va a salir con la suya. He superado con creces mi inseguridad y timidez ante situaciones como esta. Aunque tenga que hacer caso omiso del traicionero estremecimiento de placer que me inunda, no voy a permitirlo. Ahora es el momento de llevarlo a mi terreno. Veamos cómo se toma este guaperas un rechazo.

—¿Estás insinuando algo, Kyle? —digo, endulzando mi voz, sin apartarme ni un milímetro. Clavo mis ojos en su boca al mismo tiempo que despacio humedezco y separo mis labios en una clara invitación. Me felicito por la facilidad con que consigo interpretar el papel que utilizo para ocultar lo que llevo dentro, el que me ha convertido en una excelente actriz.

Sus ojos no se separan de los míos y, despacio, inclina la cabeza hacia adelante. Cada vez está más cerca, su aliento cálido me cosquillea en la cara, y me preparo para recibir sus labios.

La puerta del despacho se abre de golpe lo que provoca que me eche hacia

atrás con un gesto que demuestra mi molestia por la interrupción. En cambio, este engreído ni se ha inmutado. Mi mal humor aumenta cuando esboza una sonrisa orgullosa que me confirma que ha captado mi frustración. Maldigo en silencio no haber conseguido mi propósito y a quien haya irrumpido en mi despacho.

—Dey, necesito que llames a... —Mi padre se detiene en seco, al igual que sus palabras. Retiro inmediatamente todas las cosas horribles que había deseado que le sucedieran al culpable de la intromisión. Hubiera preferido que hubiera sido cualquier otro antes que él.

—Papá, él es Kyle Miller y ha venido para el puesto de mecánico — aclaro, en un intento de sacarlo de su repentino mutismo.

Kyle se acerca a él con fluidez y extiende su mano para saludarlo.

—Esto sí que es una buena noticia. Acompáñame. —Mi padre se la estrecha, sonriente, al mismo tiempo que le da una palmadita en el hombro.

—Papá, ¡lo estoy entrevistando!

Mi padre me mira perplejo. Sé muy bien lo que está pensando: aparte de que nunca he entrevistado a nadie, le pide a Dios que le de paciencia conmigo, algo que se repite cada día. Por lo visto, debe de oír sus plegarias, porque aún no me ha despedido.

—Dey, déjalo —dice, autoritario, y le frunzo el ceño—. Necesito unos brazos fuertes y un mecánico, más tarde podrás continuar.

—Pero...

Mi protesta se queda suspendida en el aire, porque los dos abandonan mi despacho, dejándome como un pasmarote. Cierro los puños y lanzo un grito ahogado ante mi impotencia. Mi padre es la persona más confiada e inoportuna del mundo. Me asomo a la ventana de mi despacho que da al taller. No pienso perderle de vista...

CAPÍTULO 2

*****KYLE*****

Echo un vistazo a mi alrededor y, al levantar la vista, me encuentro a Deydra en la ventana de su despacho. Me quedo mirándola e intenta disimular dando a la persiana una especie de sacudidas que, por cierto, se le dan de pena. Te he pillado, cara bonita. Aguanto como puedo las ganas de echarme a reír.

Esta preciosidad ha conseguido lo que ninguna otra: dejarme embobado al instante; con su rubia y larga cabellera ondulada que destaca su bonito bronceado, se asemeja más a una surfista californiana que a una chica del norte del país. Tiene unos ojos enormes y tan azules como el océano, y una boca generosa como sus apetecibles labios. Aunque lo que más me ha fascinado, y no sabría explicar por qué, es ese exótico lunar que tiene en la mejilla derecha; ese pequeño rasgo hizo que se me acelerara el pulso.

Creo que es un tanto peculiar, además de una descarada cotilla. Seguro que tendría futuro en uno de esos programas de chismorreos. Me he divertido con esa chorrada de entrevista de trabajo. Lo he pasado genial viendo cómo iba reaccionando con mis respuestas. Su forma de actuar conmigo no dista mucho del resto: se ha ruborizado hasta las orejas, estaba nerviosa y sus ojos brillaban, golosos. Estoy acostumbrado a ver ese tipo de reacciones, aunque, en la parte de la seducción, sí que ha sido distinta. Las demás despliegan todos sus encantos, o al menos lo intentan. Esta, en cambio, fue antipática y arisca, lo que despertó mi curiosidad. Ese fue el motivo que me indujo a

volver. Le hice creer que había perdido algo, porque sabía que desde la distancia a la que estaba, a no ser que hubiese tenido una vista de lince, no podría darse cuenta de que no había nada. Para mi sorpresa, la chica que encontré a mi regreso no tenía nada que ver con la anterior y su actitud había cambiado. Supongo que se lo pensó mejor, si quería salir de esa recóndita carretera. Era más amable y hasta diría que graciosa. Pero lo que más me ha sorprendido y me ha llamado la atención ha sido la reacción de mi cuerpo al tenerla frente a mí; ese latido desbocado de mi corazón que hacía tanto tiempo que no me ocurría volvió; ese chispazo que sentí cuando acaricié su mano y que regresó en el momento en que le hice creer que iba a besarla. De no ser por la interrupción de su padre, me hubiese lanzado de lleno a su boca. He tenido que hacer todo un esfuerzo para disimular lo mucho que me ha jodido que llegara y me ha encantado saber que a ella le había ocurrido lo mismo. Esta revelación hace que mi polla se emocione.

Prosigo con mi inspección. Menudo antro tienen. Aquí no hay quien se aclare. Nada está en su sitio y hay piezas desperdigadas por todos lados. Necesita una nueva reorganización, aunque lo que menos soporto es toda la suciedad que hay.

Su padre se ve afable, un buen tipo con pinta de despistado. No es muy alto y le deben de sobrar al menos veinte kilos, aunque parece que no es un obstáculo, porque se mueve con bastante agilidad. Hay dos tíos con él: un negro grandullón que al verme pasa olímpicamente de mí y otro que se endereza y saca pecho. Contengo la risa y me limito a saludarle con un leve movimiento de cabeza.

Creo que voy a quedarme un tiempo. Este lugar parece tranquilo y es lo que ahora mismo necesito. Nadie imaginaría que podría encontrarme aquí. Vuelvo a mirar hacia la ventana y ahí sigue la muy cotilla. Nada más verme, intenta correr la persiana, pero algo se ha debido de enganchar, porque no lo

consigue. Esto va a ser divertido.

—¿En qué taller has trabajado antes? —me pregunta su padre.

—En San Francisco. —No pienso darle detalles del tipo de taller, de hacerlo le estaría facilitando demasiada información sobre mí. Además, queda muy lejos de parecerse a esto.

Su leve movimiento de cabeza me confirma que ha quedado satisfecho con mi respuesta.

—Bien. Ya irás viendo cómo lo hacemos aquí. Cada uno tiene sus pequeñas manías, su propia forma de trabajar...

—Espero que la mía sea de su agrado, señor Nevill.

Si este tipo tuviera una mínima idea de quién soy y de lo que puedo hacer, alucinaría. El vicepresidente de una de las empresas de alta tecnología más importantes del mundo, doctorado por el MIT en dos ingenierías; mecánica y electrónica y en ambas con la prestigiosa distinción *summa cum laude*.

—Déjate de señor. Aquí no usamos tantos formalismos. Llámame Harry. La edad y la experiencia es un grado, pero, no te preocupes, eres joven y te veo muy despierto. Mira. Esta joya de alta gama tiene una avería en el sistema eléctrico. —Señala con la cabeza un magnífico Lamborghini Veneno en color ceniza—. Espero que solo sea eso. Si necesitara alguna pieza, el problema lo tendríamos nosotros. No suelen entrar coches de este tipo en el taller, así que no tenemos nada que pueda servir y habría que pedirla. Además, quieren una reparación urgente.

Reprimo las ganas de carcajearme por las ironías de la vida. Si Owen viera a lo que voy a dedicarme, me cortaba las pelotas.

El buen hombre me acerca un pantalón de trabajo y una camiseta con el logotipo del taller y me indica dónde está el aseo para poder cambiarme. Cuando regreso, echo un vistazo al coche, pero, antes de ponerme a trabajar, le dejo que me dirija un poco. No es cuestión de levantar sospechas

innecesarias. Tras media hora, tengo solucionado el problema, aunque solo hubiera necesitado diez minutos.

—Buen trabajo. El puesto es tuyo —dice Harry sin más dilación, dándome una palmada en la espalda. Por lo que veo, debe de ser una costumbre que tiene, porque es la segunda vez que lo hace, y es algo que detesto.

—¿Estoy contratado? —Finjo sorprenderme para disimular lo que ya sabía que sucedería.

—Por supuesto. No necesito ver nada más. Mi intuición no me engaña y sé que tengo un buen mecánico delante de mí.

Al menos no es tan estúpido como aparenta. Me queda claro que todo el numerito de la entrevista ha sido solo idea de la rubia antipática.

—Si te parece bien, podría empezar con organizar un poco el desorden. Así no perderíamos tiempo buscando las herramientas, y una limpieza tampoco le vendría mal, ¿no crees?

—¡Magnífica idea! —aprueba, dándome otra de sus dichosas palmaditas en el hombro.

Otro punto a mi favor. Dentro de nada, lo tengo comiendo de mi mano.

—Eso sí, necesitaré ayuda. ¿Cree que alguien podrá estar aquí conmigo?

—Billy y CJ están terminando la reparación de esos coches y tienen que ir a entregarlos.

Esto me acaba de dar una brillante idea:

—¿Las chicas?

—Molly tiene que marcharse a entregar unos presupuestos, así que solo queda Deydra. Si consigues que ordene algo o coja una escoba, haré un monumento en tu honor. —Sacude la cabeza, riéndose.

Lo que acaba de decir lo mejora aún más; todo un reto que pienso conseguir.

—Lo intentaré —digo mientras me encamino hacia el destartado

despacho.

Me detengo delante de la puerta entreabierta y doy un toque de aviso antes de entrar.

—¿Estás ocupada?

—Siempre lo estoy —responde altanera, con la mirada fija en el monitor de su ordenador.

Ahora sí que te voy a poner a limpiar.

—Bien, aunque tendrás que dejarlo para más tarde. Vengo a que me devuelvas el favor que te hice —suelto, acomodándome en el sillón frente a ella. Cuando me mira, le regalo esa sonrisa que tanto les gusta.

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunta irritada y, no me extraña, lo que le pido es algo muy rastrero.

—Te he ayudado cuando tú lo has necesitado. Ahora yo necesito tu ayuda. Creo que es lo justo, ¿no? A no ser que quieras estar en deuda conmigo —explico con calma, y sus enormes ojos azules se entornan retadores.

—¿Cómo puedes tener la cara tan dura? Tú te ofreciste —dice de mal humor.

Sin molestarme en disimular, mis ojos abandonan los suyos para clavarse en su delantera. Intento calcular su talla. Por lo que aprecio a simple vista y por cómo resalta bajo su blusa, debe de usar una noventa y cinco. Mi polla se despierta solo de pensar en el gustazo que me voy a llevar cuando me folle esas tetas.

—Y te recuerdo que tú lo rechazaste. Después, me lo tuviste que pedir, así que me lo debes —aclaro mientras sigo inmerso en mi propia imaginación. ¿Cómo le gustará el sexo? ¿Duro y salvaje? ¿Dulce y tierno? ¿Será atrevida y juguetona? ¿Desinhibida? De lo que sí estoy seguro es de que será toda una delicia hundirme dentro de ella una y otra vez, embistiéndola con fuerza hasta ver su preciosa cara poseída por la locura del orgasmo.

—¿Eres el tipo de persona que se cobra los favores? —arremete en un tono demasiado agudo para mi gusto, sacándome de mis lascivos pensamientos.

—Contigo sí.

—¿Y se puede saber por qué conmigo? —pregunta con el mismo tono elevado y su expresión se contrae en una mueca furiosa.

—Fuiste muy antipática. Ahora puedes remediarlo para que tenga una mejor impresión de ti. —Mi voz sigue sonando tranquila, aunque más áspera de lo que pretendía. Lo que más me apetece es follármela y que de su apetecible boca solo salgan jadeos y gemidos en vez de tanta estúpida pregunta.

—Me importa bien poco la impresión que tengas de mí... Aunque no me gusta deberle nada a nadie. Favor con favor se paga. ¿Cómo quieres que te lo devuelva? —añade, con un tono más suave, casi seductor.

Este cambio me resulta sospechoso. ¡Oh, gatita, gatita! ¿Ahora ronroneas melosa? Te vas a llevar una buena sorpresa cuando te diga lo que tengo pensado para ti.

—Limpiando. Quiero que limpies todo el taller.

Pega un bote en el sillón y se pone en pie. Sus ojos se abren de par en par; las fosas nasales de su preciosa naricita se hinchan y deshinchán, y apoya los puños sobre la mesa. Me recuerda la típica escena de acción que sale en algunas películas, cuando, en un ataque de ira, saltan por encima de la mesa para liarse a puñetazos. No creo que ella lo haga, aunque sería divertido verlo.

—¿Cómo? —Suelta una carcajada forzada—. Ni loca voy a meterme ahí dentro a quitar toda esa mierda que dejáis.

—Yo no lo hice, así que haremos un trato: tú limpias y yo acepto el empleo. De lo contrario, tu padre tendrá que buscar a otro.

—Pues que así sea. ¡Ahí tienes la puerta! —La señala con el dedo—. No estás contratado.

Hago un esfuerzo por no echarme a reír en su cara, y le regalo una media sonrisa.

—Eso no es lo que tu padre me ha dicho y, si no estoy equivocado, él es el jefe.

—Acompáñame —ordena en un tono severo al pasar por mi lado. Sus ojos escupen fuego, pero mantiene una expresión neutra.

Qué mal humor tiene esta gatita, y parece que le gusta mandar. La sigo y, mientras tanto, me entretengo en inspeccionar la parte trasera de su anatomía. Sobre todo, en su precioso culo respingón que contonea de una forma muy sensual, ni muy leve ni muy exagerado, lo que se dice marcando bien el ritmo.

Ralentizo mi paso al ver que no sigue hasta el taller, sino que gira a la derecha y después hacia la izquierda. Pasa entre varias estanterías y sorteando alguna que otra caja llena de artículos que esperan ser colocados. No sé cómo pueden aclararse con tanto desorden. Se detiene delante de una puerta, donde leo «limpieza». Entra y da un portazo tras ella. ¿Lo va hacer? ¿Lo he conseguido? ¡Enhorabuena, Kyle! Ahora eres un jodido chantajista. Cada día me supero más.

A los pocos minutos aparece. Ha sido rápida, aunque en sus manos no lleva ningún producto de limpieza. Me dedica una sonrisa bastante falsa y se dirige hacia el taller, donde se encuentra su padre. Se acerca al hombre, le rodea el cuello con los brazos y le da un beso en la mejilla. Su padre sonrío complacido.

—¿Le has contratado? —le dice ella en un tono suave—. ¿Así sin más? —añade mientras le coloca con ternura un fino mechón de pelo hacia un lado de la frente.

Su repentina dulzura me escama.

Me apoyo en el capó de uno de los coches después de haberme asegurado de que está limpio, algo raro en este cuchitril. Cruzo los brazos y no me esfuerzo en disimular mi sonrisa. Sigo mirando con descaro a la espera de saber cómo se va a resolver esto.

—He visto lo suficiente, y es válido —responde su padre

—¿Cambiar cuatro bujías?

—Dey, hay mucho trabajo. —Señala a su alrededor con expresión de cansancio.

—Lo sé, papá. Ya me he ocupado de eso. Steven viene de camino a echarte una mano. —Me mira de soslayo

¿De qué coño está hablando? ¿Eso fue lo que hizo en ese cuartucho, ponerse en contacto con otro? Y, aunque me da por el culo haberme equivocado, admito que la he subestimado. Es más lista de lo que parece. Me la acaba de jugar, y me rio por dentro de mí mismo.

—¿No crees que deberíamos ver qué más puede hacer el señor Miller? ¿La camioneta de Perrys, por ejemplo? Si consigue arreglarla, el trabajo es suyo. ¿No te parece? —le dice a su padre—. Y, si no, ya puedes largarte —concluye, dirigiéndose a mí.

Sí, gatita arisca, sigue poniéndomelo difícil. Esto lo hace aún más excitante.

—Pero ¡qué diablos, Deydra! —interrumpe su padre—. Acabo de verle trabajar.

—Ella tiene razón —intervengo—, pero este es mi trato: si yo arreglo esa camioneta, ella limpiará. —Señalo con la barbilla a Deydra.

—Un trato justo. —Se vuelve hacia su hija—. ¿Dey? —La mira, enojado, a la espera de su respuesta. Esto tiene pinta de que va a acabar en bronca familiar, y no estaría mal que alguien le bajara los humos a esta engreída.

—Está bien. Si lo consigue, me encargaré de que todo esté limpio. Ya veremos si logra mover este montón de chatarra. —Retira una mugrienta lona que parece sacada de la Primera Guerra Mundial, revelando ante mis ojos lo que ha descrito a la perfección. Se gira hacia mí y me mira con una pedante sonrisita en los labios—. Ahí lo tienes. Todo tuyo —añade antes de marcharse.

Este pedazo de mierda con ruedas me ha llevado casi toda la mañana, pero ya está listo. Habría acabado mucho antes si no hubiese tenido que construir con mis propias manos dos piezas que dejaron de fabricarlas hace más de quince años. Además, he tenido que inventarme una absurda historia para justificar por qué he podido hacerlo. Les he contado que era el mismo modelo de camioneta que usaba mi abuelo y que de él aprendí cómo arreglar cada pieza. Su ignorancia ha jugado a mi favor, porque tanto Harry como los dos tipos que trabajan para él se lo han tragado, incluso he recibido sus felicitaciones.

Alguien ha debido de avisar a esa rubia antipática y ahí viene, caminando decidida hacia mí.

—Como ves, he cumplido mi parte del trato. Te toca, señorita Nevill. Aquí la tienes y es toda tuya —le devuelvo sus mismas palabras, entregándole la escoba.

Da unos pasos hacia atrás y sacude las manos mientras las levanta para que la aparte. Ni que la maldita escoba la fuese a electrocutar...

—No tan rápido, amiguito. Dije que me encargaría de que estuviese limpio, no que lo fuese a hacer yo. En diez minutos vendrán dos personas a ocuparse de todo esto.

—Ya te dije que no lo conseguirías —comenta su padre a mi espalda antes de echarse a reír—. Es como su madre, siempre se sale con la suya.

Me dan ganas de darme un buen puñetazo en el estómago por gilipollas.

—Bienvenido a Nevill's Motors, señor Moore —me dice Deydra con una sonrisa victoriosa antes de marcharse.

Sí, gatita, me la has jugado bien, pero no te haces una idea de lo mucho que voy a divertirme contigo. Por fin encontré un buen juguete.

CAPÍTULO 3

*****DEYDRA*****

No sé cómo demonios me las ingenio, pero admito que soy muy impuntual. Si quisiera hacerlo adrede, seguro que no conseguiría que me saliera tan bien. Todavía sigo de los nervios y muy rabiosa. Me cuesta creer que ese gilipollas se atreviera a pedirme que le devolviera el favor. Si eso no fue bastante, tuve que soportar la charla de mi padre, que se deshacía en elogios hacía su nuevo fichaje, como él lo llama. Además, me recriminó mi comportamiento y me mandó al taller para que anotara todo lo que él necesitaba, a pesar de que no soy la encargada de hacer los pedidos. La

sangre me hervía cada vez que Kyle me dedicaba esa sonrisita de suficiencia. Me daba ganas de borrarla de una bofetada. Eso cuando no se limitaba a ignorarme y a dirigirse a una complaciente Molly, que empezó a revolotear por allí. En más de una ocasión tuve que contener mi lengua para no soltar todos los improperios que se me pasaban por la cabeza, en especial los dirigidos hacia ese engreído con melena. Al menos, hoy no tengo que verle la cara. ¡Es mi día libre! Y dentro de poco serán mis vacaciones.

Entro en la consulta como un rayo y Evelyn ya me está esperando con su habitual y nada correcta forma de sentarse: con los pies apoyados sobre su escritorio. Al verme, señala con el dedo el reloj con forma de ojo que está encastrado en la pared y se enciende un cigarrillo. Cuando vine por primera vez, me llamó mucho la atención. Se supone que no debería hacerlo en su consulta, ¿no?

Evelyn es mi psicóloga; para ser exacta, la tercera, y con la que por fin me siento a gusto. Es todo lo opuesto a lo que la gente se espera. Empezando por su aspecto nada convencional, un *look heavy* en el que el negro es su color estrella, tanto en sus camisetas anchas con el logotipo de su banda favorita o con lemas de protesta, como en sus características botas militares. Y terminando con sus terapias, que están muy lejos de parecerse a lo que en su gremio podría considerarse «normal». Esta fue una de las causas por las que decidí intentarlo con ella. Me pareció una especie de señal y, por extraño que parezca, mi intuición no se equivocó. Ella ha conseguido muchos avances donde las otras fracasaron; puedo hablar con naturalidad sobre lo que me ocurrió sin derrumbarme y soy mucho más fuerte, aunque sé que aún falta para llegar a ese ansiado final en que estaré recuperada del todo.

—Lo sé y lo siento. En mi próxima vida seré puntual, lo prometo —me disculpo mientras cuelgo mi bolso en el perchero.

—Dey, creo que el día que llegues a tu hora, empezaré a preocuparme de

verdad —dice poniéndose en pie y exhala el humo del cigarrillo por la ventana.

—Por nada del mundo quiero que te preocupes por mí. Tranquila, seguiré llegando tarde —bromeo mientras busco con la mirada el sillón en el que, según mi estado de ánimo, me corresponde sentarme hoy. Esto forma parte de sus originales terapias. Cada uno de ellos es de un color y cada color determina una emoción. Escojo el verde porque, según ella, representa la rabia.

—Veo que hoy no tenemos un buen día. —Chasquea la lengua al decirlo y apura la última calada del cigarrillo antes de apagarlo en un cenicero que hay sobre la mesa.

—Hoy es uno de esos días en los que sería capaz de matar a alguien —suelto mi malestar, llevándome las manos a la garganta para simular un estrangulamiento.

—¡Caramba! Espero que no empieces conmigo... —Se cubre el cuello y se echa a reír.

Reparo en su particular color de pelo. Lleva en el flequillo unas mechas de color morado, fucsia y azul.

—¡Dios! ¿Qué le ha ocurrido a tu pelo? —casi grito. Estoy acostumbrada a su atípico estilo de vestir, pero aún no la había visto atreverse con el pelo.

—Renovarse o morir. Y, como no pienso morirme en mucho tiempo, es hora de un cambio. ¿No te gusta? Y ahora, vamos a bailar. —Comienza a sonar la música, y me quedó mirándola boquiabierta.

Viene hacia mí, sacudiendo todo su cuerpo como si le dieran convulsiones, tira de mi mano y me arrastra con ella por toda la habitación. Me echo a reír al oír la letra de la canción *Fuck what they told ya* de Leslie Clio y le agradezco con un guiño que haya recordado que no me gusta la música *heavy*.

—Canta conmigo —me pide, alzando la voz por encima de la música. Sin dudarle un instante, coreo con ella el estribillo, gritando con todas mis fuerzas. No puedo dejar de reírme. Es la primera vez que hacemos esto y es muy divertido, aunque no es de extrañar en absoluto, sus terapias siempre lo son. La canción acaba, y me detiene, cogiéndome del brazo antes de que vuelva a sentarme en el sillón.

—¿Sigues con esa rabia?

—La verdad es que no. Se ha esfumado.

—Bien. Pues vuelve a tu color. —Señala con el dedo otro de los sillones. Sonrío y me siento en el arcoíris, que representa todos los estados de ánimo y ninguno en concreto; así es como ella lo define.

—Deydra, ¿has vuelto a medicarte por tu cuenta? —me pregunta. Parpadeo varias veces, sorprendida—. Sabes muy bien a qué me refiero —añade al ver mi expresión. Se pone las gafas y anota algo en su cuaderno.

Por supuesto que lo sé. Lo que no entiendo es a qué viene. Evelyn solo medica a sus pacientes en casos muy extremos y decidió que yo no lo era. Hizo mucho hincapié en que dejara de tomar los antidepresivos que me habían recetado mis anteriores médicos. Me dijo que no era candidata a llevar una vida llena de Amitriptilina.

—He tomado alguno en contadas ocasiones, pero solo ha sido por una extrema necesidad.

Evelyn deja de escribir y se sienta frente a mí.

—¿Has vuelto a ver objetos cambiados de lugar, y a oír esos ruidos y voces extrañas?

Aquí viene el motivo de su pregunta: la vez anterior me dijo que los antidepresivos podrían provocar alucinaciones. Comentó que hubo casos en el pasado, por lo que no era descartable, pero yo sé que no soy uno de esos casos.

—Evelyn, no tengo alucinaciones. Lo que veo y lo que escucho es tan real como yo. Mis cosas desaparecen y después, como por arte de magia, vuelven a aparecer donde menos lo espero.

—Dey, son pérdidas de memoria transitorias y se acrecientan cuando se toma antidepresivos.

—Muy bien. ¿Y qué me dices de esa maldita mecedora? Nunca está donde la dejo. Me la encuentro en ese dichoso lugar del salón, siempre es el mismo, a la izquierda del mirador. Es como si algo la volviera a colocar en su sitio original. —La piel se me pone de gallina al recordarlo—. Lo último pasó hace dos noches. Los chillidos de los somorgujos me despertaron y oí pasos dentro de mi casa. Mentiría si te dijese que no tuve miedo. Tuve tanto como para quedarme paralizada... aunque también te digo que el miedo me pone furiosa, y sabes muy bien a qué me refiero. —Me mira y asiente—. Así que me armé de valor y salté de la cama, pero con cada paso que daba el ruido se iba desvaneciendo. Cuando llegué al salón, no había nadie. Entonces, de pronto oí... —Me detengo al notar un soplo helado en la nuca.

Es el mismo frío gélido que me dejó el cuello entumecido y que invadió mi casa, pese a ser una noche de verano bastante calurosa. Para asegurarme de que es real, me llevo la mano a la nuca y cierro los ojos. En mi cabeza vuelve a representarse esa escena como si la estuviese volviendo a vivir, aunque no hay ninguna revelación súbita ni extraña; mi cuello está relajado y mi piel, cálida.

—¿Estás bien? —pregunta Evelyn, apretando mi mano con suavidad. Asiento, y me dirige una sonrisa afectuosa para que continúe.

Trato de proseguir, pero me estremezco de pies a cabeza al no conseguir articular palabra. Es como si tuviese una bola de algodón en la garganta. Carraspeo varias veces, en un intento de expulsar lo que me oprime, y desaparece. Lo que no se desvanece es la inquietud que se cernió sobre mí

desde el momento en que comenzó a ocurrir todo.

—Oí un golpe en la puerta que casi me mata del susto: era como si algo la estuviese arañando. Al mismo tiempo, se cimbrea. Intentaban forzarla para entrar. Solo duró unos segundos, pero fueron los segundos más interminables de mi vida.

—¿Conseguiste ver quién era?

—No, no vi nada a través de la mirilla, pero te juro que había alguien. No tuve valor para abrir la puerta y la atranqué —concluyo, dejándome caer contra el respaldo del sillón, y resoplo, derrotada.

—Alguien tan pequeño como para no verlo y con tanta fuerza como para mover la puerta —canturrea como si fuese un acertijo—. No le encuentro explicación, a no ser que... —Me vuelve a apretar la mano como si hubiera tenido una revelación—. Que sea algo sobrenatural. ¿Es lo que piensas?

Aqueo las cejas, sorprendida, ya que es la posibilidad que se me ha pasado más de una vez por la cabeza. Aunque aceptarlo implicaría que creo en esas cosas, y tampoco lo tengo muy claro. Prefiero no dar una respuesta detallada, sobre todo ante la expresión incrédula de Evelyn.

—Ya no sé qué pensar —admito en voz baja.

—Cielo, la existencia de fenómenos paranormales aún no se ha probado científicamente. He asistido a reuniones de los que se hacen llamar «investigadores paranormales» y, créeme, salí de ellas igual de escéptica que ahora; no consiguieron demostrarme nada. Lo que sí puedo confirmarte es que el miedo aparece de muchas formas, y eso es lo que estamos tratando —me recuerda con aplomo, como si yo lo hubiera olvidado. Ojalá pudiera olvidarlo.

—Crees que todo es fruto de mi imaginación —digo desanimada.

En el fondo desearía que Evelyn estuviera en lo cierto, pero sé que no es así. Tengo claro que no son alucinaciones. El que haya preguntado sobre mis

medicamentos confirma aún más su fehaciente diagnóstico de que todo es debido a la huella que ha quedado en mi subconsciente.

Se queda en silencio, a la espera, por si quiero seguir hablando sobre esto antes de dirigir sus preguntas en otra dirección. Creo que voy a dejarlo estar. Hoy no me apetece darle más vueltas a este asunto.

—Dey, quiero que me hables de esa rabia. ¿A qué se debe? —cambia de tema al ver mi mutismo.

—A alguien que es un gilipollas, engreído, chulo, idiota, sabelotodo, descarado...

—¡Interesante! —me interrumpe. Se lo agradezco, ya que he escupido esas palabras casi sin coger aire—. Para empezar, ¿conocemos el nombre de ese derrochador de encantos? —ironiza, echándose a reír.

— Kyle.

—¡Bien, alguien ya tiene nombre! —Aplaude—. Háblame de Kyle.

—No hay mucho que contar. No lo conozco. Trabaja para mi padre.

—Para no conocerlo, has hecho una fantástica descripción de sus cualidades. Ahora dime, aparte de esa primera impresión, ¿hay algo en él que despierte tu interés?

—Nada.

Me lanza una mirada reprobatoria. Me acaba de pillar saltándome su regla número uno. Bueno es la única regla que tiene, y es no mentir. Puedes decirle que no quieres hablar de ello, aunque, por supuesto, lo anotará y cuando lo crea oportuno, volverá de nuevo sobre el tema.

—¿Cómo es físicamente? —sigue interrogando y esto confirma mi sospecha: me ha cazado mintiendo. ¿Tan poco convincente he sido?

—De acuerdo... No está mal —rectifico, encogiéndome de hombros.

Me acabo de arrepentir de no haber continuado hablando de esas voces y ruidos extraños que últimamente me acompañan.

—Define ese «no está mal». —Me mira por encima de sus gafas.

—Es guapo —respondo sin entusiasmo

—¿Qué tipo de guapo?

—Evelyn, la clase de guapo gilipollas e insolente. —Me estoy empezando a irritar. No sé por qué le importa tanto. Hemos hablado de hombres a los que he conocido y con ninguno ha sido tan insistente. ¿Llevaré pegado en la frente un letrero de neón que dice «este tío me ha dejado impactada»?

—Dey, te veo bastante alterada con ese chico. Debe de haber algún motivo.

—Quería que me pusiese a limpiar todo el taller. No soporto a esos tíos que piensan que por el hecho de ser mujer nacimos con una fregona en la mano —reconozco con rabia—. Además, me llamó gatita. ¿Quién llama así a una persona que ni siquiera conoce?

—Es un apodo cariñoso, ¿no? —Intenta aguantar la risa, estoy segura. Sé que todo esto le divierte—. Explícame. ¿Por qué te lo pidió?

—Me exigió que le devolviera un favor.

—¿Eso fue lo que te molestó?

—¿¡Tú qué crees!?! —Me levanto del sillón como si me estuviese quemando el culo—. Por supuesto que me molestó. Esas cosas no se hacen.

—Si te ofreces a ayudar a alguien, no es muy ético pedir que te lo devuelvan —comenta Evelyn como si hablara consigo misma.

—Bueno... no fue así. Él me ofreció su ayuda, pero la rechacé para más tarde tener que pedírsela. —Me enfurruño al recordarlo.

—Este chico se ha tomado la revancha. Me gusta. —Se ríe de buena gana y le frunzo el ceño. Sin conocerlo, ya le gusta. No quiero ni pensar qué haría si lo tuviera delante—. Y a ti también, pese a que no lo soportes —añade. Sé que debería de aplaudir su apreciación, porque ha dado en el blanco. Por supuesto que me gusta, y a quién no, aunque no lo pienso admitir.

—¿Cómo puedes aprobar ese tipo de cosas?

—No se trata de que lo apruebe. Lo que ocurre es que no lo veo como un acto de venganza en sí, sino más bien como una travesura. Se ve que tenía ganas de fastidiarte. Y, no sé por qué, pero algo me dice que no fuiste muy simpática con él.

Ha vuelto a dar en la diana, aunque no me extraña, porque me conoce bastante bien. Le hago un breve pero interesante resumen de todo lo que sucedió. Lo que sentí cuando me acarició la mano y cuando estuvo a punto de besarme. Con ningún otro hombre mi cuerpo había reaccionado como lo había hecho con él. Tanto para ella como para mí, esto podría ser un pequeño avance en mi recuperación. A pesar de todo, no puedo evitar que mi lado pesimista salga a flote para recordarme que quizás se deba al impacto que me provocó en ese momento y lo más seguro es que no vuelva a suceder.

—Dey, deberías plantearte conocer a ese chico. Y no me refiero a lo que sueles hacer. Tienes que empezar a salir de ese bucle en el que estás metida y que te impide avanzar. Tienes que dar un paso más hacia la realidad, no a tu fantasía —me recomienda—. Ya sabes que no apruebo esas mentiras que inventas sobre ti para hacerle creer a todo el mundo que eres alguien diferente.

La fantasía de la que habla no es otra que la vida imaginaria que he creado a mi alrededor. Dado que provengo de un pueblo puritano, dicen de mí que soy una auténtica zorra.

—Qué patética soy, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Bueno, quizás un poquito. —Hace un gesto divertido, arrugando la nariz y sacando la lengua, y me echo a reír—. Te dije que descartaras la autocompasión.

—No va a funcionar. Todos son iguales.

—Si estás tan segura de que todos son iguales, sé lo suficiente valiente

para comprobarlo.

La oportuna llamada de su recepcionista nos interrumpe y me alegro, porque no quiero seguir hablando de ese gilipollas. Mi hora de terapia está a punto de finalizar; según ella he progresado, despacio, pero siempre avanzando en dirección a la meta. Yo, en cambio, me veo estancada. No consigo ver el final, pero me prometí no tirar la toalla.

—Tu cuerpo está respondiendo. Atiende a esas señales —dice Evelyn—. Eres valiente. No olvides lo que siempre te digo: tienes que remar en dirección contraria a lo que piensas para poder encontrar la trayectoria correcta. Muéstrale a ese chico a la auténtica Deydra.

Siempre me lo dice y yo sigo sin hacerle caso. Es ella la que alucina si piensa que voy a hacer lo que me pide. Ese tipo no va a conocerme, aunque es irrisorio que lo diga, porque hay veces que ni yo misma sé quién soy. Lo que es seguro es que pienso divertirme con él; es demasiado guapo como para ignorarlo. Será otro que pasará a engrosar mi estúpida lista de conquistas fallidas. Sé que Evelyn siempre deja claro que no aprueba la forma en que me relaciono con los hombres, pero es la única manera de seguir adelante.

Me despido hasta la próxima cita, dentro de dos semanas. Aparte de ella y de mi tía Grace —lo de mi tía fue algo inevitable—, tengo una persona más con la que puedo desahogarme: Alice, mi mejor amiga. Ella fue uno de los últimos progresos que Evelyn consiguió que hiciera.

Salgo a la calle y me dirijo a uno de mis lugares favoritos: el museo de arte contemporáneo. Adoro todo lo que tenga que ver con esta disciplina, desde su historia, hasta el proceso creativo. Todo lo que engloba ese mundo es de lo más fascinante. A pesar de que sé que volveré a deprimirme como me ocurre siempre que vengo, no puedo dejar de hacerlo. Tomé la firme decisión de dedicarme a algo que no quiero, pero, así es la vida, no siempre se pueden hacer realidad nuestros sueños.

CAPÍTULO 4

***** KYLE *****

Espero que la recomendación que me han dado de este restaurante sea acertada. Huele bien y está a reventar, lo que es una buena señal, aunque me temo que tendré que irme. No veo ninguna mesa libre. Me acerco a la barra y una camarera se aproxima a toda prisa, con una pletórica sonrisa. Me conduce hacia un extremo de la barra y me explica en voz baja que enseguida conseguirá una mesa para mí. Varias personas que se encuentran a mi lado reclaman su atención. Por lo visto, llevan un buen rato a la espera. Les dice que, sintiéndolo mucho, aún no queda ninguna disponible. Menuda mentirosa. Una vez más, mi físico gana la batalla. Soy consciente de las miradas que me dirigen las mujeres. Frente a mí, tengo un buen surtido de ellas que intentan llamar mi atención. Sé que, si les dirijo, aunque sólo sea una mirada de reojo, las tendré en un segundo a mi lado, pero en estos

momentos no me apetece tener compañía.

Me pido una cerveza mientras espero esos minutos que me ha pedido la camarera, aunque al segundo trago ya está de vuelta. Con un guiño y un leve movimiento de cabeza, me indica que mi mesa ya está disponible. Se lo agradezco, devolviéndole el guiño junto con mi sonrisita de medio lado que sé que les fascina. Se queda embobada mirándome hasta que aparece su compañera y de un codazo la devuelve a la realidad.

Me acomodo en la silla y reprimo las ganas de echarme a reír ante el fusilamiento de miradas por parte de mis vecinos de la barra, pero de pronto algo les llama la atención y mi curiosidad me obliga a buscar el motivo por el que dejo de ser su objetivo, que no es otro que la persona que acaba de entrar.

Vaya, vaya, si se trata nada más y nada menos que de la rubia arisca. ¿Casualidad? O tal vez el destino es más caprichoso de lo que creo... Está mirando de un lado a otro sin percatarse de mi presencia. Me quedo observándola. Está para comérsela con ese top de tirantes en color gris oscuro con el logotipo de los Guns N' Roses. Ha crecido unos cuantos centímetros gracias a unas sandalias romanas de cuero rojas.

¿Habrá quedado con alguien para comer? Se va abriendo paso entre la gente, se detiene, abre su bolso y veo cómo atiende a su móvil. Quien la ha llamado, o bien la ha citado en otro lugar, o no va a aparecer, porque se dispone a marcharse. Tendré que comprobarlo. Me levanto y voy a su encuentro. Mis ojos vuelven a quedarse magnetizados con su retaguardia, con ese precioso culo respingón que lleva embutido en una falda roja de tubo y que se menea cautivadoramente a lado y lado. Pero lo que provoca que mi polla de un brinco es esa sexy abertura hasta la mitad del muslo, por donde asoman unas preciosas piernas que van dejando un halo de sensualidad a cada paso.

—Si buscas una mesa, sería un enorme placer compartir la mía contigo. —

Le ofrezco, hablándole a su espalda.

Se gira al oírme, y me brinda una maravillosa y amplia sonrisa, como si de verdad estuviese encantada de verme. Me deja un poco desconcertado.

—Entonces, no seré yo quien te prive de ese placer —acepta y su tono es bastante amistoso. Me queda claro que la han plantado y está de más decir cuánto me alegro, pero no me fio nada de este cambio repentino. Ayer me habría asesinado de haber podido.

Apoyo mi mano al final de su espalda para conducirla hacia mi mesa y sonrío por dentro al notar que se estremece. No me sorprende, ya me di cuenta de que no es inmune a mi contacto.

—¿Disfrutando de tu día libre? —pregunto mientras retiro la silla para que tome asiento. Ella sonrío ante mi gesto galante.

Sí, encanto, esto es de las pocas cosas buenas que aprendí.

—Así es. Y, por lo que veo, acaba de mejorar. —Sus palabras son tan inesperadas como su aparente cordialidad. Sus ojos hacen un recorrido por mi cuerpo de una forma muy sugerente y lenta antes de tomar asiento, lo que me deja mucho más desconcertado.

Empiezan las sorpresas. Este coqueteo no me lo esperaba, pero consigo sorprenderla cuando me siento justo a su lado. Sí, cariño, te quiero cerca de mí.

Ahora juego con un poco de ventaja: mi mañana ha sido muy productiva con la encantadora tía de Molly, que se ha encargado de ponerme al día de casi todos los chismes de ese pueblo donde viven y en el que está incluida la rubia. Se ha referido a ella como una chica problemática y de moral ligera. Esto último me hizo bastante gracia, aunque es habitual que la gente de su edad emplee esa expresión, pero lo más irrisorio fue cuando bajó la voz para aclararme que era el tipo de chica fácil a la que solo le interesa un buen rato de sexo. Dentro del colectivo masculino de donde viven, la opinión que

tienen de ella es que es la típica calentabraguetas. Con toda esta información, me quedan aclaradas tres cosas: que esa señora tiene veneno en la lengua, que ningún paleta de ese pueblo ha conseguido echarle un polvo a la rubia y que por aquí tienen una mentalidad muy obsoleta.

Reduzco la poca distancia que hay entre nosotros.

—Gracias a ti tengo trabajo y lo menos que puedo hacer para agradecértelo es invitarte a comer.

—No es necesario. Tú me ayudaste y después te he ayudado yo. ¿No es así como funciona? No me debes nada ni yo a ti. Estamos en paz. —Me echo a reír cuando descubro a qué se refiere. Nuestro pequeño rifirrafe en el trabajo aún le escuece. Molly no se equivocó cuando me dijo que se largó bastante cabreada, así que ha llegado el momento de resarcirla.

—Creo que empezamos con mal pie. ¿Qué te parece si aceptas mi invitación y comenzamos de cero? —propongo y la observo con atención. No parece nerviosa, aunque esos golpecitos incesantes de sus dedos sobre la mesa me indican todo lo contrario.

—No soy rencorosa —asegura, y no me creo nada—. Por mi parte, todo está olvidado. Y, de verdad, no hace falta que me invites.

Le ofrezco mi mano para sellar lo que pienso que es una tregua por su parte, aunque, con ese temperamento explosivo que ha demostrado, no descarto posibles conflictos. Ella me la estrecha y su pequeña mano se pierde en la mía. Su contacto vuelve a electrizarme. Sin darme tiempo a ver su expresión, ella la retira enseguida, pero estoy seguro de que ha sentido lo mismo que yo.

—Para mí es un enorme placer, Deydra —insisto, y ella asiente, conforme.

—Dey. Todos me llaman así. Es más corto.

Encanto, yo no soy como todos.

—Es un crimen acortar un nombre tan bonito y original.

—Si lo comparamos con gatita, sí, es mucho más original.

Me echo a reír por la graciosa mueca de asco que ha puesto. Ese tono afilado de voz que empleó cuando la conocí ha desaparecido. La chica que tengo ahora a mi lado es desenfadada y alegre, y no tiene nada que ver con esa arisca que conocí ayer.

—Podría dedicarte toda una lista de ellos: bizcochito, princesa, muñequita, caramelito...

—Eh, eh. —Levanta las manos para que me calle—. Son suficientes. Y no tengo claro cuál de todos es el peor.

La camarera se acerca para tomar nota del pedido y centra toda su atención en mí, algo que no ha pasado desapercibido para mi preciosa acompañante, que pone los ojos en blanco antes de ojear la carta. Paso de la camarera y hago partícipe a Deydra, sugiriéndole que pida por los dos. Me gano así su sonrisa y el enfurruñamiento de la otra.

Pide una botella de vino para acompañar el estofado, que, por lo visto, es el plato estrella de la casa; le siguen unas patatas rellenas de bacón y queso, aunque insiste en que el suyo esté repleto de queso; y, por último, tarta de limón. Con todo esto he comprobado, aparte de que le encanta el queso, que tiene buen apetito, y es algo que me agrada. No es como las otras con las que he salido, que solo comen dos hojas de lechuga y poco más.

La camarera se marcha, no sin antes dedicarme otra sonrisita, que no le devuelvo. Mis cinco sentidos están puestos en esta belleza rubia.

—Me alegro de haber mejorado tu día, aunque se podría mejorar mucho más —susurro cerca de su oído. Su delicioso olor me invade los sentidos: huele a frutas y flores, una combinación sensual y turbadora como ella.

—¿Propones algo? —pregunta con una discreta sonrisa.

La miro con atención y veo la expectación en su bonita cara. Está esperando mi respuesta y mi cabeza solo piensa en todo lo que deseo hacer

con ella. Empezaría por ese lunar que tiene en la mejilla y que me vuelve loco, hasta llegar a su provocadora boca. Besaría, mordería y lamería cada milímetro de su cuerpo y acabaría follándomela de todas las formas posibles.

—Podríamos divertirnos un buen rato —respondo y la observo con detenimiento. Hay un halo en su mirada que me dice que está pensando lo mismo que yo.

—Una magnífica idea. Y... ¿qué te apetecería hacer? —sigue el juego con su voz almibarada y detecto cierta picardía en sus ojos.

¡Sí, nena! Tu ronroneo meloso me está empezando a poner cachondo.

—En este momento me apetece probar ese fabuloso estofado que has pedido.

Dey sonrío ante mi repentino cambio de conversación y se da cuenta de que tenemos a la camarera justo al lado con nuestro pedido. La otra sigue haciéndose notar, sirviendo mi plato primero, aunque esta vez no le da tiempo a sonrisitas, porque alguien la llama y se marcha con urgencia.

—Necesito coger fuerzas para lo que tengo pensado —añado al quedarnos de nuevo solos.

Sus enormes ojos se abren como platos como si acabara de recordar algo.

—¿Tú también tienes el día libre?

—Tenía que buscarme un lugar para vivir —aclaro mientras sirvo su copa de vino.

—¡Ah! Es cierto. ¿Lo has encontrado?

Me quedo mirando su boca, cómo la punta rosada de su lengua saborea el vino de sus labios. Me remuevo un poco en mi asiento. ¡Joder, me está empezando a poner duro!

Se coloca un mechón de pelo tras la oreja, antes de devolverme su mirada. Está más nerviosa de lo que aparenta, pero intenta camuflarlo con una sonrisa.

—Sí. En Green Lake —le informo, y su sonrisa se eclipsa.

—¿Por qué allí?

Enarco las cejas sorprendido, no por su pregunta, sino por la sombra que he visto en su expresión, aunque ha desaparecido con tanta rapidez que no he podido interpretarla. Su sonrisa aparece de nuevo.

—Imaginé que como vienes de una gran ciudad, preferirías quedarte en Rochester. Si buscas un lugar tranquilo, Green Lake es perfecto.

—Molly me lo recomendó. He alquilado un pequeño apartamento donde vive su tía —explico. Después de conocer a esa señora cotorra y bastante cotilla que voy a tener de vecina, no sé si he hecho una buena elección.

—Molly tan servicial como siempre... —murmura con desdén antes de llevarse a la boca el primer bocado de estofado. No tardo en imitarla al aspirar el excelente aroma especiado del plato estrella. Mi estómago vitorea de alegría; no me extraña, estoy muerto de hambre.

Comenzamos a charlar mientras comemos y se crea un ambiente cómodo entre nosotros, aunque hay algo que me llama la atención: no hace preguntas personales. Después del interrogatorio que me hizo en su estúpida entrevista, es algo que me esperaba, pero se limita a hablar de cosas banales. No intenta saber nada de mí. Quizás se deba a que ahora estamos en terreno neutral y daría cabida a que yo también le preguntase cualquier cosa sobre ella, algo que tal vez quiere evitar.

—¿Sueles ir a comer sola?

—Alguna vez —responde y una expresión traviesa se pasea por su rostro.

—¿Esperabas a alguien?

—Puede ser.

Me saca una carcajada al instante. Me está pagando con la misma moneda. ¡Es buena, sí señor! Está chica me gusta y ahora que compruebo ese punto retorcido, me gusta aún más.

La camarera regresa con el postre y vuelve a dedicarme esa sonrisa picarona mientras muerde la punta del bolígrafo. Miro por el rabillo del ojo a Dey, que se enfrasca con su móvil para contestar algún mensaje. Estoy seguro de que lo hace para aparentar su indiferencia ante este tonto descarado.

—Por cierto, hiciste un magnífico trabajo con esa chatarra de camioneta. Eres un buen mecánico —dice, volviendo su atención hacia mí.

—¿Me acabas de piropear?

—Sé reconocer cuando alguien es bueno en algo. ¿Lo eres en otras cosas? —pregunta mientras saborea su postre, y pillo su indirecta.

—¿Te gustaría averiguarlo? —Me acerco más a ella y puedo sentir esa tensión en el aire, chisporroteando a nuestro alrededor y clavándose en cada parte de mi cuerpo. Acercó la mano para retirar con el dedo una gota de sirope de limón que se le ha quedado en la comisura de la boca, y me lo llevo a la mía. Sus labios se entreabren y contiene la respiración por un instante.

—¿Me sorprenderías? —me incita y su voz tiene un matiz provocador.

—Muy gratamente —confirmo con un guiño y ella me sonrío.

Le ofrezco un trozo de tarta de mi cuchara y ella acepta, abriendo su preciosa boca. Lo más increíble de todo es que ahora ha intentado seducirme de manera descarada, aunque lo que no sabe es que ya lo consiguió cuando ni siquiera se lo propuso. Eso fue lo que la hizo más atractiva e interesante para mí.

—En ese caso, sería un placer descubrirlo —dice antes de soltar un leve gemido y deslizar muy despacio la lengua por sus labios, saboreándolos de la forma más erótica que he visto nunca. Todas mis terminaciones nerviosas se sacuden y a mi mente vuelven toda clase de pensamientos obscenos. Mi cabeza en estos momentos es un torbellino por el deseo desmesurado que siento por esta mujer y por la forma en que me provoca.

El tirante de su top se desliza por su hombro y me quedo mirándola. Mis dedos se crispan por el deseo de tocarla y aún más cuando soy consciente de que es recíproco. Veo la verdad en sus ojos, en la forma en que sus pupilas se dilatan, en el ligero rubor de su piel. No necesito tocar su pulso para saber que va tan rápido como el mío. Sí, ella me desea. Y no pienso frenar la tentación de sentir su piel bajo mis manos.

—El placer está garantizado, si vienes conmigo —propongo mientras mis dedos ascienden despacio por su brazo y sin apartar mis ojos de los suyos. Su cálida y suave piel se le pone de gallina con mi contacto, pero no hace ningún intento de apartar mi mano.

—Suená bien.

—Sonará mejor cuando oigas lo que pienso hacer contigo, una vez estemos allí. Sentirás mis manos sobre ti y cuando pegue tu cuerpo al mío, estoy seguro de que encajaremos a la perfección. Tu pelvis no podrá dejar de moverse y con cada movimiento, la excitación aumentará a tal punto que humedecerá cada parte de tu cuerpo, tu respiración estará tan acelerada como tu corazón, y no pararé hasta que tú me lo ordenes. —Me detengo cuando topo con la fina tela y la arrastro despacio hasta colocarla de nuevo en su hombro.

—Y... —Se aclara la garganta y sonrío por dentro. Sí, nena, a mí también se me seca—. ¿A dónde se supone que vas a llevarme?

—Al décimo tercer encuentro de bailes de salón de estilo latino, que se celebra en el confortable y acogedor hotel Madison. —Mi voz ha pasado del tono seductor al exagerado y sobreactuado que se utiliza en los anuncios televisivos —. ¡Lo vamos a pasar en grande! —Levanto el pulgar, aguantando con todas mis fuerzas las ganas de echarme a reír por mi gilipollez. Sigo conteniéndola al ver la cara de pasmo de Deydra. Aunque la borra con rapidez y sus labios se curvan un poco, a mí no me engaña: no hay

ni pizca de diversión en sus ojos.

Su clara alusión a pasar un buen rato de sexo es lo que me ha dado la idea de conseguir mi pequeña revancha. No iba a permitir que volviera a salirse con la suya.

—Sé que me deseas, Deydra —confieso, pegando mi boca a su oído, y noto como se tensa—, pero yo pongo las reglas. Te daré lo que quieres, aunque tendrás que pedírmelo. Seré bueno y no haré que lo tengas que suplicar...

—Esto tiene mucha gracia, pero te pasas de listo, amiguito. Puedes esperar sentado para no cansarte, porque no va a ocurrir. —Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada forzada.

Eso ya lo veremos, gatita.

—Esto lo hará aún más divertido, porque acabarás suplicándolo a gritos.

—Sigue soñando, Kyle —contesta sin dejar de reírse.

Mi preciosa gatita no sabe con quién se ha topado. Con solo pensarlo, ya disfruto al imaginarme cómo se lo voy a hacer pasar hasta que acabe suplicándolo... ¡Que comience el juego!

CAPÍTULO 5

*****DEYDRA*****

Abro los ojos de golpe en la oscuridad de mi habitación, con los acelerados latidos de mi corazón retumbando en mis oídos. Es la tercera

noche que ese maldito ruido me despierta. Intento convencerme de que no hay que tener miedo y es un simple ruido, pero no puedo evitar que el vello de mi cuerpo se erice cada vez que lo oigo. Es un sonido que aún no he conseguido identificar. Parece el repiqueteo de algo metálico sobre la madera.

Me levanto y voy directa al foco del sonido, encendiendo todas las luces a mi paso, pero un grito se queda atascado en mi garganta cuando siento algo frío en mi espalda, tan intenso como si una mano helada me hubiese tocado. Giro en redondo con el corazón desbocado, pero no hay nada, absolutamente nada. El miedo implacable que me cala los huesos me dice que ese nada es algo, y está conmigo. Este presentimiento hace que mis piernas se paralicen y las gotas de sudor resbalen por mis sienes. Cuando quiero que mi garganta emita algún sonido, no lo consigo, porque esa frialdad ahora está en mi boca, como si esa mano invisible estuviese sobre ella para impedir que grite. Cierro los ojos con fuerza. Esto no es real... esto no es real...

Todo cesa. La espeluznante sensación se ha desvanecido al igual que el ruido y la casa se queda en un completo silencio, un silencio tan aterrador como lo que acabo de sentir y que aumenta aún más mi inquietud.

Quiero creer que todo esto es producto del miedo y que mi imaginación ha hecho de las suyas. Eso es. No tengo que buscarle más explicación. Me retiro el pelo húmedo de la frente. Lo único que sí es real es ese maldito ruido, tan fuerte, que consigue espabilarme por completo. Continúo hasta la cocina. El sonido siempre proviene del embarcadero. Me detengo delante de la puerta y veo que sigue como la dejé, bien cerrada y atrancada. Mi corazón se acelera de nuevo, porque soy incapaz de que mi mano temblorosa toque el pomo y se ha quedado a medio camino. El miedo a abrir y que alguien o, peor aún, algo horrible y monstruoso pudiese aparecer tras ella me impide hacerlo.

Enciendo la luz del porche y contengo la respiración mientras miro a través de la ventana. Solo veo el paisaje de siempre, el césped que se extiende

hasta la orilla del lago y el embarcadero solitario. Eso es lo que me infunde valor para abrir la puerta. Nada aparece ante mí. Solo se oye el acompasado murmullo de la brisa entre los árboles y el suave chapoteo del agua contra la orilla. Vuelvo a cerrarla y atrancarla, y me voy a comprobar la del salón. Suspiro de alivio al verificar que también está intacta, tal cual la dejé. Una pregunta me viene de repente: si no lo consiguió por la puerta, ¿por qué no lo intentó por la ventana? Por alguna extraña razón, no lo hizo. Su único propósito fue la dichosa puerta. Tengo que dejar de darle vueltas a este asunto o acabaré volviéndome loca por no encontrar una explicación coherente.

Tras echar un último vistazo, me voy al cuarto de baño, abro el grifo del agua fría, y me refresco la cara y el cuello. Apoyo las manos en el lavabo y miro mi reflejo en el espejo del armario. Sé por qué estoy aquí. Lucho contra el impulso de abrirlo y tomarme alguno de mis medicamentos. He probado todas las pastillas imaginables, cualquier cosa, con tal de refrenar el miedo. Cuando estoy a punto de hacerlo, me detengo en seco.

—Volver a tus viejos hábitos es dar un paso hacia atrás —pronuncio en voz alta las palabras de mi doctora. Sacudo la cabeza y me aparto del lavabo. Regreso a mi habitación y cojo mi móvil para ver la hora. ¡Las tres y cuarto de la madrugada! Miro mi cama, pero ni hago el intento de volver a ella. Sé de sobra que no voy a poder dormir. Voy a la cocina, cojo un zumo de la nevera y me dejo caer en el sofá.

Me coloco los auriculares de mi iPhone y le doy al reproductor de música. La deliciosa voz de Jaymes Young con su *Feel Something* acaricia mis oídos. La letra de la canción inunda mi mente de imágenes de un rostro, el rostro de Kyle Miller. ¿Será él quien despierte mi cuerpo de su letargo?

Mis pensamientos regresan a la tarde de ayer. Me echo a reír al recordar cómo me tomó el pelo. He comprobado que este tío aguanta poco las gilipolleces de nadie y eso me gusta de él. Lo que me ha propuesto es todo un reto para mí y solo tengo que averiguar si soy capaz de llevarlo a cabo. Tengo que admitir que ese jueguito de poder me resulta muy excitante. Y no puedo negar que lo deseo más de lo que quisiera. Igual que cualquier otra mujer que se lo cruce en su camino. Kyle está usando la seducción para asumir el control, exactamente lo que yo hago con los hombres, y ahora el karma me lo está devolviendo.

Cuando lo tuve tan cerca me percaté del tatuaje que llevaba en el lado izquierdo del cuello: una flecha atravesando una brújula ¿Qué significará para él? Estaba dibujada con suma elegancia, hasta diría que con un toque de

distinción, y es algo que me suscita mucha curiosidad. Todo en él rezuma clase.

No entiendo cómo es que no había reparado antes en el tatuaje, porque lo lleva en un lugar que no puede esconderse de las miradas. Aunque no es de extrañar que no lo haya hecho, con el cuerpazo y la cara que tiene, hay demasiados lugares donde perderte mirándolo. Cuando llegamos al salón de baile, atravesó la multitud con esa clase de confianza en uno mismo que da el saber que la gente se apartará de tu camino porque eres así de alucinante. Este hombre desprende tanta seguridad como arrojo, dos cualidades que también me encantan de él. Ninguno de los dos teníamos ni idea de cómo defenderse con los bailes latinos en pareja, aunque tengo que admitir que su pelvis se movía de la forma más sexy que he visto en mi vida. Nada le detuvo para hacer lo que le vino en gana, sobre todo cuando me arrastró con él de un lado a otro de la pista de baile, serpenteando entre todas las parejas que lo hacían con dignidad. No pude parar de reír. Una vez finalizada nuestra divertida exhibición de baile, no tuvo vergüenza al pedir un cambio de música y que pusieran *I've Got You Under My Skin* de Frank Sinatra. Ahí me dejó boquiabierto, porque demostró ser un consumado bailarín, moviéndose por la pista con mucho estilo. Confieso que me encantó cómo me hizo sentir: como si yo fuera la protagonista de una de esas viejas películas en blanco y negro.

Cierro los ojos en un intento de volver a dormir de nuevo y no lo consigo. Mi cuerpo ha decidido que ya he dormido lo suficiente. Pego un bote del sofá y me voy directa a mi dormitorio. Saldré a correr un rato.

Echo un vistazo a todas las ventanas antes de irme, para comprobar una vez más que están bien cerradas, y me voy hacia la puerta. La desatranco y cierro, dando doble vuelta con la llave. Antes nunca lo hacía, pero ahora debe convertirse en una costumbre. Está todo muy oscuro, pero las pequeñas luces que hay a ambos lados del camino son suficientes para alumbrarme hasta

llegar al comienzo del desvío. Una vez allí, la avenida está bien iluminada por las farolas. Nunca he salido a correr a estas horas. Solo espero que en mi recorrido no me encuentre con nadie.

Emprendo mi marcha, pero un foco de luz proveniente de una linterna detiene mis pasos. Todos mis sentidos se ponen en alerta y mi corazón martillea con tanta fuerza como si quisiera salir de mi pecho. Tomo conciencia de la idea tan estúpida que he tenido: salir a correr a estas horas. Tampoco me ayuda ni me tranquiliza el haber superado con excelente nota mis clases de defensa personal. Oigo que alguien se va acercando, haciendo crujir las hojarascas que hay desparramadas por el suelo. A cada paso, mis latidos van aumentando.

—¿Quién es? —grito—. ¡Señor Simons! —murmuro aliviada, al ver de quien se trata.

Me llevo la mano al pecho y respiro profundamente en un intento de recuperar la serenidad, o acabará dándome un infarto.

¿Qué demonios hace este hombre por aquí?

El señor y la señora Simons se trasladaron a Green Lake hace unos diez años. Lo único que sé de él es que es un profesor retirado y que su esposa padecía una extraña enfermedad que la tuvo la mayor parte del tiempo recluida en casa. Jamás vi a su mujer, y el resto del pueblo, en escasas ocasiones. El anciano es taciturno y solo he cruzado con él un par de palabras. No deja de extrañarme su presencia aquí y, sobre todo, a estas horas. Me fijo bien en su aspecto, que está bastante envejecido. La huella del sufrimiento ha hecho mella en él, hecho que dificultaría a cualquiera saber con exactitud su edad. El gris de su cabello se extiende hasta acabar en una desarreglada barba, acompañado de un cuerpo que perdió su corpulencia, dejándolo delgado y un poco desgarbado.

—Lo siento, no pretendía asustarte —se disculpa, ante mi descompuesto

rostro—. ¡Jovencita, no deberías salir de casa a estas horas y mucho menos sola! —me reprende en un tono tan enérgico que me hace dar un respingo, porque no se corresponde con la persona vulnerable que aparenta. Muestra su desaprobación frunciendo su arrugado ceño sin dejar de observarme con sus lánguidos ojos grises.

—No, no voy sola. Me están esperando —reacciono, elevando la voz para que, aparte de él, alguien más pueda oírme. Su inexplicable preocupación, en vez de tranquilizarme, me provoca todo lo contrario—. Y no es algo que suela hacer habitualmente. De todos modos, este es un pueblo muy tranquilo —añado con una aparente calma, que dista mucho de la realidad.

—Hasta el día en que deje de serlo —dice con un tono de voz que me eriza el vello de la nuca. Sus palabras me hacen recordar lo que me ha obligado a levantarme de la cama. Quizás acabo de encontrar la explicación al dichoso ruido y este hombre es el causante de ello.

—Eres una de las hijas de la señora Nevill, ¿no? —pregunta, sacándome de mi ensimismamiento, y asiento con la cabeza—. Te he visto alguna que otra vez en la cafetería de tu madre.

El que me reconozca me deja perpleja, a la vez que aumenta mi desasosiego, dado que solo le he servido algún que otro café en un par de ocasiones. Siempre he pensado que no me había visto, porque nunca levantaba la mirada de su periódico. Además, todos conocen su desdén ante la compañía ajena. Nunca entabló amistad con nadie del pueblo.

—Tengo que irme —consigo decir, pese a tener la garganta seca y un nudo de inquietud encajado en ella.

—Tienes el mismo color de cabello y de ojos de mi querida Rose —susurra, girando la cabeza a un lado como si le hablara a alguien imaginario. Un repentino escalofrío me sacude todo el cuerpo y no por el hecho de que le hable a algo incorpóreo. Que acabe de compararme con su difunta esposa es

de lo más tétrico.

Su mujer sufrió un fatídico accidente, aunque todo el mundo siempre ha rumoreado que él tuvo algo que ver. Más bien dicen que fue él quien la mató, para acabar con su triste agonía, al tirarla por las escaleras. Nadie se explica por qué la señora Simons estaba en la primera planta, si iba en silla de ruedas y su dormitorio estaba en la planta baja. No hay ningún poder que pueda evitar que la gente piense lo peor cuando quiere pensarlo.

Aquí todo el mundo mete la nariz en los asuntos ajenos, sobre todo si eres forastero. «Carne fresca para despellejar», como dicen mis hermanas. Y él no iba a ser una excepción para los expertos ciudadanos de Green Lake. Poseen esa habilidad tan asombrosa como espeluznante de conseguir llegar hasta donde quieren, en la cual incluyo a mi abuela y a mi madre. Dominan el arte de la intromisión ajena con asombrosa maestría: no se limitan a preguntar sin más, sino que saben elegir las preguntas adecuadas para enterarse de todo. Lo más fascinante es que, sin darte cuenta, les dices más de lo que quieres decir.

El señor Simons se despide con un leve movimiento de su huesuda mano, justo el pistoletazo de salida que necesito para echar a correr, pero esa sombra de sospecha que se ha instalado en mí desde que le he visto me impide hacerlo. Necesito asegurarme de que se marcha a donde quiera que vaya. Dirige la luz de su linterna hacia el bosque y echa andar con un paso lento y fatigado, como si fuera soportando una pesada carga sobre sus hombros. Comienza a alejarse, envuelto en una extraña calma que me provoca un sobrecogedor estremecimiento.

En mi cabeza siguen resonando sus palabras: «hasta que deje de serlo». ¡Ya basta! Es la típica frase que se suele decir. Solo es un pobre hombre, un alma en pena que vaga solitaria después de haber perdido a su otra mitad. Sacudo la cabeza, intentado que salgan todas las absurdas ideas que están agolpándose en ella y reanudo mi marcha sin volver la vista hacia atrás.

Tras una media hora de carrera, en la que una desconsiderada llovizna ha empapado casi la totalidad de mi sudadera, me encuentro debajo del apartamento donde vive Kyle. No puedo culpar a mis pies, sino a mi cabeza, de haberme arrastrado hasta aquí. Una vez que mi mente se deshizo de ese desafortunado encuentro con el señor Simons, Kyle ha sido el que ha estado ocupando mi pensamiento durante todo mi recorrido.

Mi curiosidad me insta a levantar la mirada y veo luz en la ventana del segundo piso. Sé que es el que ha alquilado, porque conozco a todos los que viven en este edificio de cuatro plantas. Miro la hora en mi móvil: son las cinco. ¿Qué hace despierto? Menuda pregunta más estúpida. Él podría decir lo mismo de mí, si me viera. Reparo en el haz de luz que proyecta sobre mí la farola en la que estoy apoyada y me separo de golpe. Si le diera por mirar por la ventana, sin ninguna duda me vería. Lo mejor será que regrese. Aún me queda un buen trecho.

Oigo un silbido y miro a mi alrededor, pero todo está desierto. Vuelvo a oírlo, y esta vez el sonido es más cercano. La adrenalina comienza a dispararse por mis venas y el corazón me late con fuerza en el pecho. ¡No, por favor, que no sea él!

—¿Deydra? —grita Kyle a mi espalda. Como lo está preguntando, no está seguro de si soy yo. La mejor opción es hacerme la sorda y echar a correr, pero parece que mis pies no me obedecen. Sigo clavada como un palo, sin saber qué hacer—. Deydra —repite, pero ahora su tono firme y autoritario me confirma que está seguro. Me acaba de pillar.

¡Mierda, mierda, mierda! Ya no tengo escapatoria. Me giro y le veo acercarse con una expresión de incredulidad en su rostro. No me extraño. Se estará preguntando qué hago por aquí y a estas horas. Lleva una camiseta blanca ajustada y unos vaqueros azul oscuro. Su cabello peinado hacia atrás aún está húmedo, lo que indica que no hace mucho que se ha duchado y

también afeitado, puesto que ha desaparecido la sombra de su barba incipiente, mostrando en todo su esplendor su precioso rostro. ¡Dios de mi vida! Si con ella ya te deja sin aliento, sin ella te deja al filo del infarto. ¿Cómo puede ser tan increíblemente guapo?

—¡Hola! —le saludo, poniendo cara de asombro—. ¿Qué haces por aquí? —me adelanto con mi pregunta antes de que él lo haga. Podría jurar que eso mismo es lo que está pensando.

Cambio el peso de un pie a otro en un tonto balanceo, signo evidente de lo nerviosa que estoy, pero, automáticamente, dejo de hacerlo.

—Vivo aquí —responde, cruzándose de brazos y recorriendo mi cuerpo despacio con la mirada antes de volver a centrarla en mis ojos. Consigue que sea consciente de mi indumentaria: una húmeda sudadera gris que oculta un top de tirantes rojo bastante descolorido, aunque ahora más bien es de color rosa, unos leggins negros que también ha vivido mejores tiempos y mis viejas deportivas que piden a gritos que las sustituya. Y, por supuesto, no debo olvidarme de mi pelo, que llevo medio enredado en una especie de moño alto, un recogido improvisado que me hice al querer resguardarlo bajo mi capucha con ese repentino aguacero. Cualquier estilista de moda que me viera en estos momentos me tacharía como la antítesis de todo *glamour* femenino.

—Ah, ¿sí? No tenía ni idea —prosigo con mi actitud de despiste. Espero que al menos se trague mi actuación.

—Creo recordar que te lo dije. —El tono que emplea, unido a su media sonrisa, me dice que no se lo ha tragado—. ¿Sales a correr a estas horas?

No, claro que no, pero no voy a ser tan imbécil de decírtelo.

—Sí, me encanta hacerlo. Bueno, tengo que irme, ya nos vemos —me despido en un tono chillón que denota mi nerviosismo. Me enrabio conmigo misma por no conseguir camuflar que él me pone en este estado. Hago ademán de marcharme, pero me detiene cogiéndome del brazo, y mi cuerpo

se estremece con su contacto.

—¿Te apetece desayunar conmigo? Prepararé unos huevos Benedict y, en honor a mi invitada, cambiaré la salsa holandesa por una especial de queso. —Sonríe, guiñándome un ojo. Mi debilidad por el queso quedó evidente en nuestro almuerzo.

«Deydra, pega media vuelta y lárgate», me dice mi vocecita interna.

—No puedo rechazar este detalle tan generoso y mucho menos si lo vas a mejorar con una de mis debilidades —accedo, y me vuelve a obsequiar con su arrebatadora sonrisa.

Una vez más, compruebo el poco caso que le hago a esa dichosa voz en mi cabeza y tampoco consigo explicarme cómo he accedido a subir con él a su apartamento. Claro que me lo explico. Este hombre es muy diferente a los que he conocido y es algo que me tiene muy intrigada. Además, va siendo hora de dar otro pequeño paso más y comprobar si es cierto lo que dice Evelyn de que voy avanzando.

Me comenta que tendremos que subir a pie porque el ascensor está averiado, pero me anima diciéndome que solo son dos pisos. Esto último lo dice dándome a entender que yo lo sabía. De lo que no tiene ni idea es de que me arrancaré la lengua antes de decirle que está en lo cierto. En cuanto a lo del ascensor, lo agradezco en el alma, porque odio esas cajas de acero. Son asfixiantes y me producen claustrofobia.

Subimos las escaleras en silencio. Cada planta solo tiene dos viviendas, y el estómago se me encoge al pasar por donde vive la tía de Molly, una de las cotillas más grandes que pueda existir en la tierra. Por nada del mundo quisiera encontrármela, aunque dudo de que esté despierta a estas horas.

Subimos el último tramo de escalera que nos lleva al segundo piso y se detiene delante de una de las dos puertas. Saca las llaves del bolsillo, la inserta en la cerradura y se hace a un lado.

—Bienvenida a mi humilde hogar. —Hace un gesto con el brazo, invitándome a entrar.

Ha descrito a la perfección lo de humilde. Una vez dentro, echo una rápida ojeada: es pequeño, pero está muy limpio y ordenado. Un sofá tapizado en color burdeos a conjunto con dos sillones, que bordean una mesa baja de nogal. Justo frente a ellos y descansando sobre un mueble bastante feo, hay un televisor antiguo que dudo que funcione, una mesa de comedor, sobre la que hay un portátil, y dos sillas. Esto es todo lo que conforma el mobiliario que, aparte de escasear, es bastante austero.

—¿Te gusta el té? —pregunta mientras aparta uno de los taburetes altos de madera que hay en la barra que separa la pequeña cocina del salón, para que tome asiento. Se pierde por una de las dos únicas habitaciones que hay.

—Sí, aunque preferiría café. —Echo una ojeada, pero no veo ninguna cafetera—. ¿Tienes café? —repito, alzando la voz.

—No, lo siento —responde detrás de mí, y mi culo da un pequeño brinco en el asiento; no lo había oído llegar. Gira el taburete para ponerme de cara a él, y me encuentro con esa sonrisa descarada.

—Yo también lo prefiero, pero no encontré la marca que me gusta. Estás mojada. —Le miro un poco aturdida al intentar entender ese simple significado—. Me refiero a tu ropa. —Esboza una sonrisita bastante canalla, y con ello confirma que ha escogido adrede las palabras solo para alterarme.

—Te había entendido. —La mentira sale sola de mis labios y me enderezo en el asiento—. Solo es la sudadera. Me ha pillado la lluvia —aclaro antes de quitármela y dejarla de cualquier forma sobre el otro taburete.

Frunce el ceño y contengo la risa cuando veo cuál es el motivo. Coge la sudadera, la estira y la deja bien colocada sobre el respaldo de una silla. Viendo esto no me extraña que se horrorizara del desorden que se encontró en nuestro taller. Este tío es demasiado ordenado para soportar aquello. Le

sigo observando con detenimiento, cómo se desenvuelve en la pequeña cocina que aún lo parece más con él trasteando por ella. Cada vez que utiliza un utensilio lo limpia y lo deja bien colocado. No hay nada fuera de su lugar, y ha pasado la bayeta tres veces, limpiando no sé el qué, porque no ensucia nada. Cada vez que me dedica una mirada, se me entrecorta la respiración. Está buenísimo, pero yo no me siento así con cada tío bueno que conozco. Es él, que irradia una fuerza tan poderosa, una energía palpable y un magnetismo sexual que me trastorna. Lo que siento cada vez que este hombre me toca o me roza ya no es una casualidad, es algo real. He conocido a muchos hombres, pero con ninguno he sentido una atracción tan intensa como la que siento por Kyle.

Me viene algo a la cabeza. Dado que solo está cubriendo la baja de Terrence, ¿cuánto tiempo se quedará? También me resultó bastante rara su forma de negociar el contrato; impuso sus condiciones: solo quería trabajar por horas y no toda la jornada, y sería el mecánico de reserva, que vendría cuando hubiese un volumen grande de trabajo o surgiera alguna urgencia que ningún otro pudiese atender. La conclusión que saqué de todo esto es que o bien quiere encontrar otro lugar de trabajo, cosa que con la desenvoltura y lo bien que lo hace no le resultaría difícil, o bien no quiere estar atado a un contrato.

—No piensas quedarte mucho tiempo por aquí, ¿no? —La pregunta brota directamente, sin darme tiempo a retenerla.

—No lo sé.

Su breve y simple respuesta no me convence en absoluto; debe de haber algún motivo.

—¿Depende de algo?

Detiene sus ojos en los míos y me contempla en silencio, manteniéndome en vilo. No me queda la menor duda de que lo está haciendo a propósito.

—¿Quieres que me quede más tiempo? —dice al fin, apoyando las manos sobre la barra y con una expresión de curiosidad revoloteando por su impresionante rostro.

Solo el suficiente para comprobar qué ocurre con mi cuerpo cuando tú andas cerca.

—Eso es decisión tuya —me limito a decir antes de beber un sorbo de té.

—Pero te gustaría —asegura con esa voz tan seductora, y luego me guiña el ojo. Sonrío ante su apabullante engreimiento, aunque admito que ese punto arrogante aún lo hace más endiabladamente sexy.

—No hay nada en el mundo que deseara más. No sé cómo he podido sobrevivir todo este tiempo sin tu deliciosa compañía —ironizo, endulzando mi voz como si lamiera cada palabra.

Me mira y su boca se ensancha en una preciosa sonrisa que acaba por estallar en una carcajada, pero no me dice lo que quiero saber; parece que esta táctica le funciona.

Sirve el desayuno y se sienta a mi lado. Sin poder evitarlo, gimo de placer cuando pruebo el primer bocado.

—¡Esto está de muerte! —exclamo, extasiada.

—Me alegro de que te guste, ratoncita. —Señala con el tenedor el queso.

—¡Dios! ¿Siempre eres así de cursi?

Vuelve a reírse y el sonido de su risa es tan franca y tan masculina, que provoca un extraño deleite en todo mi cuerpo.

—Aún lo puedo ser más, rayito de sol. —Enarca una ceja y pone una cara tan divertida que ahora soy yo la que rompe en carcajadas. Está claro que lo hace para fastidiarme, porque se ha dado cuenta de lo poco que me gustan.

Empezamos a deleitarnos con este espléndido desayuno y comienza a contarme una divertida historia de cómo aprendió a preparar los huevos

benedictinos. Fue en uno de esos programas de la tele, en *Cocina con la abuela Kate*. Me quedo absorta escuchándolo. Me encanta el sonido de su voz, su tono, su cadencia, fuerte y a la vez suave, amable pero firme y seguro, lo que hace un conjunto muy seductor. Una vez más me sorprende al ver la facilidad que tiene para hacer que me sienta igual de cómoda que de fascinada con él.

—La abuela Kate te enseñó muy bien a cocinar. Estaba delicioso —digo al acabar mi último bocado.

—Sé hacer muchas cosas deliciosas. —Me acaricia la frente y me aparta un mechón de pelo. Trago saliva porque sé que ya no está hablando de nada que tenga que ver con la comida.

Se levanta para retirar los platos y le imito para ayudarle, pero cuando voy a coger el cuenco de la salsa se me resbala y va directa a su camiseta. Si este hombre no me pusiera tan nerviosa, esto no habría sucedido.

—¡Vaya, lo siento! —me disculpo, y él niega con la cabeza para restarle importancia.

Los deja en el fregadero y se quita la camiseta. Casi me atraganto con mi propia saliva cuando mis ojos se clavan en su espectacular espalda y en ese tatuaje de color que asciende por toda su columna hasta perderse en su nuca. Jamás había visto nada igual. Esto no es un simple tatuaje, no. Quienquiera que lo haya realizado es un artista consumado. Ha creado una obra de arte perfecta. Es una cadena helicoidal dibujada con trazos finos, realizada con la misma elegancia que los tatuajes de su cuello y de su antebrazo. En el lado derecho hay demonios y en el izquierdo, custodiando la cadena, el arcángel Miguel con su espada.

Se da la vuelta de una forma lenta y deliberada, como si no quisiera que perdiera detalle de todo lo que me está mostrando. Mi cerebro acaba de sufrir un cortocircuito, porque no puedo hacer otra cosa que quedarme pasmada

mirando a este descarado sin camiseta. A diferencia del resto, su torso no lleva ningún tatuaje. Mentiría si dijera que no me he imaginado más de una vez cómo sería cada parte de su cuerpo, y lo que estoy contemplando en estos momentos supera con creces mis mejores fantasías. No hay ni un solo gramo de grasa en ninguna parte, sólo duros bloques de acentuados músculos. Unos abdominales perfectos y esa v súper sexy marcada en su pelvis. Kyle es la personificación de todo lo que se puede codiciar, fantasear y desear.

La risa fácil que hemos ido compartiendo todo este tiempo se acaba de apagar y se ha sustituido por algo intenso y palpable.

Me dispongo a hablar, aunque no sé qué voy a decir. Se acerca y todas mis terminaciones nerviosas parecen apiñarse y chisporrotear alrededor de mi cuerpo con su proximidad. El pulso se me acelera y noto un fuego avivándose dentro de mí. Él se limita a mirarme a los ojos y lo único que veo en ellos es la intensidad de su deseo. No puedo permitir de ninguna manera que esto se me vaya de las manos, pero él se acerca todavía más, y el olor natural de su piel se convierte en un embriagador afrodisíaco. Enmarca mi cara entre sus manos y sus ojos viajan por mi boca. Sé lo que está a punto de hacer y noto que mi cuerpo se tensa. No debería aceptar, porque aquí no me siento segura, pero todo mi ser pide a gritos que deje que lo haga. Apoya sus labios sobre los míos, rozándolos con sutileza, y su lengua entra en mi boca con una caricia larga y deliciosa. No vacila ni espera invitación; está tomando lo que quiere, y me gusta. Mis pies se despegan del suelo y mi culo acaba encima de la barra de la cocina, sin haber despegado su boca de la mía. Su sabor es excitante y adictivo, y su forma de besarme espolea aún más mi deseo. Se acopla entre mis piernas y mi corazón se dispara aún más cuando noto la dureza de su erección contra mi sexo y cómo la restriega a conciencia. Sus manos se meten por debajo de mi top y van dejando estelas de fuego por donde me toca. Pero mi mente se obstina en recordarme lo que soy, y ese

mismo recuerdo aplasta y arrasa mi libido por completo. Antes de que yo haga algo por detener nuestro beso, es él quien lo hace: aparta su boca de la mía y sus manos de mi cuerpo.

—¿Tienes algo que decirme? —Esboza una sonrisa astuta y algo pícara.

Por lo visto, ha comenzado su jueguito y en este momento es todo un alivio para mí, aunque no consigue tranquilizarme del todo. Intento devolverle la sonrisa, pero no lo consigo, ni tampoco logro serenarme. Estoy un poco mareada; mis pulmones no reciben el aire que necesito. ¡Dios, tengo que salir de aquí!

—Sí, que ahora tengo que marcharme. —Me esfuerzo para que no perciba el temblor de mi voz y para luchar contra ese incipiente miedo que me está empezando a invadir.

Por el modo en que me está mirando, me atrevería a decir que lo ha notado. La magia de hace apenas un momento ha desaparecido, igual que la lujuria que vi en sus ojos. Solo ruego al cielo que no haga preguntas.

—Ya veo que utilizas la expectación como afrodisíaco —dice y se echa a reír. No es la reacción que yo esperaba, pero es lo mejor que me puede ocurrir, que piense que se trata de eso mismo—. De acuerdo, te llevaré a casa. —Se ofrece y me baja despacio de la encimera. Mis piernas se tambalean un poco y, lo que es peor, todo mi cuerpo sigue temblando. Él, en cambio, parece tranquilo.

Dentro de mi confundido cerebro se abre paso un alarmante y temido recordatorio: estoy fracasando. Sí, así es. Este hombre me devuelve la vida, pero a la vez me mete en ese enorme agujero.

—No hace falta. Me vendrá bien caminar, tengo que bajar esta bomba de calorías —digo sin mirarlo.

—Te puedes permitir esas calorías.

—De verdad, no es necesario —insisto, apartándome de su lado.

—Para mí sí lo es. No quiero que vuelvas sola. —Lo miro a la cara. La amabilidad que veo en sus ojos me reconforta y espanta de inmediato mi angustia.

—¿Siempre eres tan insistente? —Con esta pregunta me aferro a la esperanza de que así sea, porque no quiero que deje de serlo conmigo.

—Solo cuando algo merece la pena. —Desliza un dedo muy despacio por todo el largo de mi brazo hasta llegar a mi mano, que coge con suavidad. La besa, dejando claro que ese algo soy yo—. Y ahora que ya has visto lo que te morías por ver, voy a ponerme una camiseta y nos marchamos.

¡Será posible! ¿Acaba de insinuar que lo he hecho adrede? De insinuar nada, lo ha dicho todo convencido. Aunque reconozco que su descaro ha conseguido sacarme una sonrisa.

—Solo ha sido un estúpido accidente, y eres un creído —le grito a su espalda.

—Y tú, muy testaruda —responde entre risas antes de perderse en la habitación.

Regresa enseguida y me entrega una sudadera con el logotipo de los Miami Dolphins.

—Ponte esta.

Hago lo que me dice, y mi cuerpo queda envuelto en algo enorme y con la fragancia de su colonia, un aroma amaderado con un toque de especias, un olor deliciosamente masculino.

Volvemos a bajar a pie hasta el garaje y, cuando llegamos a su plaza de estacionamiento, me quedo maravillada contemplando su moto. Es una Indian Scout Bobber. No puedo evitar sentirme emocionada. Adoro subir en ellas. La última vez fue antes de que se marchara mi primo Jason, y de eso hace más de un año. Me encantaba salir con él a devorar carretera, como solía llamarlo.

Sin apenas darme cuenta, me gira hacia él y me coloca el casco; lo mueve un poco de un lado a otro y ajusta bien la tira hasta cerciorarse de que quede bien acoplado. Reprimo mis ganas de reír. Al menos, se asegura de que mi vida no corra peligro.

—¿Has montado alguna vez? —pregunta, y asiento con la cabeza—. ¿Te da miedo la velocidad? —Niego repetidas veces con entusiasmo, lo que provoca que se eche a reír.

Arranca la moto, me subo y, antes de darme tiempo a hacer nada, coge mis brazos y rodea su cintura con ellos, dejándome acoplada a su espalda. Le indico que siga las señalizaciones hacia el lago. Al primer rugido del motor, se incorpora como un rayo a la solitaria carretera general, lo que me obliga a fundirme casi con él. Con sus preguntas se ha asegurado de que no me iba a provocar un ataque de pánico con su forma de conducir. Lo que más me sorprende es lo relajada y segura que me siento abrazada a su impresionante cuerpo.

Cuando nos vamos acercando, le aviso del desvío que tiene que tomar. Aminora la marcha y, tras recorrer unos cuantos metros, llegamos a mi destino.

—Gracias por el paseo —digo, entregándole el casco, y me dispongo a devolverle la sudadera.

—No te la quites, ya me la devolverás. —Me aparta las manos y me sube la cremallera.

—¡Dey! —me llama Emily, acercándose hacia nosotros con Blanche a su lado—. Estábamos preocupadas por ti —dice, repasando con la mirada a Kyle.

¿Preocupadas por mí? ¿A qué santo?

Blanche y Emily son hermanas y viven en la casa de al lado. Blanche aún posee restos de su belleza de antaño; tuvo que ser una mujer bastante guapa.

En cambio, el aspecto de Emily me dice que no debió de ser tan agraciada. No soy muy buena calculando la edad de nadie, pero creo que deben de rondar los setenta y algo. Sé que Blanche es la mayor de las dos. Mientras que Emily dedicó sus años a su difunto marido y a su hogar, Blanche fue profesora de canto y enviudó muy joven, pero nunca volvió a casarse. Esa fue la información que me dieron el primer día que las conocí. Son dos auténticas damas sureñas, oriundas de Charleston, en Carolina del Sur. Según me dijeron, este es un lugar que guarda un encanto especial para ellas, porque de niñas solían pasar algunos veranos aquí, huyendo del calor sofocante del sur. Nos mudamos casi al mismo tiempo, solo con una semana de diferencia, y desde entonces han sido muy serviciales y atentas conmigo; quizás demasiado para mi gusto, porque siempre las tengo al acecho. Imagino que aparte de cuidar de su jardín y hornear tartas, no tienen nada mejor que hacer.

—No tenéis que preocuparos por nada. Estoy bien. —respondo y ellas ni siquiera se dignan a prestarme atención. Están como hipnotizadas mirándole a él.

—Querida, ¿y este joven tan guapo? —pregunta Emily, despertando de su absurdo estado de encandilamiento.

Me trago un resoplido. Esto es en lo que se ha convertido mi vida desde que ellas viven aquí: todo el tiempo están pendientes de lo que hago o dejo de hacer. Mi paciencia tiene un límite y lo están sobrepasando.

—Kyle Miller —se presenta él mismo con su fabulosa sonrisa y extiende la mano.

—Gracias por traer a casa sana y salva a nuestra niña. Eres un buen chico —dice Emily.

A cada segundo me voy quedando más perpleja. ¿Ha dicho nuestra niña?

—No te habíamos visto antes por aquí —comenta Blanche.

—Kyle, gracias de nuevo. No te entretenemos más —me entrometo y las

amonesto con la mirada, porque intuyo la intención que tienen de interrogarlo.

—Ha sido un placer conocerte —responden las dos al unísono. Al menos, han captado a la primera mi mensaje de que lo dejen en paz.

—Señoras, el placer es mío —se despide de ellas y se gira hacia mí. No sé por qué, pero algo me dice que está tramando algo. Sigue aquí y me mira fijamente sin hacer nada. El pulso se me acelera y ruego al cielo que no le dé por plantarme un beso delante de estas dos; eso me obligaría a tener que dar muchas explicaciones. Contengo la respiración cuando desliza su mano por mi mejilla en una dulce caricia y acto seguido me da un casto beso en la frente—. Nos vemos después —dice, y suelto el aire que he ido conteniendo. Me guiña un ojo y le agradezco con una sonrisa lo que acaba de hacer.

Veo cómo se marcha y hago un intento por hacer lo mismo, pero Emily me detiene, cogiéndome del brazo.

—No nos habías hablado de este chico —me recrimina y su expresión sonriente se torna en un ceño fruncido.

¿Acabo de oír bien? Sí, claro que sí, y es totalmente surrealista. Nunca les he hablado de ninguno. Me he limitado a oír alguna que otra batallita de su juventud y, para ser sincera, nunca les he prestado mucha atención. Al principio no eran tan chismosas, pero parece que, al vivir en este pueblo, el cotilleo se contagia.

—Hay que reconocer que tienes un novio muy guapo —suelta Blanche con una risita.

¡Mierda! Ahora irán con el cuento.

—No es mi novio. —Suspiro con exageración, pero, al ver esos dos pares de ojos que me observan con interés, sé que no me queda otra que darles un poco de información sobre él—. Trabaja para mi padre, nos hemos encontrado y se ha ofrecido a traerme a casa. Eso es todo. Ahora, si me

disculpáis, necesito ir a la ducha o llegaré tarde a trabajar.

Me doy media vuelta, pero las dos vienen tras de mí. Por favor, me caen bien, pero acabarán con mi paciencia.

—Te preparemos el desayuno, así no tendrás que perder tiempo —sugiere Blanche.

Me giro hacia ellas y reprimo un resoplo de desesperación ante esas dos caritas arrugadas y sonrientes.

—Gracias, pero ya he desayunado.

—¿Has pasado la noche con él? —pregunta Emily con una sonrisita picarona.

¡Dios santo, ellas siguen a lo suyo! ¿Qué parte de encontrarme con él no ha entendido?

—¡No! —niego, levantando la voz y arrepintiéndome al instante al ver sus caras de asombro—. Os lo acabo de decir: nos hemos encontrado por casualidad. —Suavizo el tono y recalco bien cada palabra. Me fastidia tener que estar dando tantas explicaciones, pero, de no ser así, lo más seguro es que vayan con el cuento a mi madre. Lo primero que dijeron cuando la conocieron fue que, ahora que ellas estaban aquí, no tenía que preocuparse de nada.

—Emily, no le hagamos perder más tiempo —dice Blanche, y se lo agradezco con la mirada.

Doy media vuelta y me apresuro a entrar en casa antes de que insistan. Voy directa a la ducha. Un día de estos tendré que aceptar una de sus reiteradas invitaciones a comer. Siempre les voy dando excusas y creo que es una buena oportunidad para dejarles las cosas claras.

CAPÍTULO 6

*****KYLE*****

He conocido a suficientes mujeres como para saber que Deydra no se corresponde con la clase de chica que Molly me había dicho. Me tiene muy confundido e intrigado. Esperaba ver frustración cuando detuve nuestro tórrido momento, pero, en vez de eso, palideció de inmediato, se puso nerviosa y podría asegurar que temblaba. No sé qué cojones le ocurrió para ponerse en ese estado, pero estoy completamente seguro de que no tiene nada que ver con ponérmelo difícil. Aquí pasa algo raro. Me extrañó encontrarla a esas horas de la madrugada frente a mi casa, hecho que ocurrió porque estuve toda la noche trabajando para arreglar el desastre que me envió Owen. Su cara al verse sorprendida, junto con la sarta de mentiras que soltó después, me hizo mucha gracia. Sin ninguna duda, esta chica me está resultado muy divertida, pero, sobre todo, muy interesante.

Miro la hora. Son las nueve y media, un buen momento para hacerle una visita. Me encamino hacia su oficina, pero me detengo al ver que Molly viene hacia mí.

—Hola, Kyle, iba a buscarte. Mi hermano me deja su lancha esta tarde. Podríamos ir al lago y después darnos un buen chapuzón.

Molly no está mal, pero ella no es la que me interesa, y mi tiempo es demasiado valioso para perderlo con tonterías, aunque podría utilizarla como comodín.

—Esta tarde he quedado para probar el coche que me comentó Harry. Con este clima tan sorpresivo, la lluvia aparece cuando menos te lo esperas, y voy a necesitar uno. —Hace una mueca, disgustada—. Pero podemos ir en otro momento. —Esta opción le saca una sonrisa y aprovecho para largarme antes de que me suelte algo como «¿cuándo será ese momento?».

Parece que no va a resultar tan fácil librarse de ella, porque la oigo venir tras de mí. Me detengo y me giro hacia ella.

—¿A dónde vas? —me pregunta.

Preguntona y un poco pesada, muy mala combinación.

—Al despacho de Deydra.

—Aún no ha llegado —dice de mala gana—. Esto es normal en Dey; nunca llega a su hora. Pero, claro, es el privilegio que tiene por ser la hija del jefe —añade, bajando la voz.

—Bien. Gracias por la información.

—Igual yo puedo ayudarte. —Enseguida capto su indirecta; su voz destila puro deseo.

No, cariño, tú te quedas en la reserva... No puedo decirle lo que pienso, sino algo que la haga sentirse apreciada.

—Tú ya tienes bastante con todo lo que haces aquí. No le concedamos más privilegios. Se trata de un presupuesto y eso es trabajo de ella.

—Eres un encanto. —Su boca se ensancha con una enorme sonrisa. Sabía que le gustaría.

La impuntualidad es algo que me repatea el hígado y, mira por donde, mi juguetito posee ese desagradable defecto. Me pongo de nuevo a trabajar en otro coche de mierda. Necesito acabar pronto y largarme a casa para terminar el nuevo proyecto que he tenido que diseñar para solucionar el problema de Owen. Los dos tipos que trabajan aquí están enfrascados cada uno en lo suyo. No me ha costado mucho hacerme con ellos, sobre todo con el tal Billy. Es el más joven; debe de rondar los veintidós o veintitrés como mucho, es charlatán y bastante inocente. Es todo un friki de los videojuegos, delgado, no muy alto y con un ridículo tupé que intenta arreglar cada vez que aparece Molly por el taller; interesante dato a tener en cuenta. CJ, en cambio, debe de rondar los cuarenta; es un mastodonte negro y poco hablador, con la cabeza afeitada y la típica actitud de «todo me la suda», pero ambos son buenos mecánicos.

Alguien me da un suave golpecito en la espalda, y espero que no sea de nuevo Molly. Me giro y me encuentro con unos preciosos y alegres ojos azules. Por fin mi juguetito se dignó a venir a trabajar. Se merecería una buena bronca por llegar a estas horas, y yo con gusto se la daría, pero su padre se limita a sonreír al verla. La tiene bastante mimada.

—Yo también sé hacer cosas deliciosas. Si quieres comprobarlo, acompáñame.

Su invitación la puedo interpretar de muchas formas, pero sospecho que no tiene nada que ver con lo que mi mente lujuriosa piensa en este momento.

—Muy tentador —respondo y la sigo hasta su despacho.

Entramos y se gira hacia mí con una encantadora sonrisa de niña buena.

—Café y los mejores *muffins* con sorpresa de todo el estado. —Me guiña el ojo—. Los he hecho yo —añade con orgullo y levanta un paño rojo de una

cesta.

Aguanto una carcajada al comprobar que mis sospechas iban bien encaminadas, aunque admito que me jode mucho haber acertado. Y ¡esto es el colmo! La tía pasa de venir a trabajar a su hora para ponerse a hacer bizcochitos.

Su informalidad, al igual que su poco interés en el trabajo, queda evidente, sobre todo por el desorden de papeles que hay sobre su mesa y por cómo los amontona de cualquier forma en una esquina para colocar la bandeja con los *muffins*. Saca dos servilletas de tela, un termo, dos tazas de porcelana y sus respectivos platos. ¿Se ha traído la vajilla? ¿Por qué no utiliza desechables? Aunque admito que lo agradezco; detesto tomar café en uno de esos vasos de cartón. Aguanto la risa al ver el pequeño tentempié que ha preparado sobre su escritorio en un momento. Si se ha tomado la molestia de preparar todo esto para mí, debería de alegrarme, pero no es así. Lo único que me provoca es una especie de euforia maligna por traerme a la memoria recuerdos que intento mantener bien enterrados.

—¿Sorpresa? —pregunto y tomo asiento.

—La receta es un secreto de familia —dice, sirviéndome el café—. Solo un miembro de ella es el elegido y será mejor que no preguntes, porque si te lo cuento... —se inclina hacia adelante con aire de misterio— después tendría que matarte —añade, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, y se echa hacia atrás con una carcajada.

—Una mujer llena de secretos. —Mi afirmación ahoga su risa y aparta la mirada con nerviosismo, como si temiera que pudiese leer sus pensamientos. Acabo de dar en el blanco.

—En absoluto. No soy tan misteriosa. —Vuelve a sonreír, pero no me engaña; está mintiendo—. En cambio, tú sí me lo pareces.

Chica lista; ha lanzado la pelota a mi tejado. Pero, nena, yo no me pongo

nervioso. No es bueno que le cause esa impresión, porque suscita curiosidad y unas ganas horribles de sacarlo a la luz. Y eso nunca va a suceder; toda la mierda que arrastro se quedará dentro de mí.

—Eso es porque aún no me conoces. Soy un hombre bastante simple.

Niega con la cabeza y se echa a reír.

—Esta modestia no corresponde contigo. Eres cualquier cosa menos simple —dice muy convencida, y no se lo rebato, porque está en lo cierto.

—Tú, por el contrario, eres complicada.

Arquea las cejas como si le sorprendiera.

—Suelen decir que soy bastante rara, aunque para ti soy complicada; debe de ser que voy mejorando —ironiza mientras me acerca la bandeja con los *muffins*.

—Así es. Y esa combinación te hace de lo más interesante —añado antes de llevarme uno a la boca.

Al primer bocado entiendo lo de la sorpresa; van rellenos de una crema de café, pero con una pequeña particularidad: lleva algún tipo de licor que no consigo distinguir bien si es *whisky* o *brandy*. Reconozco que ha dicho la verdad sobre ellos: están buenísimos. De vez en cuando me clava sus ojos a la espera de mi aprobación, pero aún no se la pienso dar, y sigo engullendo en silencio estas pequeñas delicias.

—Estaba pensando si te apetecería seguir conociendo la ciudad. ¿Qué te parece? —propone, expectante.

¡Qué cojones! ¿Se han puesto de acuerdo? Con ella sí que quiero, aunque me ha puesto a tiro llevar a cabo mi nuevo plan. Veamos cómo le sienta que la rechace por otra.

—¡Una idea fantástica! —Hago una pausa para ver su expresión, y ahí está: una alegre sonrisa inunda su bonito rostro. Ahora veamos qué ocurre cuando le diga el resto—. Pero llegas tarde. Esto es lo que tiene la

impuntualidad, da la oportunidad a que alguien se adelante. Dame tu número de teléfono y te llamaré en otro momento que tenga libre.

Me pongo en pie y me quedo observando su reacción. Sus labios forman una línea recta e inclina ligeramente la cabeza hacia un lado, imagino que se estará preguntando de quién se trata. Ya me encargaré de que pronto lo averigüe.

Baja la cabeza y lo anota en un papel. Lo dobla y me lo entrega.

—No dudes en llamar si necesitas algo. —Se levanta del sillón y se encamina hacia la puerta.

Sin darle tiempo a reaccionar, la rodeo con los brazos y la atraigo hacia mí. Notar su cuerpo pegado al mío me provoca un chispazo de calor que me recorre de arriba abajo hasta llegar a mi polla. Me mira sorprendida; quizás no sabe qué hacer, si dejarse llevar o apartarse.

—Lo que necesito oír es lo que estas deseando pedirme —le susurro al oído. Dios, ¡qué bien huele! Y no es a perfume, puesto que no lleva, es su olor, un aroma increíble y embriagador como ella.

—Kyle, este no es lugar para tu jueguito. —Me sonrío e intenta zafarse de mi agarre.

—Un juego que te encanta, ¿no es así? —Aflojo mis brazos, dándole la oportunidad de que se aparte, por si es lo que quiere de verdad, pero no lo hace. Sé cuál es el motivo: percibe cómo el aire se incendia entre nosotros.

Inspira profundamente y se humedece los labios como si se estuviera preparando para lo que sabe que va a venir. Y no la hago esperar. Me lanzo a sus labios en un beso implacable, poseyendo su boca con la misma intensidad que quiero hacerlo con ella. Sus manos vuelan a mi cabeza y hunde sus dedos en mi pelo mientras nos exploramos la boca con ansia y desesperación. La intensidad de mi deseo hace que mi polla comience a crecer y la agarro por el culo para apretarla contra mí. Gime cuando la nota contra su abdomen y su

lengua se aviva aún más, reclamando la mía, saboreándola impetuosa. Sé que está tan excitada como yo, pero debo detener esto antes de que no pueda. Abandono su boca y aparto mis manos de su cuerpo.

—Hay algo que no te he dicho aún. —Abre sus enormes ojos desconcertada e intenta normalizar su respiración—. Gracias por los *muffins*. Tenías razón, son los mejores que he probado. Y ahora tengo que volver al trabajo. —Doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta, pero antes de abrir me giro hacia ella—. Y, una cosa más, Deydra. Sé que acabarás cediendo, pero tu testarudez te ha hecho perder el derecho a decidir cuándo conseguirás lo que tanto deseas de mí. —La rabia se marca en su preciosa cara, pero la hace desaparecer enseguida para lanzarme una mirada que le minaría la moral a cualquiera. Claro está, a cualquiera que no sea tan cabrón como yo. A duras penas consigo reprimir una carcajada, sobre todo cuando veo cómo cuadra sus hombros y levanta la barbilla en clara posición de ataque. La miro con atención a la espera de que suelte lo que quiera por su deliciosa boca.

—Kyle, eres tan pedante y tan pagado de sí mismo, que eso te hace desvariar —dice al mismo tiempo que abre la puerta de par en par en una clara invitación a que me largue. Lo hago y oigo el portazo a mi espalda.

Sacudo la cabeza y me hecho a reír. ¿Por qué me gusta tanto hacerla rabiar?

Me voy directo a por Molly y acepto su invitación. Sabía que sería buena idea tenerla como comodín y algo me dice que ella misma se encargará de darle la información a Deydra.

Antes de ponerme de nuevo a trabajar, cojo mi móvil para grabarme el número de Deydra, pero cuando veo lo que hay escrito, suelto una carcajada enorme. La muy chula no me ha dado su número de teléfono, sino el 911, el de llamadas de emergencia. Mi gatita los tiene bien puestos y le ha jodido no salirse con la suya.

Escucho un sonido que proviene de su camioneta. Abro la puerta y su móvil está sobre el asiento del copiloto. Lo cojo y, antes de que se cortara la llamada, he podido leer en la pantalla el nombre de Michael ¿Quién coño es este?

Me giro al oír la voz de un tío preguntando por ella. Dejo el móvil donde estaba y le observo. Debe de rondar los treinta y pocos, y, por su aspecto, seguro que trabaja en alguna oficina: va bien afeitado y peinado, lleva un traje de tres piezas, aunque no tiene pinta de ser muy caro. No debe de tratarse de ningún pez gordo.

—Está en su oficina —dice Billy, y el tipo se dirige hacia allí.

—Disculpa —me interpongo en su camino—, he oído que preguntas por Dey. La he visto marcharse hace poco. ¿Podemos ayudarte en algo?

Miento para averiguar si se trata de un cliente o de algún amigo de ella y, por supuesto, no utilizo los convencionalismos que cabría esperar de un empleado.

—No, gracias. Tú debes de ser el nuevo mecánico, ¿no es así? —Asiento con la cabeza—. Harry me lo comentó; dice que trabajas bien.

Esto no me aporta ningún dato para saber lo que quiero.

—Mi nombre es Kyle —me presento, pero no sonrío ni le tiendo la mano—. Si me dices quién eres, cuando vuelva, le diré que has estado por aquí.

—Michael Bennett. —Me tiende su mano y no me queda otra que estrechársela—. De todos modos, en cuanto Dey vea mi llamada, se pondrá en contacto conmigo. —Se marcha con una estúpida sonrisita en la cara, como si quisiera dar a entender que algo les une y no precisamente relacionado con trabajo.

Así que este es el cabrón que la estaba llamando. Esto forma parte de mi juego: ir eliminando obstáculos, sobre todo, los que tienen polla. Vuelvo a la camioneta, apago su móvil y lo escondo entre los asientos. Ahora, capullo,

espera sentado su llamada.

Sonrío por dentro. Hasta que esta despistada repare en que no lo tiene y consiga encontrarlo, le llevará un buen rato.

CAPÍTULO 7

*****DEYDRA*****

Me dejo caer de nuevo en mi sillón, y lucho con todas mis fuerzas contra mi rabia y esas lágrimas que amenazan con salir desbordadas. Me siento fuera de mi elemento, porque estas no son mis reacciones habituales, ni mucho menos. Estoy perdida en una nebulosa de confusión y, al mismo tiempo, de angustiosa necesidad, porque este hombre, con solo besarme, ha conseguido sacarme de mi piel y transportarme en una nube de sensualidad y deseo. Lo que ningún otro ha conseguido despertar en mí, lo ha hecho él con un beso. Kyle me hace sentir de verdad. Cuando noté su erección bajo los vaqueros, un delicioso cosquilleo recorrió todo mi cuerpo, concentrándose en mi sexo, que palpitaba excitado y desesperado por notarlo. No puedo negar

que quiero más. Que lo quiero a él. El ser consciente de ello me desconcierta en lo más hondo.

Aparco a un lado todos mis pensamientos y me centro solo en uno: ¿con quién habrá quedado Kyle? Se supone que acaba de llegar y no conoce a mucha gente. La rabia que sigue conmigo me muerde las entrañas y ahora va dirigida a la persona que se ha entrometido en mis planes. Apoyo los codos en mi escritorio y me llevo un dedo a la boca. Tengo la imperiosa necesidad de mordirme las uñas. Hace tiempo que me deshice de esta costumbre tan horrible, pero parece ser que los malos hábitos son difíciles de erradicar. ¿Quién se me habrá adelantado? Un nombre aparece en mi cabeza: ¿Molly?

Mi puerta se abre de par en par y la viva imagen de la alegría la atraviesa.

—¡Menuda horita de venir! —me recrimina Molly, apoyando sus manos en las caderas.

Joder, ni que la hubiese invocado.

—He tenido cosas que hacer —respondo sin mirarla y enciendo mi ordenador.

—¿Adivina quién tiene una cita con el hombre más guapo del universo?

Casi me atraganto con mi propia saliva al oírla y dirijo con pereza mi mirada hacia ella. Solo espero que lo que estoy intuyendo en estos momentos esté muy lejos de la realidad y se esté refiriendo al caradura de Neal Patterson.

—¿Te ha llamado Neal?

—¿Ese idiota? No, por favor. —Arruga la nariz como si hubiera olido algo apestoso—. Me refiero a... ¡Kyle! —grita al mismo tiempo que aplaude.

Inspiro hondo para controlar la sacudida que me acabar de dar el estómago.

—Iremos al lago. Solo de pensar en ver ese cuerpazo en bañador, me da taquicardia —prosigue como una cotorra mientras se abanica con la mano.

—¡Estupendo! Disfruta de tu cita —digo con un fingido entusiasmo, disimulando mi... ¿rabia? ¿O se ha convertido en ira? Lo cierto es que es una mezcla de ambas, y no me queda otra que colgarme una sonrisita en la cara, tan falsa como mis palabras.

—De eso puedes estar segura. Ya te dije que le eché el ojo nada más verlo y parece que a él también le ha ocurrido lo mismo. Lo siento por ti —dice rebotante de cinismo—, pero no ha podido resistirse a mis encantos. —Se echa a reír, moviendo sus tetas de un lado a otro.

¡Cómo odio que haga eso!

—No lo sientas. No estoy interesada en él.

Devuelvo mi atención al ordenador y abro mi correo para que me vea ocupada, y le dé por irse a incordiar con su estúpida cita a otro lado. Miro de reojo y veo que está toqueteando su móvil; seguro que está dando la noticia a cualquiera de sus amiguitas.

—Molly, ¿no tienes nada mejor que hacer? —Señalo con la barbilla la puerta, deseando que se marche—. Tengo mucho trabajo, no como otras.

Me saca la lengua a modo de burla y se marcha. Me revuelvo en mi sillón, que cruje como poseído, aunque no lo culpo. Me siento igual: la ira me está calando hasta los huesos. Me levanto nerviosa y camino de un lado a otro los escasos metros de mi despacho. Con cualquier otro me daría igual, pero con este no, no y no. Lo siento por ti, Molly, pero hoy no tendrás esa cita. Aunque, pensándolo bien, no lo siento en absoluto. Le ha faltado tiempo para venir a restregármelo por las narices y se ha interpuesto en mis planes.

«Dey, piensa, piensa», repito mientras voy hacia la ventana que da al taller y le observo: Kyle está absorto en su trabajo. Me quedo embobada con la precisión de sus movimientos: está clasificando las herramientas que va a utilizar. Como si se tratara de instrumental quirúrgico, todo está perfectamente colocado y guarda un orden entre sí. Nunca había visto a nadie

trabajar de ese modo y, desde luego, no se parece en nada a CJ o a Billy, ni a cualquier mecánico que haya pasado antes por aquí.

Desde que puso un pie en el taller, todo está más limpio y ordenado, aunque, viendo como tiene su apartamento, no es de extrañar. Su forma de trabajar es rápida e impecable, como si fuese un juego de niños para él. Debería alegrarme, porque me ha evitado tener que lidiar con los clientes y su impaciencia, aunque no puedo evitar sospechar de él. ¿Quién es realmente Kyle Miller?

Una sonrisita malvada me cruza la cara. ¡Ya lo tengo!

No dejo de pensar en que he tenido una fantástica idea mientras cojo la bandeja de los *muffins* y me dirijo hacia la tienda. Algo que conozco que le gusta a Molly, aparte de hablar de cualquiera y de sí misma, es comer. ¡Dios mío! Me siento como la malvada bruja de Blancanieves. Sacudo la cabeza y me echo a reír con ganas.

Está atendiendo a un cliente y su cara es el puro reflejo de la euforia. Que la disfrute mientras tanto, porque se la voy a borrar por completo. Me aparto a un lado y espero a que termine.

—Esto es para compensarte por no tener nada para desayunar el otro día.
—Acerco la bandeja hasta ella.

—¡Maldita sea! Estoy a dieta —protesta, clavando los ojos en los deliciosos bollitos redondos y esponjosos—. Eres una bruja y vienes a tentarme. —Levanto las cejas y mi carcajada brota al instante al darme cuenta de que no va mal encaminada.

Pero no te preocupes, pequitas, hay una pequeña diferencia: yo no voy a envenenarte. Lo peor que te puede pasar es que se agolpen unas cuantas calorías en tu culo.

—¿Y desde cuándo sigues tú las dietas a rajatabla? Por uno no va a pasar nada. Venga, no seas tonta —insisto, poniendo la bandeja delante de su nariz.

—Tienes razón. Y como tengo una cita con ese impresionante tío bueno, igual acabamos haciendo bastante ejercicio, ¿no crees? —Me guiña el ojo con picardía mientras mueve sus caderas hacia delante y hacia atrás, como si no me hubiese quedado claro el tipo de ejercicio que quiere hacer con él.

Tengo que deshacerme de ella cuanto antes.

—¿Te encargas de llevárselos a los chicos? Tengo que llamar a unos clientes.

—Está bien. Necesito quitarlos de mi vista, la tentación es más fuerte que yo —dice, metiéndose otro en la boca antes de quitarme la bandeja de las manos.

Me alejo en dirección a mi oficina y, disimuladamente, me detengo en el pasillo hasta que Molly desaparece por la puerta que da al taller. Bien, Dey, tienes poco tiempo, ¡pero el suficiente para hacerlo! Me animo y corro hacia el mostrador.

Sé que guarda los pedidos de material en los cajones que hay debajo de la caja registradora. Reviso el primero, y nada. Abro el segundo cajón y tampoco lo encuentro. Solo queda uno más y, si no están aquí, mi plan se va al traste. Lo abro rápido, pero, cuando estoy a punto de revisarlo, oigo el repiqueteo de sus tacones. Mis dedos comienzan a correr entre los papeles a la velocidad del rayo. Mi frente se perla de sudor y mi corazón comienza a taladrarme el pecho. ¿Dónde diablos los has puesto, Molly? Por fin, doy con ellos. ¡Aquí estabais pequeños demonios! Los cojo y los meto debajo de mi camiseta.

El sonido de sus pasos es tan cercano, que no podré salir de aquí sin que me vea. Lo primero que se me ocurre es esconderme bajo el mostrador. Me agacho y gateo todo lo deprisa que puedo hasta perderme por el otro lado, pero mi carrera se detiene en seco al ver la puerta del taller entreabierta. ¡Mierda! Solo faltaba que alguien saliera y me viera a cuatro patas.

Intento cerrar la puerta con la pierna, pero no estoy lo bastante cerca para lograrlo y, si me pongo en pie, me verán. Piensa, Dey, busca una alternativa. Sin dudarle un instante, recorro lo que me queda hasta el final del pasillo y me oculto tras una estantería. Mi propia angustia me está asfixiando, y me obligo a inspirar y espirar con lentitud. Me siento como si acabara de atracar un banco y estuviese a punto de aparecer la policía.

Me pongo en pie y lanzo una mirada rápida hacia el pasillo. ¡Perfecto no hay nadie! Echo a correr hacia mi oficina, cierro la puerta y apoyo la espalda contra ella. Cierro los ojos e inspiro hondo; necesito recuperar el aliento y que mi corazón vuelva a su estado normal. Uf. ¡Qué poco ha faltado!

Mis ojos vuelan hacia la trituradora de papel, y mis pies se ponen en marcha. La pongo en funcionamiento y veo cómo mi pequeño botín se va convirtiendo en confeti. Sin poder evitarlo, una risita nerviosa brota en mis labios. No sé qué tienen estas dichosas máquinas, pero las encuentro súper divertidas.

Una vez desechas las pruebas de mi delito, solo falta saber si ha hecho los pedidos. En ese caso todo, mi trabajo habrá sido en vano. Pero antes de volver, reparo en mis pantalones. He tenido suerte de que el suelo estuviese limpio. Solo tengo un poco de polvo en las rodillas, que sacudo antes de volver a la tienda.

—Molly, se me ha acabado la tinta para la impresora. ¿Tienes algún cartucho? —pregunto, apoyándome en el mostrador. Ella saca uno de una caja y me lo entrega—. Por cierto, llamó un cliente para preguntar cuándo estaría la pieza que encargó. ¿Has hecho los pedidos?

—Ahora iba a hacerlo —resopla, dejando unas cajas sobre el mostrador—. ¿Has anotado su número?

Niego con la cabeza. ¡Bien aún no lo ha hecho! Mi lado malvado asoma la cabeza, entusiasmado. ¡Menuda sorpresita se va a llevar!

—Le he dicho que llamara más tarde.

Abre el primer cajón y lo busca. ¡Tonta, lo dejaste en el tercero!

—Los dejé aquí —asegura mientras va de un cajón a otro, como un perro escarbando en el jardín para buscar su hueso.

Claro que los dejaste, pero, como has estropeado mis planes, se han esfumado.

—Igual le salieron dos patitas y se largó a dar una vuelta —ironizo y me cruzo de brazos como a la espera de una explicación.

—No estoy para burlas —dice, alterada—. Ayer estaban aquí. —Señala los dichosos cajones revueltos. Me muero por echarme a reír, pero, en vez de eso, la miro con el ceño fruncido—. ¡Joder, Dey! No me mires así. Lo hice —estalla, levantando la voz.

En cualquier otro momento no le hubiera permitido estos gritos, pero hoy se los pasaré por alto. Le estoy jodiendo su cita.

—¿Seguro? —pregunto, levantando las cejas con incredulidad

—No soy ninguna mentirosa. Siempre los hago.

—Eso es cierto —reconozco en un tono benevolente solo a lo segundo, porque mentirosa sí que lo es—, pero el pedido hay que hacerlo hoy sin falta o las piezas que necesitan no estarán —añado y observo en su rostro desencajado una inclemente desesperación.

—Alguien ha debido de cogerlo. Hablaré con los chicos. —Se marcha decidida a buscarlos mientras va barbotando amenazas ininteligibles.

—¿No crees que te lo hubieran dicho? —grito a su espalda, aunque creo que ni me oye.

Mi trabajo ya está hecho, así que pienso en refugiarme en mi oficina, pero, al acariciar el pomo de la puerta, oigo de nuevo el repiqueteo de sus tacones. Miro y la veo regresar a la tienda, y me sobreviene una extraña sensación que me incita a asegurarme con certeza lo que va a ocurrir con ella. Me siento

como la típica asesina psicópata y su macabro interés en volver a la escena del crimen.

Me acerco hasta ella, que se gira sorprendida al no haberme oído llegar. Suspira y sigue revolviendo por los cajones. Me uno a ella para que vea un interés por mi parte en ayudarla.

—Tiene que aparecer, tiene que aparecer —repite con convencimiento, mientras revisa de nuevo, uno a uno todos los papeles.

En ese momento, aparecen mi padre y Billy.

—Harry, ¿has cogido las hojas con los pedidos? —pregunta Molly y se aprecia su estado de desasosiego. Estoy empezando a sentir pena por ella.

Mi padre y Billy nos miran con idénticas expresiones de confusión en sus rostros.

—No. ¿Qué ha ocurrido?

—No están aquí y, por lo que veo, nadie los ha cogido. Los hice hace dos días. ¿Qué va a pasar ahora? —Su inquietud aumenta y frunce el ceño, a la espera de lo que imagino que no quiere oír.

—Molly, vuelve a hacerlo y mañana se pedirán —responde mi padre con tranquilidad, y a ella se le demuda el semblante.

—¿¡Qué!?! Me llevará toda la tarde y la tenía libre. Yo lo hice y lo dejé aquí. No es culpa mía que no esté. —Se le escapa un estruendoso golpe sobre el mostrador. ¡Oh, oh! Esto no la beneficia en nada; mi padre se va a cabrear.

Mi padre sacude la cabeza en un gesto reprobatorio. Aunque es una persona bastante afable, si le buscas las cosquillas, lo encuentras, y en este preciso momento su rostro adopta ese aire de severidad que se le presupone a un jefe estricto.

—Esos pedidos son responsabilidad tuya. No volveré a repetirlo: hazlo.

—No te preocupes. Yo te ayudaré —interviene Billy con timidez, ganándose el resoplo de fastidio de Molly.

Mi plan ha salido a la perfección y mi lado perverso aplaude, aunque mi conciencia se rebela, haciéndome sentir mal conmigo misma. Lo que he hecho no es para sentirse orgullosa; he jugado muy sucio, pero... ¿quién la manda entrometerse en mi camino? De todos modos, solo he aplazado esa cita. Lo más seguro es que, una vez que suceda lo que siempre ocurre conmigo, ella tendrá su oportunidad con él. Aunque no sé por qué, algo amargo se me remueve solo de pensarlo.

Me marchó con el mismo sigilo que llegué. Ahora solo falta llevar a cabo la segunda parte de mi avieso plan, aunque debo esperar un poco o todo sería demasiado precipitado. Mientras tanto, llamaré a Alice; aún no le he contado nada sobre mi nuevo candidato. Cojo mi bolso y busco el móvil, pero no lo encuentro. Vacío todo el contenido sobre la mesa y no hay ni rastro de él. Me pongo a buscarlo por el despacho, pero sigue sin aparecer ¿Dónde narices estará? Hago memoria: tenía prisa por llegar, pero estoy segura de que lo llevaba encima; siempre lo llevo. Frunzo los labios al recordar todo lo que está ocurriendo últimamente en mi casa: las cosas o se cambian de lugar o desaparecen. Me llevo las manos a las sienes y las masajeo para relajarme e intentar recordar. Sé que lo tenía en mi bolso. Una lucecita se enciende en mi cabeza. ¡Mi camioneta!

Saludo a CJ al pasar por su lado y, como es habitual en él, solo asiente con la cabeza. Me voy directa a la camioneta, abro la puerta del copiloto y no lo veo sobre el asiento. Hago lo mismo con la guantera y nada. No sé si echarme a reír o llorar; el dichoso karma me lo ha vuelto a devolver. Me pongo a levantar las alfombrillas y las voy dejando en el suelo. Me estoy empezando a poner nerviosa.

—¿Problemas? —pregunta Kyle a mi espalda.

—Por lo visto, siempre apareces cuando los tengo... No encuentro mi móvil —respondo, girándome hacia él.

Su presencia ya me provoca un hormigueo por toda la piel y la respiración se me altera igual que el pulso. Es como si emitiera un reclamo silencioso al que mi cuerpo obedece sin rechistar.

—¿Lo llevabas esta mañana? Igual lo has dejado en casa.

—No, nunca salgo sin él.

—Kyle —le llama Molly, caminando hacia nosotros—. No voy a poder ir contigo al lago —explica, afligida, y me retiro un poco para darles privacidad.

¡Dios no seas tan patética! Solo le falta ponerse a llorar.

Molly se marcha. Ahora es el momento. Veamos cómo me las ingenio para que se venga conmigo sin desvelar mi inusitado interés.

—Siento que te hayas quedado sin acompañante —digo nada más acercarme.

Se gira con lentitud hacia mí, clava sus impresionantes ojos en los míos y esboza una extraña sonrisa. Luego se encoge de hombros, como si no le importara.

—¿Sigue en pie tu ofrecimiento? —pregunta sin dejar de observarme, enarcando una ceja expectante.

Una ráfaga de satisfacción me recorre de pies a cabeza. Me acaba de ahorrar el tener que volver a proponérselo, y era lo que tenía pensado decirle. Pero... tengo que devolverle lo que me hizo a mí. Me haré un poquito de rogar.

—¡Oh, lo siento! Ya hice mis planes — respondo y cruzo los dedos para que siga insistiendo.

—¿Y esos planes no se pueden cambiar? —susurra junto a mi oído y mi satisfacción se convierte en un dulce cosquilleo, acariciándome por dentro.

Mi cabeza me grita: «¡no seas estúpida y acepta!».

—¿Por qué debería hacerlo? —Mentalmente me pego una patada en el

trasero por no obedecer a mi tozuda cabeza

—Porque encontraré tú móvil —dice con total convicción.

Una risa estúpida y nerviosa se apodera de mí; me fastidia mucho que ese pequeño trasto del que soy dependiente sea el motivo de poder irme con él o no, porque no estoy tan convencida de que lo vaya a conseguir

—Está claro que aquí no está —contesto sin poder acallar esa risita impertinente, que ya hasta a mí me resulta molesta.

—Por lo visto, hoy es el día de las desapariciones misteriosas, ¿no? —percibo un punto de ironía en su voz.

¿A qué viene esto? ¿Qué está insinuando? Ahora sí que me la ha borrado de golpe.

—Eso parece —me limito a decir y aparto con discreción mi mirada de la suya. Él sigue observándome en silencio y mi estado nervioso aumenta. Me siento como si hubiera descubierto mi juego sucio.

—Si lo encuentro, ¿lo cambias? —propone al mismo tiempo que extiende su mano para sellar nuestro pacto.

Le sonrío con torpeza, y él me guiña un ojo con complicidad. Sigo sin entender su actitud.

—De acuerdo, trato hecho. —Se la estrecho y me hago a un lado para que suba a mi camioneta. Cuando me da la espalda, suelto el aire que, sin darme cuenta, he estado reteniendo en mis pulmones.

Comienza a buscar e inspiro profundamente para tranquilizarme y pensar en un plan alternativo. Si no lo encuentra, todo se irá al traste, y no puedo cambiar de opinión, así como así.

—Acabo de encontrar algo. Veamos de qué se trata. —Forcejea un poco entre los asientos—. Aquí está. —Se gira hacia mí con su arrasadora sonrisa y mi teléfono en la mano.

—¡Guau! —exclamo con un grito mi entusiasmo, y no es por haber

recuperado mi móvil, sino porque por fin he conseguido lo que quería—. Ya sé a quién tengo que recurrir cuando desaparezca algo. —Extiendo mi brazo para coger el teléfono, pero él lo retira con rapidez.

—Yo he cumplido mi parte del trato, ahora te toca a ti —dice divertido mientras lo pone a un palmo de mí, balanceándolo entre sus dedos.

—Bien. Cancelaré mis planes —acepto e intento quitárselo, pero su reacción es más rápida y atrapa mi mano con la suya. De nuevo esa conocida electricidad vuelve a chisporrotear entre nosotros. Un temblor irracional comienza a formarse dentro de mí y se transforma en una auténtica convulsión cuando se la lleva a sus labios y la besa.

—¿Me das tu número? —me pide cuando suelta mi mano.

—Ya veremos.

Y haciendo acopio de toda mi serenidad, algo que estoy comprobando que se desvanece cuando lo tengo cerca, doy media vuelta y me marcho.

Una vez fuera del taller, aprieto el móvil con fuerza contra mi pecho en un intento de calmar mi desbocado corazón. Este tonto deslumbramiento que me provoca cada vez que lo tengo cerca me tiene muy confundida y descontrolada. ¿Qué me está pasando?

Todo este caos desaparece al instante de mi cabeza, al pasar por la tienda. Un nudo de arrepentimiento se encaja en mi garganta al escuchar a Molly gimotear. El corazón se me encoje y me aproximo a ella. No sé qué voy a decirle, pero algo tengo que hacer para animarla y quitarle importancia a lo que ha ocurrido. Me pongo frente a ella y, sin darme tiempo a abrir la boca, se abalanza sobre mí y me asfixia con un abrazo.

¡Oh, no, por favor no hagas esto! Me siento como la persona más rastrera y miserable del planeta. No somos las mejores amigas y admito que, en alguna que otra ocasión, me han entrado ganas de estrangularla por la lengua tan viperina que tiene, pero nada de eso significa que no le tenga cariño y no

me sienta mal verla tan abatida, sobre todo, porque soy la causante de su desgracia. Aunque, por otro lado, me quedo más tranquila al saber que Billy la va a ayudar. Lleva bastante tiempo detrás de ella y lo único que ha obtenido es cualquier excusa tonta para no quedar con él. No es mal tipo y es mucho mejor que Neal, de eso estoy segura.

Al entrar en mi despacho, oigo música proveniente del taller. Me voy hacia la ventana y empiezo a reírme al escuchar la letra. Tengo que reconocer que Kyle es tan sinvergüenza como divertido. Ha puesto a toda pastilla la canción *Your Number* de Chris Brown, lo que hace que mire mi móvil. Para mi sorpresa, lo encuentro apagado. Es extraño. Nunca lo apago. La otra opción es que se haya quedado sin batería, aunque juraría que estaba cargada...

CAPÍTULO 8

*****KYLE*****

Estoy tan seguro de que Deydra ha tenido que ver en lo que ha ocurrido con Molly, que me apostaría el cuello y no lo perdería. No puedo sentirme más orgulloso. Mi gatita tiene un lado retorcido que me divierte mucho, y está resultando ser una buena jugadora. Ha eliminado de un plumazo su obstáculo; mi indulto lo tiene garantizado.

Como estamos en una ciudad donde todos se enorgullecen de la clínica Mayo, era visita obligada pasar por uno de sus edificios, exactamente el Gonda, que sirve como ubicación central de la clínica. Desde él, se puede admirar la estatua de bronce de dos de sus fundadores: los hermanos Mayo. He aprovechado para tomar algunas fotografías de Deydra con mi móvil, aunque, como era de esperar, me ha insistido en que nos las hiciéramos juntos. Me siento cómodo con ella, demasiado diría yo, y esto no me había pasado antes.

Después, me ha llevado a un mercado al aire libre donde casi un centenar de vendedores ambulantes nos iban ofreciendo una gran diversidad de artículos, desde la artesanía propia de la zona, hasta las típicas baratijas que se esperan de un lugar como este. Aparte de innumerables puestos de comida y bebidas, todo estaba amenizado por algún que otro músico callejero. Una Deydra convertida en un dechado de simpatía me llevaba de la mano de un lado a otro, con el mismo entusiasmo de una niña pequeña en un parque de

atracciones. Es la primera vez que visito un mercado de estos. Nunca me ha resultado interesante, pero hoy fue diferente. Me llamó la atención la fascinación que envolvió su cara cuando nos detuvimos delante de una exposición con las obras de arte de algunos pintores lugareños. Lo que avivó aún más mi curiosidad fue que destacó cada detalle con profesionalidad, como una autentica entendida en arte, y que hizo desaparecer cuando notó que la observaba. Una vez acabamos todo el recorrido y cenamos en uno de esos puestos ambulantes, propuso ir a tomar una copa.

Aquí estamos ahora, entrando al Blue Lion. Debe de ser una clienta asidua, porque tanto el tipo de seguridad de la puerta como el camarero la han saludado por su nombre. El primer impacto visual me lo llevo por los tachos colgantes de doscientos litros a los que les han dado un excelente efecto corrosivo, al igual que a la barra que domina el centro del local. El color óxido se difumina con los sillones victorianos, divanes de cuero con capitoné y los sofás de diseño futurista. La decoración es una combinación perfecta y un excelente guiño al género *steampunk*. Cruzamos una puerta de tijera, la misma que se utilizaba en los antiguos ascensores, que da acceso a un largo pasillo en el que adivino se encontrará la zona más reservada. La camarera, ataviada con un corsé de piel, nos da la bienvenida y nos toma nota. Mejor dicho, me lo pregunta solo a mí; por lo visto, sabe lo que Deydra suele beber. Me queda confirmado que aquí es a donde suele venir.

La música cambia y comienzan unos acordes. Una voz sensual que reconozco enseguida invade todo el ambiente. Es *Something new* de Zendaya y Chris Brown, una canción bastante acertada para este momento. Deydra gira su cuerpo hacia mí, rodea mi cuello con sus brazos y empieza a moverse al compás de la música. Juro que hasta oigo el crepitar de las moléculas de aire que nos envuelve, culpa de ese magnetismo que fluye de ella, el mismo que hace que pegue aún más mi cuerpo al suyo. Su forma de moverse es

provocadora y hasta podría decir que un poco lasciva: sus labios pegados a mi cuello y ese roce sutil pero insistente contra mi polla, que no tarda en animarse. Sé que es consciente de ello, porque, nada más apartarse de mí, sus ojos viajan a mi entrepierna. Una sonrisa bastante pícara y satisfecha ilumina su bonita cara. Queda claro qué era lo que quería conseguir: ponerme bastante cachondo. Sí, nena, lo has conseguido, pero tengo un autocontrol de cojones. No hago nada y solo me limito a ofrecerle mi mejor sonrisa antes de entrar en uno de esos cubículos reservados. Estoy bastante sorprendido, aunque más bien diría extrañado. Hasta ahora no se había mostrado de esta forma tan descarada y lasciva; es como si este lugar la indujera a ello.

Nos acomodamos en un sofá pequeño en forma semicircular, donde la camarera ya ha dejado nuestras bebidas sobre la mesa. Deydra coge su copa y la levanta.

—Para que tu estancia entre nosotros sea inolvidable. —Brinda, chocándola contra la mía.

—Estoy seguro de ello —contesto y doy un trago; ella me imita, con su bebida de color rosa. ¿Qué cojones llevará eso? Acto seguido pasa la juguetona lengua por su labio superior de una forma que me hace desear hacerle cosas perversas y salvajes hasta dejarla extenuada.

Aparto la vista de su deliciosa boca y respiro hondo. Si quiero conseguir lo que me propongo y no caer en sus redes, tengo que controlar esta puta locura que tengo por ella. Necesito sacar un tema de conversación, porque ella no parece muy dispuesta a hacerlo. Su único interés va dirigido a conseguir de mí lo que quiere. No deja de provocarme con sus roces disimulados y esas miraditas. Todo me está resultando bastante raro y una de esas rarezas es que no me cuente nada sobre ella. Estoy acostumbrado a que las mujeres hablen de sí mismas como cotorras, pero ella, en cambio, no lo hace. Es como si solo le interesara ir al grano. ¿Adónde ha ido a parar su lado cotilla? No ha vuelto a hacer ninguna pregunta personal, algo que agradezco, pero no es lo habitual. Solo se limita a hablar de cosas muy banales y sigo pensando que no quiere preguntar para que no llegue mi turno y se sienta obligada a responder. Me resulta muy intrigante. ¿Qué esconde Dey? No más que yo, de eso estoy seguro. Lo mejor será empezar por algo que me llamó la atención cuando paseábamos por el mercado: su desmesurado entusiasmo por el arte.

—Vi cómo te quedaste embobada contemplando los cuadros. ¿Te gusta el arte?

Avanza su rostro hasta pegar su mejilla contra la mía, y respira de una forma deliberadamente suave junto a mi oído. Mi cuerpo empieza a bullir y una fuerte presión se instala en mi entrepierna.

¡Joder con la rubia!

—Me apasiona —confiesa con un susurro—. Me vuelve loca el mundo del arte. —Se aparta y hay un brillo provocador en sus ojos.

—En ese caso, ¿por qué no enfocaste tu futuro en esa dirección? — pregunto, intentando averiguar un poco más. Su respuesta ha sido demasiado vaga.

Apoya su mano en mi antebrazo y me esfuerzo por no estremecerme, pero me resulta imposible no hacerlo. Con aire distraído me acaricia suavemente la piel con la yema de sus dedos, de arriba abajo. Pero a mí no me engaña; sabe muy bien lo que hace y sus intenciones han quedado al descubierto.

—Estudiar arte para hacerte cargo de un taller no sirve de mucho, ¿no crees? —responde como si fuese algo que estuviese cansada de repetir—. Mis hermanas no quieren saber nada y mi padre es hijo único. No hay tíos, ni primos que se hagan cargo. En el momento en que mi padre se jubile, se cerraría para siempre. Era el sueño de mi abuelo y el de mi padre, y tanto uno como el otro lucharon mucho para sacarlo adelante.

¿Quiere decir con esto que se ha visto obligada a continuar con una absurda tradición familiar? Aunque lo que más me ha llamado la atención es toda su perorata, como si la tuviera estudiada, preparada en caso de que alguien le haga esa pregunta.

—Eso está muy bien, pero era el sueño de ellos, no el tuyo. No tienes por qué continuar con algo que no te gusta.

Se queda en silencio, mirándome fijamente, y vuelve a beber dando pequeños sorbos. Mis ojos se pierden en todo lo que hace con su boca, cómo mueve con lentitud sus labios, de un modo sensual intencionado.

—¿Quién ha dicho que no me guste? —disiente—. Que me interese el arte no significa que sea mi sueño. Adoraba a mi abuelo; a él no puedo devolverle la vida, pero sí puedo hacer que aquello por lo que tanto luchó siga vivo.

Me quedo en silencio. Su explicación es bastante convincente, pero, por alguna extraña razón, no termino de creerla. Lo único que me convence es ese cariño palpable hacia su abuelo, lo que provoca que mi mente viaje a lugares de mi pasado... ese puto pasado que intento dejar bien aprisionado en el olvido. Aprieto los dientes y me obligo a hacer desaparecer ese dolor que insiste en joderme la vida.

—Ya que hablas de sueños, ¿cuál es el tuyo, Kyle? —pregunta, trayéndome de vuelta al presente.

—No tengo ninguno. —Ella enarca las cejas, sorprendida. Está claro que no le voy a decir el motivo—. Debo de ser un bicho raro.

—Un bicho muy guapo —me piropea y choca su copa contra la mía.

—Ahí estoy de acuerdo contigo —le suelto, y se echa a reír. Esta adulación por su parte y el aceptar mi respuesta sin más me indican que ya está cansada de preguntas, pero yo aún no he acabado. Tengo curiosidad por saber si no tuvo ninguna opción—. Lo podías haber compaginado.

—No soy buena estudiante —dice, encogiéndose de hombros. ¿Ese es el motivo? Sinceramente, me cuesta creerla—. ¿Y tú? ¿Dónde aprendiste todo lo que sabes?

—Trabajé desde muy joven en un taller como aprendiz y fui adquiriendo experiencia. Tenía claro lo que me gustaba y es estar entre motores — respondo lo mismo que le dije a su padre.

—No tienes pinta de mecánico.

—Tú tampoco tienes pinta de dirigir un taller.

Ahora sí que ha llegado el momento de acabar con esta conversación. Parece que he despertado su curiosidad. Antes de darle tiempo a que empiece su turno de preguntas, será mejor darle un poco de lo que quiere. Solo tendrá el resto, si me lo pide, porque esta noche no le haré la pregunta que quizás esté esperando. Es el momento de cambiar de táctica.

Miro fijamente su boca y ella se acerca despacio. La veo vacilar. ¿Se lo está pensando? ¿O quizás espera a que yo me tire en picado? ¡Oh no, cariño! Ahora quiero ver qué tal lo haces. Espero a que tome la iniciativa. Creo que le ha quedado claro, porque se lanza a mordisquearme el labio inferior antes de invadir mi boca con su lengua, y acepto su dulce invasión. Cuando la oigo gemir, saca a la bestia que llevo dentro. Mi mano va hacia su nuca para enredar mis dedos en su pelo, y tomo el control. La sensación de tener su cuerpo pegado al mío es demasiado maravillosa. Preferiría que no lo fuera, pero eso es lo que dice mi cabeza, no mi cuerpo, que corresponde al suyo con desesperación. Adoptar este papel cada vez me jode más. Menudo sufrimiento reprimir mis ganas de empujarla contra la pared ahora mismo,

pero es una cabezota de cojones y no se saldrá con la suya mientras yo pueda impedirlo.

Interrumpo el beso, y ella me mira desconcertada y jadeante.

—Dey —pronuncio, apoyando mi frente contra la de ella para recuperar un poco el aliento. Menuda sorpresa se va a llevar cuando me oiga decir lo que no se espera—, se ha hecho tarde, te llevaré a casa. —Espero su reacción, una reacción que enseguida obtengo: un cambio tan drástico en su semblante que habla por sí solo.

Sí, nena, te acabo de joder la noche.

No espero a la camarera para pagar. Me levanto, agarro a una silenciosa Deydra de la mano y me dirijo hacia la barra; durante el escaso trayecto, sigue sin hablar. Un camarero que no vi cuando llegamos se acerca a nosotros y le sonrío.

—¿Te marchas? —pregunta a Dey como si yo no existiera. Ella sigue en silencio y solo asiente con la cabeza.

—¿Cuánto te debo? —intervengo con sequedad, en un intento de acaparar la atención de este gilipollas.

—Invita la casa —responde sin apartar la mirada de ella.

¡Tu invitación te la puedes meter por el culo, capullo!

—Eres un cielo, Bryan —irrumpe Deydra, recuperando el habla. Se suelta de mi mano, se apoya en la barra y le planta un beso en los labios.

¿Qué coño acaba de hacer? Y... ¿quién coño es este tío? Por la forma en que este tipo ignora mi presencia, le ha jodido verla acompañada.

—En ese caso, esto es por el buen servicio —digo sin molestarme en darle las gracias y le suelto un billete de más valor de lo que cuestan las copas. La mirada glacial que me dedica el camarero prueba que ha pillado mi insulto.

Miro de soslayo a Deydra y su sonrisa de apenas unos segundos ha dado paso a un ceño fruncido. Creo que mi gatita también lo ha pillado, aunque

habría que ser tonto para no hacerlo. Sin más dilación, la agarro por la cintura y me encamino hacia la salida.

Una vez fuera del local, se aparta con brusquedad y se pone frente a mí.

—¿Se puede saber por qué has hecho eso? —estalla en un tono cargado de reproche.

—No sé a qué te refieres. —Me hago el tonto, y ella resopla.

—Le has humillado con tu exagerada propina.

—Solo he pretendido agradecer el buen servicio —me justifico, pero el escepticismo que veo en su rostro me dice que no se ha creído nada.

Gira sobre sus talones y echa a andar. ¿Eso es todo? Necesito provocarla; una escenita de celos será divertida. Además, necesito un poco de información sobre ese tal Bryan.

—¿Hay algo entre ese camarero y tú? —pregunto, interponiéndome en su camino para detenerla.

El modo en el que apoya las manos en sus caderas y el suspiro exasperado que sale de sus labios me alerta de que voy por buen camino.

—Eso no es asunto tuyo y, para tu información, no es el camarero, sino el propietario del local —confirma con orgullo y me hace a un lado para reanudar el paso.

¡Bien, nena! Una respuesta muy adecuada para una pregunta impertinente. No puedo negar que su carácter me gusta, pero sigo sin saber qué hay entre ellos.

—¿Sueles agradecer de ese modo a todo el mundo? —pronuncio a su espalda y la censura que hay en mi voz es tan evidente que se detiene en el acto.

Se da la vuelta con lentitud y, por la mirada furibunda que me lanza, no le ha gustado ni un pelo lo que acaba de oír. Esto se pone interesante.

—La forma en que lo haga tampoco es asunto tuyo —replica con chulería

y no hay que ser muy listo para saber que acaba de mandarme a la mierda con la mirada.

Echa a andar, apretando el paso. Compruebo que no se dirige hacia el callejón trasero donde había aparcado la moto, sino en dirección contraria, y mira hacia un lado y otro de la calle. ¡¡Mierda, está buscando un taxi!!

La agarro del brazo y, sin darle tiempo a reaccionar, la estrello contra mi cuerpo. Su forma de desafiarme me está poniendo a cien.

—Cuando alguien me interesa, todo lo que haga se convierte en asunto mío —le digo, deslizando mis dedos por su mejilla y, para mi sorpresa, no opone resistencia.

Me clava sus preciosos ojos, esos que me dejaron fascinado en el primer instante en que los vi. En ellos puedo leer que le ha gustado; a todas les gusta ser el interés de alguien.

—Yo no voy a ser nada tuyo —concreta con firmeza y me sostiene la mirada mientras interrumpe mi caricia, apartándome la mano.

¡Fantástico! Cuando llegue el momento, ya veremos qué es lo que sucede. Ninguna ha sido capaz de estar conmigo sin que tarde o temprano su corazón se viese involucrado. ¿Acaso ella es diferente?

—Ya lo veremos. —Me inclino y le acaricio el cuello con la nariz. Aunque lucha por mantener el tipo, su estremecimiento la acaba de delatar.

—Imposible, eso no va a ocurrir —dice, removiéndose para que la suelte, pero no lo hago.

La obstinación en su respuesta puede deberse a que alguien le hizo daño. Con este tipo de situaciones ya me he encontrado antes. Esas mujeres suelen ser más desconfiadas.

Pequeña, si este es tu caso, antes tendré que arreglar tu corazoncito para poder llevármelo.

—Cariño, la palabra «imposible» no existe para mí —asevero,

mostrándole cómo soy en realidad: alguien que no se detiene ante nada ni ante nadie—. Y te diré algo que debes saber: cuando yo quiero conseguir algo, o a alguien, no me detengo hasta poseerlo por completo. Eso significa que quiero mucho más, Deydra, y tienes que saber que lo conseguiré.

Le dejo al descubierto lo que quiero, lo que no sabe es con qué fin.

—Tu seguridad en ti mismo es aplastante, cariño —replica, y sonrío al oír cómo emplea con un tono despectivo el apelativo que acabo de usar. Reconozco que eso me encanta de ella—, aunque no puedo decir lo mismo de tu inteligencia.

—Soy lo bastante inteligente como para saber lo que provoco en ti —susurro en su oído, y levanta el mentón en un gesto desafiante.

—No te confundas. Solo es una reacción física —contesta. Todo ese aplomo que intenta verter en su fachada no alcanza a su voz.

Yo quiero algo más que tu deseo. Voy a por tu corazón, y tú solita me lo vas a entregar.

—No me confundo —repito con una media sonrisa—, pero por ahí se empieza, cariño.

Creo que ha llegado el momento de terminar con ella por hoy. Sin darle tiempo a que reaccione, la cojo en brazos y empiezo a caminar en dirección a la moto, y lo hago asombrado por ambos: por mí, porque es como si mi cuerpo no quisiera perder el contacto con el suyo, y por ella, porque no ha rechistado.

Veinte minutos más tarde, llegamos a su casa. Paro el motor y bajo de la moto para acompañarla hasta la puerta, pero se queda inmóvil delante de mí.

—Buenas noches y gracias por todo —se despide en un tono frío y se apresura a entregarme el casco. Por lo que veo, aún sigue molesta. La escenita de antes, unida a la interrupción de lo que se supone que ella quería, la ha rebasado. No quiero que tenga un mal recuerdo de esta noche. Tengo

que arreglar la situación.

—Deydra —tiro suavemente de su mano para acercarla a mí—, mi intención no era humillar a nadie, si lo has visto de ese modo. Te pido disculpas.

—Olvidado. No hace falta que... —La silencio poniendo un dedo sobre sus labios. El que acepte tan rápido mis disculpas, me da mala espina.

—No soy perfecto. He hecho algo pensando que era lo correcto y he acabado jodiéndolo —digo con un gesto contrito.

Su mirada se suaviza y suelta un suspiro. Creo que no se esperaba este arrepentimiento por mi parte.

—En ese caso, creo que yo también te debo una disculpa. Mi reacción ha sido muy exagerada.

Qué encanto. Se lo ha tragado.

—¿Como mi propina? —bromeo y se echa a reír. Está preciosa cuando lo hace; su rostro se ilumina, aunque también lo está cuando se enfada; sus exuberantes labios se afinan y las aletas de su pequeña nariz respingona se hinchan. Deydra posee ese tipo de belleza que me resulta irresistible.

—Te aconsejo que dejes de hacerlo o te quedaras sin blanca antes del día de cobro. Mi padre no suele dar adelantos —me advierte, y sonrío por su ignorancia sobre mi economía.

Le acaricio el labio inferior con el pulgar y noto como se estremece. Tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no cargarla sobre mi hombro y meterme en su casa con ella. Las demás, pese a sentirme atraído, siempre me han dejado indiferente, pero Deydra consigue alterarme de un modo irracional. Nunca he sentido esta clase de atracción tan intensa, tan animal, por nadie. Esta maldita tensión sexual me nubla la razón, pero eso no va a cambiar nada en mí. Ella solo es otra más y, en el momento en que consiga lo que quiero, me largaré como siempre.

Exhalo profundamente y me inclino para apoyar mi frente en la suya.

—Deydra, ¿harías algo por mí? —le pido, y ella asiente, dudosa—. Me preocupo si llegas tarde al taller. No vuelvas a hacerlo. —La beso en sus apetecibles labios para despedirme, pero no un simple beso, sino uno muy húmedo y devastador, uno de esos que sé que no va a olvidar con facilidad.

La dejo sobre sus pies tambaleantes y me subo a la moto. Sé que la he vuelto a dejar desconcertada, pero ese es el propósito. Ahora tengo que desfogar toda esta tensión sexual que me provoca esta rubia y no hay mejor forma de hacerlo que ir a pasar un buen rato con otra. Sonrío al recordar la tarjeta que me dejó la última clienta de esta mañana. Me marchó sin volver la vista hacia atrás.

CAPÍTULO 9

*****DEYDRA*****

Le he contado a mi padre una pequeña mentira para tomarme el día libre. Cada vez me cuesta menos hacerlo, porque es de lo que se compone mi vida: un enorme surtido de mentiras. Hoy es uno de esos días en los que me resulta imposible soportar esta carga, pero debo seguir fingiendo, seguir aceptando y seguir manteniendo silencio, por el bien de todos.

Y todo es por culpa de este hombre que ha aparecido en mi vida. Mi cabeza me alerta del peligro de alguien como él. Estoy jugando con fuego, lo sé, pero no puedo evitarlo. Su comportamiento me tiene muy confundida: el deseo que veo en sus ojos es innegable y me mira como si fuera a comerme, pero sigue dejándome hecha un manojo de deseo insatisfecho. ¿Por qué tiene ese empeño en que se lo pida? Ya no me resulta tan buena idea. Quizás se debe a la fama de zorra que tengo.

Esbozo una sonrisa sardónica. Mi rabia no se debió a esa especie de escenita de celos que me montó a causa de Bryan, ni la humillación que le hizo con la propina, sino porque me recordara mi comportamiento con todos esos hombres con los que he buscado sexo. Me precipitaba para luego echarme atrás, una y otra vez, y los utilizaba para al final dejarlos como él me dejó a mí. El karma sigue pisándome los talones.

Tampoco entiendo por qué hoy he hecho lo que me pidió. No solo fui puntual, sino que llegué cinco minutos antes. Al verme, mi padre se quedó tan sorprendido como yo; jamás hubiese apostado que algún día llegaría a verlo. Sonrió y agradecí interiormente que no viniese a preguntar a qué se debía. No es que siempre llegue tarde, bueno, casi todos los días, pero sí es cierto que jamás he llegado antes de mi hora. Y a su lado estaba Kyle. Intenté no ser descarada, pero fracasé. Me quedé allí pasmada, cautivada por la presencia de ese hombre, que me dedicó esa mirada tan suya, tan especial, una combinación de ternura, picardía y lascivia, que provocó que todo mi cuerpo se revolucionara. Como si eso no hubiera sido suficiente, la acompañó con esa sonrisa tan sexy, que hizo que mi corazón se acelerara enloquecido. Más tarde, apareció de repente en mi oficina y, sin mediar palabra, me dio un tierno beso en los labios, me susurró «buena chica» y se marchó.

Sigo caminando, sumida en mi autocompasión, cuando el sonido de varios cláxones acompañados de gritos me detiene en seco. Me doy cuenta de que

estoy en mitad de la calzada y el semáforo se ha puesto en rojo. Me disculpo con la mano y echo a correr hacia la acera. He ido deambulando sin prestar atención y no tengo ni idea de dónde me encuentro. Miro a mi alrededor un poco aturdida, pero enseguida sonrío al ver a dónde me han traído mis pies: justo delante del edificio de la biblioteca pública. Sin pensarlo dos veces, entro.

Mientras recorro los estrechos y largos pasillos, recuerdo con nostalgia mi época universitaria, cuando aún era feliz y asistía a clase. Oigo unos pasos detrás de mí y, sin darme tiempo a reaccionar, alguien me tapa la boca con la mano y con la otra rodea mi cintura, aprisionándome con fuerza. Mi corazón comienza a golpear frenético contra mi pecho y retumba en mis oídos, mi respiración se acelera y forcejeo, presa del pánico, para soltarme. ¡Dios, esto no puede estar pasando!

—¡Shhhh! —sisea en mi oído—. No grites o nos echarán a patadas de aquí, pequeña mentirosa.

Cierro los ojos con fuerza al reconocer la voz de Kyle e intento normalizar mi respiración, no sin antes maldecirlo en silencio. Me acaba de dar un susto de muerte. Me da la vuelta para colocarme frente a él y me regala una sonrisita socarrona que me enfurece más de lo que ya estoy. Por lo visto, el señor se está divirtiendo de lo lindo mientras yo hago un esfuerzo sobrehumano para no borrarla de una bofetada.

—¿Estás loco? ¡Ha estado a punto de darme un ataque al corazón por tu culpa! Alégrate de que no soy violenta, porque ahora mismo agarraría el libro más gordo que hubiese aquí y te lo estamparía en la cabeza.

Kyle prorrumpe en risas, sin ningún miramiento, y, el muy sinvergüenza, acerca su dedo a mis labios para que yo baje la voz. Esta vez sí que reacciono con rapidez y le muerdo.

—¿No decías que no eras violenta? —Hace una mueca de dolor, y ahora

soy yo la que estalla en risas al ver su expresión teatral y burlona.

Estamos armando demasiado ruido. Miro hacía el fondo del pasillo, porque no me extrañaría que la bibliotecaria apareciera de un momento a otro.

—¿Qué haces aquí? —susurró, y él me observa. Sus espectaculares ojos adoptan un tono más oscuro al acariciar visualmente mis labios; mis piernas flaquean y una maravillosa sensación se instala en mi bajo vientre. ¿Cómo puede provocarme todo esto sin tocarme? Todo el esfuerzo que antes tenía que hacer para excitarme, él lo consigue con una sola mirada.

—¿Y tú? —me devuelve la pregunta. Apoya mi espalda contra la estantería y me acorrala con sus brazos a ambos lados de mi cabeza, lo que provoca que mi nerviosismo, lejos de remitir, se incrementa. Y no es para menos; en las distancias cortas este hombre es aún más impactante. Lleva todo el pelo recogido hacia atrás en una especie de moño que deja al descubierto su perfecta cara y una camiseta negra con la bandera canadiense que se ajusta como un guante a su musculoso torso.

—¡No empieces! He preguntado yo primero —protesto mientras intento mantener esa serenidad que se me escapa cada vez que se acerca.

El calor de nuestros cuerpos es tan intenso, que podríamos arder por combustión espontánea. Está tan cerca que me quedo atrapada en su afrodisíaco olor, en ese envolvente aroma tan masculino y sensual, concebido para seducir. A pesar de que sigo cabreada, no hago nada para separarme de él.

Sigo paralizada ante el escrutinio de este guaperas burlón, que me contempla en silencio, manteniéndome en vilo, algo que ya he comprobado que se le da muy bien. Cuento los segundos mentalmente hasta que se decida a hablar.

—Una rubia mentirosa ha colapsado el tráfico —susurra al fin en mi oído

y su aliento me acaricia el cuello.

Desliza su mano por mi brazo con suavidad, y el calor de su tacto me estremece y hace que me hierva la sangre.

—¡Deja de llamarme mentirosa! —exijo, intentando que mi voz suene autoritaria, pero fracaso por culpa de lo que me está haciendo sentir.

—¿No estás muy lejos de tu casa? ¿No es ahí donde se supone que debes estar? ¿Jaqueca? —me recuerda con sorna la mentira que le he dicho a mi padre.

Aprieto los labios con fuerza para no soltar la carcajada que amenaza con salir desbocada de mi boca y veo que él aguanta la suya.

Me ha pillado de lleno en mi farsa y me pregunto cómo se ha enterado. Dudo mucho que mi padre lo haya anunciado, a no ser que alguien hubiese preguntado por mí. Un dulce cosquilleo me recorre entera al saber que ha sido él.

Kyle me observa muy atento; sé que está esperando una respuesta, algún tipo de explicación. ¿Qué narices voy a decirle? ¿Qué él es el motivo? ¡Por encima de mi cadáver!

—Y tú muy lejos de tu trabajo. ¿No es ahí donde deberías estar en vez de perseguirme? —contraataco, dispuesta a salir del paso como pueda, y así aprovecho para saciar la enorme curiosidad que siento. Quiero saber qué le ha traído hasta aquí.

—Debería, pero esto es mucho más divertido. —Sonríe y sus ojos brillan con malicia, dos claros signos de que no va a soltar prenda. ¿Me lo está devolviendo? Sí seguro.

Su actitud tan infantil es la desencadenante de que la carcajada que he contenido salga disparada, y apoyo mi boca en su clavícula para silenciarla. Estoy asombrada por la facilidad que tiene para hacerme pasar de un estado emocional a otro sin ningún esfuerzo. Aunque admito que, de haber podido,

lo hubiese estrangulado por el mal rato que me ha hecho pasar con su inesperado asalto, estoy agradecida de que haya conseguido dejar a un lado mi penoso estado de ánimo.

Coge mi cara entre sus manos y la separa con delicadeza de su cuerpo. Alzo la vista y me encuentro con una mirada tan ardiente que es puro fuego. Un fuego que puede devorarme. Sus ojos recorren mis labios, se recrean, y la excitación y el deseo aumentan en mí de forma inmediata. Hasta el aire que nos rodea se vuelve más caliente. Me acaricia el labio inferior con el pulgar y todas mis terminaciones nerviosas reaccionan a su contacto. Tengo unas ganas irrefrenables de sentir sus manos y su perfecta boca por todo mi cuerpo.

Sonríe. Sabe lo que me está provocando y el muy canalla se toma su tiempo para disfrutar con ello. Se inclina para rozar sus labios con los míos y los pasea hasta mi cuello succionándolo con suavidad. Cierro los ojos, aturdida por esas ráfagas de placer que me recorren toda la columna mientras sus manos siguen la misma cadencia, bajando por mi cuerpo hacia mis caderas. Me va sumergiendo en un juego de seducción del que no quiero salir, un cóctel perfecto para volverme loca. Nunca había sentido nada igual con nadie y esto es lo que llevo tanto tiempo anhelando. Lucho con todas mis fuerzas para silenciar los gemidos que se agolpan en mi garganta al ser consciente del lugar en el que me encuentro, algo que, por lo visto, a él parece importarle bien poco.

—Dey, voy a cumplir todos tus deseos —asegura contra mi sensible cuello en un tono íntimo y provocador, antes de volver a acariciar mi labio inferior con el pulgar.

Su excitante promesa me estremece de pies a cabeza y provoca que empiece a jadear presa de la impaciencia. Aprovecha para meter su dedo dentro de mi boca; cierro los labios a su alrededor, comienzo a saborearlo con

la lengua y a chuparlo con los labios. El aire ha pasado de estar caliente a estar cargado de lujuria, tanta que se podría oler el perfume de nuestra excitación. Cierro los ojos al sentir que mi sexo palpita. Como si lo intuyera, se pega aún más a mi cuerpo y, con un simple movimiento de cadera, se coloca de tal forma que me veo obligada a abrir las piernas. Mis endurecidos pezones rozan su torso y su contacto me electriza. Sus manos abandonan mi cintura y viajan hacia mis nalgas, que aprieta y amasa. Siento su respiración pesada y entrecortada recorriendo mi piel. Mi corazón se dispara aún más cuando noto la dureza de su erección contra mi vientre. La restriega a conciencia, haciéndome saber el efecto que provoco en él y enardeciéndome más de lo que ya estoy. Acerca sus labios a los míos, los entreabre, los humedece y, cuando estoy a punto de lanzarme a su hechizante boca, estrella la suya contra la mía. Recibo el ataque carnal con un gemido, olvidándome por completo de donde me encuentro. Mis manos se lanzan precipitadas hacia él y enredo los dedos en su pelo. Él gruñe, y yo vuelvo a gemir; nuestras lenguas se entremezclan, se buscan. Nos besamos poseídos por la lujuria. Me arqueo más para que no haya ningún espacio que se inmiscuya entre nosotros. Su cuerpo se tensa, se vuelve más ávido, más codicioso. Aprieta más esos labios ardientes y hambrientos contra los míos; su implacable lengua explora mi boca de manera más profunda. No puedo retirarme de los lascivos movimientos de su cuerpo, como si fuera insuficiente, y me arrastro con él hacia ese lugar al que deseo ir con toda mi alma.

Su boca me abandona, al igual que su cuerpo, sacándome de cuajo de mi torbellino de placer.

—Creo que este público aún no es apto para ver esto, ¿no te parece? —me dice entre resuellos y señala con la cabeza hacia un lado. Hay tres niños con los ojos como platos y la boca completamente abierta.

Un calor enorme me inunda las mejillas; me muero de vergüenza. Me dan

ganas de abofetearlo por la facilidad que ha tenido para recuperar la compostura mientras yo sigo luchando por dominar todo el revuelo de mi cuerpo.

—¿Estáis haciendo el amor? —preguntan los niños al unísono.

Desearía que el suelo se abriera a mis pies y me engullera entera.

—No, no. —Carraspeo para aclararme la garganta. Los niños ahora sonrían, e imagino que estos pequeños mirones han visto más de lo que creo, porque no parecen muy convencidos con mi negación. Me felicito interiormente por no haberme puesto falda esta mañana. ¿Qué diantres se supone que debo hacer? ¿Darles una explicación a estos mocosos?

Mis ojos vuelan de esos tres pares de ojos que me observan expectantes a los de Kyle, que parece divertirse con la situación. El muy canalla está aguantando la risa. Lo fulmino con la mirada antes de desviarla hacia el bulto de su entrepierna, deseando para mis adentros que al menos se sienta igual de abochornado que yo. Para mi decepción, sigue igual de tranquilo y tiene la poca vergüenza de ponerme delante de él para que mi cuerpo lo oculte.

—Podrías intervenir, ¿no? —suelto para que abogue en mi ayuda.

—Seguro que tu explicación será mucho mejor que la mía y tengo que atender una llamada. —Me pone el móvil delante de la nariz y se aleja hasta que lo pierdo de vista.

¡Será capullo!

—¡Niños! Tenemos que marcharnos —anuncia en voz baja una señora que ha aparecido al final del pasillo y que sostiene entre sus brazos un montón de libros.

¡Gracias, Dios mío! Te debo una.

—Ya habéis oído. No la hagáis esperar. —Les apremio para que se marchen antes de que a la señora le dé por acercarse a por ellos.

Como los niños ni se inmutan, no me queda otra que salir disparada antes

de que se les ocurra abrir otra vez la boca. Una retirada a tiempo es una gran victoria. Tomo el primer pasillo, en el que me encuentro a Kyle. Le cojo de la mano y lo saco de allí como alma que lleva el diablo.

—Por qué poco te has librado —dice casi atragantándose de risa mientras vamos saliendo de la biblioteca.

—Y tú te has divertido a lo grande. —Frunzo el ceño al no verle la gracia por ningún lado. Aún sigo temblando y mi respiración sigue agitada.

—Contigo es imposible aburrirse —afirma y aparece esa sonrisita infantil que me desarma y que contrasta una enormidad con el hombre lascivo que acaba de hacerme cosas obscenas en un lugar público.

—¿Eso es un cumplido?

—En toda regla. Y creo que deberíamos seguir donde lo hemos dejado — sugiere, cogiéndome de la cintura para acercarme a él. No puedo evitar quedarme atolondrada al poder recrearme a gusto con todos sus encantos.

Él me mira con una ligera expresión socarrona, consciente del efecto que causa en mí, algo que ya me resulta imposible ocultar.

—Por supuesto —contesto enseguida para obligarme a salir de su envolvente embrujo—. Veamos, tenemos para elegir... ¿qué tal el centro comercial que ves ahí? —Señalo a mi izquierda—. O, mejor aún, ¿el *parking* que tenemos justo aquí detrás? Me han dicho que a estas horas suele estar bastante concurrido —bromeo, aunque, al ver que se queda pensativo, me arrepiento de habérselo dicho e imploro al cielo para que no se le ocurra ninguna idea descabellada. Después de lo que acaba de suceder, no me fío de él.

Echa la cabeza hacia atrás, rompiendo en carcajadas y esta vez me uno a él. Aunque no tengo muy claro si es por diversión o por puro nerviosismo. Es la primera vez en mi vida que paso por una situación de este tipo; podría decirse que acabo de vivir toda una tragicomedia, porque minutos antes

quería morirme y ahora me estoy partiendo de risa.

—No sería mala idea. Y no me importa tener público siempre y cuando tengan al menos la mayoría de edad y no interrumpen, pero creo que estaremos más cómodos en mi apartamento —propone junto a mi oído antes de morderme y chuparme el lóbulo de la oreja, lo que repercute directamente en mi sexo. No me queda la menor duda de que es todo un experto en poner cachonda a una mujer en una milésima de segundo.

Asiento con la cabeza. Estoy tan lanzada, tan eufórica y tan endemoniadamente excitada, que me iría al mismísimo infierno con este hombre solo para volver a sentir lo de hace un momento.

—¡Mierda! —suelta de pronto—. Enseguida vuelvo, no te muevas de aquí. —Me apunta con el dedo mientras se aleja.

Me quedo desconcertada y miro hacia donde se dirige. Ha dejado la moto en un estacionamiento prohibido y hay un policía apuntando la matrícula. Se acaba de meter en un buen lío. Les observo y me fijo bien en el poli, que es una mujer. Kyle señala en mi dirección y ella sonríe. ¿Qué demonios le estará diciendo?, porque parece encantada. ¿El muy golfo está flirteando con ella? No sé qué demonios le habrá dicho, pero sea lo que sea ha surtido efecto, está rompiendo la multa delante de él. Me tenso un poco cuando los veo caminar en mi dirección y un poco más cuando ella se detiene junto a mí.

—No deberías ser tan desconsiderada con tu hermano. —Me suelta con el ceño fruncido, que desaparece al mirar a Kyle, al que le dedica una seductora sonrisa antes de seguir su camino.

¿Mi hermano? Me quedo boquiabierta, mirando al sinvergüenza que tengo frente a mí con la actitud de no haber roto un plato.

—¿Se puede saber qué le has dicho?

—Cariño, eso carece de importancia. Tenemos mejores cosas que hacer. —Tira de mi mano y vuelve a pegarme contra él.

—¡Oh, no, hermanito, eso no estaría bien! —exclamo, aguantando la risa para darle un poco de seriedad a mis palabras, pero es imposible, sobre todo por la cara burlona que me está poniendo y al imaginar la trola que le habrá soltado para librarse de la multa. No puedo censurarlo, porque yo hubiera hecho lo mismo—. Por qué poco te has librado —repito lo que él antes me dijo, sin parar de reírme.

—Todo ha sido por tu culpa, pequeña mentirosa —me acusa y me muerde la nariz.

—¿Mi culpa? Esto te pasa por ir persiguiendo a chicas —le reprendo como si estuviera hablando con un niño malo.

—Solo a la que me interesa —susurra en mi oído, y una plenitud extraña e inesperada me sacude por dentro; cada vez deja más claro su interés por mí.

Enseguida reparo en algo. Empujo levemente su pecho para echarme hacia atrás y lo miro a los ojos.

—¿No tienes que volver al trabajo?

—Quien llamó antes era tu padre. No hace falta que regrese —responde, guiñándome el ojo con complicidad—. Así que, señorita, tú y yo tenemos cosas pendientes. —En su cara aparece esa expresión oscura de avaricia sexual y un incipiente calor se instala entre mis piernas.

Entrelaza sus dedos con los míos y echa a andar, tirando de mí. He accedido a ir a su casa y ardo en expectativas conforme caminamos hacia su moto. El sueño que tanto he deseado por fin está sucediendo de verdad y ni el mismísimo diablo va a conseguir que deje escapar esta oportunidad.

Me acerca hasta donde he dejado estacionada mi camioneta, y ahora soy consciente de lo lejos que la dejé. Por lo visto, mis piernas necesitaban una buena caminata. La pongo en marcha y le sigo. Me siento a punto de estallar de felicidad y no quiero pensar en nada que me estropee este momento. Solo tengo que controlar este hervidero emocional, pero mi cabeza se obstina en

no dejarme disfrutarlo, alertándome del peligro, y el corazón se me encoge ante la posibilidad de que no pueda lograrlo. ¿Qué ocurrirá si no puedo? Sacudo la cabeza y respiro hondo. Me niego a infectar algo tan bueno con este envenenado pensamiento. Cuando estaba entre sus brazos, rebasó mis límites y no dejó espacio para nada que no fuesen las sensaciones que me provocaba. Lo que ansío es a él y el deseo de volver a sentir todo lo que me ha provocado hace un momento. Su boca en mi boca, sus manos por todo mi cuerpo, tocándome, enardeciéndome; de nuevo se agolpa esa deliciosa sensación bajo mi vientre.

Kyle ha tomado la carretera secundaria, la misma donde nos conocimos. Sonrío al recordarlo. Tras una media hora, llegamos a su edificio. Aparco junto a su moto y se acerca a mi puerta; me toma de la mano y vuelvo a disfrutar de la maravillosa sensación de su contacto, una sensación que se está volviendo más familiar y más increíble cuanto más la experimento. Subimos por las escaleras, algo que agradezco, aunque me extraña que aún no hayan reparado el ascensor.

Abre la puerta y se aparta a un lado para que entre, pero mi cabeza vuelve a hacer de las suyas y detiene mis piernas. La duda aparece sin ser invitada, aunque me niego a escucharla. Ha llegado el momento y no voy a permitir que nada me dicte lo que puedo o no puedo hacer. He aprendido muy bien que encerrarse en un caparazón no es curarse, sino esconderse. Arropada por ese pensamiento y consciente de la atenta y confundida mirada de Kyle, que ha debido de pensar que cambiaba de opinión, le beso para hacerle constar que no es así. Su respuesta a mi silenciosa aclaración no se hace esperar y un excitante gemido sale de sus labios junto con una caricia intensa y abrasadora de su lengua, que me provoca un fuego fulgurante por todo el cuerpo. Inclina su boca más sobre la mía y aumenta el contacto, mordisqueándome los labios, devorándome con los dientes. Me besa con tal fiereza, con tal pasión,

que me seduce a cada instante como jamás ningún hombre ha conseguido.

Kyle aparta su boca de la mía y presiona mi oreja con los labios.

—No queremos más público, así que será mejor que entremos.

Me gira hacia la entrada de su apartamento y, sin dejar de agarrarme la cintura, se sitúa detrás de mí. Con su cuerpo, me empuja suavemente hacia adentro. Noto el calor de su erección en la espalda y me estremezco, pero ese dulce estremecimiento se convierte en una horrible conmoción cuando, sin darme tiempo a reaccionar, la correa de mi bolso se desliza por mi hombro y todo el contenido se esparce por el suelo.

Me agacho, maldiciendo para mis adentros, e intento recoger a prisa todo lo que no quiero que sus ojos vean, una tarea casi imposible de realizar debido a la enorme cantidad que llevo. Miro de reojo y veo su expresión de extrañeza; no puedo culparlo, cualquier persona en su lugar haría lo mismo.

—¿Qué es todo esto? ¿Llevas una farmacia ambulante en el bolso? —pregunta mientras se agacha a mi lado para ayudarme a recogerlos.

—Hay quien colecciona sellos, ¿no? Pues bien, yo colecciono medicamentos —bromeo para escabullir cualquier otro tipo de explicación, pero su expresión cambia: frunce el ceño y entrecierra los ojos con aire dubitativo. ¿Qué ocurre?—. No son más —me apresuro a decir—. Mis vecinas me pidieron que se las comprara, ya sabes, dos personas mayores que piensan que nunca se sabe cuándo las van a necesitar —miento, y rezo para que se lo crea y no se haya percatado para qué van especialmente indicadas.

—Mujeres muy previsoras —dice, entregándome los botes que quedan.

Sonrío porque no sé qué otra cosa hacer y, para mi alivio, parece que se ha tragado mi mentira, porque no hace más preguntas. Me coge de la mano para ayudarme a ponerme en pie y aparece su arrebatadora sonrisa, iluminando su atractivo rostro. Por el recorrido llameante que le dedica a mi cuerpo, soy lo único que está en su cabeza en estos momentos, y ese fascinante pellizco de

placer vuelve a instalarse dentro de mí.

Curva sus dedos alrededor de mi nuca y baja la boca hasta mi oído.

—Estás a un paso de conseguir lo que quieres. Solo tienes que decirlo. ¿Qué es lo que quieres, Deydra?

No sé si es por estar sumergida en un mar de éxtasis sexual lo que hace que dé mi brazo a torcer, pero no dilataré más esta dichosa espera y daré fin a su juego.

—A ti —pronuncio, y oigo el gemido de placer que se escapa de sus labios.

—Entonces, ha llegado el momento de demostrarte lo bueno que soy, el momento que ambos deseamos. Voy a venerar cada parte de tu cuerpo y voy a hacértelo lento, muy lento, porque no quiero que acabe —dice con ese tono de voz grave tan malditamente caliente y sexy, mientras recorre con la yema del dedo toda la longitud de mi brazo. Ese maléfico dedo me excita al instante, haciéndome apretar los muslos.

Sus cálidos labios me recorren el cuello hasta que llegan a mi boca, haciéndose con ella y conmigo por completo mientras sus expertas manos se ocupan de quitarme la blusa y el sujetador. Estoy tan cautivada por su pasión y su ímpetu, que no queda espacio para la ansiedad o el miedo.

Cuando separa su boca jadeante de la mía, el corazón me da un vuelco al ver que su perfecto rostro no puede ocultar el deseo salvaje que parece dominarle. Creo que no hace falta que le diga con palabras lo que mi cuerpo pide a gritos. Desliza sus manos por mis pechos y empieza a acariciarlos con suavidad. El calor de su tacto me electriza y gimo cuando roza con los pulgares mis pezones, endureciéndolos aún más de lo que ya están. Los coge con ambas manos y se los lleva a la boca para chuparlos y lamerlos, enviando ráfagas de placer por todo mi cuerpo que está tan caliente que casi lo puedo sentir en llamas.

Ansío tocarle, deleitarme en la dureza y calidez de su cuerpo, ante el temor de que todo se desvanezca de repente como en mis sueños más eróticos y deje de sentir esta invasión de placer. Pero comienzo a sentir ese escalofrío familiar que recorre mi columna. Todo estaba siendo demasiado perfecto para ser verdad. Mis monstruos internos acaban de sacar sus feas cabezas. Mis pulmones comienzan a estrecharse, obstruyendo el paso de aire hacia ellos, y mis pulsaciones se están acelerando. No lo he conseguido, no puedo seguir... Reconozco estos síntomas: una crisis de pánico que no dejaré que se desencadene, porque aprendí muy bien a controlarla. Aparto de un manotazo su mano y me separo lejos de él.

Kyle me mira estupefacto, y mi mente intenta encontrar alguna excusa convincente, pero está en blanco, intentando controlar mis rápidas y débiles inspiraciones.

—Dey, ¿qué te ocurre? —Su tono de preocupación es alarmante y eso no me ayuda. Viene hacia mí, pero levanto la mano para que se detenga. Me agacho para recoger mi blusa y el sujetador.

—Bien. Estoy bien —consigo decir y le doy la espalda. No puedo mirarlo a la cara, aún no. Sigo controlando mi respiración, tomando grandes bocanadas de aire y expulsándolas lentamente, y poco a poco va remitiendo.

No puedo justificarme, no hay excusa alguna para lo que estoy haciendo. Mientras me visto, en mi mente aparecen con claridad las palabras que debería de decir, pero mis labios son incapaces de pronunciarlas.

—Tengo que marcharme —pronuncio con aspereza y mantengo dentro de lo posible una actitud de calma, implorando para mis adentros que no advierta cómo me siento en realidad: hecha un manojo de nervios, avergonzada y destrozada. Nunca antes me había avergonzado de lo que hago... Hasta hoy.

—¿Qué? —pregunta, confundido.

Tengo que cortar de una maldita vez. No quiero preguntas a las que no puedo dar respuestas. La provocación es una buena táctica en estos casos; siendo grosera y antipática me ganaré que me dé pasaporte de aquí en el acto.

—¿Tus ganas de follar te han dejado sordo? —suelto semejante insolencia con toda la chulería de la que soy capaz. Mi intención no es otra que sacarlo de quicio.

Se pasa la mano por el pelo y respira hondo. Me preparo para lo que viene a continuación: ponerme de patitas en la calle, que es lo que me merezco. Pero algo me llama poderosamente la atención: no parece cabreado.

—Respeto tu decisión —responde con tranquilidad y la condescendencia que veo en su mirada me deja petrificada.

¿Que la respeta? Sé manejar arrebatos de ira, estoy acostumbrada a que se enfaden y me insulten, pero no a que respeten mi decisión; no me lo esperaba. No sé lidiar con esto. Debería estar agradecida y aliviada, pero estoy enfadada, muy enfadada conmigo, con él y con el mundo. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué narices me ocurre?

El sonido repentino del timbre se convierte en mi salvación y agradezco con el alma a quien se encuentre al otro lado de la puerta. Kyle se marcha a abrir y lo que aparece en el umbral hace que retire de inmediato mi agradecimiento: una espectacular morena de pelo largo y piernas kilométricas, con unas tetas enormes bajo un top que deja poco para la imaginación, al igual que sus cortísimos *shorts*, la típica imagen de... tía buena, portada de Playboy.

—¡Hola, vecino! Estoy en apuros y necesito un hombre fuerte. —Le lanza una de esas miradas de «quiero devorarte» mientras, sin descolgar la sonrisa de su rostro, le muestra un tarro de pepinillos.

¿Quién es, Miss Sonrisa Bonita? Y menuda excusa más patética para

presentarse en su casa. Seguro que estaría encantada de acabar lo que yo he comenzado. Se me revuelven las entrañas solo de pensarlo y es tan extraño que me pase en una situación como esta... Siempre he deseado que apareciera alguien que pudiera terminar lo que yo no he conseguido, pero con él es diferente y es lo que me tiene paralizada en mitad del salón, con la sangre hirviendo. Ella lo mira embelesada, y no me extraña. Kyle tiene el aspecto, el encanto y todo lo necesario para seducir y conseguir sin el menor esfuerzo que una mujer le entregue de buen grado todo lo que él quiera.

No voy a permitirlo. Una furia intensa junto a un instinto posesivo que siempre he pensado que no tenía acaban de salir a la superficie. Me acerco y me coloco junto a Kyle, que, por la sonrisa que le dedica a su vecina, parece que todo en él ha vuelto a la normalidad, aunque, por el recorrido parsimonioso y descarado que ella le hace de cintura para abajo, resulta que no es así. Aún se marca su erección bajo sus pantalones.

—Perdona, Kyle, no sabía que tenías visita. No quiero molestar —se disculpa con un tono mimoso y empalagoso.

¡Será mosquita muerta! ¡Me dan ganas de vomitar!

—Deydra, te presento a Sloane. Ella también es nueva en la ciudad. Trabaja como enfermera en la clínica Mayo. —¿Piensa contarme toda su vida? ¡Me importa una mierda! La susodicha extiende su mano hacia mí. Tengo ganas de mordérsela, pero eso no sería lo correcto. Me limito a estrechársela y a devolverle la sonrisa más falsa de mi repertorio—. No pasa nada. Mi visita ya se iba —añade con su irresistible sonrisa dedicada en exclusiva a Sloane, y me dan ganas de estrangularlo.

Ignoro su despedida, como si no lo hubiese oído. La rabia que tengo ha hecho que mis pies se incrusten en el suelo de tal forma que ni un huracán me movería de aquí. Esto ha sido un golpe bajo y tengo que aceptarlo, porque me lo he buscado, pero no me iré sin antes ahorrarle el consabido agradecimiento

a esta arpía. Tengo que asegurarme de que se marcha de aquí y de demostrarle a este idiota, por si no lo ha pillado, que todo es una patraña barata para colarse en su apartamento. Aunque apostaría lo que fuera a que él lo sabe.

—Te ayudare con esto. —Le quito el dichoso tarro de sus manos. Solo me queda implorar al cielo de que esté en lo cierto y pueda abrirlo o, de lo contrario, que me mande un rayo y me deje fulminada en el acto—. Se me da muy bien abrirlos. —Está un poco duro, pero no lo suficiente como para necesitar tanta fuerza. Lo abro ante sus narices y se lo devuelvo—. Para la próxima, solo tienes que esforzarte un poquito más. Las mujeres somos más fuertes de lo que aparentamos. Encantada de conocerte, Sloane —le digo antes de cerrar la puerta en sus narices. Apoyo la cabeza contra ella. ¿Acabo de hacer lo que creo que he hecho?

Mi comportamiento dista mucho de lo que se espera de una mujer adulta; se acerca más al de una arpía celosa.

Noto las manos de Kyle a mi espalda y cómo rodean mi cintura. Suspira varias veces en mi cuello y me arropa entre sus brazos. Me reclino sobre él; su contacto es como un dulce bálsamo que me reconforta, una sensación tan agradable que no quiero que desaparezca. No está enfadado, pese a que le he cortado todo el rollo, he sido grosera y maleducada y, para mejorarlo, le he dado con la puerta en las narices a esa chica, aunque, para ser sincera, de eso no me arrepiento.

—Lo siento —es lo único que consigo decir.

Me besa en el cuello con dulzura y me estrecha con más fuerza.

—No tienes que disculparte.

El aire se queda atrapado en mi garganta al oírlo. ¿De dónde ha salido este hombre? Después de lo que he hecho, sigue siendo tierno y cariñoso, y sigue a mi lado. Esto último me hace ser consciente de que, si supiera lo que

oculto, acabaría dejándome. Me da miedo pensar en cómo mi corazón acaba de reaccionar ante esa idea, aunque debo aceptarlo. ¿Quién va a querer estar con una mujer como yo?

Me da la vuelta y veo algo en su expresión que me deja atónita: comprensión. Lo que consigue que me derrumbe por completo. Un nudo se me forma en la garganta y noto como mis ojos se humedecen. Lucho con todas mis fuerzas contra la opresión de mi pecho y por contener las lágrimas que amenazan con salir a flote, pero es inútil, su humedad empapa mis mejillas. Sus ojos afligidos recorren mi cara y me besa con delicadeza. Le rodeo el cuello con los brazos y lo atraigo hacia mí. Él me abraza y me acaricia la espalda y el pelo con los dedos. El corazón se me va a salir del pecho ante su ternura.

—¿Qué te parece si nos vamos a dar un paseo y tomamos algo? —me propone en voz baja junto a mi oído.

—Una idea fantástica —suelto con un hilo de voz.

Por culpa del tremendo chaparrón que está cayendo, nuestro paseo se ha ido al garete. Decidimos coger mi camioneta e ir a algún bar. Diez minutos más tarde, entramos en uno de los más emblemáticos y antiguos de Green Lake. Aunque se llama Sleepers, todo el mundo lo llama por el nombre de su propietario: bar de Slay. Hacía tiempo que no venía por aquí, pero voy comprobando que todo sigue igual: el olor a cerveza, *whisky* y palomitas flota en el aire y, como sonido ambiental, los murmullos de las conversaciones y el golpeteo de las bolas de billar. Sigue con la misma estética: los taburetes forrados de piel sintética en color verde, las mesas de madera desperdigadas sin ningún criterio, los pósteres de los mejores jugadores de *baseball* de Minnesota, todos ellos perfectamente enmarcados, aunque, sin lugar a dudas, su mejor atributo es una enorme chimenea que preside uno de los laterales y, junto a ella, los sofás que le dan el toque peculiar y hogareño.

Slay aparece con su cara risueña y pone dos cervezas delante de nosotros, su forma habitual de dar la bienvenida. Al verlo, sí que aprecio el tiempo que hace que no vengo, porque su aspecto ha envejecido bastante.

—Dey, me alegro de verte. Hacía mucho que no venías por aquí —me saluda con la amabilidad de siempre.

—Debe de tener otro territorio de caza —dice alguien en voz alta, y enseguida reconozco esa voz: es Tommy, un gilipollas integral y primo del que fue mi novio durante tres años.

Me abstengo de contestar. No quiero problemas y este es de los que los buscan.

—Tommy, ve con los chicos. Enseguida os llevo las cervezas —interviene Slay.

—¡No te metas! —le advierte, amenazante, y se sitúa al lado de Kyle—. Amigo, no pierdas el tiempo con ella. Todos la conocemos muy bien. —Me repasa con la mirada y saca su asquerosa lengua para humedecerse los labios. El estómago se me revuelve—. Solo le gusta calentar motores.

Me enfurezco conmigo misma; sé que no ha sido muy inteligente por mi parte entrar aquí, pero ya está hecho y no pienso consentirle ni una palabra más. Me pongo en pie y me encaro a él. Si viene con ganas de guerra, la va a tener.

—Al menos, yo sé calentar motores, tú no sirves ni para eso. —La aversión que me produce su presencia se nota tanto en mi voz como en mi cara.

—Calientapollas —me insulta sin abandonar esa sonrisa perversa en las comisuras de sus labios. Siento como la ira me retuerce las entrañas y la adrenalina me inunda la sangre.

Voy a replicar, pero noto la mano de Kyle apartándome. Me giro hacia él, porque no quiero que intervenga, pero hace como si no viera el gesto de

indignación en mi cara. Sé que se ha dado cuenta, pero solo se centra en el malcarado que tengo frente a mí.

—Escúchame bien, porque solo te lo diré una vez: vas a disculparte ahora mismo con la señorita y, si vuelvo a oír que sale de tu apestosa boca una sola palabra más refiriéndote a ella, te haré tragar tu asquerosa lengua. ¿Entendido? —Su voz suena peligrosamente tensa y su semblante es como una tormenta a punto de estallar, pese a su aspecto relajado.

Observo a Tommy para analizar su reacción y veo que nos estudia a ambos. No hay duda de que esto no va a acabar así de fácil.

—¡Eh, chicos! ¿Le habéis oído? —grita el muy cobarde, avisando a los dos que están jugando al billar y que dejan la partida en el acto.

¡Dios de mi vida! Esto se va a poner feo, muy feo. Mis nervios bloquean mi cerebro y no sé qué hacer, pero no voy a permitir que Kyle se meta en problemas por algo con lo que yo llevo lidiando todos estos años.

Este desalmado es bien conocido por su gran afición a buscar gresca, aunque cualquiera se pensaría dos veces buscarle las cosquillas a Kyle, porque su cuerpo impone. El aspecto de Tommy no se podría considerar el de un enclenque, sino más bien todo lo contrario; siempre se ha vanagloriado de su robustez, al igual que los otros que le acompañan.

—Vámonos de aquí, Kyle. No merece la pena —le pido, pero él me ignora por completo. Tiene toda su atención volcada en Tommy. Tiro de su brazo, pero no consigo moverlo ni un milímetro.

—Lo que no merece la pena es que te lleves una paliza por defender a esta zorra —escupe el despreciable de Tommy.

Kyle lo aleja de mí agarrándolo del cuello y lo arrastra hasta la pared que hay al final de la barra, donde lo estampa y lo acorrala con su cuerpo.

—¡Acabas de cagarla, amigo! —le dice antes de sacudirle un puñetazo con tanto acierto que Tommy cae desplomado en el suelo.

El calor se ha evaporado de mi cuerpo como si un manto helado se hubiese cernido sobre mí. Los otros dos se acercan amenazantes, sosteniendo entre sus manos los palos de billar. Miro a Kyle aterrada, porque su patente tranquilidad es inquietante. Son dos contra uno, pero, por lo que veo, a Kyle le trae sin cuidado; no tiene intención de retirarse. Es más, les sonrío impávido a esos dos matones.

Me vuelvo hacia la barra, desesperada.

—¡Slay, haz algo!

—Tómate esto, Dey. —Me pasa un chupito de un licor ambarino.
¿Whisky?

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Tómatelo —me insiste.

Desesperada, me lo bebo de un trago. Me quema la garganta y cierro los ojos al seguir notando cómo abrasa todo lo que se encuentra en su recorrido hacia mi estómago.

—¡Dios Santo! —exclamo con una exhalación.

—Mejor ahora, ¿verdad? —Me guiña un ojo, y recoge el vaso y las dos jarras que hay sobre la barra.

—Sí, mucho mejor, pero ahora detén todo esto, por favor.

Niega con la cabeza, sonriendo. No doy crédito; nunca consiente una pelea en su bar. ¿Se ha vuelto loco?

—Ya era hora de que alguien le plantara cara y le diera una buena tunda a ese bocazas —dice con total tranquilidad.

—El *sheriff* aparecerá de un momento a otro.

—Tranquila, no le he llamado. —Apoya los codos sobre la barra y sostiene una cerveza entre sus manos, preparado para disfrutar de un buen espectáculo, al igual que todos los aquí presentes; ninguno se ha movido de su lugar.

Desisto de seguir buscando su apoyo y me voy directa hacia Kyle con la firme intención de sacarlo de aquí como sea.

—No te acerques —me ordena y me detengo en el acto. Ni siquiera le ha hecho falta gritar; solo lo ha conseguido con un tono autoritario que me ha clavado en el suelo.

El tipo que se aproxima por su izquierda intenta golpearle con el palo en el costado, pero Kyle lo intercepta a tiempo y se lanza a por él. Le hace una especie de llave y le asesta un derechazo que lo deja inconsciente en el suelo. ¿Cómo ha hecho eso?

Tommy se ha recuperado y va hacia él, enzarzándose entre insultos y puñetazos. Mis ojos viajan hacia el otro tipo que aún está a la espera de incluirse en la pelea, algo que no voy a permitir. De algo me tienen que servir las clases de defensa personal que tomé hace tiempo y que hasta ahora no he tenido que usar. Sin pensarlo dos veces, me sitúo delante de él, me coloco en posición de ataque y, con el mismo ímpetu con el que he tomado la decisión, le doy un puñetazo en el costado y un rodillazo en la entrepierna con todas mis fuerzas. El tipo se dobla hacia delante y se lleva las manos al foco de su dolor. Doy unos pasos hacia atrás, alejándome de la mirada iracunda que me está lanzando, acompañada de una retahíla de maldiciones e insultos. Intenta acercarse a mí, pero se detiene y levanta los brazos en señal de rendición. No puedo evitar regocijarme. Yo sola he conseguido detener a este energúmeno. La alegría se evapora al darme cuenta de que no va dirigido a mí, sino a Kyle, que lo tengo justo detrás.

Kyle me coge del brazo y me pone frente a un maltrecho y sangrante Tommy, que a duras penas se sostiene en pie.

—No hagas que tenga que volver a repetirlo —le dice en un tono tan frío y amenazante, que me pone la piel de gallina.

—Lo siento —se disculpa Tommy, bajando la mirada.

Su disculpa es tan falsa como él, pero verlo derrotado y avergonzado es mi recompensa. Conociendo el historial tan vengativo que tiene, temo que esto aún no haya acabado.

Kyle suelta el dinero en la barra para pagar nuestras bebidas ante la mirada de admiración de Slay y del resto de personas que se encuentran allí. Para mi sorpresa, puesto que Slay no es conocido por ser un derrochador de generosidad, no lo acepta y se lo devuelve. Creo que es su forma de agradecerle que su local no haya sufrido ningún daño grave. A excepción de alguna que otra mesa volcada y unos cuantos vasos rotos, no hay más desperfectos.

Kyle me pasa el brazo por los hombros, me pega a su costado y salimos a la calle. Va en silencio, pero aún sigo notando la tensión en su cuerpo y yo soy un volcán a punto de estallar. Me separo con brusquedad de él.

—¿Por qué has tenido que entrometerte? ¿Tienes el síndrome del caballero andante? Pues te diré que conmigo no hace falta; sé defenderme yo solita — le espeto con desdén, pero es el miedo el que habla por mí, miedo a que le hagan daño por mi culpa.



Me aparta de en medio de la acera y lo que más me impacta es que de su cara ha desaparecido todo rastro de la tensión de hace un momento, y tampoco parece enfadado, sobre todo por lo ingrata que he sido con él. Lo que aparece otra vez es esa expresión comprensiva. Se inclina para que nuestros ojos estén a la altura, me coge del mentón y acerca mi rostro al suyo.

—No he dicho que no sepas y, si te ha molestado mi intromisión, vas a tener que aguantarte, porque volveré a hacerlo. No voy a permitir que nadie hable de ese modo de ti —asegura, y me derrumba la sinceridad que resplandece en sus ojos.

Preso de la euforia, me lanzo a sus brazos con tanta fuerza que casi le hago

perder el equilibrio. Exceptuando mi familia y mi mejor amiga, nadie me había defendido. El resto se había limitado a hacer oídos sordos, una clara demostración ante mi culpabilidad.

—No quiero que te metas en problemas por mi culpa.

Me separa de su cuerpo y me lanza una mirada glacial con el ceño fruncido. ¿Lo he cabreado?

—¿Tu culpa? ¿Cómo puedes decir eso? —suelta, exasperado, y me encojo ante su reacción. ¡Pues sí que lo he cabreado!—. Tú no has tenido culpa de nada.

—Yo me he buscado que hablen así de mí. Has podido comprobarlo por ti mismo con lo que ha ocurrido en tu apartamento.

Niega con la cabeza y el enfado sigue bailando por su bello rostro.

—¡Escúchame bien, Deydra! —exige bruscamente, y me encojo aún más ante el temor de lo que me pueda decir—. Lo único que he comprobado es que, por el motivo que sea, dejó de apetecerte, y tal vez sea yo el culpable; estabas en todo tu derecho. Así que deja de decir tonterías. Tú decides hasta dónde quieres llegar. Solo tú eres la dueña de tu cuerpo, y solo disfrutará de él quien tú quieras y cuando tú quieras que lo hagan, ¿entendido?

Me quedo maravillada ante este hombre. Me acaba de eximir de toda culpa y eso impacta de lleno en mi corazón. Estoy tan emocionada que soy incapaz de expresar todo lo que esto significa para mí. Soy el colmo de la felicidad y prueba de ello es la sonrisa que inunda de alegría mi cara. Lo único que quiero es volver a tirarme a sus brazos y comérmelo a besos, pese a ser consciente del espectáculo que voy a ofrecer al corrillo que se ha formado delante de la floristería que se encuentra justo enfrente. Me importa un bledo. Nada va a detenerme a agradecerle de la forma que quiero lo que acaba de hacer por mí. Haga lo que haga, no me libraré de que la noticia corra como la pólvora. Sin pensarlo ni un segundo más, agarro con ambas manos cada lado

de su cazadora de cuero y tiro hacia abajo, obligándolo a inclinarse. Pego mis labios a los suyos y me adueño de su boca, sus brazos me envuelven y me estrecha contra su pecho.

—Peleas muy bien —le digo.

—Y tú hueles muy bien —responde con dulzura y hunde su cara en mi cuello.

—¿Dónde has aprendido? —Es evidente que esa forma de pelear es de alguien que, o bien lo hace muy a menudo, o bien ha recibido algún tipo de adiestramiento. Para ser sincera, preferiría que fuese lo segundo.

Se queda en silencio. Está empezando a fastidiarme un poco esta manía que tiene de mantenerme en vilo.

—Por ahí —responde al fin mientras juguetea con un mechón de mi pelo, que enrosca en el dedo.

Capto enseguida que no me va a decir nada más al respecto. Decido no insistir; por ahora, mi curiosidad tendrá que esperar. Vuelvo a fijarme en su mano, que está empezando a inflamarse y está demasiado enrojecida.

—Hay que curarte. —Miro preocupada hacia ella, sus nudillos están en carne viva.

Kyle me levanta la barbilla y me dedica su maravillosa sonrisa.

—¡Mi precioso rayito de sol se está preocupando por mí! —dice con tono burlón, y doy gracias porque haya regresado su actitud desenfadada. Pasaré por alto semejante cursilada, aunque sé que lo hace porque ya ha adivinado que no me gustan.

—Te recuerdo que trabajas para mi padre. Solo me preocupo por los intereses familiares. Tus manos son tu herramienta de trabajo —rebato para no confirmar que está en lo cierto.

—Eres dura de roer. Me gusta. —Me muerde la oreja antes de echarse a reír.

Su teléfono comienza a sonar. Mira la pantalla y se queda un instante pensativo, como si dudara si contestar o no. Al final, lo hace, y me aparto de él para darle un poco de privacidad. A mi cabeza vuelve todo lo ocurrido como una secuencia a cámara lenta. Su comportamiento me está infundiendo una sensación de seguridad que jamás había sentido con ningún otro. También está logrando que empiece a creer que quedan hombres que merece la pena conocer.

Me quedo observándolo: tiene la mandíbula tensa y se pasa la mano por el pelo mientras camina de un lado a otro hasta que apoya su mano sobre el techo de un vehículo que hay estacionado y tamborilea los dedos sobre él. Está nervioso y, por la sacudida que le acaba de dar al coche, también enfadado. Solo espero que no aparezca el propietario. Quienquiera que esté al otro lado del teléfono no le debe de estar dando buenas noticias.

Kyle cuelga y vuelve hacia mí con una expresión indescifrable. De dos zancadas lo tengo a mi lado.

—¿Todo bien? —pregunto, y el asiente con la cabeza.

—Tengo que irme —dice, acariciándome el labio inferior con el pulgar, algo que estoy comprobado que le encanta hacer, antes de darme un beso tierno y dulce.

Me acompaña hasta mi camioneta, pero rehúsa mi ofrecimiento de llevarlo. Da media vuelta y se aleja unos pasos, pero de pronto se detiene y se gira hacia mí. Abro aprisa la ventanilla. ¿Habrá cambiado de opinión?

—¡No ha colado, Deydra! Sé que te has preocupado por mí. Gracias por hacerlo —grita para que lo oiga bien, y mi corazón se hincha de felicidad.

Sigo mirando cómo se aleja. A pesar de que mi suerte estaba echada, este día no lo olvidaré nunca. Ha sido el único hombre que, pese a mi rechazo, no se ha enfadado conmigo, y además ha sido comprensivo, me ha defendido y ha seguido a mi lado.

Suelto un largo suspiro mientras apoyo mi frente sobre el volante. Había volcado en él todas mis esperanzas, pero ha sido inútil. Cada vez es mayor la sensación de que todo está perdido. Una amarga desolación se apodera de mí, las lágrimas encharcan mis ojos y rompo en un silencioso llanto.

CAPÍTULO 10

*****KYLE*****

Contemplo la calle desde la ventana de este apartamento de mierda. ¿En qué cojones estaba pensando cuando lo alquilé? Tenía claro que no iba a escoger ninguno ostentoso por el que tuviera que dar explicaciones, pero

¿esto? Miro a mi alrededor, buscando una respuesta, y la única que hay es que sigue siendo una auténtica mierda. Me tiro en el sofá, que es incómodo de cojones, y le doy un trago largo a mi cerveza. Agradecí la llamada de Owen para advertirme de la visita de quien sabía que tarde o temprano acabaría encontrándome, y fue la excusa perfecta para alejarme de Deydra. Hoy ni se ha dignado a venir a trabajar, y tampoco he tenido la oportunidad de saber qué mentira se habrá inventado esta vez, porque su padre se había marchado con un cliente antes de que yo llegara.

Esta mujer es peor que un jeroglífico mal dibujado. Me echo a reír, porque todo esto me parece de chiste. Nunca imaginé que llegaría a conocer a alguien como ella. Mentiría si dijera que no me jodió que me cortara el rollo, pero vi su cara, vi el miedo en sus ojos, un temor que ella trataba de disimular, el mismo que vi la primera vez que estuvo aquí. Todo esto crea en mi cabeza tal torbellino de posibilidades, que no consigo sacar nada en claro. Es complicada, es diferente y, sin lugar a dudas, es la más interesante. Me sacó de mis casillas esa culpabilidad que ella misma se adjudica. Pero ¿en qué siglo vive? De lo único de lo que me siento satisfecho es de esa pelea que me ofrecieron en bandeja. Ha sido la mejor descarga que necesitaba. Me ha sorprendido que me jodiera de verdad que la insultaran. Estos paletos ignorantes no saben lo que es una auténtica zorra, algo que yo, por desgracia, he conocido muy bien.

El timbre de la puerta interrumpe mis cavilaciones. Termino de un trago lo que queda de cerveza y voy a abrir.

—Hola, Kyle —me saluda quien se podría calificar como una de mis continuas pesadillas.

—¡Qué privilegio! El héroe y respetado ex oficial más condecorado del departamento de policía de San Francisco. —Me dirijo a él de la forma que sé que le jode y, aunque ahora es un imponente hombre de negocios, las cosas

no cambian. Carece de escrúpulos y no duda en pisotear a quien se le ponga por delante en su camino a la cima.

Se queda un instante dudando entre darme o no la mano, pero sabe muy bien que hacerlo no le va a beneficiar. Entra y solo me da una palmadita en el hombro al pasar por mi lado.

—Por lo que veo, me va mejor que a ti —dice al echar un vistazo a mi apartamento y luego a mi mano herida, aunque este último detalle lo pasa por alto. Sabe que no le conviene preguntar.

Me quedo observándolo y reconozco que es cierto lo que dicen: parece que los excesos de su desenfrenado tipo de vida no le cobran factura. Viene tan elegante como siempre, enfundado en uno de sus habituales trajes a medida de tres piezas, esos que solo son aptos para la élite. Ese aspecto distinguido que le abre muchas puertas y, sobre todo, muchas piernas. Russel posee el tipo de atractivo que, según dicen, vuelve locas a las mujeres.

—¿Qué cojones se te ha perdido en este lugar? Desde que te vi en Nueva York no he sabido nada de ti —me reprocha, adoptando esa pose dura que hace que todos se echen a temblar en su presencia, pero que conmigo ya no le funciona.

—No sabía que me echabas tanto de menos. —Me río en su cara por su falso interés, y me lanza esa mirada tan suya: fría y soberbia.

—¡Déjate de gilipolleces! Sabes a lo que me refiero. Tienes que retomar tu vida, la vida que tenías.

Le doy la espalda para ignorar la chorrada tan absurda que me acaba de soltar y me acerco a la nevera. Saco un par de cervezas. Sé que sus gustos han cambiado y ahora prefiere el buen vino, pero se va a joder, porque no tengo; y, si tuviera, no se lo ofrecería. Me muerdo el labio, riéndome.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo. —Extiendo la mano para que coja la cerveza.

—Kyle, una inteligencia tan extraordinaria como la tuya, una carrera tan exitosa... Todo lo estás desperdiciando. ¿En qué mierda estás metido? — pregunta con cautela, entrecerrando sus ojos grises.

—En la única mierda que aprendí muy bien de ti —confieso, y se queda pensativo un instante. No necesito darle más detalles; es demasiado perspicaz y enseguida sabrá a qué me estoy refiriendo.

—Mujeres hay en todos lados. Puedes seguir divirtiéndote allí —dice con orgullo al mismo tiempo que choca su botellín contra el mío en un aparente brindis. Su mandíbula ancha y severa muestra una sonrisa amistosa, cosa que no sucede con mucha frecuencia. A no ser que quiera conseguir algo, sobre todo cuando se trata de mujeres. Para ellas la cosa cambia: la despliega sin dificultad, la frialdad de sus ojos desaparece y las seduce en el acto. El muy cabrón sabe cómo hacer que se sientan especiales, fascinadas y también cachondas. Todo un erudito en el arte de la conquista. Tengo que admitir que aprendí del mejor.

—No me vengas con cuentos sobre mi vida. No olvides con quien estás hablando. ¿A qué has venido? ¿Necesitas información privilegiada para que manipules? ¿Dinero? —Me acabo de un tirón la cerveza, porque quiero zanzar cuanto antes lo que sea que le ha traído hasta aquí y que se largue.

—Este asunto te interesaría. Es una buena inversión.

Me echo a reír. Será cualquier negocio turbio, igual de turbio que él. Recuerdo cuando entró en el mundo de los negocios y le advirtieron de que tendría que nadar entre tiburones. ¡Capullos ingenuos! Lo que no sabían era que él es el tiburón por antonomasia y el más despiadado de todos.

—Sabes de sobra que no quiero tener nada que ver en tus asuntos. ¿No tienes suficiente pasta y por eso me necesitas?

Se pone tenso, aparta la vista y parece luchar consigo mismo antes de volver a mirarme con frialdad.

—¡Escúchame, cabrón! Me debes hasta tu último aliento —dice a un palmo de mi cara, con los dientes apretados—. Seguirías pudriéndote en la cárcel si no hubiera sido por mí, así que déjate de tonterías. No quiero tu puto dinero.

Es cierto que él tomó cartas en el asunto, pero en un sitio como aquel tienes demasiado tiempo para pensar y, con su ayuda o sin ella, yo tenía mi estrategia preparada. Antes muerto que agradecerle nada.

—¡Maldito hijo de puta! Nadie pidió tu ayuda y sabes tan bien como yo que te soy más útil fuera que dentro —le grito con la maldad que siempre consigue sacar de mí.

Se acerca a mi lado, ablandando su semblante, lo que me dice que no tiene ganas de bronca. ¿Qué cojones quiere?

—Kyle, aunque te parezca increíble, solo quiero que vuelvas a donde perteneces. Eres mi hijo, mi número uno...

¡Será hijo de perra!

—¡Cállate! —Levanto la voz para interrumpir esta especie de rollo sentimental—. Russell, te diré lo que soy: por desgracia, soy tu jodido hijo, un puto desgraciado que sabiendo todo lo que eres, todo lo que has hecho, sigue a tu lado. Pero no te voy a consentir que me sermonees con lo que tengo que hacer con mi vida.

Su rostro se muestra impasible, inexpresivo, una actitud que conozco demasiado bien. Me descoloca este derroche paternalista. No sé a dónde quiere llegar. Esto no es normal en él. Algo debe de tener entre manos y me necesita.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian —dice.

—Supones bien. Y así es como van a seguir.

Pasea con aire tranquilo por el salón, con las manos en los bolsillos, y la tensión que hay en el ambiente me resulta tan incómoda como su presencia.

—Una postura egoísta y deshonesto —suelta con la mirada fija a través de la ventana.

—Te recuerdo que tú eres el menos indicado para darme ninguna lección de moralidad o de ejercer como un buen padre, porque lo haces de puta pena. ¿Por qué no me hablas de ese dinero que escondías en casa? O de... ¿La muerte de Edy? ¿De todos los trapos sucios que encubríais? ¡Joder! ¡Son demasiadas cosas! Pero te aplaudo, porque fuiste listo, muy listo, te largaste a tiempo y como un puto héroe. El teniente Russell Brooks recibe la condecoración al valor, una asquerosa medallita. Hiciste bien tu trabajo: hacer que se cumpliera la ley, una ley que te pasabas por lo cojones.

Se queda en silencio y me sostiene la mirada. Acabo de sacar parte de la mierda que oculta. Tiene los puños apretados, y sé que está haciendo un esfuerzo sobrehumano por no lanzarse hacia mí y partirme la cara. Pero no se atreverá, ya no. Debería darle las gracias por las palizas que soporté sin saber exactamente la razón. Pero, claro, eso era lo de menos, porque él siempre tenía algún motivo; de no ser así, no sé cómo hubiera podido sobrevivir en la cárcel.

—Estás muy tenso, Kyle. ¿No has follado últimamente? ¿Se resiste alguna? Si ese fuera el caso, sabrías lo que hacer, ¿no? —Sus labios se curvan en una cínica sonrisa.

Una parte de mí sabía que no lo admitiría y ahora lo que intenta es provocarme. ¿Cuándo se ha vuelto tan predecible? O quizás es que lo conozco demasiado bien... Pero no caeré en su juego.

—¡Vete a la mierda!

—Aquí está de nuevo. —Sacude la cabeza—. Todo ese resentimiento, todo ese rencor que llevas dentro. Es ella otra vez, ¿no?

¿Ahora me sale con esto? Menudo cabrón. Le he dado un buen golpe y ahora me lo devuelve con lo único que sabe que puede hacerme daño: ella.

Sabía que sacaría su munición, pero no le daré la satisfacción de que sepa que sigue haciéndome daño, para que no siga torturándose con lo mismo.

—No cambies de tema. Esto no tiene nada que ver con ella. Hace mucho que dejé de luchar por el corazón de esa mujer. —Me acerco a un milímetro de su cara. Ahora soy yo quien lucha por no abalanzarse sobre él.

—Sé que sigues culpándome, pero yo no me entrometí. Yo la amaba y los dos perdimos; no quiso quedarse con ninguno. Así es la vida: unas veces ganas y otras pierdes. La diferencia entre nosotros es que yo le dejé huella, pero ¿qué pasó contigo? A ti te olvidó, chaval. ¿Por qué? Porque no eras nada para ella. Te eliminó con un chasquido de dedos, como si nunca hubieras existido. No significaste nada, fuiste solo un peón en el juego. Ahora, dime... ¿qué es peor? Toda esta puta mierda vuelve a salir porque sigues sin aceptarlo. No dejes que ella te destruya.

Sus palabras tienen el mismo efecto que la afilada hoja de un cuchillo abriéndome en canal.

—Esto ya no te sirve, Russell. Estás muy equivocado, y tengo muy asumido lo que hizo conmigo. Lanzas hacia mí tu propia frustración, porque eres tú el que no lo superará jamás.

—Qué patético. Resultó que al final ella fue la mejor jugadora. Y ahora está con quien ha decidido vivir su vida feliz. Te aconsejo, por tu bien, que la saques de una puta vez de la tuya.

Ahora su mirada se ablanda. Sabe que me ha jodido. Mi debilidad hacia ella es lo que siempre ha utilizado contra mí. Lo que no entiendo es por qué, después de todo este tiempo, ese dolor aún me quema por dentro.

—¿Y bien? ¿Cuándo piensas volver? —pregunta, dando por zanjado este maldito tema.

—Cuando acabe lo que he venido a hacer aquí.

Mi relación con mi padre siempre ha sido igual de incomprensible, tanto

para cualquiera, como para mí mismo. Hemos pasado juntos demasiadas cosas y, aunque me joda y no consiga entenderlo, no puedo apartarlo de mi vida, igual que tampoco él puede apartarme de la suya. Ambos somos conscientes de ello, como también de que nunca lo confesaremos. Aunque ahora nadie podría saber qué me une a él. Cuando salí de la cárcel, decidí utilizar el apellido de soltera de mi madre. Lo único que sigue vinculándome a mi padre es la misma sangre y esa destructiva obsesión por la misma mujer.

—Por cierto, hiciste un buen trabajo. ¡Enhorabuena! —me dice. Le miro extrañado, puesto que es la primera vez en mi vida que me felicita por algo —. Limpio y perfecto. Sabía que tarde o temprano irías a por ese cabrón. — Se echa a reír, complacido.

Se refiere al caso de Stephen Norwek. Por un instante me deleito, pensando en todo lo que le he hecho a ese bastardo. Cómo disfruté encañonando su puta cabeza para volarle los sesos. Ese desgraciado cobarde hasta se orinó encima. Otra de mis cuentas pendientes que saldé de un plumazo.

—Tienes la audacia que se necesita para saltarse la ley —prosigue — y no pensaste en ningún momento en las consecuencias que te podría haber traído. El bien del mal solo lo separa una línea muy delgada. Ahí tienes la respuesta a tus preguntas, hijo.

Me quedo perplejo al oírlo. ¿Con esto quiere decirme que él tuvo motivos que lo justificaron? ¿El haber sido un poli corrupto? ¿El asesinato de mi hermano? Aún hay demasiadas incógnitas, pero este no es el momento de intentar resolverlas.

—Siento no poder disfrutar más de tu compañía —ironizo—, pero tengo cosas que hacer.

—Solo te diré algo más antes de marcharme, algo que oí una vez y ahora le encuentro sentido. Quien es como quien, no perdona a quien. Yo sé quién

soy y sé cómo eres tú, por eso sé que algún día me perdonarás. Eres mi único hijo y, hagas lo que hagas, siempre estaré de tu lado. Hasta pronto, Kyle —se despide y se marcha, cerrando la puerta tras él.

Me quedó mirando la puerta con una mezcla de rabia y angustia. Siempre es lo mismo, nada cambia. Cada vez que nos encontramos es la misma puta historia. Me dejo caer de nuevo en el sofá y busco en mi móvil la foto de la culpable de todo. Ahí está. Su imagen sigue teniendo el maléfico poder de producirme ese amargo dolor cada vez que la veo. Acaricio con la yema de mis dedos ese rostro tan sereno, tan dulce, esos ojos que buscaban los míos para regalarme esa sonrisa que siempre me dijo que era exclusiva para mí. Aún tengo clavada en mis oídos su voz diciendo cuánto me quería... Hasta que un buen día dejó de hacerlo y todo se derrumbó a mi alrededor. ¡Maldita hipócrita! Por mucho que me duela reconocerlo, mi padre tiene razón: yo no significué nada para ella. Cada vez que viene a mi cabeza, cada vez que la miro, siempre es la misma sensación, esa intensa rabia mordiéndome las entrañas y la tortura devastadora de saber que su recuerdo me acompañará hasta el fin de mis días. Necesito quitarme esta mala sensación que me queda cada vez que me sumerjo en su recuerdo.

Aparece la solución en forma de mensaje de WhatsApp; es de Sloane, mi vecina. Un buen polvo con ella me quitaría este mal sabor de boca. Lo abro y leo:

Espero no haberte causado ningún problema

¡Qué encanto! Aunque podría haber sido más ingeniosa. Su excusa del tarrito fue demasiado ridícula, y la reacción de Deydra fue, aparte de sorprendente, muy divertida. Me echo a reír y contesto:

En absoluto. Me alegraste el día.

Sobre todo, por el modelito que se había puesto. Enseguida recibo otro mensaje, pero este no es de ella, sino de Deydra:

¡Ven a mi casa!

Y enseguida otro:

¡Ahora!

Me quedo mirando la pantalla. ¿Qué tripa se le ha roto? No puedo negar que mi gatita tiene don de mando, pero no me gusta que me den órdenes. Ya veremos quién va a dárselas a quien. Me echo a reír. Estoy acostumbrado a recibir este tipo de mensajes, con la única diferencia de que los otros eran más una súplica que una orden. Una forma sutil de decir «¡quiero follar contigo!». Me recibían con un modelito descaradamente provocador y, sin apenas darme tiempo a reaccionar, las tenía colgadas de mi cuello. ¿Será eso lo que me encuentre? Más tarde me ocuparé de Sloane. Ahora mi prioridad es Deydra. Con ese prometedor pensamiento, me marché hacia su casa.

Un poco después, llamo al timbre de la puerta y una sorprendida Deydra abre, cruza los brazos sobre su pecho y tuerce el gesto. La antipatía personificada acaba de aparecer. Empezamos mal.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta en un tono áspero.

¡Menuda bienvenida! Por su pregunta, dudo mucho que vaya a tirarse a mis brazos y lo que tengo frente a mí dista mucho de ser provocador, lo que hace que contenga una carcajada. ¿Qué lleva puesto? Una camisa vieja y tan enorme que le llega hasta las rodillas, de un color indescriptible, porque está

repleta de salpicaduras de pintura; por debajo, asoma un pantalón igual de feo y ancho. Todo tan holgado que nadie adivinaría lo que se esconde debajo. Lo más jodido de todo es que, hasta viéndola de esta guisa, me sigue poniendo a cien.

—¡Ven a mi casa! ¡Ahora! —enfatico cada palabra.

—Me equivoqué. No era para ti. Te mandé enseguida otro.

Saco el móvil y lo miro. Aquí está. Lo he tenido que recibir cuando ya venía de camino. Menudo chasco me acabo de llevar. En este momento no sé si darme de cabezazos contra la pared por gilipollas o desternillarme de risa.

—¡Error! —leo en voz alta y la miro. Está pálida y el leve temblequeo de su labio inferior me indica que también un poco nerviosa. Quizás es porque se ha dado cuenta de su indumentaria, pienso con sarcasmo—. Deydra, ¿estás bien?

—Sí.

—¿Seguro? —insisto, algo dentro de mí me dice que miente.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —pregunta a la defensiva—. ¿Mi respuesta es demasiado escueta para tu gusto?

¿Ahora se pone insolente? ¿Qué coño le pasa?

—A la próxima, fíjate bien en el destinatario antes de enviarle un mensaje —digo en un tono neutro para que sea mi mirada glacial la que se lo deje claro.

Me aparto de la puerta y me dispongo a marcharme. No estoy de humor para lidiar con esta veleta.

—Espera. —Me detiene, cogiéndome del brazo—. ¿Te apetece algo de beber? ¿Una cerveza? —me ofrece en un tono tan cordial que me deja pasmado.

¿Esta tía de qué va? Me crispa su inestable estado de ánimo, aunque lo más irracional de todo es que también me pone cachondo.

—No, quizás en otra ocasión y que estés de mejor humor —digo tajante, sin evitar que mi irritación se trasluzca en mi voz.

—A mi humor no le pasa nada. Venga, entra y tómate algo —insiste con una sorprendente simpatía y señala con la mano hacia el interior de la vivienda.

Me quedo mirándola y ella se dedica a mostrarme una candorosa sonrisa. Pensándolo bien, debería acceder y averiguar a quién cojones está esperando en vez de a mí.

Al entrar, percibo un estupendo olor a comida que flota en el ambiente.

—Huele bien —comento mientras me quito la cazadora. Ella extiende su mano para que se la dé y la cuelga en lo que creo que debe usar como perchero: la cola de un feísimo gato de escayola situado en la pared del recibidor.

Admito que su extravagancia me resulta divertida; en mi vida he visto nada igual.

—Estoy cocinando. Viene una amiga a cenar. Si te apetece acompañarnos, estás invitado.

¡Ahora este derroche de amabilidad! ¡Cualquiera la entiende! Lo mejor de todo es que me ha ahorrado tener que hacer preguntas sobre su visita.

No voy a aceptar su invitación. Aguantar una cena con quienquiera que sea su amiga no me apetece en absoluto.

—¿Sabes cocinar? —simulo una fingida incredulidad ante sus dotes culinarias, porque me acuerdo de sus inesperados bizcochitos con sorpresa. Más que nada es para jorobarla un poco; su volubilidad me ha sacado de quicio.

—Para tu información, soy una cocinera excelente. Y, si no recuerdo mal, tuviste el placer de degustar un adelanto con mis *muffins*.

Ya sabía que saldrían los dichosos bizcochitos.

—En ese caso, tendrás que disculpar a mi memoria por no recordar algo tan exquisito —digo con un exagerado sarcasmo—. Gracias por la invitación, pero no puedo quedarme.

Me mira y vislumbro cierta desilusión en sus preciosos ojos. No sé si es por no recordar sus bizcochitos o por no quedarme a cenar, aunque enseguida desaparece para dar paso a una descarada sonrisa de suficiencia.

—También tengo vino. ¿Qué prefieres? —añade antes de señalar el sofá rojizo oscuro donde destaca una colorida manta con flecos, aunque lo que llama poderosamente mi atención es el cubo de zinc rebosante de revistas de arte que hay junto a él. ¿Quién coño mete revistas en algo así?

—Cerveza está bien, gracias —digo, y se marcha a la cocina. Al instante regresa con mi bebida.

—Enseguida estoy contigo. Voy a cambiarme.

Sí, por favor, ese atuendo espantoso hace daño a la vista.

Se aleja por el pasillo y mientras tanto echo una mirada a mi alrededor. Que me maten si hubiese adivinado que podría vivir en una casa así. No es que esperase nada despampanante, pero al menos algo acorde a una chica de su edad. Sonríó al ver que su interior es igual de extravagante que su perchero y lo que usa como revistero. Pese a ello, se ve cómoda, aunque no acogedora, y es bastante sombría. Las paredes están cubiertas de papel pintado de color beige. ¿Quién sigue utilizándolo? Está claro que ella, aunque corresponde más a la decoración de gente que triplica su edad. Sobre todo, la atrocidad de lámpara en bronce y nogal que parece presidir el salón comedor, al igual que algún que otro cuadro de marcos dorados, robustos y brillantes que enmarcan pinturas del lago. Después de ver esto, tengo claro que no dejaría la decoración de mi casa en sus manos. Mantiene la misma línea de desorden que su oficina: unas deportivas tiradas cerca del sofá, un pequeño montón de ropa apilado sobre una silla y sobre la mesa baja más revistas de arte

desperdigadas y laca de uñas. Vivir con ella acabaría desquiciándome. Me acerco hasta lo que considero la pieza estrella del salón: la ventana mirador en forma de prisma. Ha sabido aprovechar muy bien su alfeizar interior, vistiéndolo con cojines para convertirlo en un cómodo asiento, pero no me refiero a ella, sino a lo que se divisa desde aquí: la espectacular vista del lago.

Doy media vuelta y en el centro de una de las paredes veo una chimenea no muy grande, flanqueada por dos estanterías de un color pardusco. Sobre una de ellas tiene un montón de fotografías; todas parecen ser de su familia. Cojo una en la que aparece una pequeña y desdentada Deydra junto a su abuelo. Lo he reconocido porque ya vi alguna imagen suya en su despacho; se ve feliz sosteniendo entre sus pequeñas manos un pez enorme.

Un refrescante olor a frutas me hace dar la vuelta.

—¿Curioseando? —Aunque su tono es burlón, hay un trasfondo cortante; parece que no le gusta que le toquen sus cosas. Ya tenemos algo en común.

—¿Sabes pescar? —pregunto, y asiente con la cabeza.

Le doy la fotografía que ella vuelve a colocar con cuidado en su sitio mientras yo me dedico a darle un buen repaso: se ha puesto un vestidito corto con estampado de mariposas de colores sin llegar a ser lo bastante corto para resultar vulgar, pero sí lo suficiente para ser provocativo. El tipo de prenda que muestra la cantidad adecuada de su deliciosa piel bronceada para echar a volar la imaginación. Todo un disfrute visual.

—Veo que aún tienes dudas sobre mis cualidades. Pues te diré otra: también sé disparar —dice con orgullo, cerrando un ojo y simulando un arma con sus dedos.

Aguanto las ganas de echarme a reír. Con el carácter que tiene, no me extrañaría nada que supiera hacerlo y que encima se le diera bien.

—¿Tengo que empezar a preocuparme? —susurro en su oído y noto como se estremece. Mis dedos se crispan por el deseo de tocarla, pero no lo haré.

Aún me escuece la frustración de haberme equivocado y que haya echado por alto mis imaginadas expectativas de un buen polvo.

—Si no me obligas a tener que utilizarla... —Intenta darle a su voz un tono amenazante que solo consigue que me ría por dentro.

—No tentaré a mi suerte, así que empezaré por no volver a dudar de tus cualidades. —Rozo mis labios por su oreja y su respiración se altera. No puedo evitar alegrarme al saber que la pongo en ese estado.

—Voy... voy —balbucea y da unos pasos hacia atrás— a sacar la comida del horno antes de que se queme. No quiero perder mis cualidades de buena cocinera —dice de carrerilla, sin apenas coger aire.

Me arrellano en el sofá mientras desaparece por la cocina y me echo a reír. Esta chica, aparte de impredecible, es pura contradicción: en ocasiones, divertida; en otras, antipática; en algún momento, es encantadora y, sobre todo, arisca, aunque, hasta ahora, es la única que consigue acelerarme el pulso solo con verla. Pero hay algo más: ese nerviosismo que intuí cuando llegué, aún no la ha abandonado ¿Qué hay debajo de esa fachada?

—¡Ahhhhh!

Su grito me levanta de golpe del sofá y corro hacia la cocina. Está apoyada de espaldas al fregadero y sus manos se aferran a él con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

—¿Qué ocurre? —Me acerco a ella. El color ha desaparecido de su precioso rostro, que cojo entre mis manos para que me mire. Está aterrorizada. La estrecho con suavidad entre mis brazos, porque no deja de temblar y su corazón late desaforado.

—Hay un hombre ahí... está... está cubierto de sangre —balbucea y señala la puerta que hay detrás de mí.

—Tranquila, saldré a ver. —Reacciona al oírme y se dispone a venir conmigo—. ¡No! Tú te quedas aquí. —Mi tono imperioso la detiene en el

acto.

Salgo por la puerta que da a un porche trasero. No hay nadie y no hay rastro de sangre por ningún lado. Corro hacía ambos lados de la casa hasta rodearla y no encuentro nada. Me alejo un poco hacia el embarcadero y veo a una señora mayor que viene hacia mí. Enseguida la recuerdo; es una de las señoras que Dey me presentó la noche que la traje y que vive en la casa de al lado con su hermana.

—Kyle, ¡qué placer verte de nuevo!

Sonrío al ver que ella también me recuerda, aunque no puedo decir lo mismo de su nombre.

—Señora, el placer es mío. —Me acerco a saludarla y al ver la forma en que me ofrece su mano junto con su marcado acento, capto su procedencia: toda una dama sureña. Saco mis modales de caballero, inclino levemente la cabeza y llevo su mano a mis labios; la miro y me guiña el ojo, picarona. Aprieto la boca para que no se me escape una carcajada. ¡Menudo peligro tiene la abuela!

—¿Ha visto a alguien por aquí? —pregunto y ella niega con la cabeza.

—Hola, Kyle, ¿ocurre algo? —Me giro y es la hermana. Por lo que veo, mi nombre lo tienen bien aprendido.

—Deydra ha visto a un hombre y va herido —omito el resto de detalles, porque no es cuestión de alarmarlas

—Eso es imposible. Nosotras llevamos aquí todo el tiempo y no hemos visto a nadie, ¿verdad, Blanche?

Al menos ya me queda claro el nombre de una. Se miran entre sí y niegan con la cabeza.

—Se ha debido de marchar —les digo, echando un último vistazo a mi alrededor.

—¿No crees que es un poco raro? A una persona herida no le da tiempo a

correr tanto, aparte de que la única salida hacia la carretera es por aquí — comenta la hermana de Blanche con tranquilidad, señalando el camino, y deja escapar una pequeña risa. ¿Está insinuando que se lo ha inventado?—. Deydra nos tiene preocupadas —añade y de su cara ha desaparecido cualquier rastro sonriente.

—¿Preocupadas por qué? —Pluralizo, pero me dirijo a la que parece que lleva la voz cantante.

—Un día nos preguntó si oíamos voces y ruidos extraños por las noches. Alguna que otra vez, la he visto salir corriendo despavorida de su casa, como si fuera tras algo imaginario. Creemos que sufre algún tipo de trastorno. Es una pena... Una chica tan joven...

Esto era lo que me faltaba para acabar este día de mierda. ¿La rubia ha visto qué? ¿Una especie de tío imaginario? Y las dos abuelas cotillas la acaban de tachar de loca. Enseguida recuerdo ese cargamento de analgésicos que llevaba en su bolso. Lo preocupante o extraño era la excesiva cantidad y que también había algún que otro antidepresivo. Ella me dijo que eran de estas señoras, y ahora ellas dicen que a Dey se le va la cabeza. ¿Quién miente aquí? Seguro que estas dos tienen la suficiente edad para que su cerebro les juegue malas pasadas, pero no hay ni rastro de un tipo herido, ni sangre por ningún lado.

—¿Dónde está? —pregunta Dey detrás de mí, con la respiración agitada—. He ido hacia la carretera y por allí no lo he visto.

¿Qué parte de «quedarse en casa» no ha entendido? Queda claro que la obediencia no es su fuerte.

—Por aquí tampoco —comento al girarme hacia ella.

—¡Es imposible! —exclama irritada, mirando hacia un lado y a otro.

—Querida, tienes que tranquilizarte. ¿Ves? No hay nadie. —Señala la anciana con sus manos para dar más veracidad a sus palabras.

No me gusta nada el tono que ha empleado: ha usado la característica entonación de serenidad que se utiliza con alguien que está tarado y, por la mirada que le lanza Dey, creo que a ella tampoco le ha gustado.

—He visto con mis propios ojos a ese hombre, Emily. Estaba todo cubierto de sangre. Su rostro estaba desgarrado. No sé qué le habrá podido ocurrir, pero va malherido —explica, elevando la voz y bastante nerviosa.

¡Joder con Deydra! Acaba de mandar a la mierda lo de no alarmarlas, aunque ninguna de las dos se inmuta, sino al contrario, sus expresiones revelan una alarmante serenidad, la habitual que aparece cuando alguien no se cree nada de lo que le están contando.

—Deydra, no te preocupes. Lo más seguro es que cualquier otra persona lo haya visto y lo haya llevado a un hospital —intervengo en un intento de que esto no acabe en una absurda discusión.

—Por aquí no suele pasar mucha gente —aclaro Emily.

¡Joder con la abuela! ¡Lo va mejorando por momentos!

—Mucho mejor. Eso significa que no se encontraba tan mal y se ha ido por su propio pie. Caso resuelto. Señoritas, ha sido un placer volver a verlas. —Me aburre estar perdiendo el tiempo con estas tonterías. Cojo de la mano a Deydra y tiro de ella hacia su casa.

Nada más entrar, se suelta de mi mano como si le quemara y cierra dando un portazo. Su ceño fruncido y la tensión de su mandíbula hablan por sí mismos. La señorita está bastante cabreada.

—¿Has visto sus caras? Me miraban como si estuviese loca, como si todo me lo hubiese inventando. ¡Esto es increíble! Ese hombre era tan real como tú y como yo.

—No le des más importancia. Lo más probable es que ni se hubieran dado cuenta de que ese hombre andaba por aquí. No sé por qué le das tantas vueltas. —Me acerco a ella y extiendo mi mano para coger la suya, pero se

aparta de malos modos. ¡Salió mi gatita arisca!

Me mira fijamente y respira hondo. No sé si le ha convencido mi argumento, pero quiero que olvide este incidente, real o imaginario. Cualquiera sabe...

—Tienes razón —dice al cabo de unos segundos. Su voz tiene un matiz de arrepentimiento y sacude la cabeza como si quisiera borrar esa imagen.

—Suelo tenerla. —Sonrío y vuelvo a intentar otro acercamiento. Le retiro un pequeño mechón de pelo que se ha quedado cerca de su boca.

—Y también sueles tener mucha petulancia. —Esta vez no se aparta. Voy a tomarme un poco de tiempo en demostrarle lo petulante que puedo llegar a ser y, de paso, hacerle desaparecer este mal trago.

Rodeo su cintura con un brazo y la atraigo hacia mí; rozo mis labios con suavidad contra los suyos, humedeciéndolos con mi lengua, y desciendo un dedo muy despacio por su barbilla, su garganta, su clavícula y sigo más abajo hasta alcanzar su pezón, que lo excito con perezosos círculos. No tarda en endurecerse. Mi cuerpo se calienta al instante y noto el subidón de sangre. Su respiración cambia, se vuelve débil y entrecortada y sus labios se entreabren en una clara invitación que aún no acepto; solo los muerdo poco a poco para seguir provocándola. Enreda sus dedos en mi pelo y tira con fuerza para acercar mi boca a la suya. Atrapa mi labio inferior entre sus dientes, lo que provoca que mi polla se endurezca al instante. La oigo gemir y me apodero de su boca, zambullendo mi lengua en el interior para reclamar la suya. El deseo se apodera de mí con una intensidad furiosa y la devoro con un beso aún más profundo. Deslizo mis manos por debajo de su vestido y, cuando palpo su espectacular trasero, gimo dentro de su boca; lleva puesto un tanga. Acaricio su piel desnuda antes de apartar a un lado la diminuta tela de entre sus piernas y, cuando mis dedos encuentran su sexo húmedo y caliente, vuelvo a gemir de pura satisfacción. Comienzo a excitarla y de su garganta

brota un quejido desesperado, demostrándome cuánto me necesita.

Cuando la levanto a pulso y rodeo con sus piernas mi cintura, el puto timbre de la puerta suena una, otra y otra vez. Joder, ¿se le quedó el dedo pegado? Hago un esfuerzo titánico por despegar mis manos y mi boca de ella. Me mira jadeante y yo intento recuperar mi respiración y mi control. Sus enormes ojos se clavan en los míos y veo cómo le ha jodido, al igual que a mí, esta interrupción.

—¡Salvada por la campana! Debe de ser tu amiga.

Ella asiente y comienza a reírse y, aunque tengo ganas de darme un cabezazo contra la pared, me uno a ella. Respira profundamente y se marcha a abrir. Yo aprovecho para que mi ritmo cardíaco vuelva a la normalidad.

Regresa con una chica que se detiene en el acto al verme. Es más baja que Deydra y su constitución menuda le da un aire infantil; sus chispeantes ojos castaños se quedan embobados, recorriéndome de pies a cabeza, y se detienen con disimulo en el bulto de mi entrepierna. Sí, encanto, sigo muy duro y muy caliente. Mira a Deydra con una expresión entre perpleja y extrañada y, acto seguido, sus ojos vuelven a mí. ¿Qué coño le pasa a esta tía? Podría pensar que se siente un poco culpable al comprobar que ha interrumpido lo que mi cuerpo le acaba de delatar junto con los labios hinchados de Dey, pero no, su cara no refleja eso. Es mi presencia aquí, como si fuese algo que jamás hubiese visto. ¿Será que Dey no acostumbra a invitar a tíos a su casa? Algo que, para ser sincero, me cuesta creer, aunque, viniendo de Deydra, cualquier cosa es posible. Conforme más tiempo paso con ella, más curiosidad me suscita.

—Kyle, ella es Alice. —Le da un golpecito en el hombro para llamar la atención de su amiga, que se ha quedado traspuesta.

Alice sale de su desconcierto, sacudiendo su corta melena castaña, y me extiende su mano. No es tan guapa como Deydra, pero la dulzura de su rostro

le da un cierto encanto.

—Un placer conocerte —dice. Se la estrecho y me dirijo a Deydra, que se ha quedado unos pasos más atrás.

—Sigues sin poder evitarlo —bajo la voz para que solo me oiga ella.

—¿El qué?

—Pensar en mí. —Le doy un beso en la nariz y me voy hacia la puerta. Siento esos dos pares de ojos en mi espalda. Deydra me estará fulminando con ellos por lo que le he dicho y la amiga... Bueno, esa, por la mirada que me lanzó nada más verme, seguro que en mi culo—. ¡*Bon appetit*, chicas! —les digo sin mirarlas y cierro tras de mí.

Llego a mi apartamento y me encuentro a Sloane apoyada en la puerta. No me sorprende verla; más bien lo esperaba. Y apostaría todo lo que tengo a que debajo de ese diminuto vestido negro no lleva ropa interior.

—He pensado que podríamos celebrar el haber alegrado tu día —dice, mostrándome la insinuante sonrisa de una mujer que está a punto de saborear su triunfo.

Ni me molesto en responder. Me limito a obsequiarle con otra sonrisa, una que está plagada de promesas lascivas.

¡Sí, nena! Tú y yo nos vamos a divertir un buen rato. Aunque ella no me suscita ese deseo implacable que me provoca mi gatita arisca, por hoy me servirá.

La hago pasar delante de mí. He dejado algo preparado en mi móvil para Deydra y, mientras me recreo en ese prometedor cuerpo, pulso el icono de enviar.

CAPÍTULO 11

*****DEYDRA*****

La mañana se ha pasado volando y del mismo modo he llegado a la consulta de mi doctora, pero, antes de bajar de mi camioneta, retoco de nuevo mi maquillaje. He tenido que ir todo el día camuflando las ojeras que me ha producido este horrible fin de semana. No quise recurrir a mis somníferos; necesitaba tener la mente despejada. Ya no sé qué pensar sobre las cosas que veo y que oigo. Por mucho que quiera analizar la situación, siempre vuelvo a lo mismo: es demasiado real para ser alucinaciones, sobre todo el incidente del viernes. Pero, pese a que me inquiete, en estos momentos mi prioridad tiene nombre y apellido: Kyle Moore.

Entro en el edificio y enseguida descarto las escaleras. Diez pisos subida en estos altísimos tacones no es buena idea. No me queda otra que tomar el ascensor. Mientras espero, me doy un vistazo en el espejo del vestíbulo y me echo a reír al ver mi aspecto. ¿En qué estabas pensando, loca? Es una pregunta estúpida, porque sé perfectamente en quién pensaba cuando me vestí. Lo peor de todo es que ese engreído lo sabe y no dudó en restregármelo cuando estuvo en mi casa. ¿Se puede ser más creído? Y lo que no entiendo es por qué no le di un buen corte a tanta arrogancia. ¡Porque tiene toda la razón, idiota!, reconozco al recordar que me he pasado más de una hora eligiendo qué ropa ponerme y controlando mis rizos para que quedaran perfectos. No es que vaya de cualquier forma a trabajar, pero desde luego nunca me he tomado tanto esmero en vestirme para ir allí. No pasó desapercibido para la bruja de Molly que, nada más verme, se burló de haber malgastado mi tiempo en acicalarme, porque Kyle no estaba. Tuve que recurrir de inmediato a la socorrida trola de «una cita para comer». La risa exagerada que me dedicó dejó patente que no se lo había tragado.

El sonido de la campanita me avisa de que ese trasto por fin ha bajado. Me apresuro a entrar y pulso el botón repetidas veces para que se cierren las

puertas. Me gusta poco subir en ellos y, menos aún, hacerlo en compañía.

Una vez arriba, entro en la consulta, donde una solícita Evelyn y su inseparable cigarrillo están a la espera. Solo deseo que pueda arrojar un poco de luz a todo este embrollo que tengo en mi cabeza. Ha accedido a verme, pese a que hoy no era día de consulta; tampoco es que le haya dado más opciones, me he puesto pesada hasta la saciedad.

—Evelyn, gracias por atenderme. —Ella me sonrío, resignada, y se queda a la espera de ver qué sillón elijo para saber en qué estado me encuentro. Me siento en mi color.

—Bueno, no quiero llevar sobre mi conciencia que, por mi culpa, una de mis pacientes acabe ahogándose en alcohol o, peor aún, intente hacerlo en el fregadero. Vives en el lago, así que, a la próxima, esa sería la mejor opción —bromea por toda la retahíla de tonterías que le solté para que me atendiera.

—¡Dios! ¿El fregadero? Creo que eso lo dije en mi punto más álgido de desesperación. —Me echo a reír, y ella apaga su cigarrillo y viene a sentarse frente a mí.

—Para la próxima, te recomiendo que no uses un chantaje tan obsoleto. Aún sé distinguir cuando es una verdadera urgencia. Y, ahora bien, cuéntame.

—Ha ocurrido dos veces. —Evelyn arquea las cejas—. Bueno, en realidad, han... han sido tres. ¿No crees que es extraordinario? —Me tiro hacia atrás en el sillón con una risita nerviosa—. También sucedió algo extraño. —Me detengo un instante, porque no creo que sea buena idea contarle lo de ese hombre ensangrentado que nadie vio. Será mejor restarle importancia—. Bueno, eso está controlado y...

—Dey —me interrumpe—, inspira profundamente y espira despacio. —Hago lo que me dice y ella me acompaña. Es el ejercicio que siempre me pide que haga cuando no consigo sacar lo que llevo dentro, pero hoy no es el caso.

No lo entiendo.

—No necesito tranquilizarme.

—Entonces, soy yo quien lo necesita para resolver este acertijo. Tienes la maravillosa peculiaridad de hablar para que nadie te entienda —comenta y pone sus manos sobre mis rodillas para que deje de moverlas, un gesto que hace adrede para hacerme consciente de mi verdadero estado. La miro y asiento con la cabeza.

—Evelyn, he conseguido ir más allá de un simple beso. Bueno de simple no tiene nada... es impresionante. Jamás en mi vida me habían besado de ese modo.

—Esto es una buena noticia. ¿Y quién es ese erudito amante?

—Se trata de Kyle, ese chico del que te hablé.

—Ese chico que, según tú, no te gustaba, ¿no es así?

—No exactamente... Me gusta un poquito. —Ella niega con la cabeza—. Sí, vale, me gusta mucho. Lo que más me llama la atención es lo que provoca en mí: con solo decir mi nombre, me eriza hasta el vello de la nuca; es como si lo paladeara entre sus labios antes de decirlo. Con una simple mirada, me deja paralizada, atrapada en ella, y, cuando me toca, es como si desatara un afrodisíaco torbellino dentro de mí; cuanto más lo experimento, más increíble se vuelve.

Le cuento todo lo que ocurrió en la biblioteca, en su apartamento y cómo reaccionó ante mi negativa; cómo me defendió en el bar y, por último, lo que sucedió en mi casa.

—¿Qué te empujó a invitarlo a pasar a tu casa? —me pregunta Evelyn.

—No lo sé, pero sí te diré que el corazón casi se me detuvo cuando le vi en la puerta.

—Sí lo sabes. Te enfrentaste a ti misma y lo conseguiste; es un gran avance del que debes sentirte muy orgullosa, y te felicito por ello.

Alice también me felicitó, después de salir de ese extasiado trance en que se quedó nada más verlo; una reacción que no me sorprendió en absoluto, porque en ese estado es en el que yo me encuentro inmersa.

Evelyn está encantada y yo no puedo evitar sentirme deprimida por el temor de que esto no vuelva a suceder.

—Dey, ese hombre te tiene completamente cautivada —suelta con un enorme suspiro— y todo lo que ha sucedido entre vosotros es maravilloso. Debes empezar siendo sincera con él. —Cambio de postura, incómoda, y me clava una mirada inquisitiva. Sabe que acaba de tocar un tema peliagudo para mí.

Me cuesta mucho confiar. No confío en casi nadie y, por supuesto, los hombres están descartados de mi minúsculo grupo. Pero ella sigue empeñada en que tengo que comenzar a brindar oportunidades.

—Lo sé, pero no es fácil —confieso.

—Sí que lo es. Has avanzado mucho desde el primer día en que apareciste por esa puerta. Ya no eres esa chica frágil, vulnerable y asustadiza que vi. Lo que tengo ahora frente a mí es a una mujer fuerte, más de lo que piensas.

—Evelyn, no sé si voy a poder. No sé qué pensará de una mujer como yo. Nadie quiere complicarse la vida.

—¿Por qué sigues castigándote de ese modo? Eres una mujer como cualquier otra, no eres diferente. Agárrate bien a esa seguridad que tanto hemos trabajado y lo conseguirás. Todo está aquí. —Me golpea con suavidad en la cabeza—. Si después de saber lo que te ocurre, sale corriendo, es alguien por el que no merecerá la pena perder ni un segundo de tu vida.

—Mi vida es lo que quiero recuperar, pero no puedo evitar que ese miedo me siga acompañando.

—Debes enfrentarlo y estás de sobra preparada para ello. —Se acerca más a mí y coge mis manos entre las suyas—. Cielo, creo que ha llegado el

momento de dar ese paso.

Evelyn tiene toda la razón. Siempre voy buscando excusas para no enfrentarme a la realidad y lo único que consigo con ello es que se convierta en algo cada vez más difícil.

—Lo intentaré.

—Aliviarías un poco tu carga; es demasiado pesada y llevas mucho tiempo soportándola.

En uno de mis arrebatos emocionales, que no sé si es en agradecimiento a que me haya atendido en mi momento de crisis o porque lo necesito, aunque creo que por ambos, me levanto y la abrazo con fuerza antes de marcharme.

Salgo del edificio y mi móvil comienza a sonar dentro del bolso. No puedo evitar hacer una mueca de fastidio cuando veo la foto de mi hermana en la pantalla. ¿Otra vez? He perdido la cuenta de todas las veces que me ha llamado y no le he hecho ni puñetero caso. No me apetecía hablar con ella. ¿Hay alguien más pesado en este planeta? Aunque, después de la que le he liado a Evelyn para que me atendiese, soy la menos indicada para decirlo. Creo que esto nos viene de familia.

Paso por la calle de atrás de la cafetería de mi madre. Un pequeño negocio que, como casi la totalidad de los establecimientos de Green Lake, han ido pasando de una generación a otra. Cuando mi madre asumió dirigir la cafetería, una de las primeras cosas que hizo fue renovar toda la decoración y, para que mi abuela no protestara, le dijo que solo serían unos pequeños cambios. El mando lo sigue regentando mi abuela, aunque se empeña en negarlo. Me alegré mucho cuando mi madre me pidió que la ayudara. Me dijo que ya era hora de que pusiera en práctica aquellas clases de restauración que hice dos años antes de dejar la universidad. Los días de la reforma pasamos muchas tardes visitando mercadillos de antigüedades. El aspecto que luce ahora podría decir que tiene ese toque *shabby chic* que me encanta. Mi madre

eligió el mobiliario y los accesorios *vintage* para darle un *look* más luminoso y campestre. Los protagonistas son las flores y los tonos pastel, crema y azul pálido. Me encargué de decapar los muebles para conseguir ese aire nostálgico. Pese a su apariencia más femenina, no ha sido un obstáculo para que los hombres acudieran como un enjambre de abejas a la miel, atraídos por el olor de la comida casera que ofrecen. A esta hora está repleta y las cotorras de turno se estarán compadeciendo de mi madre por la desgracia de tener una hija tan crápula como yo, aunque ninguna se atrevería a decírselo a la cara; todas conocen demasiado bien el carácter de Vera Nevill.

Llego al salón de belleza de mi hermana y me detengo en la puerta. A través del cristal, veo que está terminando de peinar a una cliente, que no para de reírse. Brenda es divertida y tiene un extraordinario don de gentes. Es la mayor de las tres y fue la que heredó el físico de mi padre, al que culpa por su corpulencia cada vez que le viene en gana, aunque no tiene su carácter, que, en mayor o en menor medida, todas hemos heredado de nuestra madre. Su cabello es del mismo color que el mío, aunque está oculto por esos tintes que se empeña en ir probando. Siempre aprovecho para burlarme de ella, diciéndole que cualquier día la dejarán calva. Apenas recuerdo cómo era su aspecto con su color natural. Ahora es de un tono rojizo oscuro y lo lleva recogido con uno de sus estrafalarios peinados que, según ella, son la última tendencia en París. Cada vez que la oigo decirlo, me desternillo. Lo más cerca que ha estado mi hermana de algo parisino es de algún que otro *croissant* que se ha zampado en el desayuno.

—Esto sí que es una sorpresa. Mi querida hermanita por fin se ha dignado a aparecer por aquí —dice con sorna nada más verme.

—Te dije que, después del estropicio que me hiciste en el pelo, no volvería a pisar la peluquería. Pero bueno, no soy rencorosa y te he perdonado, aunque mantén esas tijeras alejadas de mi cabeza.

—Me perdonas porque ya lo tienes igual de largo que lo tenías, pero tienes que reconocer que ¡te dejé una melena perfecta! —Lo dice bien alto para que todas sus clientas la oigan.

—¿Y quién quería una melena?

—Te hacía falta.

—Y una mier... —Me callo al ver quién saca la cabeza del secador para oírnos. Es Marybeth, la madre del que fue mi novio durante tres años. Brenda me coge del brazo para apartarme tanto de su vista como de sus oídos. Es una arpía de mucho cuidado.

—Qué calladito te lo tenías. Casi me da un ataque cuando le he visto. ¡Es guapo a rabiar! ¿Cómo no me has hablado del nuevo mecánico?

Me quedo boquiabierta. No puedo creerme que este sea el motivo de toda su insistencia, aunque, con sus antecedentes de cotilla, es muy probable que lo sea.

—¿Cuándo lo has visto?

—Esta mañana en el taller.

—¿Por qué no pasaste a verme?

—Era muy temprano y como nunca llegas a tu hora... —Se encoge de hombros y no replico, porque tiene toda la razón.

—Tenía cosas que hacer.

Sí, arreglarme para ese idiota que encima ni estaba.

—Papá me lo ha presentado, y casi se me caen las bragas cuando me ha sonreído.

Mi hermana no se caracteriza por ser fina en expresiones, sino todo lo contrario; es bruta hasta la saciedad.

—En exagerada no te gana nadie.

—¿Exagerada? Exageración hubiera sido si se las hubiese puesto en la mano —bromea, echándose a reír—. Algo que, por supuesto, me hubiese

pensado, si no fuese una mujer casada —dice con orgullo.

—Brenda, hincharle tanto el ego a un tío nunca es bueno. Les hace que sean inaguantables. En el caso de este en concreto, te recomiendo que no te deshagas en elogios; su autoestima de por sí ya es lo suficiente grande.

Me pregunto si se le habrá ocurrido desplegar todos sus encantos con mi hermana. Seré idiota; claro que sí.

—Ya sé que no pierdes el tiempo. Te distes un buen lote en la puerta del bar de Slay. —Me da un golpecito con el codo en el costado—. Aunque podías ser un poquitín más discreta... Ya me contarás qué tal funciona. Me muero por saberlo.

Sabía que esta sería la única noticia que correría como la pólvora; nadie hablaría de la pelea. También sabía que mi hermana empezaría con esto. Aparte de bruta, es perversa y siempre quiere detalles, aunque no sabe hasta qué punto es real todo lo que le cuento.

—¿Cómo están los niños? —pregunto por esos pequeños demonios que adoro, para cambiar de tema.

—¿Podrías dejar de tontear y decidirte solo por uno? —Me lanza una de sus miradas recriminatorias—. No dejes escapar a ese tío.

¡Nada! Ella sigue a lo suyo.

—Hay muchos hombres por ahí —contesto con aburrimento. Me aparto para ir a sentarme, pero me coge del brazo y me vuelve a poner frente a ella.

—De eso estoy segura, pero no son como ese. Es muy educado y responsable, y, según papá, muy buen trabajador. Pero, sobre todo —se detiene y me pega la boca al oído—, es de los que, nada más verlo, lo primero que piensas es en el sexo; son de esos que son capaces de follarse a alguien hasta dejarla sin aliento. Es como si lo llevase tatuado en la frente: esa mirada, esa boca, su forma de sonreír. Casi me corro del gusto cuando le he lavado el pelo. —Se separa y se echa a reír con picardía.

—¿Ha estado aquí? —pregunto, porque no doy crédito de que pueda ser así.

—Pues ¡claro que ha estado! —suelta como si la hubiese ofendido—. Él fue quien me trajo. Tuve que dejar mi coche en el taller y, cuando le comenté que era peluquera, dijo que no le vendría mal un corte de pelo. Así que le hice desaparecer su preciosa melena lisa; ahora lo lleva corto y degradado por las sienes lo que acentúa aún más esa cara tan perfecta que tiene, y en la parte superior le dejé el cabello más largo, en un magnífico despeinado artístico —dice su palabra favorita, porque ella todo lo que hace es una obra de arte—. Está aún más guapo, si es que eso es posible.

Ahora soy yo la que se muere por verlo con ese corte de pelo. Y ahora entiendo por qué no estaba en el taller cuando llegué.

—¡Brenda! —la interrumpo, porque creo que le va a dar algo—. Te he preguntado por los niños.

—Cómo te gusta cortar el rollo... Pues hechos unos salvajes y echan de menos a su tía favorita.

Brenda decidió que, gracias a ella, la raza humana no se extinguiría. Se puso a traer niños al mundo, nada más y nada menos que a cuatro.

—No, no, ese cuento ya lo sé. No voy a ser tu canguro; se los dejas a mamá.

—Mamá no puede, la abuela tiene una de sus reuniones del taller de manualidades y las tías tienen ensayo en el coro. Solo serán un par de horas.

Vaya, pues sí que lo tengo mal, pero aún queda mi otra hermana, a no ser que se haya peleado con ella, cosa que no me extrañaría.

—¿Y qué me dices de Claire?

—Se marcharon a visitar a los padres de Andrew. No vuelven hasta dentro de dos días.

—Así que solo te quedo yo, ¿no? Por eso esa insistencia en verme. —Me

guiña el ojo para confirmarlo.

—Hay otra cosa. Tengo un trabajito de los que te gustan. La señorita Kent quiere restaurar un sillón, y le he dicho que tú te encargarías.

—No será donde murió su hermana, ¿no?

Se queda pensativa un instante.

—Pues, ahora que lo dices... —Hace una pausa, como pensando si puedo estar en lo cierto—. Qué más da. No murió asesinada; se quedó dormidita y para el valle del Señor —suelta tan fresca mientras recoge un par de toallas y las coloca sobre la repisa del tocador.

—Ahora no tengo tiempo —le digo, y regresa a mi lado.

—Te has acojonado, lo veo en tus ojos —canturrea divertida.

Aunque me cueste admitirlo, no va mal encaminada, sobre todo, desde que comenzaron todas esas cosas extrañas en mi casa.

—Brenda, ella murió ahí y no quiero tocar nada que le haya pertenecido.

No estoy dispuesta a meter en mi casa nada que tenga que ver con la muerte de nadie. Pero está claro que no se lo voy a decir a mi hermana, tendría que dar demasiadas explicaciones.

—Pues te recuerdo que vives en una casa que parece un mausoleo. Vete a saber cuántos la habrán palmado ahí dentro. Puede que alguno hasta siga por ahí... —Me pellizca la nariz, algo que sabe que me fastidia un montón, y le doy un tortazo en la mano mientras la muy descarada rompe en carcajadas.

Me hago a un lado para que Marybeth vaya hacia el tocador y la oigo cuchichear con la mujer que la acompaña.

—Esta es de la que te hablé; en todas las buenas familias siempre hay un cuervo negro. ¡Gracias a Dios que mi hijo la dejó y no quiso saber nada más de ella! Es una fresca de dudosa moralidad, ya sabes a lo que me refiero. —Suelta una risita tan maliciosa como ella antes de proseguir—. Por deferencia a su familia, no quiero utilizar esa palabra que la define tan bien. Además, ya

oíste lo que estaban contando sus vecinas. Esta chica nunca ha estado bien de la cabeza.

Por lo visto, a mis adorables vecinas les ha faltado tiempo para ir con el chisme. Lo peor de todo es que se lo hayan dicho a esta mala pécora y... ¿No es oveja negra? ¿Ahora soy un cuervo? Ya puede librarse de que no lo sea de verdad, porque acabaría arrancándole los ojos. Hacía mucho tiempo que no la veía. Sigue igual de reseca que siempre, con la misma malicia en sus ojos y en su lengua.

Al igual que yo, Brenda también la ha oído.

—¿Cuándo se acabará esta mierda? —murmura por lo bajo, y el corazón se me encoge; esto es lo que mi familia lleva soportando todo este tiempo, por mi culpa.

—Marybeth, tu turno. —La hace sentarse y tengo que reprimir una carcajada, cuando mi hermana le atiza con el cepillo del pelo con total maestría.

—¡Ahh! Brenda, por el amor de Dios, vas a romperme la cabeza —grita y se lleva una mano al foco de su dolor, mano que retira mi hermana sin demasiada delicadeza.

—¡Oh, lo siento! Se me ha escapado —dice, fingiendo arrepentimiento—. Hay quien se le escapa la lengua y nadie se la arranca. Así que no te quejes por un golpecito de nada.

Ahora sí que tengo que salir de aquí antes de que estalle en carcajadas; siempre he admirado la versatilidad de su carácter.

—Te acabas de ganar que me quede con los niños —le susurro al oído y la beso en la mejilla.

—Te adoran, y lo sabes.

—Y yo a ellos. Por eso lo hago, pero no puedo decir lo mismo de ti. Tú no estás incluida —bromeo y me río cuando disimuladamente me levanta el

dedo corazón, un gesto muy característico de ella. Junto con su extensa lista de palabrotas, es lo que siempre hace cuando algo le fastidia. Espero librarme de esto último gracias a las clientas que aún se encuentran en la peluquería.

—Eso no es cierto —suelta, dándome un golpe en el hombro. Por lo bajo me acaba de llamar «zorra». Pues no, no me he librado. Ya sabía que no saldría de rositas de aquí—. A mí también me adoras y, para tu desgracia, prometo que no volveré a realizar una obra de arte con tu pelo.

—Si no quieres dejar a esos niños huérfanos de madre, más vale que lo cumplas

—Te espero mañana a las seis, y no llegues tarde. —Me besa en la mejilla antes de darme un cachete cariñoso en el culo.

Llego a casa y, mientras me cambio, vuelvo a poner la dichosa canción que me envió Kyle: *Wet The Bed* de Chris Brown. Sonrío mientras la escucho. La letra es en toda regla una declaración de sus intenciones: sexo, excitación, lujuria. El muy capullo es listo, demasiado diría yo; tiene una forma muy inteligente de seguir cerciorándose de que piense en él. No tengo ninguna duda de que este truco nunca le falla. Con solo oírla, mi cuerpo comienza a calentarse ante esas sensuales expectativas. Expectativas que él alimentó en ese tórrido momento que compartimos en mi casa para más tarde convertirse en frustración cuando nos interrumpió la llegada de Alice. Por un instante, la odié por ser tan puntual.

Después, llegó el fin de semana y fue todo un asco. Exceptuando algún chapuzón que me di en el lago, no hice absolutamente nada. Tenía la vana ilusión de que Kyle apareciese por aquí, pero el buen señor ni dio señales de vida. Apenas dormí y lo poco que lo hice fue para tener un excitante sueño erótico. No es que fuera la primera vez que lo tenía; a veces, en mi cabeza se colaba alguno de mis actores favoritos o algún modelo impresionante que hubiese visto en las revistas. Pero jamás con ningún hombre de los que he

conocido, ni siquiera con el que fue mi novio. El sueño que había tenido era tan intenso que parecía real.

Kyle y yo nos encontrábamos en mi cocina, porque quizás en mi cabeza aun persistía el recuerdo de esa tarde. Me mordía el labio antes de que su lengua entrase en mi boca y jugase con la mía. Me besaba de esa forma tan desesperada, tan salvaje, tan ardiente. Yo respondía a ese beso con la misma pasión que él me entregaba, mientras sus manos se deshacían de mi vestido y su boca se apoderaba de mi cuello; lo mordía lo besaba y descendía hasta mis pechos. Mis pezones se endurecieron aún más con el leve roce de su lengua, una lengua que iba de uno a otro con igual intensidad: los lamia y chupaba, arrancándome gemidos. Era una sensación tan increíble que le empujaba con la cabeza, pidiéndole en silencio más. Sus manos bailaban por todo mi cuerpo en un baile provocador y caliente. Mis piernas se abrían en una clara invitación para que no parase; quería más, necesitaba más. Mi sexo palpitaba y se humedecía, ansioso, exigiendo su atención, atención que él prestó al instante. Ese fuego en el que estaba envuelta se iba intensificando con cada toque de sus dedos, que, empapados con mi humedad, rozaban arriba y abajo los labios de mi vagina. Mis gemidos se elevaron al notar sus dedos en mi clítoris, que lo rozaban con insistencia, pellizcándolo y moviéndolo en excitantes círculos mientras otro dedo se perdía en mi interior. Salía y entraba con una cadencia exquisita. Una intensa y deliciosa presión se apoderó de mi cuerpo, incluso llegué a sentir que alcanzaba el clímax, pero no llegó. Todo se interrumpió de golpe por esos malditos ruidos que ya comienzo a tener dudas de si solo existen en mi cabeza. Me desperté sobresaltada, jadeando y temblando, con el cuerpo cubierto de sudor y envuelta en un revoltijo de sábanas.

Me sirvo un poco de té helado y me siento en el porche trasero. No dejo de sopesar la idea que me ronda por la cabeza: dar el paso definitivo con Kyle.

Quizás mi determinación se deba al valor que me ha infundido Evelyn, o tal vez sea porque es la primera vez que tengo un asomo de esperanza. Sea lo que sea, de lo único que estoy completamente segura es de que él es muy diferente al resto de hombres que he conocido y esta puede ser la señal que necesito.

No lo dudo más y le mando un mensaje, dejando bien claro que él es el destinatario.

CAPÍTULO 12

*****KYLE*****

Me llevo ambas manos a la cabeza al notar una fuerte punzada. Siempre aparece este puto dolor para que no olvide que las viejas heridas nunca desaparecen. Los recuerdos siguen hurgando en ella, una herida que, por mucho que intente que cicatrice, ese sufrimiento abre una y otra vez. Recordarla solo me lleva a esa vacía y patética realidad, y continúo preguntándome por qué sigo mendigando su amor.

Mi móvil comienza a sonar; lo más seguro es que sea la llamada que estoy esperando. Miro la pantalla, y ahí está Owen, tan eficiente como siempre.

—Espero que tengas lo que quiero. —Mi impaciencia es tan fuerte que ni me molesto en saludarlo.

—Siempre te he dado lo que quieres, ¿no? En cambio, tú no me das lo que yo quiero —responde con sorna. Es cierto. Es la única persona que nunca me ha fallado.

—¿Qué sabes de ella? —voy directo al grano, porque si no comenzará con la conversación de siempre sobre mi vuelta a lo que él llama la normalidad.

—Salió de Nueva York la semana pasada, con destino Seattle, donde estuvo un par de días, y ahora se encuentra en Malibú.

—¿Él va con ella?

—No, la acompañan sus hijos.

—¿Cómo está? ¿Has visto alguna fotografía? —pregunto, deseando que sea así.

—Tan guapa como siempre. —Su voz suena desganada, y a mí me da igual. Sé que todo esto lo hace por tenerme contento, aunque no esté de acuerdo conmigo.

—Mándame esas fotos. Solo en las que esté sola, ¿de acuerdo?

—Tío... ¿hasta cuándo? Tienes que pasar página de una puta vez. Eso es lo que ella hizo y tú, en cambio, sigues anclado en el pasado. Ya no es asunto tuyo.

No ha tardado en llegar su desaprobación, algo que sucede siempre que tocamos este tema.

—Owen, no me digas lo que es o no asunto mío, ni lo que debo o no debo hacer con mi vida —le advierto con frialdad.

—Si quieres seguir torturándote, hazlo, porque es lo único que vas a conseguir con todo esto.

No voy a perder más tiempo en esta conversación que él nunca entenderá; nadie lo entiende excepto yo.

—Tío, mándame esas fotografías, y una última petición: haz lo que sea para que Russel se mantenga alejado. Contrata más personal, si es necesario, pero bajo ningún concepto quiero que pueda acercarse a ella.

—Kyle, puedo contratar a un ejército, si es lo que quieres, pero eso no impedirá lo que tanto temes. Él también tiene medios para conseguirlo.

—¡Por encima de mi cadáver! —suelto con rabia.

—El diablo no desiste y no parará hasta conseguirlo —me advierte con la misma rabia que yo he empleado.

—Eso ya lo veremos —le digo sin más y corto la llamada.

Enseguida entra un mensaje de WhatsApp. Es Deydra y quiere verme; recalca que va dirigido a mí. Me saca una sonrisa, la misma que los emoticonos que pone al final de su mensaje, pero la mía pasa de ser una sonrisa inocente a una diabólica. Esta vez, ella será mi válvula de escape.

Después de mi incursión en el salón de belleza de su hermana, donde pasé un rato bastante divertido, no me tomé demasiado bien tener que ir a Saint Paul a recoger un coche. Un encargo que me mantuvo ocupado casi todo el día y desbarató mis planes: torturar un poco más a mi gatita, que otra vez llegó tarde esta mañana. Mi intención se acrecentó cuando, al salir del aparcamiento, la vi. Iba tan ensimismada, toqueteando su móvil, que no se percató de que yo estaba en el coche de al lado. Mi corrompida mente se perdió por unos instantes en el voluptuoso contoneo de sus caderas bajo su vestido y consiguió que mi cuerpo entrara en ebullición; esa maléfica prenda se ajustaba a su cuerpo, acentuándole cada milímetro. Tampoco pasó desapercibida para Billy cuando se acercó a entregarme la documentación que necesitaba. Se la comió con los ojos al cruzarse con ella. Aproveché para sacarle información sobre esta provocadora. Aparte de referirse a ella con cierto cariño, no aportó nada nuevo. Lo único relevante fue el toque de compasión que aprecié en su voz cuando dijo que Deydra estaba perdiendo el tiempo en un trabajo que no le gustaba. Es una opinión que comparto con él, porque no termina de convencerme la historia que me contó sobre su abuelo. ¿Cuál será el verdadero motivo?

Llego a casa de Deydra y me la encuentro sentada en la escalera del porche. Nada más verme se pone en pie; va descalza y lleva unos pantalones

cortos que muestran sus increíbles piernas, y una camiseta que se adhiere como una segunda piel a ese par de impresionantes tetas. Acaba de alegrarme la vista y, por el brinco que da mi polla, a ella también.

Se acerca a mí y me saluda con un caluroso abrazo, una reacción que me pilló desprevenido. Con esta chica necesito un manual de instrucciones; es tan voluble como impredecible y, aunque yo mismo me sorprenda al admitirlo, es una de las cosas que me gustan de ella: no saber qué me espera.

—¿Este recibimiento se debe a algo?

—Traías cara de necesitar un abrazo.

No puedo evitar soltar una carcajada por su desparpajo.

Me coge de la mano y tira con suavidad de mí para llevarme hacia el interior de su casa. Me mira fijamente, porque ha reparado en mi corte de pelo, y sonrío, pero no dice nada. Me fijo en el suyo, porque lo lleva bastante despeinado, y en la botella medio vacía de vino que hay sobre la mesa. Sigue en silencio, y no me gusta su mirada, porque es como si no me viese y su cabeza estuviera perdida en algo.

—¿Estás bien? —le pregunto y no por cortesía, sino porque tengo una extraña sensación.

Vacila un instante, pero al final asiente.

—¿Quieres una copa de vino? —Me muestra la suya y niego con la cabeza. De un trago largo, se la termina de golpe, lo que hace que ese presentimiento se acreciente—. Hay algo que quiero que sepas. Hasta yo me sorprendo de que sea así, porque nos acabamos de conocer y no confío en ti. Podría decirse que soy la viva imagen de la contradicción, ¿no? —Esboza una sonrisa temblorosa, y yo me muerdo la lengua para no decirle que se acaba de describir a la perfección—. Es sobre lo que ocurrió en tu apartamento.

Esto cada vez se pone más interesante. Por fin sabré qué cojones le pasó y

me aplaudo por haberme ganado su confianza tan pronto. Sopeso la situación un instante y dudo sobre si debo o no hacer preguntas; está bastante nerviosa y no creo que un interrogatorio la ayudara a relajarse. Opto por mantenerme en silencio.

—Yo quería, lo deseaba... pero no puedo —dice y baja la cabeza.

¡¿Esto qué coño significa?! Sea lo que sea, no tiene pinta de lo que supuse en su momento, que alguien le había roto el corazón. Aquí hay algo diferente. Está avergonzada.

—¿Por qué?

Suspira y se abraza a sí misma.

—Porque no consigo arrancar de mí lo que me sucedió.

Mi percepción no iba muy desencaminada; sabía que algo le pasaba, y la angustia que empiezo a ver en sus ojos no me gusta en absoluto.

—¿Qué te ocurrió, Deydra? —pregunto mientras camino hacia ella, pero levanta la mano para que me detenga. El que no quiera que me acerque me huele mal y su vacilación al responder me huele aún peor.

—Me... me violaron. —La voz le tiembla y es incapaz de mirarme a la cara—. Sufrí una violación múltiple.

El impacto de una bala es una caricia comparado con lo que acabo de sentir. Es como si una bomba hubiese explotado dentro de mi cuerpo al oír esa maldita confesión. El pasado irrumpe de golpe, reviviendo en mi cabeza cada maldita imagen, cada asquerosa palabra que llevo enterrada dentro de mí y que se abre paso para seguir estrangulándome. Pero ¿qué cojones es todo esto? ¿Una putada del destino?

—Fue hace cuatro años, en mi último curso en la universidad —continúa, y hago un esfuerzo sobrehumano por mantener la calma—. Estaba en una de esas fiestas de la fraternidad con una de mis compañeras de clase. Se

encontró con el tío que le gustaba y, ya sabes, desapareció con él. Me quede sola, pero no por mucho tiempo. Un chico se acercó, me invitó a beber y estuvimos bailando. Era simpático y divertido. Esperé a mi amiga un buen rato, pero, al ver que no aparecía, decidí marcharme. Él se ofreció a llevarme y no lo dudé. Me fui con él y con dos más que esperaban en su coche. Cuando comenzaron a tocarme... —Se detiene y coge aire, temblorosa. Le extiendo mi mano en señal de apoyo, pero ella la ignora y prosigue—. Les dije que pararan, que quería salir; luché, peleé y supliqué con todas mis fuerzas para evitar lo que me esperaba, pero no fue suficiente. Ellos me sujetaban y golpeaban para que dejara de gritar, y me dijeron que yo lo estaba deseando, que pedía a gritos que me follaran, que sabían muy bien el tipo de zorra reprimida que era. Ese cabrón, el simpático y divertido, resultó ser un monstruo, el más cruel de los tres. —Traga saliva y baja la mirada, avergonzada. No soporto seguir oyendo nada más; me estoy asfixiando aquí dentro.

—Déjalo, no es necesario que continúes —le aprieto la mano para que me mire y sus enormes ojos se posan en los míos, unos ojos que revelan todo el horror que ha vivido. Movido por mi propio egoísmo, me gustaría poder hacer desaparecer todo ese dolor que lleva dentro, si de ese modo consiguiera que se llevase el mío. Una efímera y vana ilusión.

—Estoy bien, quiero continuar —dice y toma una bocanada de aire antes de seguir—. Unos compañeros de clase me vieron al pasar con su coche y se detuvieron. Enseguida uno de ellos se acercó, sonriente, y les dijo que todo estaba bien, que solo estábamos en una fiestecita privada y que yo les había

invitado a que se lo montaran conmigo. El que se quedó junto a mí me sujetaba con fuerza y me amenazaba con un cuchillo en el costado. Me decía que, si los ponía en alerta, si gritaba, me mataría. «Una puta menos en el planeta, a la que nadie echará de menos», me susurro en el oído. Me acercó un poco hacia mis compañeros, pero no lo suficiente, para que no viesen cómo me sangraba la boca, ni su cuchillo. Les dije que todo era cierto y se marcharon. Cuando pude volver a la universidad, la voz se corrió y decían: «ahí va la golfa que se lo monta con tres tíos». Me hacían propuestas sexuales de todo tipo, incluso llegaron a ofrecerme dinero. Tanto para mis compañeras como compañeros era el blanco de sus bromas; ellas cuchicheaban a mis espaldas y ellos... ellos se me insinuaban constantemente. Hasta que no pude soportarlo más y tuve que irme de allí. Fue como si no pudiese despertar de esa horrible y asquerosa pesadilla.

La atraigo junto a mí y la abrazo. Está temblando, y yo intento digerir todo esto como puedo.

—Tienes que olvidarlo. Todos tenemos algo que olvidar en nuestra vida, por mucho que nos cueste.

Ni yo mismo me creo la estupidez que acaba de salir de mi boca. Es lo más absurdo que podría decirle, pero no se me ocurre nada mejor después de la bomba que me ha soltado. ¿Acaso yo olvido? No, claro que no, solo aprendes a vivir con ello. Durante todos estos años, he podido comprobar que la tortura más efectiva no es la física, sino la mental. Ver que está tan jodida como yo hace que me plantee si quiero seguir adelante con ella.

—Ese fue el verdadero motivo por el que lo abandoné todo. No podía volver allí.

—Entiendo que tuvieses miedo, pero esos hijos de puta irían de cabeza a la cárcel, y espero que ahí sigan pudriéndose.

—Levanta su cara al oírme y me acaricia la mejilla con suavidad antes de apartarse de mí.

—No fueron... no los denuncié... —dice con la voz quebrada mientras se aleja hacia el ventanal.

Esto me está superando. Siento como la bilis se me revuelve en el estómago. No hace falta mirar mi reflejo en un espejo para saber qué aspecto tengo. Toda mi ira se concentra en mis puños cerrados y me obligo a respirar hondo para impedir que salgan disparados contra esa puta pared que tengo frente a mí.

—¿¡Por qué no lo hiciste!? ¡No lo entiendo! —Intento relajar mi voz, pero no lo consigo, y sale fría y severa.

Se vuelve hacia mí. Sus labios tiemblan ligeramente y sus preciosos ojos se están humedeciendo. Los cierra un instante, como luchando contra su llanto. Cuando vuelve a abrirlos, me mira sin flaquear y una parte de mí admira su valentía.

—No es fácil, cuando te avergüenzas tanto de ti misma —admite con entereza—. Después de lo que les dije a mis compañeros, ¿quién iba a creerme? Pero, sobre todo, fue por mis padres. No quería causarles ese sufrimiento. Ya no había nada que hacer y bastante tenía con el mío. El sentimiento de culpabilidad no se apartaba de mí. Se extendía por todo mi cuerpo como si me rezumara de la médula. Hasta llegué a creer que yo lo había provocado y que por eso me lo merecía, porque, de lo contrario, no habría sucedido. Nadie, excepto mi amiga Alice y ahora tú, sabe nada de lo que me ocurrió, y así es como debe seguir.

—Deydra, no traicionaré tu confianza —le aseguro con sinceridad.

Sé lo que soy, pero tengo claro que en esto no se la voy a jugar. Ella me está demostrando lo que es confiar en alguien. En cambio, yo estoy inhabilitado para hacerlo y mucho menos para desgranar los detalles de mi pasado. ¡Maldita sea! Con todas las mujeres que hay, he tenido que elegir a la que debería alejar de mí; ella es un problema que atraerá problemas.

—Desde entonces, no he podido tener sexo con ningún hombre. Ese es el único motivo por el que no pude estar contigo, aunque lo deseara, y entenderé si sales por esa puerta y no quieres volver a verme.

Esto es lo peor de todo. Ese miedo sigue persiguiéndola, un miedo tan poderoso y espantoso que domina su cuerpo. Experimento una serie de emociones que se expanden con lentitud en mi interior. Es la primera vez en todos estos años que alguien me conmueve. He llegado a pensar que sería incapaz de volver a sentir cualquier tipo de buen sentimiento. Su aplastante sinceridad ha hecho que regrese y plantearme el ser honesto con ella. Pero el momento de debilidad pasa deprisa, ahuyentado por mi propio egoísmo y por ese cinismo tan arraigado que llevo adherido a mí. Todo sucede por alguna razón, el destino nunca deja nada al azar. Ella me está brindando la oportunidad de conseguir mi gran obra maestra: seré ese hombre que le devolverá la seguridad que necesita, que volverá a hacerle disfrutar de ese placer que se le resiste. Seré ese hombre que jamás... podrá olvidar.

—No voy a irme a ningún sitio —respondo, tajante, y sus enormes ojos se iluminan.

Cojo su cara entre mis manos y pego mis labios a los suyos; la beso despacio hasta que ella sucumbe, y su cálida y sedosa lengua se desliza contra la mía. Con este beso quiero dejarle clara mi decisión

—No puedo asegurarte que pueda conseguirlo —murmura contra mis labios.

Mi preciosa gatita no puede estar más equivocada. Me separo y levanto su barbilla para mirarla a los ojos.

—Podrás —sentencio, y me cubre la mejilla con una mano. La retiene ahí durante un momento y de nuevo noto esa esponjosa vibración en mi interior.

—Es lo que yo también pensé —dice con una sonrisa lenta y relajada mientras camina hacia el sofá, donde da unas palmaditas para que me siente junto a ella—. Al principio creí que solo bastaría con dejar pasar el tiempo y volvería a ser la de antes, pero no fue así. Por lo visto, el tiempo solo sirvió para deformar el filo del dolor. Al principio, me desgarraba para más tarde convertirse en esa punzada insistente que nunca te abandona. Me sentía como si un enorme agujero me fuese engullendo cada vez más y sin poder hacer nada al respecto. —Es increíble cómo la entiendo; no puedo estar más de acuerdo con ella—. Todo había dejado de ser igual, tanto por fuera como por dentro. Ese sentimiento de culpabilidad me acompañaba hasta el punto de hacerme cambiar mi forma de vestir: iba desaliñada, nada femenina, con el único propósito de no suscitar ningún tipo de deseo en un hombre. Era algo que me aterraba y vivía con el miedo dentro de mí. Mi indumentaria no levantó sospechas en mi familia, porque ya estaban acostumbrados a alguna que otra excentricidad de las mías. —Esboza una sonrisa triste—. Me marché una temporada al lado de la única persona que siempre me entendía: mi abuelo. —Se detiene y respira profundo. Cojo su mano para mostrarle mi apoyo; sé que no está siendo nada fácil para ella ahondar en sus recuerdos. Carraspea para deshacer el nudo que debe de tener formado en la garganta para poder continuar—. Él no era de hacer preguntas y pedir explicaciones, y era lo que yo necesitaba. Solo se limitaba a repetirme de vez en cuando una frase que la convertí en mi mantra: «sea lo que sea, puedes con ello». Su muerte fue el detonante que me empujó a luchar para salir de ese agujero o, al menos, intentarlo.

—¿Buscaste ayuda? ¿Terapia?

—Sí, eso fue lo que hice, pero no resultó. Fui de un psicólogo a otro y no conseguí ningún progreso. Se limitaban a medicarme y poco más. Me desanimé, pero no dejé de intentarlo hasta que encontré a la doctora que

tengo. Con ella he conseguido avanzar un poco. La prueba está en que estoy abriéndome en canal contigo —confiesa y traga saliva. Se nota que está haciendo un esfuerzo sobrehumano para no derrumbarse—. E imagino que te preguntarás de qué viene mi mala fama en el pueblo. Sé que aquí corren los chismes antes de que sucedan y sé que ya te habrán puesto al corriente del tipo de chica indecente que soy.

—Nunca me he dejado llevar por los cotilleos —le aclaro, y es cierto. La vida ya me enseñó que cualquiera se puede tomar el derecho a juzgarte sin tener ni puta idea de nada.

—Esta es otra de mis grandes mentiras a medias —admite y suspira—. Comencé a frecuentar el bar de copas al que te llevé en Rochester. ¿Recuerdas? El de tu propina exagerada. —Asiento y sonrío, porque creo que al final se quedará con ese nombre—. Bryan solo es un buen amigo, nos conocemos desde niños y fuimos juntos hasta secundaria. Sus padres se divorciaron y su madre se lo llevó a Europa, y perdimos el contacto hasta que un buen día regresó. —Con esto me aclara que no hay nada entre ellos—. Allí comencé a intentar estar con un hombre: me dejaba seducir, lo provocaba, pero nunca pude pasar de unos cuantos besos y algún que otro toqueteo. Nadie sabía la verdad y solo veían lo que yo mostraba: una chica pasándolo bien con un chico. Eso llevó a que pensarán que solo me interesaba el sexo, porque después me veían con otro diferente, y fueron muchos. Allí me sentía segura, sabía que, si me topaba con algún problema, Bryan se ocuparía. —Ahora entiendo por qué me llevó allí y lo extraño que me resultó su comportamiento.

Se queda un momento en silencio y me mira a los ojos.

—Pues bien, esto es todo lo que soy: un fraude, una enorme y patética mentira.

Al escucharla, cierro los ojos un instante; es como si fuese el reflejo de mí

mismo.

—Estás muy equivocada. Esto no es lo que eres, solo es en lo que te has convertido por culpa de las circunstancias que has tenido que vivir. Sé muy bien de lo que hablo...

—No sé si después de todo lo que sabes de mí, quieres estar conmigo.

Su inseguridad la hace seguir cuestionando mi decisión.

—Que no te quepa la menor duda de que es lo que quiero. —Me voy hacia su boca y la beso—. Y ahora... —Me pongo en pie—. ¡Andando! —Tiro de su mano y la llevo fuera de su casa— vamos a dar un paseo, vives en un sitio fabuloso.

Su cara es el paradigma del desconcierto, pero es mejor así. Por hoy ha sido suficiente. Ella necesita tiempo para volver a enterrar esos malditos recuerdos y yo los míos.

Caminamos en silencio y, a pesar de que hace un día caluroso, siento un helor que me cala hasta los huesos. Vamos en silencio, aunque no quiero que esté dándole vueltas a su cabeza.

—Hacía mucho tiempo que no pisaba un bosque, y no me engañaron cuando me contaron que este era uno de los más espectaculares.

—¿No te dijeron nada más?

—¿A qué te refieres?

—Ven por aquí. —Sale corriendo y la sigo.

Cada vez nos adentramos más entre la arboleda, hasta que de pronto se detiene.

—Mira. —Señala un árbol con unas ramas retorcidas que parecen tentáculos. Tiene una apariencia bastante tétrica: sin hojas, seco, sin vida. Un árbol muerto.

—¿Hay algún motivo para que esto siga aquí? —pregunto mientras golpeo con un pie ese esperpento. Al hacerlo, cruje, y Deydra da un salto

hacia atrás, asustada.

—¡No hagas eso! Es el árbol del ahorcado.

—Pues el colega lo tiene muy descuidado. —Me echo a reír. Esta gente de pueblo es de lo más supersticiosa, aunque, al verla tan seria, me hace preguntarle—. ¿Ocurrió de verdad?

—Sí y no.

—¿Puedes explicarte, por favor?

—Verás, sí sucedió. Aquí se ahorcó un hombre. El resto que cuentan no se sabe si es cierto o no. Yo no me lo creo...

—¡Una fábula! Cuéntamela.

—Volvamos, este lugar me da escalofríos —dice, abrazándose y mirando a su alrededor.

—¿No dices que no te lo crees? ¡Miedica! —la provocho y me da un empujón tan fuerte que me hace trastabillar. Vuelvo a reírme; la naturaleza la dotó de belleza, pero no de delicadeza.

—¡Te echo una carrera! —me dice, entusiasmada.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es mi premio?

—¿Tan seguro estás de que vas a ganar?

—Puedes apostar por ello.

—Está bien. Si ganas, no dejaré que vuelvas a besarme.

—¡Eh! ¿Qué tipo de premio es ese?

—El que asegura mi victoria. ¡No me gusta perder! —dice la muy tramposa, partiéndose de risa, y echa a correr.

Tengo claro que la voy a dejar ganar, porque no puedo privarme de algo tan delicioso como su boca.

Una vez en su casa, pedimos unas pizzas que nos trajeron en un tiempo récord. Deydra me propuso que cenáramos fuera para disfrutar de la noche veraniega. No tardó en improvisar una acampada en el jardín trasero,

colocando unas mantas sobre la hierba. Adoré de inmediato su espontaneidad. Poco a poco, voy comprobando que ella es diferente en todos los sentidos; para nada es el tipo de mujer a la que estoy acostumbrado y eso me gusta. Ahora estamos sentados en el suelo, dando buena cuenta de nuestra cena.

No puedo dejar de admirar su enorme capacidad de hacer desaparecer a esa chica asustada y angustiada de antes, para dar paso a la que tengo frente a mí: está relajada y sonriente, contándome anécdotas de sus excursiones al lago cuando era pequeña y de lo mucho que echa de menos sus días de acampada; le encantaba dormir bajo las estrellas. Intento seguir prestándole atención, pero es inútil. Su voz ha comenzado a llegarme como música de fondo en el instante en que mi cabeza se ha puesto a imaginar el momento de hacerla mía. Cada pequeño gesto que hace lo veo sumamente erótico; el simple hecho de llevarse el botellín de cerveza a su apetecible boca activa todo mi cuerpo y tengo que hacer acopio de todo mi control para no abalanzarme sobre ella.

—¿Kyle? ¿Me estás escuchando? —pregunta, sacándome de cuajo de mi distracción.

—Lo estaba haciendo hasta que ciertos pensamientos se han colado en mi cabeza —respondo en un tono insinuante y lo afianzo dando un buen repaso a su generosa delantera.

Por la forma en que arquea sus perfectas cejas sé que ha pillado mis intenciones. Se inclina hacia delante, ofreciéndome una buena panorámica de su escote y gatea con descaro hacia mí para acercar su boca a mi oído. ¡Umm! Esto se pone interesante.

—Te decía que ahora es el momento idóneo para contarte esa leyenda del bosque —susurra y se pone en pie.

—¿Ahora? —repito como un auténtico gilipollas. No puedo creerme que

otra vez me la haya vuelto a jugar.

Ella asiente y sus ojos brillan, divertidos.

—Antes me pediste que te la contara —me recuerda—. Es un hecho que ocurrió, aunque los vecinos se encargaron de engordarlo. Ya que has conocido ese lugar, tienes que saberlo.

Eso fue antes, cariño, ahora me importa una mierda esa historia. Lo que quiero es tenerte desnuda debajo de mí, encima de mí, en cualquier postura que mi imaginación decida. ¡Joder! Me siento como un adolescente a punto de echar su primer polvo, aunque tendré que esperar, porque su decisión no invita al escaqueo; no me queda otra que tragármela.

—Me encantan esas historias de viejas —expreso mi ironía en cada sílaba y su espontánea risa me dice que es consciente de ello—. Tienen un punto retorcido que las suele hacer interesantes o, al menos, divertidas.

Se pone seria y niega con la cabeza.

—Créeme, esta no tiene nada de divertido.

—Entonces, la hace más intrigante. Trae tu culo para acá y empieza de una vez —le ordeno a propósito, y ella resopla, pero obedece.

Contengo la risa. No puedo cantar victoria tan pronto, porque creo que la obediencia no es su fuerte.

—Bueno, todo ocurrió hace muchos años...

—¿Puedes ser más explícita, por favor? —la interrumpo. El cuentecito no será divertido, pero me lo pasaré genial mientras tanto—. ¿Hace veinte? ¿Treinta? ¿Cuarenta años?

—Si he dicho eso, es porque no lo sé con exactitud —explica con retintín.

—Continúa.

—¡Oye! Estoy comprobando que eres muy mandón.

—Y yo que narras muy mal.

—¿Será porque me interrumpes?

—Buena excusa, echarle la culpa a otro... —Me mira con cara de pocos amigos, y me empiezo a reír de buena gana.

—Veamos, empiezo de nuevo. Todo comenzó a raíz del macabro hecho que ocurrió hace más de cuarenta años. ¿Mejor así?

—Podría mejorarse, pero bueno.

—¡Eres imposible! —Me golpea en el brazo—. Por cierto, ¿quieres la versión corta o la extendida?

—Mejor la corta.

—Pues te voy a contar la extendida —dice con una traviesa sonrisa, y la mía se transforma en una sonora carcajada—. Una hermosa mañana del mes de mayo, un joven matrimonio junto con sus tres hijos se disponían a pasar una apacible jornada en el bosque que bordea el lago, al cual se adentraron, entre exclamaciones de admiración ante la grandiosidad de la naturaleza que les recibía. —Hace un gesto exagerado abriendo los brazos—. Pero ajenos a lo que ocultaba —añade, dándole a su voz un toque de misterio—. ¿Y ahora? —pregunta, y me echo a reír de nuevo al notar su tono jactancioso.

—Mucho mejor —digo y me trago las ganas de volver a ordenarle que continúe. Ha despertado mi curiosidad. Ahora sí que estoy interesado en conocer la historia, y esta granuja es capaz de dejarme con las ganas.

—Los graznidos de unos cuervos les sorprendieron y, pese a ser un presagio sobrecogedor, su enorme curiosidad les instó a buscar su procedencia. Fue una decisión que más tarde lamentarían. Tras recorrer unos metros en dirección a ese exasperante sonido, sus ojos contemplaron la escena más escalofriante que jamás hubiesen visto: el cadáver de un hombre joven ahorcado, cuyo cuerpo estaba siendo devorado sin piedad por esos siniestros pájaros. Nunca se supo de quién se trataba, solo dijeron que era un forastero. La policía llevó a cabo un intenso rastreo en busca de algún indicio que los llevara a descubrir si se trataba de un asesinato o un suicidio. Se

decidieron por lo último al no hallar ninguna prueba, salvo un delicado pañuelo de seda con un colgante de mujer, que permanecía colgando de su mano derecha y que aferraba de una forma inexplicable.

»La noticia corrió como la pólvora, al igual que la imaginación de los ciudadanos de Green Lake, que no dudaron en afirmar que había sido un suicidio por amor. ¿Un amor perdido? ¿Un amor imposible? ¿Un amor traicionado? Preguntas que, por desgracia, no obtendrían respuesta, aunque lo que sí obtuvieron, muy a su pesar, fueron las reveladoras señales que los llevó a declarar con absoluta certeza que, desde ese aciago día, su espíritu aún permanece vagando por el bosque. Cada aniversario del trágico suceso, una sobrecogedora niebla envuelve ese lugar, dónde se puede oír con claridad el espeluznante sonido de la cuerda al balancearse sobre la rama del árbol, un árbol que murió, al igual que ese joven, y que, por temor, nadie se atrevió a cortar. Al anochecer, su llanto, junto con sus gritos de lamento inundan el bosque, donde esa pobre y desconsolada alma sigue sin descanso, buscando a su amor.

—Estoy acojonado. Tendré pesadillas —me burlo, haciendo una exagerada mueca de pánico.

—Te gusta tomarme el pelo. —Se echa a reír y se deja caer hacia atrás sobre la manta.

Me voy hacia ella y la atrapo con mi cuerpo. Su respiración cambia al igual que la mía, y veo el deseo en sus ojos. Beso despacio su cuello y voy subiendo hasta llegar a su boca. Mi polla se despierta, pero me detengo y me recuerdo que tengo que ir despacio. Me tiro hacia un lado y ella suelta un grito de sorpresa cuando la arrastro conmigo y la cojo en brazos.

Mientras camino hacía su casa no puedo soltar su boca ni por un segundo; su contacto me altera de una forma muy diferente e incomparable a nada que haya sentido con las demás.

Entramos y la suelto de mis brazos. Me mira un instante antes de coger mi mano y conducirme hasta su dormitorio, pero el asomo de duda que acabo de ver en sus preciosos ojos, la misma que espesa el ambiente, me detiene y tiro de ella hasta ponerla frente a mí.

—Quiero decirte que tú y solo tú vas a decidir hasta dónde llegaremos, ¿de acuerdo? —le recuerdo. Se pone de puntillas, toma mi rostro entre sus manos y besa mis labios con ternura.

Un desacostumbrado enternecimiento me golpea de lleno, y lo más extraño de todo es que me siento bien, tan jodidamente bien que soy incapaz de moverme y lo único que consigo hacer es mirarla. Está inclinándose de una forma peligrosa hacia algún tipo de buen sentimiento, y sé por experiencia que es un agujero demasiado profundo del que poder salir una vez que te has metido en él. Su sonrisa me devuelve a la realidad, sacándome al instante de mi absorto estado, y vuelvo a concentrarme en mi insensibilidad que lo mantiene a raya y a seguir con lo que tengo que hacer: disfrutar de esta preciosa gatita.

Mis manos se deslizan por debajo de su camiseta. El simple contacto con su piel caliente me magnetiza y mi corazón se dispara. De su rostro ha desaparecido cualquier rastro de duda y ahora lo único que veo es puro deseo. Ataco su boca con la mía y la invado con la misma intensidad con que quiero follármela. La penetro con mi lengua y noto la suavidad de la suya, que se une con esa exquisita rendición que me vuelve loco. Agarro el dobladillo de su camiseta, lo que me obliga a interrumpir el beso para poder quitársela, y ella aprovecha para sacarme la mía. Mi mirada se va directa a sus pechos, que apenas los cubre un sujetador transparente de color blanco. A través de la fina tela, observo maravillado cómo sus pezones se están endureciendo.

El deseo comienza a dominarme, y tengo que hacer acopio de toda mi fuerza para seguir controlándolo.

Joder, está buenísima.

—Hacerte gozar será mi único objetivo, Deydra —le digo al oído mientras le desabrocho el sujetador y lo tiro a un lado.

Me separo un poco para contemplar sus pechos: son grandes y firmes. Esbozo una media sonrisa de satisfacción, porque son aún mejores de lo que me había imaginado. Observo su cara. Sus ojos están clavados en uno de mis tatuajes, justo en el que tengo en el cuello. Acerca su mano y con una extrema delicadeza lo recorre con sus dedos, provocando que me estremezca. Sé que le llama la atención y espero que no le dé por preguntar. Me quedo expectante para que continúe desnudándose, pero se detiene. No voy a dejar que su inseguridad estropee este momento; mis manos vuelan hacia ella.

Bajo la cremallera de sus pantalones y los deslizo con facilidad por sus seductoras piernas. Quiero llevarme con ellos sus braguitas, pero la visión es tan excitante que acerco mi boca y rozo su sexo hasta sacarle un gemido. Ella apoya sus manos en mi cabeza y hunde sus dedos en mi pelo; su cooperación me dice que siga avanzando. Ignoro las fuertes punzadas que siento en mi polla y que se intensifican a cada segundo, y se las bajo poco a poco. Ella levanta una pierna y después la otra, ayudándome a liberarla de su última prenda. Me incorporo, la cojo entre mis brazos y la tumbo con delicadeza sobre la cama.

—Fascinante. —Admiro en voz alta su desnudez y aprecio un leve rubor en sus mejillas que encuentro delicioso, aunque lo que no me gusta es lo que observo a continuación: alarga su mano hacia la sábana para cubrirse—. No, Deydra, no ocultes algo tan hermoso. Conmigo no hay cabida para la timidez. Esto fuera —digo y la destapo.

Me tumbo a su lado y le acaricio la mejilla con la yema de los dedos. Mis ojos oscilan entre los suyos y su boca. Tengo su cuerpo tan pegado al mío

que puedo notar el calor de su sexo a través de los pantalones. Separa los labios y coge aire, lo que aprovecho para lamerlos antes de zambullirme dentro de su boca, pero esta vez la beso con ternura, seduciéndola con delicadeza; gimo cuando sus perfectos pechos se pegan contra mi torso.

El aire crepita con una descarga de energía que siento en cada poro de mi piel y mi sexo comienza a empujar dolorosamente debajo de mis pantalones mientras mi mano recorre su cuerpo: la cadera, la cintura, el vientre... hasta llegar a su pecho. Los acaricio por los costados, subiendo poco a poco hacia arriba; sus pezones están erectos y endurecidos. Está excitada y mi cuerpo reacciona de la misma manera. Apenas los rozo, ella se retuerce. Sigo masajeando con caricias delicadas y sensuales, caricias que se van volviendo cada vez más y más excitantes. Me inclino sobre ella y juego con sus pezones, los chupo con suavidad, y ella cierra los ojos y arquea la espalda. Succiono con fuerza mientras rodeo el otro con el índice y el pulgar. Su cuerpo vuelve a arquearse y empieza a gemir. Sí, gatita, sí... Siéntelo.

Me encanta cómo reacciona, cómo tiembla bajo mis manos. Y sus gemidos de placer son una excitante melodía. Suspira y cierra los ojos con fuerza. No quiero que lo haga; quiero que sepa que está conmigo, que soy yo quien está haciendo que se derrita entre mis brazos.

—Deydra, mírame —le pido con suavidad y abre sus enormes ojos—. No puedes hacerte una idea de cuánto te deseo; me muero por hundirme en ti.

—Yo también te deseo —dice, mirándome a los ojos, y algo dentro de mí se remueve.

La beso una vez más y dejo que mi mano viaje hacia abajo por su cuerpo, hasta su sexo. Lo aprieto y noto su calor. Deslizo el dedo índice y trazo un pequeño círculo... ¡Joder! ¡Está empapada!

—Estás muy húmeda. No sabes cuánto me pone tenerte así.

Metó un dedo dentro de ella, adentrándome con suavidad. Lo saco y lo vuelvo a meter, pero esta vez apoyo la palma de la mano en su clítoris y comienzo a estimularla, haciendo presión hacia abajo y en círculos. Ella jadea y empieza a mover las caderas al mismo ritmo que mi mano.

—Oh... Dios —dice con los dientes apretados

—¿Te gusta?

—¡Sí! —jadea y levanta sus caderas.

—Así es, disfrútalo, hazme feliz, nena —murmuro y chupo su pezón con fuerza.

—Aaah —gime sin dejar de mover las caderas.

Saco el dedo de su dulce coño y prosigo mi recorrido de placer hacia abajo con mi boca; paseo mi lengua por su ombligo, y sigo besando y acariciando hasta llegar al lugar que necesito tener contra mi boca. Lo mordisqueo y ella se retuerce; paso mi lengua por sus pliegues, deleitándome con su sabor. Gime cuando lo succiono y levanta las caderas mientras se le acelera la respiración. La penetro con mi lengua una y otra vez, sin descanso, devorando su sexo sin poder parar ni aminorar. Ella jadea y arquea aún más sus caderas para recibir mi boca.

Sus piernas se ponen tensas. Sé que está a punto.

—Córrete para mí —le pido, y sigo lamiendo y chupando su inflamado clítoris, convirtiéndolo en una bomba de placer a punto de estallar.

—¡Oh, Dios, Kyle! —grita, estremeciéndose al alcanzar el clímax.

Me incorporo y la miro. Es algo digno de ver, una imagen deliciosa: tiene los ojos cerrados, un pequeño rubor tiñe sus mejillas y una amplia sonrisa ilumina su cara.

—Gracias —dice al abrirlos.

Su agradecimiento es tan sincero, que mi inhóspito corazón se contrae al oírla. Es la primera vez en mi vida que una mujer me da las gracias por esto;

por un instante consigue ablandarme de nuevo.

Me observa y capto en seguida su pregunta muda. Ella está desnuda y yo aún tengo el pantalón puesto; me gustaría quitármelo despacio y ver su reacción. Me pone muy cachondo cuando veo las miradas lascivas que me dedican, pero no soporto ni un minuto más, saco los condones de mi cartera y me deshago de él con la misma rapidez que si estuviese en llamas.

Me clava sus preciosos ojos cuando agarro mi polla y deslizo el condón por ella, y me excita aún más que no pueda apartarlos, aunque tenga que seguir luchando contra esta tensión desesperada que me muerde y que me insta a follármela sin más preámbulos.

—Cariño, esto solo es el comienzo de todo el placer que te haré sentir en cada milímetro de tu cuerpo —le prometo mientras me acerco.

Suelta un gemido cuando restriego mi erección entre sus piernas. Quiero provocarla, así que acerco mi boca a la suya y la tiento con un beso que no voy a darle. Le paso mi lengua por su labio inferior y ella intenta atrapar los míos, pero me aparto y voy a su garganta, lamiendo despacio hasta su cuello. Noto cómo se retuerce, pero quiero asegurarme de que quiere seguir adelante.

—¿Estás bien? —Le coloco las palmas de las manos a ambos lados de la cabeza y la insto a separar los muslos con la rodilla.

—Sí —dice, asintiendo con la cabeza, pero cuando siente cómo empujo en su hendidura, sus manos vuelan hasta mi pecho para detenerme. Su cuerpo está tenso como un alambre, sus rasgos se endurecen y ese brillo de deseo que tenía en los ojos ha desaparecido por completo. ¡Mierda! ¡Esto le corta el rollo a cualquiera! Y ahora ¿qué cojones hago? Tengo una erección de caballo y ella está muerta de miedo.

Me tiro hacia un lado y respiro hondo.

—Lo siento —se disculpa, apartando la mirada.

Se siente culpable y avergonzada. ¡Joder, que frustrante es esto! Tiene

ganas de recuperar lo que perdió, pero es evidente que aún no está preparada.

Salgo de la cama, me quito el condón y me pongo mi *bóxer*. ¡Venga, capullo, piensa en algo y no con tu polla! Tengo que encontrar el modo de manejar esta situación.

—Dey, no tienes que disculparte. Por hoy, ha sido suficiente.

Su cara revela tanto alivio como consternación.

—Pero... ¿y tú? —Señala con la mirada mi erección.

Sonrío por no darme cabezazos contra la pared. Tener que masturbarme como un adolescente no entraba en mis planes, pero esto cada vez se pone peor. Noto como mi sangre lo recorre, hinchándolo cada vez más.

—No te preocupes, ya se bajará. Lo más importante es que estés bien y que te sientas cómoda conmigo —enfático lo último, porque su incomodidad es tan palpable que se podría mascar.

—Estoy bien y, de verdad, siento todo esto —vuelve a disculparse—. Estás teniendo mucha paciencia.

—No tienes que sentirlo. Quizás, para llegar más lejos necesitas un poco de tiempo, y yo te daré el que necesites.

—Kyle, eres un buen tío. —Acerca su mano y me acaricia la mejilla con los dedos. Esto era lo que me faltaba; si supiera mis verdaderas intenciones, no pensaría lo mismo. Intenciones que otra vez golpean en mi cabeza, a modo de advertencia, como si de repente un asomo de conciencia apareciera para decirme: «las otras, quitando que algún capullo le hiciera alguna faena, tenían vidas felices, pero esta... ¡Joder! Esta arrastra un pesado lastre».

No dejo de asombrarme de mis pensamientos y sobre todo de mi forma de actuar con ella. Llegado este momento, siempre tenía preparada cualquier excusa para largarme. Posponía quedarme a dormir hasta que no me quedaba otra que acabar aceptando. Con Deydra sigo aquí, vacilando en dar mi siguiente paso. Una parte de mí me grita que no me aparte de mi propósito y

salga por piernas, pero la otra quiere quedarse y dormir con ella.

La rodeo con un brazo y la pego contra mi cuerpo. Mis dedos se pierden en la suavidad de su pelo y acaricio sus sedosos rizos. No voy a poder dormir, así que no me queda otra que esperar a que ella lo haga y pronto. Me esfuerzo por tranquilizarme, pero mi polla sigue latiendo, recordándome lo empalmado que sigo, y notar su cuerpo desnudo a mi lado no ayuda en absoluto.

Mi nuevo juguete estaba siendo de lo más interesante hasta que ha confesado su desdichado secreto. Me ha hecho volver a sumergirme en esos atroces recuerdos que congregan todo lo malo de mi vida, todo lo que me ha despedazado y podrido por dentro, confirmándome quien soy: un grandísimo hijo de perra que no tiene el menor reparo en jugar con sus sentimientos, unos sentimientos que yo mismo provooco para después tirarlos al cubo de la basura. Pero no puedo evitar esta ridícula admiración hacia Deydra. Es ridícula porque es algo ilógico en mí: nunca he admirado a ninguna. Quizás se deba a esta extraña comunión que parece que existe entre nosotros. Los dos estamos solos y cada uno lucha como puede en su particular infierno.

Mi mano sigue dibujando con caricias su espalda, su cuerpo está relajado y su respiración es sosegada y uniforme. Está dormida.

Aparto la colcha y salgo con cuidado de la cama para no despertarla. Fuera de la habitación y a mi derecha hay una puerta entreabierta, que supongo que será el baño. Abro y enciendo la luz. Veo un pequeño sillón y dudo un instante entre sentarme cómodamente o ir directo a la ducha, pero opto por lo primero.

Rodeo con mi mano mi verga erecta. Está palpitante y húmeda por las gotas que escupe mi glande. Comienzo a acariciarme desde la base hasta la punta, subiendo y bajando con una ligera presión, y gimo cuando esa sensación tan placentera comienza a recorrerme. Lo primero en lo que pienso es en cómo sería sentir sus deliciosos labios alrededor de mi polla, lamiéndome el glande, y enterrándola por completo en su boca.

¡Joder, qué gusto!

Me la aprieto con más fuerza y un hormigueo la recorre desde la raíz hasta la punta. Mi mente vuelve a perderse en la imagen de su precioso cuerpo desnudo y en cómo sería sentir sus piernas alrededor de mi cintura mientras me introduzco en su sexo caliente y húmedo.

Un cosquilleo me hace estremecer cuando mi mano izquierda se apodera del tronco, y la derecha se desliza arriba y abajo. Me miro. Me gusta verla así, tan dura y tan potente. Mi excitación va en aumento, al igual que mis jadeos, cuando pienso en sus tetas, en cómo las rozaría con mi polla y cómo me las follaría hasta perderme en su boca.

Arqueo la espalda sin dejar de masturbarme, rozando la hinchada punta de mi verga con las yemas de los dedos. Mi cabeza sigue imaginando que estoy arrodillado entre sus muslos y con mi lengua lamo su húmedo sexo; ella me agarra del pelo y se frota contra mi boca; la tiene húmeda, cálida, pero no tanto como su precioso y acogedor coño. Le separo bien las piernas y la embisto con fuerza, una y otra vez. Me enardezco con el sonido de sus gemidos y en sus ojos veo su entrega, su necesidad de que la folle; se

estremece, sus músculos se aprietan con fuerza alrededor de mi polla y grita mi nombre al llegar al orgasmo.

Mis testículos se contraen y los agarro con fuerza; estoy a punto de correrme. Continúo deslizando mi mano por mi polla cada vez más fuerte y más rápido hasta que estallo, y mi semen sale a borbotones. Cada chorro es una liberación, y el placer fluye ardiente bajo mi piel y va directo a mi verga que aún palpita. Continúo exprimiéndola hasta extraer la última gota.

Mientras recobro el aliento, reparo en el desastre pegajoso que hay en mi barriga. Me levanto y entro en la ducha. Abro el grifo del agua fría; un buen chorro helado no me vendrá mal.

—Joder, ¡la madre que lo parió! —suelto entre dientes y me aparto antes de que me deje en carne viva la espalda. ¡Sale ardiendo!

No lo entiendo. Estoy seguro de que le di al agua fría. Lo compruebo y vuelve a salir caliente, mejor dicho, hirviendo. Sacudo la cabeza, riéndome. ¿Tendrá los grifos cambiados? Le doy al del agua caliente y, para mi asombro, sale exactamente igual. ¿No tiene agua fría? Esto sí que es raro. Salgo de la ducha y compruebo la del lavabo. El vapor que sale ya me indica su temperatura. ¿Esto qué coño es? Debe de tener problemas con la caldera. Es imposible darse una ducha de este modo y no sé cómo lo hará ella.

Cojo la primera toalla que hay colgada en el otro extremo de la ducha y la empapo con cuidado de no abrasarme. ¡Joder, vaya mierda! Comienzo a limpiarme como puedo, cuando de pronto un chasquido seco a mi espalda hace que me gire. Es la puerta del pequeño armario que hay sobre el lavabo y está abierta por completo. Juraría que estaba cerrada cuando he comprobado el agua del grifo. Estas casas viejas es lo que tienen, que necesitan con urgencia un buen arreglo. Tendré que preguntarle qué encanto le vio a este vejestorio lleno de achaques. Me echo a reír, pero mi risa desaparece de cuajo cuando compruebo la puerta y está bien. ¿Cómo cojones se habrá abierto?

Todo eso deja de importarme en el instante en que mis ojos se clavan en lo que hay en su interior: un extenso surtido de botes de pastillas antidepresivas, ansiolíticos e hipnóticos, y todos perfectamente alineados. Al verlo, me viene enseguida a la cabeza ese arsenal de medicamentos que llevaba en el bolso, la preocupación de sus vecinas y lo que comentaron sobre ella, y el episodio de ese hombre ensangrentado que dice que vio, pero del que no había ni rastro. Estos fármacos pueden provocar alucinaciones, y... ¡Joder, ella tiene todo un aprovisionamiento! Dey oculta demasiadas cosas, cosas importantes y que intenta solucionar por sí sola, aunque ese no sea el camino correcto.

Todo esto me lleva a reflexionar... ¿Realmente quiero jugársela? Tan pronto como lo pienso, me sorprendo de mí mismo, sobre todo porque es la primera vez que me planteo algo así. Y esto no es lo peor que me puede suceder, lo peor es que lo siento de verdad.

CAPÍTULO 13

*****DEYDRA*****

Abro los ojos con pereza. Mi habitación sigue envuelta en una penumbra nocturna, y es ese pequeñito rayo de sol que se cuela por la persiana lo que me anuncia que ya ha amanecido. Alargo la mano para encender la lamparita y mi pánico se dispara al intentar moverme. Algo pesado me lo impide. Un temblor indómito se apodera de mí y forcejeo para liberarme de la carga que me aprisiona.

—Cielo, ¿qué ocurre? —La voz adormilada de Kyle me tranquiliza y suelto el aire que tenía retenido. Vuelve a rodearme la cintura con su brazo y me atrae hacia su cuerpo con delicadeza. Entrelaza sus piernas con las mías mientras sus labios se pasean con dulzura por mi frente. Me acaba de envolver en una nube de felicidad.

—Me había olvidado de ti —confieso con una sonrisa mientras le acaricio la mejilla. Él me mira fijamente y me quedo a la espera de disfrutar de la suya, pero me ofrece algo parecido a una mueca disfrazada de ella. Aparta mi mano con suavidad, separa su cuerpo del mío y se levanta de la cama. Me apoyo sobre los codos y me quedo extasiada, mirando cada perfecto y definido musculo de su cuerpo que me deja sin aliento.

—¿A dónde vas? —le pregunto cuando veo que empieza a recoger su ropa.

—A mi casa.

Me fijo en el montoncito de ropa limpia que hay sobre la cómoda y que olvidé guardar. Salgo por el otro lado de la cama y cojo lo primero que me encuentro: una de mis camisetas largas que utilizo para mis trabajos.

—Kyle, ¿estás bien? —Tengo un mal presentimiento. La fascinación de

hace apenas un minuto ha dado paso a una terrible angustia y las punzadas que empiezo a sentir en mi estómago son una mala señal

—Perfectamente —responde de forma mecánica mientras oculta sus imponentes piernas dentro de sus pantalones.

—¿Seguro? —insisto, porque no me lo trago. No es normal un cambio tan brusco de actitud. Lo primero que me viene a la cabeza es que le ha molestado que dijese que me había olvidado de él, aunque enseguida lo descarto. Nadie se molestaría por un comentario así.

Me mira, pero parece ausente y su bello rostro carece de expresión. Hay una tensión invisible a nuestro alrededor que se impone sobre todas las cosas maravillosas que han sucedido hasta ahora y que va evaporando todas mis esperanzas.

—Deydra, tengo que marcharme.

—Iba a preparar el desayuno —le digo para intentar retenerlo.

—Tengo que darme una ducha y cambiarme, y tú deberías hacer lo mismo, si no quieres llegar tarde a trabajar. Por cierto, creo que tienes un problema con la caldera del agua. Sale ardiendo en todos los grifos del baño.

¿Qué diablos está diciendo? La caldera es nueva y funciona perfectamente. Le quito importancia, porque en este momento los desperfectos domésticos son el menor de mis problemas.

—Tú y tu manía de la puntualidad. —Esbozo una sonrisa, aunque solo se ha quedado en el intento, porque mis labios ni se han curvado. El corazón cada vez late más frenético contra mi pecho y se intensifica cuando, al acercarme a él, me da la espalda y continúa vistiéndose.

El muro que acaba de poner entre nosotros parece infranqueable. Mi mente comienza a llenarse de interminables pensamientos descorazonadores, pero el que gana más fuerza es que está arrepentido, que se lo ha pensado mejor y ahora quiere desaparecer. Me está rehuyendo, pero no parece

enfadado y es lo que me desconcierta. Preferiría que lo estuviera, porque así sabría qué hacer; ante esta actitud me siento perdida.

—Sé puntual y no tendrás que aguantar que te lo repita —dice en un tono aburrido.

—Hoy voy un poco más tarde, porque tengo que solucionar unos asuntos en el banco —le explico a las paredes. Ha salido de la habitación sin molestarse en esperar a que le conteste.

La rabia se apodera de mí y reemplaza a la angustia. Esto no me gusta. Salgo tras él, que se dirige hacia la puerta y se marcha, sin volverse para mirarme.

Pego un repullo cuando oigo el rugido de su moto y otro cuando derrapa la rueda; ha salido a toda pastilla.

Su reacción me ha dejado helada y con un nudo enorme oprimiéndome la garganta. Sabía que esto ocurriría y no quise verlo. Las lágrimas corren libremente por mis mejillas y las aparto de un manotazo, maldiciéndome una y otra vez, arrepentida de haberme abierto en canal a ese idiota. Lo maldigo a él, por tanta palabrería que me soltó. Es como todos. Anoche lo único que sintió fue pena por mí, y por eso se quedó. Esta ha sido la prueba: en cuanto ha podido, ha huido.

El corazón me da un vuelco cuando oigo el sonido de un WhatsApp en mi móvil y corro a por él. Una parte de mí desea con desesperación que sea de Kyle y, aunque no soportaría que se excusara con una patética mentira, albergo aún la esperanza de que esté equivocada y que no sea yo la causa de que huyera como lo hizo. Miro el teléfono y no es de él, sino de mi amiga Alice; no me acordaba de que había quedado con ella en la cafetería de mi madre. Me trago toda mi angustia, algo a lo que estoy acostumbrada y que se me da bastante bien, y arrastro mi cuerpo hacia el cuarto de baño.

Me deshago de la camiseta, abro el grifo de la ducha y, antes de entrar,

compruebo lo que Kyle me ha comentado sobre la temperatura del agua: está fría, como era de esperar. Abro el del agua caliente para que poco a poco se vaya templando. ¿Lo habrá dicho para recordarme en el estado en que lo dejé? Mis sospechas sobre su cambio de actitud cada vez obtienen más fuerza. Entro y dejo que la reconfortante lluvia templada empape mi cuerpo y haga desaparecer mi penoso estado de ánimo.

Una hora más tarde, entro en la cafetería y enseguida veo a Alice. Está sentada en uno de los taburetes de la barra, al lado de un hombre que llama mi atención y que, por lo que veo, acapara toda la de mi amiga, que no deja de sonreírle. Él está charlando con mi madre y es lo que me impide saber de quién se trata. Al observar ese estilo de vestir tan impecable, los hombros anchos, las largas y musculosas piernas lo reconozco. ¡No puede ser otro que Tyler Patterson!

—Dichosos los ojos que te ven —grita mi madre nada más verme, lo que alerta de mi presencia a mi amiga y a Tyler, que giran la cabeza hacia mí.

No es su atractivo rostro, ni su impresionante constitución, ni ese cabello negro perfectamente peinado lo que me hace parpadear y dejarme los pies clavados en el suelo, sino la sonrisa de oreja a oreja que me brinda al poner sus ojos en mí.

—He estado muy liada, mamá —me excuso al acercarme a ella y me inclino sobre la barra para besarla.

—Haciendo ¿qué? — pregunta mi abuela al sacar la cabeza por la puerta de la cocina.

—Cosas más, abuela.

—Tyler, ¿te acuerdas de mi hija pequeña? —dice mi madre, y él asiente levemente la cabeza.

—Hola, Dey, ¿qué tal te va? —me saluda. Sus bonitos y penetrantes ojos azules examinan todo mi rostro antes de levantarse y plantarme un beso en la

mejilla, dejándome pasmada.

¿A qué ha venido esta efusividad?

—Muy bien. ¿Y tú? ¿Has venido a pasar unos días con la familia? —Es lo primero que se me ocurre para que no sepa que ya estoy al corriente de su nuevo cargo, aunque nos conoce demasiado bien y sabe que aquí vuelan las noticias.

—Viene para quedarse —confirma mi madre al instante—. Nos echaba de menos, ¿verdad?

La sonrisa de Tyler se amplía.

—Este es mi verdadero hogar y siempre será mi lugar favorito.

—Y nosotros estamos encantadísimos de tenerte de nuevo en casa — responde mi madre, bastante empalagosa, al mismo tiempo que le da una palmadita cariñosa en la mano.

Vera Nevill no es tonta, no señor, ella se asegura de no perder un buen cliente como Tyler, que siempre deja unas propinas desorbitadas.

—Espero que pronto nos des una sorpresa y aumentes la familia —le dice mi abuela cuando se acerca a nosotros. Me llevo uno de sus pellizcos insoportables en la mejilla. ¡Qué dichosa manía tiene esta mujer!

Tyler se ríe al ver cómo resoplo fastidiada, pero no responde a la cotilla de mi abuela.

—Tengo que marcharme. Ha sido un placer volver a veros y también degustar tu exquisita tarta de fresas.

—Vuelve pronto y trae a tu bonita esposa. Estoy segura de que también le encantará —dice mi madre, que sale de detrás de la barra y le acompaña hasta la salida.

—Se lo diré, Vera. Gracias.

Tyler se marcha y mi madre viene bastante decidida hacia donde me encuentro. No me ofrece esa sonrisa empalagosa de hace un instante, sino su

ceño fruncido.

—No sé en qué estás siempre tan ocupada. Hace días que no te veo —me recrimina, y no replico en mi defensa, porque tiene toda la razón. Últimamente no he aparecido por casa, ni por aquí—. Tienes que llevar unas tartas de manzana a la parroquia.

Esta es su forma de castigarme. Sabe que no me gusta aparecer por allí y no es por cuestión de que haya perdido la fe, como ella cree, sino porque siempre he pensado que puedo hablar con Dios en cualquier otro lugar. No asistir también me libra de tener que soportar a muchas de esas hipócritas santurronas, que primero escupen veneno y después van a que Dios las perdone.

—¿Otra vez? —pregunto. Mi madre me lanza una de sus miradas de «cállate la boca y obedece»—. Está bien, ahora las llevaré. Dame unos minutos, tengo que hablar con Alice.

Arrastro a mi amiga hacia la mesa más alejada de los oídos de mi madre y de mi abuela.

—Tu madre me lo había pedido a mí antes. Creo que lo ha hecho para jorobarte —me comenta Alice entre risas.

—Seguro. —Me encojo de hombros—. ¿Qué hacías dedicándole tanta sonrisita a Tyler?

—Es encantador... Está muy bueno y te ha comido con los ojos —me dice con picardía.

—No digas bobadas. Se habrá alegrado de verme, eso es todo.

—Claro, por eso solo te ha besado a ti —canturrea y frunce los labios.

—A lo mejor es porque sabe que estás prometida.

—Seguro. —Resopla para dar a entender que estoy equivocada—. Aunque lo que más me ha sorprendido es que viniese solo.

—A mí no me sorprende. Si él tiene que ir a trabajar, no creo que se lleve

a su mujer pegada a la espalda, ¿no?

—Había salido a dar un paseo —puntualiza y de pronto abre los ojos como platos, como si acabase de recordar algo—. ¿Cómo te has enterado de su nuevo trabajo?

—No sé de qué te extrañas. Las noticias vuelan, igual que la lengua de Molly —le aclaro el nombre de la mensajera, y se echa a reír—. Alice, la gente también sale a pasear sola, no es tan raro. A lo mejor a su bonita esposa, como la llama mi madre, no le apetecía salir.

—En ellos sí lo es. Acuérdate de que cada vez que han estado por aquí a ella solo le faltaba acompañarlo a mear.

Por lo que veo, hoy le ha dado por este tío y tengo que cortar este rollo. ¡Ya!

—Opino que me importa un bledo lo que haga esta gente. Tengo algo más importante que contarte.

—Ya tardas en soltarlo.

—He dormido con Kyle.

Se tira hacia atrás en la silla y se lleva las manos a la boca. Sabía que se alegraría y se emocionaría. Solo espero que no se levante y empiece a dar gritos como una loca.

—¿Has follado con Kyle? —suelta, y la pellizco en el brazo para que baje el tono—. Deja de hacer como tu abuela. Cada vez te pareces más a ella —protesta, muerta de risa.

Conozco la naturaleza gritona de Alice, algo que no puede evitar. No me queda otra que ir dándole tortazos para advertirle.

—¿Qué parte no has entendido? He dicho «dormir».

—Sé lo que has dicho, pero, ya sabes, antes se puede follar. —Se ríe y me coge las manos para que no vuelva a atizarle—. De acuerdo... Y ¿no hubo nada más?

—Sí que hubo. Tuve mi primer orgasmo después de...

—¿Utilizó la boca? —me interrumpe, porque sabe hacia dónde se dirigen mis pensamientos—. ¿Te metió los dedos? ¿Un combinado? —Me guiña el ojo, moviendo dos dedos al mismo tiempo que su lengua.

—¿Quieres bajar la voz y dejar de hacer eso? —Le doy otro tortazo en el brazo al ver a mi abuela a escasos metros de nosotras; está vieja, pero no sorda.

—Sabes que me gustan los detalles. ¿Te decía cosas guarras?

—Sí. Me preguntó por la guarra de mi amiga.

—Eres una aguafiestas. Estaba empezando a ponerme a tono.

—Tú necesitas poco para eso. Te has vuelto una depravada, aunque sabes disimularlo muy bien bajo tu apariencia de mosquita muerta.

—Ya sabes, no hay que darles munición a los trogloditas de nuestro pueblo. Y, ahora, dale a esta depravada algún detalle.

—La piel me cosquillea solo con recordar su cuerpo. Me dejó sin respiración.

—A mí también y eso que no lo vi desnudo... —replica sin dejar de abanicarse con la mano.

—¿Quieres callarte? —le riño entre risas—. Es endiabladamente perfecto, es imponente y fuerte, y lo que me hizo fue impresionante, pero no pude pasar de ahí. —Su cara se entristece y a mí se me hace un nudo en la garganta—. Una avalancha de esos malditos y asquerosos recuerdos me paralizaron por completo, permitiendo que el pánico se adueñara de mí.

Me coge de la barbilla para que la mire y me obliga a sonreír; ella me devuelve la sonrisa y apoya la mano sobre la mía.

—Todo eso se acabó —susurra, apretándomela—. Lo que me has contado es una gran noticia y sabes de sobra cuánto me alegro por ti.

Asiento y suelto el aire despacio para recobrar la calma.

—Pero me temo que esto también se acabó —confieso—. Cuando nos despertamos, estaba muy raro y yo no supe qué hacer. Sé lidiar con un tío cabreado, pero él se me escapa y no sé cómo actuar. —Tomo aire—. Me ignoró y se fue sin decir nada... Y no sé por qué me sorprende. Esta es la realidad, mi realidad, Alice, y tengo que aceptarla.

—¿Alguien puede ser más idiota? No, claro que no, tú eres la más grande de todas —me regaña—. Deja de ser tan pesimista. Y no debes permitir que te ignore. Habla con él y pregúntale qué le ocurrió.

—No creo que sirva para nada y tampoco creo que quiera volver a perder el tiempo conmigo. —Me acerco más a Alice y le hablo con confidencialidad—. Le conté todo lo que me pasó... ya sabes.

Alice se queda mirándome unos segundos, como si estuviera valorando qué decirme.

—Pues si has sido sincera y te has abierto a él, lo menos que puede hacer es lo mismo contigo —opina—. Piénsalo, Dey. Él ha conseguido llevarte más lejos que ningún otro. Y tú eres fuerte, muy fuerte. No tires la toalla tan pronto, no dejes de intentarlo o me obligarás a llevar a cabo la idea que tengo en mente.

—¿Qué idea? —La miro con recelo, porque Alice no es muy hábil con las ideas.

—Comprarme un pene y follarte yo.

Me dejo caer hacia atrás riéndome a carcajadas. Alice no cambiará nunca, y es lo que adoro de ella. Siempre ha estado a mi lado, aguantando mis bajones. Somos muy diferentes, pero cada una aporta a la otra lo que le falta: ella es tolerante y yo intransigente, ella cautelosa y yo impulsiva. Me siento muy agradecida por saber que tengo una amiga que me quiere de verdad.

—Estás como una cabra, Alice, y ese es uno de los motivos por el que te quiero tanto. —Mi móvil comienza a sonar; es la alarma de mi agenda para

recordarme la cita que tengo en el banco y, si no salgo enseguida, llegaré tarde—. ¡Tengo que irme!

—No te preocupes, márchate. Yo llevaré esas tartas, me pilla de paso. — Me levanto y la abrazo—. Vas a conseguirlo, ¿de acuerdo? —me dice al oído.

—Lo conseguiré —afirmo con una seguridad que surge más de la esperanza que de la propia realidad. La beso en la mejilla y corro a despedirme de mi madre y de mi abuela antes de marcharme.

Tras perder toda la mañana, salgo del banco malhumorada. No sé para qué me citan a una hora, si después me hacen esperar todo el tiempo que les da la gana. Es gracioso que yo lo diga, porque es lo mismo que hago yo. El karma sigue jugando conmigo, quizás empeñado en corregir mis defectos.

—¡Dey!

Me doy la vuelta y sonrío al ver a mi amiga Georgia que viene hacia mí.

—¿Qué haces por aquí? ¿No trabajas hoy? —pregunto, extrañada.

—Sí, pero, como ves, hoy soy la chica de los recados. —Hace una mueca de disgusto y levanta unas bolsas—. Encargos de la hija repelente del Gran Dinosaurio. —Sonrío al escuchar cómo se refiere al propietario de la galería de arte donde trabaja como secretaria—. Me has ahorrado llamarte. Lo iba a hacer justo cuando llegase. Ven conmigo, que tengo que contarte un montón de cosas.

Debería dejarlo para otro momento y volver al taller, pero, ¡qué diablos!, me muero por saber qué quiere decirme. Gia, como todos la llamamos, es otra de mis amigas de la infancia. Mantuvimos la amistad gracias a su naturaleza desobediente, porque yo no le gustaba un pelo a su madre. Siempre estábamos juntas, pero, cuando murió su padre, su madre encontró trabajo en Rochester, y se mudaron.

La galería es una de las más prestigiosas de la ciudad. Se encuentra solo a

dos calles de donde estamos y llegamos enseguida. La espero junto a la puerta de un despacho mientras ella sigue hasta el que se encuentra al final del pasillo, donde deja las compras. Hemos tenido que acceder por la salida de emergencias, porque han forrado la entrada principal con paneles, debido a la exposición de fotografías que se celebra mañana, y a la que voy a asistir. Es una recopilación de las obras de los mejores fotógrafos del siglo XX.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunto nada más verla aparecer de nuevo.

—Han despedido a mi jefe —dice en voz baja y me hace pasar a un flamante despacho, decorado en color bronce envejecido y negro— y a bastante personal. Han vendido la galería. Por eso está la hija repelente aquí, para encargarse de todo el papeleo. No la soporto, es detestable.

—Oh, Gia...

—No, tranquila —se apresura a decir—. Me siento un poco mal por mi jefe, porque siempre me ha tratado muy bien, pero a mí no me han despedido —confirma con una enorme sonrisa, y yo suspiro aliviada. Sé lo mucho que luchó por este trabajo—. El nuevo propietario quiere seguir contando conmigo, aunque van a necesitar personal nuevo. Ahí es donde he pensado en ti. ¿No crees que es maravilloso?

Me aprieta las manos, emocionada. Debería de alegrarme, porque es una buena noticia y una gran oportunidad, pero no es así como me siento.

—Por supuesto que lo es, pero querrán a gente experimentada y ya sabes que yo...

—Déjate de tonterías —me interrumpe y me lleva de la mano hacia el sofá negro de piel que se encuentra en el otro extremo del despacho—. Sabes mucho de arte y gracias a ti pude pasar las pruebas de selección, aunque mi trabajo solo corresponda al área administrativa.

—Te lo agradezco, de verdad, Gia, pero...

—No hay peros que valgan. A la mínima oportunidad le hablaré de ti, ¿de

acuerdo?

—Está bien —accedo, porque sé que lo hará de todos modos.

—Será un inmenso placer volver a hablar con ese hombre. Casi me caigo al suelo cuando le vi. Es impresionante. No sé qué edad puede tener, aunque imagino que más de los que aparenta... Es de esos tíos maduros que te hacen babear. El tío está cañón.

—¿Estás pensando en liarte con el nuevo propietario? —bromeo al ver todo lo que ha provocado en mi amiga.

—Si tuviera una mínima oportunidad, ni me lo pensaría. Por aquí vienen muchos hombres elegantes y ricos, aparentes caballeros, pero este es diferente; este hombre lo es. Te deja paralizada con sus ojos, con esa voz que hace que te tiemblen hasta las orejas y esos modales tan perfectos. Y la señorita remilgada y caprichosa parece que también le ha echado el ojo ahora que ha roto con su novio —aclaro, refiriéndose a la hija del dueño de la galería.

—Aunque te mudaste hace muchos años, no puedes negar de qué pueblo procedes —digo entre risas—. Me muero por saber cómo te has enterado de ese cotilleo. Dudo que ella te lo haya contado.

—Que conste mi inocencia en acta. No soy de las que pegan la oreja a la puerta. —Me guiña un ojo. Las dos sabemos que, si lo tuviese que hacer, ni lo dudaría—. Se encontraba abierta y a quien fuera que tuviera al otro lado del teléfono, no paraba de decirle que ella lo había mandado a la mierda, aunque yo no la creo. Me da la sensación de que fue al revés, porque su nombre no se le caía de la boca, al punto de que se me ha quedado grabado en el cerebro: Kyle, Kyle, Kyle —repito y se echa a reír mientras lo acompaña con palmadas.

El corazón me da un vuelco cuando oigo ese nombre. Joder, ni que fuera el único en el planeta que se llamara así. Es un nombre bastante usual.

La puerta se abre, y aparece una mujer alta y esbelta, que parece enfadada. Mi amiga se pone en pie y yo la imito; por su reacción, creo que debe de tratarse de la hija del propietario. Nada más fijarme en su atuendo, estoy convencida de que estoy en lo cierto, porque es una de esas mujeres peripuestas y elegantísimas.

—Georgia, ¿qué haces aquí? —pregunta con una voz suave y firme. Aunque suena como si hubieran envuelto un trozo de hielo en terciopelo.

—Estaba hablando un momento con mi amiga. —Gia me señala, pero ella ni se molesta en mirarme.

—Este no es tu lugar. —Señala el lujoso despacho—. Como tampoco lo es para charlar asuntos personales con tu amiga. Eso lo haces fuera de la galería.

—Lo siento, April... perdón, señorita Brasintong —rectifica enseguida Gia. Parece que a la otra no le gusta que se dirijan a ella por su nombre de pila—. Solo ha sido un momento.

—Indícale a tu amiga dónde está la salida y ven a mi despacho. ¡Ahora! —ordena y sale dando un portazo.

—Lo siento, Gia —me disculpo y la abrazo. Me siento culpable. Si no hubiese sido tan cotilla y me hubiese ido directa a mi trabajo, que es donde tendría que estar, esto no habría sucedido.

—¿Entiendes por qué la detesto? Qué ganas tengo de perder de vista a esa zorra engreída —dice con los dientes apretados mientras salimos del despacho.

Gia me acompaña hacia la salida y veo a la tal señorita Brasintong junto a la puerta del que supongo será su despacho. Está charlando con una mujer que enseguida reconozco.

—¿La que está hablando con ella es Amanda Patterson? ¿La esposa de Tyler? —pregunto.

—Sí, son muy amigas. Antes de que esa arpía me mandara a por todos sus

recados, las oí hablar sobre su matrimonio. Algo no va bien entre ellos. —Me viene a la cabeza la extrañeza de Alice al no verlos juntos—. Nombraron la palabra «divorcio» y hasta ahí pude escuchar. Esa mala pécora cerró la puerta.

Me despido de Gia y salgo pitando hacia donde he dejado estacionada mi camioneta. Mi cabeza comienza a dar vueltas sobre lo que podría suceder si me concedieran una entrevista para acceder a trabajar en la galería: mi sueño se haría realidad. La alegría que no apareció en cuanto lo supe me llega ahora de repente; esto es una buena señal. Mi día había comenzado hecho un asco y ahora todo ha cambiado. Recuerdo las palabras de Alice con lo ocurrido con Kyle. No tengo que ser tan pesimista. Lo mejor será hablar con él, sea lo que sea. Soy fuerte y estoy preparada para lo peor.

Gracias al poco tráfico, enseguida llego a la tienda y me encuentro a una Molly enfurruñada que, nada más verme, se dirige con paso firme a mi encuentro.

—¿Dónde te has metido? No se tarda tanto en el banco.

—He perdido toda la mañana allí. Me han atendido, cuando a la buena señora le ha dado la gana.

—Y yo he tenido que responder las llamadas de tus proveedores. Son tuyos, porque ese es tú trabajo. —Me señala con el dedo, por si no me ha quedado claro, y aguanto las ganas de reírme. Está bastante cabreada.

—Lo sé, Molly. Gracias por ocuparte. Te compensaré.

—¿Un aumento?

—Mucho mejor. —Le sonrío y tiro de su mano—. Un abracito de oso. Ya verás qué bien te sienta. —La achucho entre mis brazos.

—¡Idiota! Tómale el pelo a otra. —Me empuja para quitarme de encima.

Me viene a la cabeza lo que Gia me ha comentado sobre la mujer de Tyler. A Molly le encantará enterarse de su declive matrimonial.

—Pues esta idiota tiene una información que te encantaría saber, pero, como eres tan desagradable, te quedarás con las ganas —digo y, antes de que empiece a ponerme verde, salgo corriendo hacia el taller.

Nada más entrar, veo a CJ atareado con un coche. Miro a mi alrededor, pero no hay nadie más.

—CJ, ¿dónde está Kyle? —pregunto por el único que me interesa en este momento.

—Se largó.

—¿A dónde? —Me mira y se encoge de hombros—. ¿A entregar un coche? —Vuelve a encogerse de hombros, y resoplo. Hoy no tengo paciencia para lidiar con él. —¿Y mi padre? ¿Billy? —sigo indagando por si alguno de ellos me puede dar más información.

—También se largaron.

—Bien. Hoy es el día que todo el mundo se larga, pues, si también te da por hacerlo, avísame antes, grandullón.

Sacude la cabeza, riéndose. Al menos, le he hecho gracia. No es nada fácil sacarle una sonrisa a CJ.

Regreso a la tienda. Si Molly lo ha visto, seguro que le ha preguntado.

—Molly, ¿sabes a dónde ha ido Kyle?

—Vaya, vaya, ¿interesada en el macizo?

—Te recuerdo que trabaja aquí.

—Como si lo fuera a olvidar —dice, suspirando—. Él y solo él es el motivo por el que vengo más motivada.

—¿Y bien?

—¿Qué te hace pensar que yo lo sé?

—Porque eres «doña preguntas».

—Dame la información que tienes, y quizás haga memoria y te diga dónde está.

—El matrimonio de Tyler hace aguas. Se habla de divorcio —lo suelto a prisa para no perder tiempo.

—¿En serio? No me estarás tomando el pelo otra vez, ¿no? —Me mira un poco incrédula, pero sus ojos se acaban de iluminar. Sabía que lo disfrutaría.

—No, tonta. Me lo ha dicho Gia y es totalmente fiable.

—A su casa. Eso fue lo que me dijo.

Mi primer impulso es salir pitando hacía allí, pero eso le daría demasiada información a Molly de a dónde me dirijo. Lo mejor será inventarme algo.

—Y ¿a dónde ha ido mi padre?

—Se fue con Norman y no creo que vuelva. Me dijo que tú cerrarías —dice mientras teclea como una posesa en su móvil, seguro que informando a sus amigas. ¡Ay Dios, la que acabo de liar! Aunque, si lo pienso bien, qué más da. Tyler y su familia ya están demasiado acostumbrados a que hablen de ellos.

Miro la hora y es la una. Aún quedan dos horas para cerrar; demasiado tiempo.

—Yo no puedo. Tengo que llevar unas tartas a la parroquia, un encargo de mi madre. Te toca, Molly.

—¡Y una mierda! Llevo cerrando tres días seguidos.

—Está bien, se lo diré a CJ.

Como era de esperar, a CJ tampoco le ha hecho mucha gracia tener que encargarse del cierre, así que no me ha quedado otra que prometerle un día libre. Ya veré cómo me las apaño con mi padre cuando se entere, pero lo que tengo que hacer es mucho más importante.

Llego al pequeño edificio donde vive Kyle y entro, decidida. Paso de largo

el ascensor y tomo las escaleras. Mientras subo, una puerta me sobresalta al abrirse. Lo que no lo hace es la cabeza que se asoma a continuación. ¡Mierda, esta era la que me faltaba! La tía de Molly.

—¿Deydra? —pregunta como si no lo supiera. Será teatrera...

—Hola, Adele.

—¿Qué haces por aquí? ¿A dónde vas? —pregunta mientras me observa con la frente fruncida.

Sé que tengo que decirle algo a esta cotilla, porque nunca he venido por aquí.

—El chico que vive arriba trabaja para mi padre. Vengo a entregarle unas llaves.

—¡Ah! Llegó hace rato. Es un chico muy guapo.

¿Vive pegada a la mirilla de la puerta? ¡Por supuesto que sí! Adele ya tiene entretenimiento, y debe de estar al tanto cada vez que sale o entra. Kyle no sabe muy bien dónde se ha venido a vivir.

—Me alegro de verte, Adele, pero tengo un poco de prisa. Saluda a Gregory de mi parte —me despido, pero, cuando voy a subir el primer peldaño de la escalera, me coge del brazo para detenerme.

—Si quieres, puedo acompañarte. No hace falta darle motivos a la gente para que hable. No es muy decente ir a casa de un hombre que vive solo.

¡Esto es el colmo! Ella es una de las primeras que me critica. Y ahora ya le estoy dando un buen chisme para contar.

—Descuida, no creo que mi reputación sufra ningún cambio por esto. — La dejo con un par de narices y prosigo mi camino.

Me detengo delante de la puerta de Kyle y respiro hondo varias veces para calmar las palpitaciones de mi corazón, que late enloquecido contra mi pecho. Ahora que estoy aquí, me siento indecisa y con esa sensación de no saber con exactitud qué terreno piso. No sé qué voy a decirle y, peor aún, no

sé cómo va a reaccionar. Puede desentenderse y pasar de abrirme, o decirme que no le apetece volver a verme; hasta puede que me mande a freír espárragos. Pero prefiero confiar en lo que me dijo, que me daría todo el tiempo que necesitara. Aferrada a estas palabras pulso el timbre.

Mientras espero, voy cambiando el peso de un pie a otro. Por mucho que me esfuerzo en controlar mis nervios, sigo igual o peor que antes, y la dichosa puerta sigue cerrada. Me paso las manos por el pelo. ¿Por qué tarda tanto? Oigo un leve ruido, y por fin la puerta se abre. Mi corazón casi se detiene al verlo. ¡Dios de mi vida! ¿Cómo puede estar tan bueno? Su pelo húmedo y su atuendo dan la respuesta a su demora en abrir: acaba de salir de la ducha. No lleva nada más que un pantalón de chándal que le queda suelto a la altura de las caderas, dejando al descubierto su escultural torso, y sus perfectas y esculpidas abdominales. Este hombre es una combinación de fuerza, potencia y belleza. Reconozco que mi hermana no se equivocó sobre su aspecto con el nuevo corte de pelo. A él le sienta bien todo lo que se haga.

Kyle se apoya en el marco de la puerta y se cruza de brazos, lo que hace que sus bíceps, ya de por sí marcados, resalten mucho más. No abre la boca, solo se limita a mirarme fijamente con la interrogación clavada en sus pupilas.

—No sé qué te ocurrió esta mañana, no sé si yo tuve la culpa de que te marcharas de ese modo. No sé si quieres que me vaya. —Las palabras salen de mi boca con la misma rapidez con que late mi descontrolado corazón.

Enarca una ceja y sus labios se curvan en una media sonrisa.

—No me ocurría nada, no tienes culpa de nada y no quiero que te vayas — contesta a cada una de mis preguntas al mismo tiempo que recorre todo mi cuerpo con una mirada tan sensual que se me seca la garganta.

Se aparta de la puerta y me hace un gesto con la mano para que entre.

Recupero la esperanza, que se mezcla con el deseo; es lo que me impulsa a

acercarme decidida a él para besarlo. En cuanto mis labios rozan los suyos, me coge por la nuca con una mano, me rodea la cintura con la otra y el deseo se desata de inmediato, con ese apetito voraz que se palpa entre los dos de una forma innegable.

—Eres preciosa —susurra, desplazando los labios desde mi mejilla hasta la garganta—. Tremendamente hermosa... y aún más cuando estás desnuda. Mil veces he imaginado que lo hacías solo para mí.

Me bloqueo al oír lo que me pide con sutileza. Contemplo la posibilidad de negarme, pero entiendo a dónde quiere llegar: quiere que sea yo la que me ofrezca a él con libertad. Esto hace que lo desee con más fuerza aún; él es el milagro que yo estaba esperando. Lo que dice es todo un desafío para mí y él lo sabe. También sé que es lo que me provocaría un ataque de pánico; caería sobre mí esa avalancha de recuerdos tan angustiosos y paralizantes que acabarían retrayéndome, permitiendo que el miedo se apoderara de mí. Pero las palabras mueren en mi boca cuando lo miro a la cara. Esa mezcla de lujuria y adoración que veo en sus ojos no solo me desarma, sino que también me espolea; volatiliza mi temor y me imprime valor. No deja de demostrarme qué tipo de hombre es: pase lo que pase, no me presionará y me ha infundido esa seguridad que tanto necesito.

Despacio, llevo las manos a mi blusa y comienzo a desabrocharla. Me alegro de haber estrenado hoy el regalo que me hizo Alice: un precioso conjunto de tanga y sujetador de encaje en rosa pálido. Cuando llego al último botón, lo bajo con lentitud por mis brazos. El sutil roce de la tela al deslizarse por ellos me hace estremecer. Trago saliva y, con manos temblorosas, bajo la cremallera de mi falda que se desliza por mis piernas con suavidad. Saco los pies de ella y mis dedos se van al cierre del sujetador. Los ojos de Kyle siguen cada uno de mis movimientos y esa llama que veo en ellos arde con más fuerza con cada retazo de piel que dejo al descubierto. Lo

desabrocho y noto el aire fresco sobre mi piel acalorada; los pechos me hormiguean, suplican que sus manos los toquen. Una súbita ansia se aloja entre mis muslos. Él retrocede unos pasos sin dejar de mirarme, exhala y el sonido que hace es una confesión de puro deseo.

Los nervios y la excitación vibran por todo mi cuerpo. Estoy prácticamente desnuda, salvo por el tanga y mis sandalias de tacón. Me humedezco los labios y lo miro a los ojos antes de descender hasta su entrepierna; sus pantalones no disimulan lo caliente que está. Se acerca más, y cada fibra de mi cuerpo palpita.

—Quiero que me toques —le pido, y sus rasgos se tensan como si se estuviera esforzando por contenerse.

—Me gusta saber que deseas que te toque, que te acaricie... y juro que lo haré... Pero ahora mismo solo quiero mirarte. Quiero ver cada centímetro de ti. —Su voz es lujuria envuelta en terciopelo.

Bajo la vista mientras engancho los dedos en las diminutas tiras de mis braguitas.

—Deydra, mírame. —Su tono ha cambiado; ahora es autoritario, aunque extremadamente sexy.

Lo hago y deslizo con la misma lentitud mi última prenda hasta salir de ella. Me asombro de no sentirme cohibida con lo que estoy haciendo, sino todo lo contrario. Me siento poderosa y valorada al mismo tiempo.

—Eres lo más bello que he visto nunca —dice, contemplándome de manera pausada—. ¿Tienes idea de lo bonita que estás? —Me rodea y se detiene justo detrás de mí—. Me encanta tu cuerpo. —Me coge por la cintura y me atrae hacia atrás hasta que tengo la espalda pegada a él. Noto su erección y siento una descarga entre los muslos—. Creo que nunca podré saciarme de él, porque nunca he deseado nada tanto.

Alza los brazos para tomar mis pechos con sus manos, y cierro los ojos

con un débil gemido de satisfacción, que se torna en un jadeo cuando me pasa los pulgares por los pezones.

—¿Te excita saber que te deseo? ¿Qué muero por estar dentro de ti? —El timbre grave y sexy de su voz susurrada en mi oído se desliza sobre mi piel como una corriente eléctrica. Kyle pellizca con suavidad mis ya sensibilizados pezones, y una ráfaga de placer se dispara desde mis pechos hasta mi sexo.

—Sí. —Mi afirmación es apenas un murmullo. Me invade la excitación que recorre todo mi cuerpo, aunque es más bien un fuego fulgurante, primitivo, un fuego que jamás he experimentado—. Esto es lo que quiero y voy a conseguirlo. —Mis palabras salen con el mismo convencimiento y la misma vehemencia con que lo deseo a él.

—Es lo que quería oír... Voy a penetrarte, despacio, profundo, hasta fundirnos en un solo cuerpo. Voy a hacerte mía, Deydra, y voy a memorizar tu cara cuando te corras entre mis brazos. —La presión que tengo entre mis piernas cada vez se vuelve más ansiosa por saborear todo ese placer.

Desliza su mano entre mis muslos. Uno de sus dedos me pellizca y acaricia con suavidad la punta de mi clítoris antes de hundirlo dentro de mí.

—¡Dios! —grito al tiempo que dejo caer mi cabeza hacia atrás estremeciéndome con las exquisitas sensaciones que me provoca.

Lo saca, me coge en brazos y me lleva a su habitación. Jamás en mi vida he estado tan excitada y ansiosa, y jamás he deseado tanto a un hombre como lo deseo a él.

Me tumba en su cama despacio, con la misma delicadeza que empleó la primera vez. Levanta mi pierna, me quita la sandalia y me besa el pie antes de dejarla y ocuparse de la otra, a la que dedica la misma atención. Esta ternura hace que el corazón se me encoja. Kyle se sienta en el borde de la cama y mi respiración se acelera cuando recorre mi brazo con los dedos hasta llegar a mi

pecho, y luego se toma su tiempo para acariciarlo. Gimo cuando sustituye el dedo por la lengua; le da un tentador lametón a mi pezón y lo chupa con fuerza. Mi espalda se arquea, rogándole que me dé más, pero él se retira y sonrío. Su mano vuelve a moverse, pero esta vez se dirige hacia abajo. La punta de ese endiablado dedo desciende ardientemente hasta el vértice de mis muslos. El cuerpo se me tensa de excitación y de mis labios se escapa un gemido roto cuando dos de sus dedos se deslizan en mi interior.

—Dey, tú tienes el poder y puedes detener esto cuando quieras, ¿de acuerdo? —dice mientras comienza a meter y sacar sus dedos dentro de mí.

Asiento en silencio, y se detiene. Levanto mis caderas, animándolo a seguir, pero él permanece inmóvil.

—¡Kyle, por favor! —exclamo, porque esto ya es innecesario; lo tengo claro.

—Dilo —me ordena, mirándome fijamente.

—Yo tengo el poder.

Creo haber oído «buena chica», pero se pierde en mis oídos cuando siento esos hábiles dedos que se mueven en círculos en mi interior. Acerca su boca a la mía y me da un suave mordisco antes de invadirme con la lengua. Me acaricia el clítoris con el pulgar, provocando que un largo gemido escape de mis labios. Cierro los ojos, perdida en este placer, mientras Kyle sigue poseyendo mi boca con lentitud. Ambas sensaciones me acercan al límite. Siento cómo mis músculos se contraen alrededor de sus dedos.

—Oh, Dios...

—¿Te gusta? —me pregunta sin despegar sus labios de los míos mientras sigue penetrándome con sus dedos.

—¡Sí! Pero te quiero dentro de mí —susurro.

Se toma mis palabras como una orden, porque sus dedos me abandonan y se aparta de mí, dejándome débil y temblorosa. Sigo sus movimientos con la

mirada. Abre un cajón del armario y saca una caja de preservativos que deja sobre la cama. Tira con destreza del fino cordón de su chándal, y lo desciende por su cadera de una forma pausada y extremadamente sexy, que provoca que me lo coma con los ojos. No lleva ropa interior y su erección se libera como un resorte, volviendo a dejarme hipnotizada y sin aliento. Su mirada no se aparta de mí, aunque mis ojos son los que no pueden retirarse de lo que se yergue imponente entre sus piernas, con la punta húmeda y brillante por la excitación. Trago saliva cuando abre el envoltorio del condón con los dientes, agarra su erección y lo desliza por toda su longitud.

Ningún mal pensamiento con mi vida pasada aparece. Lo único que ocupa mi mente es este delicioso sentimiento de anticipación de lo que está a punto de ocurrir, y el corazón se me empieza a acelerar en el pecho.

Se coloca encima de mí, a horcadas sobre mi cintura, y se inclina, atrapándome entre su musculoso cuerpo. Me roza los pezones con los dientes. Dejo escapar un quejido al tiempo que mis caderas se contonean en una danza enardecida, que se vuelve más frenética cuando los lame y los chupa con fuerza. Me lanza una corriente eléctrica que va de mis pechos a mi húmedo y ávido sexo. Kyle dobla los codos para acercar la cara a la mía y, cuando noto que la punta de su miembro da un ligero toque en la entrada de mi sexo, el corazón se me desboca. Se detiene, cierra los ojos e inspira hondo.

—Dey, ¿todo bien?

Está luchando por ser delicado conmigo y no quiero que me vea con esa fragilidad.

—Todo perfecto. —Levanto mis caderas para que continúe. Él sonrío con picardía al mismo tiempo que me da un ligero roce con su erección, que me hace arder.

Levanta la pelvis, adopta el ángulo adecuado y empuja con suavidad hacia

adelante, penetrándome sin prisas, llenándome poco a poco hasta hacerlo por completo. Aunque su miembro es largo y grueso, mis músculos internos lo abrazan a la perfección. Gimo y le rodeo las caderas con las piernas.

—¡Joder! —susurra. Se retira despacio y vuelve a deslizarse hacia dentro —. La perfección eres tú —añade con la voz ronca.

Sus palabras, al igual que su cuerpo, tienen el poder de estremecerme.

—Muévete —le ruego y elevo las caderas.

—¡Chis! —me dice contra la boca—. Te dije que sería lento y profundo. —Sus palabras son poco más que un gruñido y, en cuanto las suelta, retrocede hasta que la punta de su polla acaricia suavemente justo en la entrada de mi sexo. Contengo el aliento y él hace lo mismo cuando echa las caderas hacia delante y se clava con profundidad, arrancándome un intenso gemido.

Su boca vuelve a mí y le insto a acelerar el ritmo con otro golpe de la pelvis. Interrumpe el beso y levanta un poco la cabeza.

—Lento y profundo —repite en un susurro, entrando y saliendo de mí con movimientos perfectos; despacio, pero con decisión, y trazando círculos con la cadera.

Kyle está cumpliendo su promesa. Lo miro fijamente con un nudo en la garganta. Sabía que él era especial y no me he equivocado; nadie ha sido nunca tan considerado conmigo. Me ha dado la seguridad que tanto necesitaba, me está dando el placer que tanto ansiaba, me ha devuelto a la vida.

Echo la cabeza hacia atrás y me aferro a sus hombros mientras él marca un delicioso ritmo, aumentándolo embestida a embestida. El sudor de nuestra piel hace que nuestros cuerpos se deslicen con más facilidad. Lo único que rompe el silencio son nuestros jadeos y gemidos mientras me muevo desesperada contra sus sacudidas. Me deshago de placer. Jamás hubiese

pensado que mi retorno iba a ser así: Kyle no me está follando, me está haciendo el amor, y el saberlo hace que se me formen nudos en el estómago. Le clavo las uñas cuando siento que un remolino ardiente comienza a formarse dentro de mí. Mi pecho está a punto de estallar por la violencia con que me late el corazón. Estoy al borde de tener el orgasmo más intenso de mi vida.

—¡Oh, Dios! —exclamo, pero él se traga mi grito, cubriéndome la boca con la suya.

—Ya viene —dice con los labios pegados a los míos, penetrándome, alcanzándome en el lugar perfecto cada vez.

Gimo y vuelvo a clavarle las uñas en la espalda; el orgasmo se acerca a toda velocidad.

—Quiero que lleguemos juntos —susurra, mordiéndome el labio inferior antes de volver a lanzarse a mi boca.

Me penetra con más ímpetu y siento cómo su polla se hincha dentro de mí. Sigue acelerando y, con cada embestida, noto que el mundo empieza a desmoronarse bajo mi cuerpo, arrastrándome hacia una violenta explosión.

—¡Kyle! —grito su nombre antes de que estalle nuestro orgasmo. Apenas soy consciente de las lágrimas que rebosan mis ojos hasta que el nudo que se forma en mi pecho me obliga a oír mi propio sollozo, que acaba en un llanto desconsolado. Un llanto que se va llevando toda mi amargura, mi sufrimiento, todo lo malo que ha ido pegado a mí durante tanto tiempo.

—¡Joder, nena! —Resuella alarmado y cierra un instante los ojos para recuperar el aliento—. ¿Qué te ocurre? —Se incorpora, apoyándose en los puños. Su preocupación es tan visible como su nerviosismo.

Soy incapaz de hablar. Quiero tranquilizarlo y decirle que todo es alegría, pero las palabras no salen de mi boca. Agarro su cuello, lo arrastro hasta mí y lo abrazo.

—Gracias, Kyle —consigo decir entre sollozos, y él me estrecha más fuerte entre sus brazos.

—No vuelvas a dárme las —dice, besándome las lágrimas. Su ternura me rompe aún más—. No tienes que agradecer nada. Yo soy el agradecido por poder disfrutar de ti.

—Tengo que hacerlo. Me has ayudado a salir de ese agujero en el que estaba hundida. Contigo he aprendido que todos los hombres no son iguales. Me has hecho ver que se puede volver a confiar.

Su expresión cambia por completo, tanto en su mirada como en su rostro. Intento descifrarlo, pero aparta ambos de mi campo de visión y entierra la cara en mi cuello. Una leve punzada en mi estómago me alerta de algo, pero desaparece cuando noto sus besos por mi cuello, que me alejan de la realidad y me sumergen de nuevo en un torbellino de sensaciones.

Sigo clavada bajo su cuerpo, saciada y extasiada. El móvil de Kyle comienza a sonar, pero no hace ningún intento por cogerlo y sigue besándome por donde le viene en gana. La llamada se corta, pero, tras unos segundos, vuelve a sonar.

—Quién sea es muy insistente.

—Quién sea se puede ir a la mierda —gruñe sin apartar su boca de mi garganta.

No soporto ese ruido, me pone muy nerviosa. Giro la cara y veo el teléfono encima de la mesita de noche. Alargo el brazo y, al cogerlo, mis ojos se clavan en el nombre que aparece en la pantalla.

—Te informo de que acabas de mandar a la mierda a mi padre —digo muerta de risa y lo pongo delante de su nariz. Sale de mi cuerpo, gruñendo e igual de lento que como entró, y una sensación de vacío se apodera de mí. Mi cuerpo sigue su movimiento y se incorpora con él, como si no quisiera despegar mi piel de la suya. Me coge de la cintura, me besa y me deja sentada

sobre la cama, antes de coger el móvil de mi mano.

En un impulso, salto de ella. Puede parecer una tontería, pero estar desnuda mientras habla con mi padre, no me hace sentir cómoda. Miro a mi alrededor buscando mi ropa y enseguida recuerdo que se quedó en el salón.

—Tu padre es muy inoportuno. Le daré saludos de tu parte —dice antes de ponerse el móvil en la oreja. Le levanto el dedo corazón y se echa a reír, pero, antes de que me dé tiempo a salir por la puerta, me coge por la cintura y me arrastra hasta el—. Esto no ha hecho nada más que empezar. Me desharé de él y luego te voy a enseñar buenos modales. —Me muerde en el cuello y me da un azote en el culo antes de soltarme. No me queda otra que tragarme el grito al igual que mi carcajada cuando oigo la voz de mi padre al contestar.

Salgo de la habitación y sonrío al ver toda mi ropa esparcida por el suelo del salón. Recojo mi tanga y mi sujetador, y me los pongo. Me encantaría seguir desnuda y más aún después de lo que acaba de prometer. Mi cuerpo ya hormiguea, excitado. Pero, mi preciosa lencería me hace sentirme bastante sexy. Decido esperarle aquí para no molestar la conversación con mi padre. Me siento en el sofá y noto algo duro debajo de mi culo. Me levanto y encuentro una agenda. Parece vieja y, por cómo se difumina el nombre que hay grabado en relieve, bastante desgastada. Paso mis dedos sobre ella, intentando leer ese nombre, pero, al hacerlo, se cae y se abre. Mis ojos se quedan paralizados al ver lo que hay escrito. Todo son nombres de mujer con un corazón dibujado al lado de cada uno de ellos. Paso la página y encuentro más. Hojeo con rapidez y siguen apareciendo. El timbre de la puerta me hace dar un brinco y se me vuelve a caer la agenda. La recojo con el corazón acelerado y la dejo sobre la mesa. ¿Qué significa todo eso? No puede ser otra cosa que las mujeres con las que ha estado y menuda colección. Parece que Kyle, en vez de hacer muescas en su cama, las apunta en una agenda. Su

historial sexual no es asunto mío y tampoco quiero sacar el tema, porque estoy bastante segura de que no me va a gustar lo que me diga. No voy a permitir que nada estropee esta felicidad que hincha todo mi cuerpo.

—¿Puedes abrir? —susurra, asomando la cabeza desde el dormitorio. Por lo visto, la llamada con mi padre sigue.

Cuando voy a hacerlo, reparo en mi indumentaria. Alcanzo mi blusa y la falda, y me las pongo todo lo rápido que puedo. El timbre vuelve a sonar. Me estoy poniendo muy nerviosa. Llego hasta la puerta, pero vacilo antes de abrir. La primera persona que se me ocurre que puede estar tras ella es Adele. Será mejor que me cerciore de quien puede ser, para ver qué trola tengo que inventarme, pero... ¡mierda, no hay mirilla! Tengo que abrir antes de que siga insistiendo.

Lo que me encuentro al otro lado hace que el pecho se me encoja y se me seque la garganta de golpe. Se trata de su vecina, la Tarrito Pepinillos. Hago memoria y enseguida recuerdo su nombre: Sloane. La muy descarada viene con un modelito que deja poco para la imaginación y una botella de vino con dos copas. Hubiese preferido que se tratara de Adele.

—¡Hola! —saludo, y se queda estupefacta al verme. Sus ojos recorren mi atuendo, y me doy cuenta de que con las prisas no me he abrochado la mitad de los botones y se ha quedado a la vista mi sujetador. Seguro que mi pelo debe de ser un caos. Tal vez esté en *shock*, porque no abre la boca.

—Qué detalle tan bonito. No tenías que haberte molestado. —Le quito la botella de vino antes de estamparle la puerta en las narices. Aunque le acabo de cortar el rollo, la sangre me hierva en las venas.

Nada más darme la vuelta, me encuentro con Kyle, que tiene las cejas enarcadas. Ha vuelto a ver cómo le cierro la puerta en la cara a su vecina. Debe de pensar que es una costumbre.

—Tarrito Pepinillos es encantadora. Mira lo que te ha traído. Ya tienes

vino para la cena. —Le doy la botella al pasar por su lado.

Suelta una carcajada a mi espalda y aún me enervo más.

—Ya veo... Y el apodo le queda genial —dice riéndose. Maldita la gracia que me hace a mí.

—¿Hay algo entre vosotros? —pregunto y, nada más oírme, me arrepiento de haberlo dicho.

Me mira y la sonrisa se ha borrado de sus labios. La demora de su respuesta acelera mi corazón y hace que reaparezcan las punzadas en mi estómago; es muy mala señal.

—No —dice al fin.

Pero no le creo. Algo dentro de mí me dice que miente, sobre todo después de haber visto esa colección de mujeres en su agenda. Él sigue mirándome fijamente en silencio. Es lo que empieza a incomodarme y me pide a gritos que me vaya, o acabaré diciendo alguna estupidez de las mías, de la que seguro me arrepentiré después.

—Se ha hecho tarde, tengo que irme.

—Dey, quiero que te quedes —me pide al mismo tiempo que me coge la mano. Se la acerca al corazón y presiona su palma sobre la mía.

Su gesto me ablanda y la ternura que veo en sus ojos es tan intensa que casi me dan ganas de llorar. No sé qué significa esto, no sé qué me quiere decir. Estoy muy confundida. No quiero colgarme de este hombre, no quiero enamorarme de él, porque sé que acabaría con mi estabilidad emocional, la misma que me confirma lo difícil que me va a resultar evitar que suceda.

—No quiero quedarme. —Aparto mi mano, recojo mi bolso y me marchó.

CAPÍTULO 14

*****KYLE*****

Deydra no ha venido hoy a trabajar. Podría haberla llamado, pero no lo he hecho. Ni tampoco he preguntado por ella. No me apetecía escuchar ninguna de las mentiras que seguro que tiene reservada para la ocasión. Llevo todo el día dándole vueltas a mi cabeza y cabreado conmigo mismo. No sé por qué hice esa estupidez. Tenía claro que no quería que se marchara, pero... ¿qué coño quería decirle cuando me llevé su mano al corazón? Ni yo mismo me entiendo. Sé lo que provocó su huida: la inoportuna visita de Tarrito Pepinillos, algo que me saca una carcajada cada vez que lo recuerdo. No es la primera vez que soy el motivo de situaciones de este tipo. Los celos y la rivalidad revolotean alrededor de ellas continuamente, pero siempre me han traído sin cuidado. En cambio, con Deydra disfruté como nunca. Me encantó la facilidad con que, una vez más, se deshizo de Sloane. Tenía claro que no iba a decirle la verdad, sobre todo porque no hizo la pregunta correcta sobre ese «algo entre nosotros». Jamás me hubiese fijado en Sloane como posible candidata para mi juego. Solo es otra más, otra que ha servido para un momento y para una sola vez.

Deydra está consiguiendo sacar mi lado más humano, y estoy entrando en un terreno peligroso. Lo sé, porque ese sentimiento que pensé que había conseguido erradicar de mí está comenzando a sacar la cabeza. No puedo consentirlo, no puedo permitirme albergar ningún tipo de sentimiento hacia ella. No puedo cometer ese error y tengo que cortar de raíz esa sensación que está empezando a formarse dentro de mí. Tengo una imperiosa necesidad de cuidarla y protegerla, algo tan absurdo como incomprensible, porque su peor amenaza soy yo. Y la pregunta que me repito una y otra vez es: ¿qué cojones voy a hacer? Esto debe acabar antes de que se convierta en algo más que en una mera atracción sexual.

Mi móvil comienza a sonar y espero que no sea el padre de la mujer que en estos momentos ocupa mi mente. Está a la espera de recoger otro coche de

alta gama y quería que fuese yo quien se encargara de todo. Echo un vistazo a la pantalla y sonrío al ver que se trata del tocapelotas de Owen.

—¿Otra vez tú? No sé cómo decírtelo para no herir tu sensibilidad, pero no eres mi tipo.

—Ni tú el mío, ¡cabrón! No me vaciles o no te daré una información que te va a gustar, y mucho.

—Últimamente no me das nada que me guste.

—Esto sí que lo hará. Ella está en Rochester. Va a asistir a una gala benéfica que se celebra justo dentro de dos horas. Tiene algo que ver con una recaudación de fondos para la investigación de una de esas enfermedades raras. —El corazón se me detiene.

—Pásame la dirección.

—Sabía que irías de cabeza —suelta con una carcajada—. Y, antes de que hagas una gilipollez de las tuyas y acabes en comisaría por colarte en un recinto privado, te he incluido en la lista de invitados. Por cierto, hace mucho tiempo que no vas a ningún evento de ese tipo, así que te recuerdo que exigen etiqueta. Imagino que en tu moto no llevas un esmoquin, ¿no? —sigue burlándose y dejo que disfrute con ello; mi buen amigo me acaba de dar una gran noticia.

Tiene toda la razón. Hace mucho que no voy y es algo que no echo de menos. Siempre he pensado que era el lugar donde se reunían los mayores hipócritas y mezquinos del planeta para intentar limpiar sus conciencias.

—Pensaba ir en pelotas. Seguro que las damas me lo agradecerían.

—Engreído de mierda... No apostaría en contra, sé que serías capaz. Solo una cosa más: nunca me he metido en tus asuntos y solo me he limitado a ayudarte cuando me lo has pedido, pero acaba de una maldita vez con lo que haces y vuelve a tu vida —me aconseja—. Al principio lo entendí, pero no puedes seguir viviendo de esta forma. Lo peor de todo es que, cuando seas

consciente de ello, te pasará factura. Te conozco muy bien.

—Venga, tío, lo que menos necesito ahora es uno de tus sermones. —Sé que tiene razón en cada palabra que dice, pero esto es solo asunto mío y solo yo decidiré hasta cuándo voy a seguir.

—Es mi turno de joderte con ellos —responde con una risita burlona, justo en el momento en que suena el timbre de la puerta.

—Están llamando, tengo que colgar.

—Espero haber acertado con tu talla —dice antes de cortar la comunicación.

Sonrío mientras me dirijo a la puerta. Sabía que Owen se haría cargo de todo. Abro y delante de mí tengo a un repartidor con una caja. Le doy un par de billetes de propina y me voy directo a la ducha.

Una hora después, llego a la dirección que me envió Owen. No me extraño al ver el despliegue de seguridad privada que han organizado para el evento, algo habitual cuando hay muchos peces gordos reunidos. Tengo ante mí una lujosa villa estilo tudor, enorme y elegante hasta la náusea. Me detengo en el vestíbulo, donde han colocado un atril con la lista de invitados. Hay dos chicas bastante monas que te dan la bienvenida y comprueban si tu nombre está incluido. Están escoltadas por dos tipos con cara de pocos amigos, por si tienen que deshacerse de alguien que no esté en la dichosa lista. Una de ellas me acompaña hasta las escalinatas que dan acceso a un jardín de proporciones descomunales e igual de elegante. Todo el mundo se relaciona, con esa formalidad tan característica en estos eventos, y todos están acicalados y elegantes. No. No echo de menos toda esta mierda. Uno de los camareros pasa por mi lado y cojo una copa de *champagne* al vuelo. Me la bebo de un trago mientras sigo observando a mi alrededor, buscándola.

Llevo casi una hora dando vueltas y ya empiezo a desquiciarme, porque

no hay ni rastro de ella.

—¡Natalie! —alguien pronuncia su nombre, y me giro.

Enseguida la veo y el pulso se me acelera. Ahí está la mujer de belleza y elegancia perdurables. Su vestido largo, del mismo color que sus ojos verdes esmeralda, se mece a su paso con la majestuosidad de una reina. A diferencia del resto, el único adorno que lleva es lo que pende de su cuello: una estrella de diamantes. Ella no necesita más, brilla por sí sola. Ninguna mujer de las que hay aquí puede eclipsarla.

Me acerco un poco más para situarme en su campo de visión. Se lleva un mechón de su precioso pelo rubio detrás de la oreja mientras se ríe con algún comentario que le han hecho y comienza a mirar a su alrededor hasta que, por fin, detiene sus ojos en los míos, y se me para el corazón, pero su mirada no es nada receptiva y mucho menos cálida. Algo comienza a quemarme por dentro.

«Por favor, no. No vuelvas hacerlo. Solo acércate, ven hacia mí. Hazlo, por favor, sigue mirándome...».

Respiro hondo para tranquilizarme. Mi corazón golpea desaforado contra mi pecho y noto como mi sudor resbala por mi cuerpo. Sé que es el prelude de otra derrota, y así es. Se gira, ignorándome por completo, y vuelvo a maldecirla.

Echo a andar, chocando con la gente que se cruza en mi camino y apartándolos sin ningún miramiento. Me deshago de la chaqueta como si estuviese ardiendo sobre mi piel, y la pajarita corre la misma suerte. Salgo de allí y me apoyo en la pared, hecho un manojo de nervios, sudando como si acabara de correr los cien metros lisos. Los ojos me escuecen, y sigo respirando para controlar esta ansiedad que me ahoga. Inspiro hondo varias veces. La odio y me odio por permitir que siga haciéndome daño, por seguir sufriendo de este modo por ella, por alguien que no se lo merece.

Salgo del recinto y no me preocupo por recoger ni la chaqueta ni la pajarita, que siguen tiradas en el suelo. Voy hacia mi moto y abro un pequeño compartimento. Saco una caja de cigarrillos y me enciendo uno. Inspiro con fuerza ese pequeño veneno, intentando que se esfume este momento de debilidad, antes de arrancar y acelerar todo lo que puedo. Solo quiero perderme en ese entramado de carreteras que me llevarán a algún sitio lejos de ella.

No me he preocupado por ver hacia dónde me dirigía y me sorprende cuando me encuentro con un cartel que me da la bienvenida a Sparta, en el estado de Wisconsin. ¡Joder! Llevo buena parte de la noche subido a mi moto y dando vueltas sin rumbo, sin apenas ser consciente de ello. De lo que sí lo soy es de que aquí es a donde se vino a vivir mi amigo Deshaun, un negro con muy mala leche, un cuerpo fibrado y una estatura de uno noventa, como la mía. Fue mi compañero de celda. Después de darnos unos cuantos pinchazos y rompernos algún que otro hueso, nos convertimos en buenos amigos.

Quizás es mi subconsciente lo que me ha traído hasta este lugar, la necesidad de encontrarme con alguien que de verdad siente aprecio por mí. No me ha costado localizar la casa de estilo victoriano que me comentó, porque es la única que aparte de tener una extensa variedad de plantas, destaca una pequeña fuente rodeada de flores en el centro del jardín. Deshaun tuvo muy claro, sobre todo en el momento en que conoció a la que hoy es su mujer, que tenía que cambiar de vida. Aparco la moto y accedo por un extremo de este insólito vergel.

—¡Me han dicho que aquí vive el negro más feo y cabrón de toda la ciudad! —le grito a una espalda que veo a través de una de las ventanas que se encuentra abierta.

Se gira y abre los ojos con la misma amplitud que la alegre sonrisa que se

dibuja en su cara.

—¡Maldito hijo de puta! —dice nada más abrir la puerta, al tiempo que tira de mí para darme un abrazo—. Esto sí que es una buena sorpresa.

—Te dije que tarde o temprano nos veríamos. ¿Cómo va todo?

—Tío, soy un puto negro feliz. Y voy a enseñarte la mitad de mi felicidad.

Me hace un gesto para que le siga, abre despacio una puerta y me quedo boquiabierto cuando veo lo que hay balbuceando y sonriendo dentro de una cuna.

—¡Joder, eres padre! —suelto casi en un grito.

—Cógelo —me pide, y me quedo mirando a ese pequeño regordete que no despega sus ojos de los míos.

—¡Ni de coña! Nunca he cogido una cosa de estas.

Se balancea hacia atrás, descojonándose de risa.

—Venga, capullo. Cógelo o te pego un tiro.

—¡Serás cabrón! No sé hacerlo.

—Si no lo veo, no lo creo. Un bebé es capaz de acojonar al tío más hijo de puta de la trena.

—¿Podéis dejar de utilizar ese vocabulario delante de mi hijo? —Me giro al instante al oír la estruendosa voz de la esposa de mi amigo—. Y a ti, Deshaun Watson, se te debería caer la cara de vergüenza. ¡Menudo ejemplo estás dando!

—Hola, Aidah —la saludo. Ella cambia su ceño fruncido por una sonrisa y se echa a mis brazos.

—Me alegro mucho de verte. Ya era hora de que te dejaras caer por aquí.

—Aún sigo sin entender qué viste en este descerebrado y mucho menos que quisieras tener un hijo con él —bromeo en su oído, y ella me empuja, riéndose.

—Eso mismo me pregunto yo —dice al tiempo que coge a su bebé en

brazos y sale de la habitación.

La seguimos y mi amigo se va directo a la nevera mientras ella coloca al bebé en su sillita para darle de comer.

—Tienes que buscarte una buena chica y tener otro meloncito como este —me aconseja Aidah, guiñándome el ojo—. Ray va a necesitar un amiguito para jugar.

—Creo que tu meloncito acabaría comiéndose al mío —comento al ver cómo abre la boca antes de que su madre acerque la cuchara. Menudo tragón.

Deshaun coge dos cervezas y nos sentamos en las escaleras del porche trasero.

—¿Cómo te va en tu mundo importante?

—Aún no lo he retomado.

—Hazlo, tío, tienes que volver a donde perteneces.

—Debería, pero aún no sé lo que voy a hacer.

—No viviré lo bastante para agradecerte todo lo que has hecho por mí, por nosotros.

Detesto que empiece con eso, aunque entiendo que le cueste creer que un buen amigo le eche una mano cuando lo necesite, porque nunca tuvo ninguno.

—Joder, tío, no seas gilipollas, no me debes nada.

—La gente aprende de sus errores y yo lo he hecho. —Cambia de tema, porque sabe que es lo mejor que puede hacer, si no quiere que coja la puerta y me largue—. Muchas veces me acuerdo de todo lo que pasamos en aquel puto lugar, y recuerdo las palabras que nos decía el chiflado del reverendo.

—¿Decía? —pregunto sorprendido—. Hace menos de un año, me lo crucé en Las Vegas.

—Allí fue donde ocurrió. Se lo encontraron frito a balazos en una casa de

putas.

Esto sí que no me sorprende. Sabía que, más pronto que tarde, acabaría de ese modo.

—Al menos, ese cabrón murió en su lugar favorito. ¡Descanse en paz! — Levanto mi botella en un brindis por su memoria, Deshaun se ríe y choca la suya contra la mía.

—Pues te recordaré lo que nos decía, por si se te ha olvidado: que no había hombres malos, solo los que se habían salido del buen camino, y que hay que volver a encontrarlo. Yo lo he conseguido y tú también lo harás.

Este recuerdo escenifica el rostro de Deydra en mi cabeza. Ella no se merece un hombre malo, joder, no se merece lo que quiero hacerle.

—Y mira cómo acabó. No sé si seguirá pensando que no hay hombres malos. —Me echo a reír, burlándome de ese pobre desgraciado que daba consejos sin seguirlos.

—Sí, pero mírame a mí: se acabaron las drogas, las peleas, las armas... Ahora soy el respetado dueño de un invernadero, tengo plantas, pero todas son legales, —me guiña un ojo y sonrío burlón— y mi flor más bella... — Gira la cabeza y señala con ella a su mujer, que aún sigue dando de comer a ese gordinflón— ahí la tienes. Tu camino está donde perteneces y con una buena mujer.

Deydra es el nombre que aparece de nuevo en mi cabeza, pero enseguida lo desecho de ella.

—No creo que eso sea lo que necesite...

—Escúchame. Están las zorras y están las buenas. Tú, al igual que yo, solo has conocido a las primeras. Créeme, amigo, por ahí hay algo bueno para ti, como lo ha habido para mí.

—Y me alegro mucho por ti, pero vuelvo a repetirte que no quiero lo mismo que tú.

—No lo quieres porque no entierras tu pasado, y eso no es bueno. No, no y no. —Refuerza la negativa moviendo su largo dedo negro delante de mi cara —. Tener pegada esa mierda contigo es seguir apestando.

Deshaun y Owen son los únicos que conocen mi pasado.

—¡Joder, tío! ¿Cuándo coño te has vuelto tan romántico? —me burlo antes de darle el último trago a la cerveza.

—Cuando alguien me dio la oportunidad de ser feliz. Y quiero que mi colega también lo sea. —Sus ojos no se apartan de su mujer y de su hijo, que acaban de salir al jardín. Tengo que admitir que ella ha hecho un buen trabajo.

—Das asco. Te has vuelto un sensiblero de cojones. —Golpeo con mi hombro el suyo, antes de echarme a reír.

—¡Que te follen, Kyle! También te diré que como a alguien se le ocurra tocarme las pelotas con mi familia, no habrá lugar donde se pueda esconder. Le encontraré y le volaré su puta cabeza.

Mi móvil comienza a vibrar. Es un mensaje del padre de Deydra: me deja una dirección para que recoja el coche de un cliente y lo deje en el taller.

Pronto dejaré este trabajo.

—Así se habla, colega. —Decido marcharme para ocuparme cuanto antes del encargo y me pongo de pie—. Hasta pronto, amigo, sigue portándote bien y cuida a tu bonita familia.

Tres horas más tarde dejo aparcado en el taller el coche que he recogido, y me voy directo al despacho de Deydra. Necesito hablar con ella. Durante todo el camino de vuelta, solo tenía en la cabeza la firme decisión que he tomado: voy a zanjar este asunto y me largaré.

Llego a su despacho y la puerta está cerrada. ¿Hoy tampoco ha venido a trabajar?

—Se ha marchado. Y no sé si estaba triste o cabreada. Es tan rara que con

ella es difícil saberlo —dice Molly a mi espalda.

—¿Y a qué se debe que estuviese así?

—La oí hablar con su amiga, la que trabaja en la galería de arte. Por lo visto quería ir a ver una exposición y no va a poder ser.

—Entonces, yo diría que serán ambas cosas, ¿no crees? Y ¿de qué se supone que es esa exposición?

Me dedica una sonrisa aparentemente inocente, pero trasluce esa perspicacia de haber advertido mi interés por Deydra.

—Creo que era de fotografías. ¡Menuda chorrada! —La campanita de la puerta avisa de la llegada de un cliente—. Tengo que seguir con lo mío. Yo no soy la hija del jefe y no puedo largarme cuando me venga en gana.

La información que me proporcionó Molly me dio una magnífica idea. Será la mejor forma de despedirme de Deydra. He tenido que llamar a Owen para que investigara dónde es esa exposición y para que me incluyera en la exclusiva lista de invitados. Por lo visto, es una recopilación de las obras de los mejores fotógrafos del siglo XX.

He quedado con Deydra y me enfrento a que me pregunte cómo demonios he conseguido que podamos asistir. Tengo claro que no le diré toda la verdad. He traído el coche que compré, y del que dentro de nada tendré que deshacerme, con la intención de recogerla en su casa, pero no aceptó. Para mantener la sorpresa, no la he citado en la misma galería. Y, conociendo sus antecedentes de impuntual, me he asegurado de quedar con el tiempo suficiente para que lleguemos a la hora. Ya lleva veinte minutos de retraso.

Una ráfaga de exquisito perfume me invade las fosas nasales y la mujer que lo porta me deja sin palabras. Lleva un vestido corto negro, con el escote cruzado y la espalda al aire. Es preciosa de manera natural, sin esforzarse. Me saluda con una hermosa sonrisa y, sin poder resistirme ni un minuto, la tomo entre mis brazos y la beso con fuerza.

—Has llegado con veinte minutos de retraso, vas a tener que compensarme —le digo al oído.

—En el mío son las siete en punto. —Me muestra un estrafalario reloj de pulsera con el segundero parado.

—Deydra, tu reloj no funciona. —Golpeteo con el dedo la esfera.

—¿Cómo? No tenía ni idea. —Parpadea sorprendida y, de no ser por la sonrisa burlona que aparece en sus labios, me lo hubiera tragado—. Pues, en ese caso, tendrá que compensarte mi reloj. Él es el culpable de haber llegado tarde.

Su descarado ingenio para salirse con la suya me provoca una carcajada. Y esta no es más que otra de las peculiaridades que me fascinan de ella. Lo que no entiendo es por qué se pone un reloj que está roto.

—Me gusta tu vestido —murmuro mientras le acaricio el brazo con la punta del dedo—. Pero más me va a gustar cuando te lo quite. —Me inclino y le acaricio el cuello con mi boca, y ella emite un leve gemido.

—¿A dónde vamos?

—Eres demasiado preguntona. —La tomo de la mano y camino con ella dos calles más abajo. Me detengo al llegar a la entrada de la galería. La miro y veo el desconcierto en su cara.

—¡Kyle! ¿Qué hacemos aquí? —pregunta perpleja.

—Es a donde querías venir, ¿no es así?

—Sí, pero vámonos. Es imposible entrar. —Tira de mi mano.

—Nada es imposible para mí. Si la chica más preciosa de Minnesota quiere ver esa exposición, la verá.

—¿Cómo sabías que quería venir? —Arquea las cejas con curiosidad.

—Molly —respondo, y ella resopla. Tenía la certeza que no le pillaría de sorpresa.

—Pero ¿cómo has conseguido la invitación?

Dudo un instante, pero le voy a soltar la verdad.

—Soy una persona influyente. Solo me ha bastado hacer una llamada y listo. —Ella vuelve a enarcar las cejas y me echo a reír. Sabía que no colaría—. Amenacé al director del evento con pegarle un tiro si no me incluía en la lista de invitados —añado, y ahora es ella la que se ríe—. No creo que lo importante sea saber cómo he conseguido la invitación, sino que puedas disfrutar de este evento.

Me aprovecho de su incertidumbre para tirar de su mano y entrar. Pasamos ante la atenta mirada de dos guardias de seguridad y nos acercamos a la recepción, donde una chica nos atiende. Le doy mi nombre y, cuando lo verifica, aparece otra chica que nos pide que la acompañemos.

Nos hace atravesar una sala donde impera la elegancia minimalista y en la que hay instalada una barra repleta de copas, que curiosamente están colocadas de tal forma que parece una escultura abstracta. Seguimos por un largo pasillo, para acceder a otra. Un juego de luces va proyectando imágenes de lado a lado de la pared, dando un especial protagonismo a la colección de fotografías expuestas; unas en color y otras en blanco y negro. Dey se queda absorta ante la belleza plástica de las imágenes, ante el intenso sentimiento que desprenden y en cada expresión de alegría o tristeza captada de una forma tan natural.

Sonrío por dentro mientras noto cómo Deydra va apretando mi mano con cada obra que va viendo expuesta. Tiene el mismo entusiasmo que un niño en una tienda de juguetes. No deja de sonreír y no puedo evitar sentir una cierta ternura hacia ella.

—Esto... esto es increíble. —Me abraza con fuerza antes de levantar la barbilla y mirarme a los ojos—. No sabes las ganas que tenía de poder verlo. —Vuelve a abrazarme y la satisfacción de verla tan feliz me contagia su alegría.

Entramos en otra sala donde nos encontramos una enorme pantalla suspendida, destinada para la proyección de una breve biografía de cada autor. Casi todo el mundo ya ocupa sus asientos, así que no nos queda otra que situarnos en la parte más alejada. Está tan bien distribuido el espacio que, al tomar asiento, podemos verlo perfectamente. Dey vuelve a coger mi mano y se la lleva a los labios. Le da un tierno beso en el que derrocha todo su agradecimiento y que me estremece de pies a cabeza. Dirige toda su atención a cada palabra que dicen junto a la imagen que proyectan, en un breve recopilatorio de las fotografías que no están en la exposición. A mí me importan bien poco. Lo que me hace disfrutar es observar su precioso perfil; es bonita, es perfecta. De vez en cuando me mira de soslayo. Sabe que mis ojos no se apartan de ella, al igual que mi mano, que acaricia su pierna; ella deja que se pasee sin poner objeción. Inspiro hondo cuando la meto entre sus muslos. Mi pulso se acelera y noto un fuego quemándome por dentro.

—¿Te gusta? —le susurro mi pregunta ambigua, rozando mis labios en su oreja.

—Me gusta... todo. —Apoya su mano sobre la mía, demostrándome que ha captado mi verdadera intención y ambos gemimos cuando mis dedos acarician levemente la fina tela de sus braguitas. Tengo que combatir contra el impulso de sacarla a rastras de aquí y follármela en el primer lugar que encuentre. Pero no quiero que este sea el lugar donde me despida de ella, por lo tanto, no me queda otra que retirar mi mano de donde está e intentar controlarme.

Sigo sin entender el poder que tiene sobre mí, la atracción tan fuerte que siento por esta mujer. Por suerte, la proyección finaliza enseguida y Dey se pone en pie, rompiendo en aplausos y motivando al resto de la sala. La imitan en el acto, contagiados por su entusiasmo.

—Necesito ir al baño —dice nada más salir de la sala.

—¿Quieres que te acompañe? —me ofrezco con una sonrisa picarona.

—Será mejor que no. Eres muy peligroso en cualquier lugar y más aún en un cubículo tan pequeño.

—Te espero aquí. —Le doy un suave beso en los labios antes de que se pierda por uno de los pasillos.

Una camarera se acerca y, con una sonrisa, me ofrece una copa de vino. La miro fijamente y observo cómo se tambalea la bandeja sobre su mano; o bien mi presencia la ha puesto en ese estado, o bien es una novata de cojones. Me apiado de ella, cojo una copa y me retiro de su lado.

—¿Kyle? —Reconozco enseguida esa voz y mi cuerpo se tensa. Me giro despacio, deseando haberme confundido pero no tengo esa suerte.

—April.

¡Joder! ¿Qué coño hace ella en Rochester?

—¿Qué haces aquí? —pregunta sin poder disimular la sorpresa en su rostro.

—Ya ves, de visita —respondo sin más. Me examina de arriba abajo y yo la imito.

Va deslumbrante, con un vestido rojo sin tirantes y lo bastante corto para dejar a la vista sus largas piernas. Lleva el pelo suelto y su negra melena se desliza alrededor de sus hombros desnudos. Es el polo opuesto de Deydra y la viva imagen del resto de mujeres que han pasado por mi vida. A diferencia de la suya, que dice claramente quiero comerte. Mi mirada es desapasionada y carente de interés. No ha pasado mucho tiempo desde que estuve con ella, pero apenas recuerdo ningún detalle que me motive.

—He venido a cerrar la venta de esta galería. Es de mi padre y él está demasiado ocupado.

¿A quién cojones le interesa?

—Entonces, ha enviado a la persona perfecta. Eres muy buena en tratar

asuntos financieros.

—Soy muy buena en todo lo que me propongo —Aclara con una sonrisa bravucona en sus labios — Y aún no me has dicho qué haces exactamente aquí. —Señala a su alrededor como si yo fuese gilipollas—. La lista de invitados es muy exclusiva.

—Lo sé. Solo soy el acompañante de alguien.

Veo como Deydra regresa del baño, se detiene y mira hacia un lado y a otro, buscándome.

—Tengo que irme. Que todo te vaya bien, April —me despido con sequedad, sin perder de vista a Deydra. Cuando vuelvo a mirar a April, veo en su cara una sonrisa que no me gusta en absoluto. Creo que ha sido consciente de quien ha provocado mi urgencia.

—Que te diviertas con ella —me dice por encima del hombro antes de marcharse, y percibo con demasiada claridad el trasfondo de maldad en sus palabras.

Cuando me giro para ir hacia Dey, ha desaparecido de donde estaba y no la veo por ningún lado. ¿Dónde coño se ha metido? Camino entre la gente que se arremolina en cada fotografía. Quiero marcharme cuanto antes. No me fio de April. Me bebo de dos tragos el vino y suelto la copa. Nunca me había ocurrido esto y, si hubiese sido con otra, me hubiese importado una mierda, hasta me habría resultado divertido. Pero ahora no, con Deydra no.

—Por lo visto, sigues teniendo muy ocupada tu polla. —Me detengo en seco al oír esa voz y maldigo para mis adentros. ¿Qué cojones pasa hoy?—. He observado que mi acompañante te conoce. Buen trabajo, hijo.

—Y, por lo visto, a ti te sigue gustando comerte mis sobras. ¡Buen provecho, Russell! —Se echa a reír y yo intento escabullirme, pero me coge del brazo para detenerme.

—Te recuerdo que tú también te has comido alguna que otra mía. —Le

lanzo una mirada de advertencia y me suelta enseguida—. Siempre he alabado tu buen gusto al elegir compañía femenina. ¿Quién es la rubia que te acompaña? Es preciosa.

¡Será hijo de puta!

—Nadie.

—Quiero que vengas a comer conmigo. Mañana —dice en un tono imperativo.

—Olvídalo, estoy ocupado.

—Tenemos que hablar de unos asuntos.

—Escúchame, Russell. Te dije que no me interesa en lo que andes metido, así que lárgate antes de que aparezca.

—Sé a qué sigues jugando. No olvides de quien lo aprendiste. Yo tengo mis espaldas cubiertas, en cambio tú, no. Conozco tu secreto —me amenaza el muy cabrón—. Mala jugada, hijo. Ven a comer conmigo mañana y no me acercaré a ella. Ni siquiera sabrá que existo. De lo contrario, estaré encantado de conocer a esa preciosidad.

Las manos se me humedecen a la vez que mi corazón empieza a acelerarse, y un atisbo de ira comienza a invadirme.

Niego con la cabeza. Me cabrea sentir esta pérdida de control, pero no puedo arriesgarme a que él se entrometa.

—Tan hijo de puta como siempre... No me provoques, Russell. Acércate a ella y créeme que desearás no haberlo hecho. ¿Mala jugada? ¡Y una polla! Tengo el poder de destruirte cuando se me pase por las pelotas, así que pórtate bien, y todos tan contentos.

—Joder, Kyle, solo te pido un rato de tu tiempo.

—Ya te llamaré. Y ¿qué coño haces aquí? No me dirás que ahora te interesa la fotografía.

—Lo único que me interesa es el dinero. Aquí hay muchos inversores. Los

más selectos. Esperaré tu llamada. —Me echo a reír en su cara antes de dar media vuelta y alejarme de él. A mí no me engaña. Ahora entiendo el sentido de su viaje: sabía que Natalie aparecería por Rochester.

Doy otra vuelta y por fin encuentro a Dey: está al final de un pasillo, hablando con otra chica. Como si intuyera mi presencia, dirige la vista hacia mí y sonrío, se despide de su amiga con un beso en la mejilla y viene corriendo a mi encuentro.

—¿Dónde te habías metido?

Su pregunta me dice que no me ha visto hablar ni con April ni con mi padre. Ya he tenido bastantes sorpresas desagradables, así que lo mejor será que me lleve a Deydra de aquí.

—Buscándote. Tú eres la que se ha perdido, y tengo celos de tanto arte, que te tiene obnubilada. Quiero tenerte solo para mí.

Me sonrío y asiente conforme. Sabía que esto no fallaría. La estrecho contra mí y ataco su boca con vehemencia, importándome una mierda toda la gente que va pasando a nuestro lado. Sé que miran cómo la devoro, pero no he podido evitarlo; ejerce una atracción desmesurada sobre mí.

—Kyle, hoy es mi día de suerte. No tengo palabras para agradecerte que me hayas traído —me dice cuando aparta sus labios de los míos. Su cara irradia felicidad; es pura alegría.

Yo no puedo decir lo mismo de mí. Menuda mierda encontrarme a estos dos aquí dentro. Agarro su mano y camino decidido hacia mi coche que, por suerte, he conseguido aparcar muy cerca de aquí.

—No tienes que agradecerme nada.

—Además, tengo una gran noticia que darte. Estoy... estoy tan, tan contenta. —Me aprieta la mano de la emoción—. Es algo que no esperaba. No sé si voy a poder, pero, verás, es... —Sacude la cabeza riéndose—. No me salen las palabras. Lo que...

—Entra —la interrumpo y abro la puerta del copiloto. Me mira un poco desconcertada, pero enseguida vuelve a sonreír—. Palabras te salen a borbotones, pero no puedo decir lo mismo de su significado, así que lo mejor será que te tranquilices.

Me incorporo a la carretera y, justo cuando voy a preguntar sobre lo que le ha sucedido, comienza a sonar su móvil. Miro de reojo y la veo que sonrío, antes de descolgar y saludar a su madre. Mi cerebro deja de prestar atención a esa charla en la que involuntariamente estoy presente y, para ser sincero, me importa bien poco. Mis pensamientos solo se dirigen a la forma en que voy a despedirme de ella.

Tan sumido estaba en mis cavilaciones, que apenas me he dado cuenta de que ya estamos frente a su casa. Dey aún sigue con el teléfono pegado a la oreja. Detengo el coche y, por fin, oigo que se despide. Algo que me ha llamado la atención es que casi ni ha abierto la boca. Solo se limitaba a decir algún que otro monosílabo y en ningún momento ha hecho alusión a lo feliz y contenta que estaba.

—Y bien, ¿cuál es esa gran noticia? —digo nada más entrar en su casa.

Ella me mira sonriente y tira su bolsito en el sofá.

—Mi amiga Georgia trabaja en esa galería de arte y me ha conseguido una entrevista con su nuevo jefe.

Al menos, sé que no volverá a cruzarse con April.

—¡Eso es fantástico!

—Lo es. El hecho de tener esta oportunidad me hace muy feliz, pero no iré. No estoy preparada.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo?

Me acaricia la cara con ternura y me desarma. Esto no ayuda en nada a mis intenciones. Debo acabar de una vez con ella o me arrastrará a un lugar a donde no puedo permitirme volver.

—Kyle, estoy aterrada. Es la oportunidad que estaba esperando, pero no...

—Sí puedes, Deydra —la interrumpo para animarla en su indecisión—. Ha llegado el momento de tomar las riendas de tu vida y hacer lo que quieres de verdad. Cada vez que vuelves al taller, recuerdas el motivo por el que estás ahí. Eso tiene que desaparecer. No puedes vivir condicionada por lo que te pasó. Eso es agua pasada y hay que mirar hacia delante. Tienes conocimientos de sobra para trabajar en una galería.

Me rodea el cuello con sus brazos. El deseo que brilla en sus ojos es innegable. Se pone de puntillas para llegar a mi boca, y el simple roce de sus labios con ese murmullo jadeante contra los míos me hace enloquecer. Me apodero de su boca con fiereza y ella corresponde con la misma intensidad. Sus manos buscan el contacto de mi piel y se meten bajo mi camiseta. Cada toque de su lengua envía ráfagas de electricidad a mi polla, que está tan caliente que casi la puedo sentir en llamas. Le agarro el trasero y la empujo con fuerza hacia mi erección, y su gemido provoca que un fuego candente se expanda por todo mi cuerpo.

—Kyle, eres lo mejor que me ha ocurrido en muchísimo tiempo. Ha sido conocerte y todo ha cambiado —me dice con su boca aún pegada a la mía.

Una especie de remordimiento me aguijonea. Esto es una patada directa en mis pelotas. ¡Joder! Y toda esta ternura me está deshaciendo el cerebro.

Sin previo aviso, la pongo de espaldas y cojo sus tetas.

—¿Sabes? Me vuelven loco... son perfectas —le susurro al oído mientras se las manoseo a mi antojo.

La obligo a que se agarre al respaldo del sillón. Estoy demasiado caliente para esperar; mi polla está tan dura que parece piedra cubierta de piel. Le subo el vestido hasta la cintura y aparto sus bragas a un lado. Paso mis dedos y me excito aún más cuando compruebo que está húmeda y lista para mí. Abro la cremallera de mi pantalón y dejo que mi polla salga libremente.

Sujeto a Deydra por las caderas y me echo hacia delante. Me detengo en la entrada de su sexo y lo rozo para provocarla. Quiero oírla suplicar.

—Por favor, Kyle... —susurra, desesperada—. Por favor...

Sonrío y me hundo en ella, ahogando un gemido. Me quedo inmóvil cuando noto que sus músculos internos me aprietan. Con otra embestida, entro hasta el fondo. Me retiro despacio, saboreando cada milímetro, para volver a hundirme dentro de ella con precisión.

—¡Joder! —murmuro con los dientes apretados—. Dey, hoy voy a ser duro.

—¡Hazlo como quieras! —responde entre jadeos, y mueve su precioso y firme culo, espoleándome.

—¡Sí, nena, va a ser jodidamente perfecto! —Le clavo los dedos en las caderas y retrocedo, observando mi polla, que está brillante por sus fluidos, y cómo se desliza con facilidad—. Nunca había estado tan duro y tan lleno, y solo quiero estar dentro de ti.

Sus gemidos hacen que no pueda controlar la necesidad de embestirla una y otra vez, atrayéndola hacia mí con fuerza. Echo la cabeza hacia atrás, conteniendo un rugido. Estoy temblando y siento que la sangre acumulada en mi polla empieza a bullir.

—Dey —pronuncio su nombre con un gruñido, porque el placer que estoy sintiendo es demasiado fuerte, demasiado bueno. Las sensaciones son casi insoportables, de tan intensas que son.

—¡No pares! —vocifera, echando las caderas hacia atrás. La embisto varias veces más hasta que noto cómo se corre.

—¡Oh, sí...! —grito y me dejo ir entre escalofríos que me penetran la piel, sacudiéndome hasta lo más profundo. La atraigo hacia mí, tirando de sus caderas mientras me derramo en su interior, y mi cuerpo empieza a convulsionarse de manera incontrolable.

—¡Ha sido increíble! —dice, desplomándose contra mí, y la aguanto con mis brazos mientras el clímax me sigue recorriendo.

Mi cabeza se reactiva al tiempo que intento apaciguar mis jadeos. Es justo cuando soy consciente de que me la he follado sin condón. Ha hecho que me olvide de mi regla más importante. Deydra me hace sentir diferente, me hace sentir vivo, y eso la convierte en mi peor amenaza, la más peligrosa de todas.

Mi juego con ella termina aquí y ahora.

CAPÍTULO 15

*****DEYDRA*****

Ahora que la vida comienza a sonreírme, no voy a consentir que no lo haga también para una de las personas que más quiero: mi amiga Alice. Me ha pedido que vaya a verla y me encamino a su casa. Estoy tan feliz con todo lo que me rodea, que no le daré más vueltas a lo que ocurrió anoche. Cuando fui consciente de que Kyle no había utilizado preservativo, era demasiado tarde. Ya no merecía la pena decirle que no tomo la píldora anticonceptiva. Solo espero que todo se quede en un tonto descuido y que no haya consecuencias.

Se marchó bastante temprano, cuando aún no había amanecido. Otra vez tuve una extraña sensación con él. Estoy empezando a pensar si es que este tío tiene un mal despertar o qué sé yo, porque estaba muy raro, como si hubiera querido decirme algo, pero sus palabras no hubieran conseguido salir de su boca. Al final, lo único que hizo fue desearme toda la suerte del mundo con la entrevista, antes de darme un apasionado beso que me derritió en el acto. Aunque mi constante dilema sobre lo que debo o no hacer con él sigue conmigo, por ahora lo dejaré aparcado. En estos momentos lo único que debe ocupar mi cabeza es la gran oportunidad que tengo de conseguir trabajar en lo que realmente quiero. Hace un rato he estado en casa de mis padres, pero aún no les he comentado nada. Solo he pedido el día libre. Como era de esperar, los dos me han puesto un poco de mala cara, pero con un par de besos y unos cuantos achuchones lo he conseguido. Aún tengo tiempo de ir a ver a mi amiga antes de acudir a la entrevista.

Llego a casa de Alice y lo que aparece frente a mí al abrir la puerta me hace dar un paso atrás. La cosa más antiestética que he visto en mi vida va dentro de un pantalón corto y una camiseta desvaída y tan raída que más bien parece que unos ratones debieron de confundirla con un queso. Prosigo mi

recorrido visual y mis ojos van directos a unos mofletes y una nariz rojos como un tomate. Parece que lleva un mes entero llorando. Sin darme tiempo a reaccionar, se tira a mis brazos.

—Por el aspecto que tienes, no te deben de quedar lágrimas —comento, acariciando su espalda.

—No estés tan segura. Creo que aún quedan —dice entre sollozos.

—Pues adelante, todo fuera.

La consuelo durante un rato, abrazada a ella en el sofá. Alice es muy sensible y de lagrimilla fácil. No sé qué le habrá podido pasar esta vez, pero, viendo su estado, me empiezo a preocupar. Espero que sea cualquier tontería de las suyas; es bastante alarmista y siempre se pone en lo peor.

—Ahora quiero que me lo cuentes todo —digo, apartándola de mí e intentando arreglarle un poco su pelo enmarañado.

—Michael lleva un par de semanas viniendo muy tarde, siempre por culpa de su trabajo. —Coge uno de los pañuelos de papel y se suena bien fuerte. Tengo que reprimir una risita al ver cómo una nariz tan pequeña hace un ruido tan grande.

—Es algo normal. Es lo que conlleva su ascenso. Ahora se ocupa de clientes más importantes. —Espero que todo este drama no se deba a esto.

Su prometido trabaja como agente en una de las mejores empresas de asesoramiento financiero de la ciudad.

—No, no lo es Dey. Una de sus condiciones fue que no dedicaría más horas de las estipuladas. Me lo prometió, porque no quería convertirse en un obseso de su trabajo —me aclara y se acurruca en el sofá—. Su móvil no paraba de sonar, entraba un mensaje tras otro y él se desvivía en contestar a toda prisa. Lo llevaba en su mano en todo momento. —La angustia altera su bonita cara y traga saliva para continuar—. Y esto fue lo que despertó mis sospechas.

—¿Sospechas de que? —pregunto, aunque sé la respuesta: Alice es muy celosa y seguro que se habrá imaginado algo raro.

—Intenté echar el ojo —prosigue, haciendo caso omiso a mi pregunta—, pero él no lo soltaba, hasta que se metió en la ducha. No quería hacerlo, de verdad, pero mi curiosidad pudo conmigo, así que lo cogí y miré para ver de qué se trataba. Hice una captura de pantalla. —Abre su móvil y veo una conversación.

Rose:

Lo tengo todo preparado y listo para la excitante velada que te prometí.

¿Rose? ¿Quién demonios es esa?

Michael:

Me muero porque llegue.

Rose:

¿Ella no sospecha nada?

Michael:

Por supuesto que no. La estupidez no es algo que me caracterice.

Rose:

Ve preparándote para lo que te espera hoy. El otro día estuviste fabuloso y quiero más. Guarda tus fuerzas para mí. Sabes que nunca tengo bastante.

Michael:

Me encargaré de complacerte.

—Pero... ¡será cabrón! ¡Tiene un lío! —suelto al tiempo que le arrebató el

móvil con rabia y vuelvo a echar otro vistazo a la conversación. Me cuesta mucho dar crédito a que haga algo así y más porque solo quedan tres meses para su boda.

—Has pensado igual que yo. Estos mensajes se pueden interpretar de cualquier forma, menos de la real —dice con un largo suspiro.

—Alice, explícate, por favor. No entiendo nada. —La miro estupefacta, porque la ira que comienza a bullir dentro mí no se refleja en ella.

—Hablaban sobre trabajo. Tiene entre manos una cuenta muy importante. Y yo no tuve mejor cosa que hacer que presentarme en su despacho y montarle la escenita, llamando «zorra» a una de sus mejores clientas, que en ese momento se encontraba con él. —Se tapa la cara con las manos y vuelve a echarse a llorar—. Me sacó de su despacho y me llevó hasta la tal Rose, que, en realidad, no era «ella», sino «él»: Paul Rose, uno de los mejores ejecutivos de la empresa y que ahora es su nuevo jefe. Michael pertenece a su equipo —explica—. ¡Ay Dios, Dey, la que he liado! —grita a lágrima viva.

Pues sí que la ha liado, pero al menos respiro tranquila al saber que no se trata de otra mujer, porque eso mataría a Alice. Todos los hombres con los que estuvo antes de Michael la engañaron.

—Esto sucedió ayer. ¿Y Michael?

—No ha dormido en casa y no me coge el maldito teléfono —chilla histérica, golpeando el suyo contra la mesa que hay justo delante del sofá.

—¿Quieres tranquilizarte y dejar de gritar? —Me mira con los ojos llenos de lágrimas y mi corazón se encoge. Me duele verla sufrir.

—No puedo. Me estoy desquiciando. Su furia era descomunal. —Se levanta y patalea contra el suelo como una niña pequeña—. Nunca me ha dado motivos para desconfiar de él. Soy yo la que tiene siempre esas ideas retorcidas en la cabeza, por culpa de todo lo que me han hecho. Soy una persona despreciable y seguro que me va a dejar.

Pego un bote del sofá, me voy hacia ella y la zarandeo, en un intento de que deje de decir tantas gilipolleces.

—¡Deja de castigarte tanto, por el amor de Dios! Solo ha sido un malentendido —ahora soy yo la que grita—. Escúchame. Cuidas cada detalle de tu relación y te desvives por él, así que deja de decir tantas tonterías y veamos cómo solucionamos esto.

—Por favor, dime que se va a arreglar —me dice en un susurro, apretujándome contra ella.

—Que no te quepa la menor duda. Va a volver y le dirás que todo es por su culpa —sentencio con un convencimiento que no tengo, pero juro que haré lo que sea para que ese capullo vuelva a casa, aunque lo tenga que traer a rastras.

Alice se separa de mí y me mira atónita.

—Pero si no ha hecho nada.

—Sí que lo ha hecho. En primer lugar, podía haberte puesto al corriente. Sabe que eres celosa. ¿Qué esperaba? Él ha provocado todo esto. Tenía que haberte explicado bien toda la situación, en vez de ir tan enigmático con el maldito móvil.

—Dey, ¿no te he dicho que le pregunté y él me dijo que era trabajo? Pero no le creí y quería mirar ese dichoso teléfono.

—¡Joder, Alice! Pues sí que eres gilipollas. Una excelente persona, pero idiota perdida —le regaño—. De acuerdo, esa conversación da que pensar cosas que no lo son, por lo tanto, es culpable.

La angustia desaparece de su expresión y se abalanza sobre mí, estrujándome en un abrazo.

—Me parece buena idea. —Asiente con la cabeza y empieza a sonreír.

—Ahora tengo que irme. —Le doy un beso en la mejilla y me voy hacia la puerta, pero justo cuando voy a abrir, me giro hacia ella—. Solo una cosa:

cuando aparezca por aquí, ni se te ocurra lanzarte a sus brazos, ¿me has entendido? Espera a que se disculpe y, una vez que lo haga, ya podrás hacer lo que quieras.

—Dey, no irás a hacer lo que estoy pensando, ¿no? —dice, corriendo hacia mí.

—La telepatía no es mi fuerte, así que no lo sé.

—Sí que lo sabes y no es buena idea.

—Ya lo veremos. Por favor, arréglate ese pelo y tira esa camiseta —le pido, vuelve a sonreír y me abraza de nuevo.

—Te quiero —me susurra al oído antes de apartarse y dejarme salir.

Salgo disparada. Miro la hora y me tranquilizo al saber que aún tengo dos horas para mi entrevista, tiempo de sobra para hablar con Michael. Antes hago una breve parada en el Starbucks que se encuentra en la esquina del edificio donde trabaja. Mi cuerpo necesita un poco de cafeína.

Subo hasta la planta donde se encuentra su despacho, en la que se aprecia su ascenso. Antes estaba en la décima y ahora en la decimosexta. Salgo del ascensor y me dirijo hacia la recepcionista, que amablemente me dice que está ocupado y que si tenía cita con él. Le digo que soy familiar suyo y que, nada más sepa que estoy aquí, me atenderá. O eso espero, pienso para mí y tomo asiento. Una voz grave y autoritaria atrae mi mirada y no puedo evitar quedarme embobada al ver al hombre imponente y atractivo que está junto a Michael en la puerta de su despacho. No sé si lo hago sin querer o queriendo, pero mis ojos se clavan en cada detalle de su fisonomía. Lleva un traje gris claro a juego con el tono plateado de su cabello, que lleva en un corte impecable. A esta distancia, no consigo distinguir bien el color de sus ojos, pero creo que son azul pálido. Tiene un rostro escultural, unos labios gruesos y la mandíbula cuadrada. Es alto y atlético, y es realmente impresionante.

El hombre sigue la mirada de Michael, que acaba de verme. A diferencia

del ceño fruncido que me regala el prometido de mi amiga, el otro esboza una sonrisa de lo más sexy, provocando que enseguida aparte la mirada, cohibida. Creo que me he ruborizado. El cliente se despide de mi amigo y vuelve a dirigirme otra sonrisa antes de dar media vuelta y marcharse.

—Dey, estás babeando —comenta Michael al llegar junto a mí.

—No sabía que tenías clientes tan guapos —respondo sin dejar de mirar el caminar tan elegante de ese hombre.

Michael señala con la mano su despacho para que entre.

—¿Por qué será que no me sorprende verte? —me dice nada más cerrar la puerta.

—Pues deberías. He venido a invitarte a comer.

—¿A las nueve y media de la mañana? ¿No crees que es demasiado pronto? —pregunta con sorna, y le sonrío por la excusa tan patética que le acabo de dar.

—Mi estómago no tiene horarios.

Entierra las manos en los bolsillos de los pantalones y comienza a caminar de un lado a otro. Tengo que admitir que su nuevo despacho es de una sobriedad elegante a la par que espacioso, ventajas de su ascenso. Desde luego, tiene mucha más clase que el anterior.

—Dey, tengo una reunión dentro de diez minutos. —Se detiene un instante frente a mí, que aún sigo de pie.

—Esperaré —le digo y él reanuda su caminata. Está nervioso porque sabe a qué he venido. También sabe que no me iré de aquí hasta que suelte todo lo que tengo que decirle.

—No piensas irte, ¿verdad? —Niego con la cabeza y se pasa las manos por el pelo.

—Michael, no te has portado bien con Alice —voy directa al grano.

—¡¿Qué?! —grita y vuelve a pasarse las manos por el pelo, pero esta vez

con desesperación —. Vino aquí, como una auténtica desequilibrada mental, y...

—Retira eso inmediatamente —le interrumpo, interponiéndome en su camino. Me está empezando a marear con tanto paseo—. No voy a consentir que te refieras a ella de esa forma, ¿entendido?

Respira hondo. Imagino que se está armando de paciencia para no echarme de su despacho a patadas, y me aparta con suavidad

—Escúchame, Dey. Solo me faltabas tú. Sabía que te llamaría, que te contaría todo, os conozco a las dos muy bien.

—Escúchame tú a mí porque estás muy equivocado con tu forma de proceder. No nos conoces a ninguna de las dos, sobre todo a ella, que es la que importa. Si así fuera, no hubieses obrado de la forma en que lo has hecho.

—Pero... ¿qué mierda me estás diciendo? Yo no he hecho nada. Y te diré algo: estoy harto, hasta las pelotas de sus malditos celos. ¿Quién le manda mirar mi teléfono?

Me siento en el sillón que hay junto a su mesa en una clara invitación a que este hombre lo haga en el suyo y con la esperanza de que se relaje un poco.

—No seas tan mal hablado. —Señalo con la mano su sillón, pero no hace ningún intento de aproximarse, sino que se detiene delante del enorme ventanal. Desisto. Si quiere seguir de pie, que así sea—. Te recuerdo que sus celos los encontrabas adorables. ¿Ya no? Por supuesto que has hecho algo. No te costaba nada hacerla partícipe de tus cosas y no dejar que creyera lo primero que se le vino a la cabeza. Fíjate bien en esos mensajes. Cualquiera habría pensado algo raro. ¿Y si hubiera sido al revés? Le pedirías explicaciones, ¿no?

—No tiene ningún derecho a husmear en mi teléfono, Deydra —repite

como si hablase consigo mismo y se pasa otra vez la mano por el pelo mientras reanuda ese paseo machacante por su despacho—. Vio lo que vio y, en vez de preguntarme, no tuvo nada mejor que hacer que presentarse aquí y llamar «zorra» a una de mis mejores clientas. Y, si eso no fuera suficiente, tirarle el café por encima. —Eso no me lo había contado, la muy bruja—. Sabes que se pone histérica por nada, no razona y llega a ser muy agobiante.

Sí que la conoce bien, pero no pienso darle la razón. Vamos a bajarle los humos.

—¿La acusas de amarte demasiado, Michael? Porque ese es su único delito. —Utilizo mi voz más tierna y dramática posible—. Cuando nadie creía en ti, ella lo hizo; cuando no conseguías nada, siempre estuvo a tu lado, apoyándote y animándote. Deberías estar agradecido por ello. Tú eres su vida y ¿cómo le demuestras tu amor? Haciendo que se sienta culpable y mezquina. Eso no está bien. Sé que la amas por encima de todo y le has dado un disgusto de muerte. No se lo merece.

Respira hondo y se pasa las manos por el pelo. ¿Cuántas llevará? ¡Bah! Ya he perdido la cuenta.

—¿Seré gilipollas? Estás consiguiendo que me sienta mal.

Podría decirle que sí, que por supuesto que lo es, uno bien grande, pero cerraré el pico. Y de eso se trababa, de hacer que se sintiera mal y culpable. Propósito conseguido. Me dan ganas de achucharme a mí misma.

Me pongo en pie y voy a su lado.

—No lo eres. —Le doy un abrazo como despedida—. Ahora solo queda que lo arregles. Y, una cosa más antes de irme: si vuelvo a verla en ese estado, créeme, no seré tan benévola contigo. Por tu bien, será mejor que no lo olvides —le susurro al oído.

—El papel de pandillera matona te va al pelo —me suelta antes de marcharme y se echa a reír.

Salgo del edificio con una sonrisa de oreja a oreja. Asunto arreglado. Me dirijo hacia la galería de arte. Por nada del mundo llegaré tarde a la entrevista más deseada y esperada de mi vida.

La emoción mezclada con los nervios me sigue acompañando mientras atravieso la recepción de la galería. Una chica que no había visto nunca por aquí, o al menos las veces que he venido, sale a mi encuentro.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla? —me saluda con una sonrisa.

—Hola. Tengo una entrevista con el señor Brooks —respondo con otra bien grande, la misma que llevo pegada a mis labios todo el camino.

—¿Es la señorita Nevill? —Asiento con la cabeza entusiasmada, y ella vuelve a sonreír—. Acompáñeme, por favor.

Avanzamos por uno de los pasillos que discurre detrás de una de las salas de exposiciones, y se detiene al llegar a una enorme puerta de madera brillante. Golpea con suavidad hasta que oye una voz dándole permiso para entrar.

El impacto de un huracán podría ser comparable con la sacudida que siento en el momento en que mis ojos reconocen el rostro del hombre que se pone en pie al verme. Su expresión no parece sorprendida, sino todo lo contrario, como si ya supiese quien soy.

—¡Señorita Nevill! —Me ofrece su mano y la mía se queda inerte. Cuando veo que sonrío al mirarla, me obligo a salir de esta especie de trance en el que me ha dejado y la llevo temblorosa hacia la suya—. Russell Brooks. Un placer conocerla al fin y, sobre todo, volver a verla. —Trago saliva. Acaba de confirmar mis sospechas, aunque no vi en ningún momento que le preguntara a Michael quién era yo. Si así hubiese ocurrido, mi amigo me lo habría dicho. Pienso en Gia y en la exposición de ayer. Tuvo que verme ahí.

Señala con la mano el elegante sillón con un sofisticado respaldo en capitoné que hay frente a su mesa, para que tome asiento. Lo hago mientras

él me observa con atención. Más bien diría que veo en sus ojos demasiado interés, tanto que de pronto me siento cohibida. Al igual que mi amiga cuando me lo comentó, no sabría decir qué edad tiene, y, sin lugar a dudas, coincido con ella en lo referente a su físico. Es un hombre endiabladamente guapo.

—Señor Brooks... —carraspeo porque de pronto tengo la boca seca.

—Russell, por favor —me interrumpo sin despegar sus ojos de los míos, buscando mi conformidad, y asiento con la cabeza. Aunque admito que me gusta que me ofrezca este trato tan cercano, no mejora en absoluto mi estado nervioso—. Georgia me ha hablado maravillas de usted.

Sonrío con dulzura al oír el nombre de mi amiga. Nada de esto estaría sucediendo si no hubiese sido por ella.

—Quiero agradecerle la oportunidad que me brinda con su entrevista. El mundo del arte es mi pasión, pero tengo que decirle que no tengo ningún tipo de experiencia, exceptuando las prácticas que hice cuando estaba en la universidad —lo suelto de carrerilla, sin apenas coger aire. Sé perfectamente que este hombre es consciente de que su atractivo no me resulta indiferente.

—Una pasión significa una total entrega y eso es lo que necesito. ¿Cuándo puede empezar?

¿Eso es todo? ¿No me va a preguntar nada más? Vuelvo a tragar saliva y me paso con disimulo las manos por mi falda. Estoy sudando.

—Trabajo en el negocio familiar, pero no tengo ningún problema en estar disponible lo antes posible —le informo y veo el agrado en sus ojos.

—En cuanto acaben las reformas, pretendo dar una gran inauguración. No quiero que se parezca en nada a lo que era —explica—. Me gustaría que estuviera disponible para entonces.

Echo un vistazo a la suntuosidad y elegancia que me rodea. Por lo que veo, ha comenzado la reforma por su despacho. En una de mis visitas, cuando

ya no quedaba nadie, Gia me enseñó esta zona y, desde luego, no se parece en nada al que había antes. Este es el despacho de un auténtico *gentleman*, el de un afamado hombre de negocios amante del lujo. Las paredes están recubiertas de paneles de madera y todo el mobiliario está diseñado al más puro estilo inglés.

—Lo estaré —le aseguro con firmeza.

—Quiero darle a la galería el prestigio que le corresponde —confiesa—. He comprado todo el edificio. Las dos plantas superiores, una irá destinada a sala de subastas y la otra será un restaurante. Yo viviré en el ático.

—¡Es una idea fascinante! Señor Brooks, tiene una visión magnífica para los negocios.

Su móvil, que reposa sobre su mesa, comienza a sonar.

—Russell. —Me repite y sonrío al mirar la pantalla, pero rechaza la llamada—. Deydra —pronuncia mi nombre como si lo saboreara y me estremezco—, bienvenida a Brooks Art Gallery. —Se pone en pie y me ofrece de nuevo su mano.

Lo imito al ver que da por finalizada la breve entrevista.

—Le agradezco mucho esta oportunidad —digo al estrechársela—. Es un gran honor para mí formar parte de su plantilla.

—Soy un gran aficionado al ajedrez y me considero un buen jugador. Sé que tengo ante mí una de las piezas más poderosas. —Mi cuerpo entero burbujea al oírlo. No tengo ni puñetera idea de qué habrá querido decir con esto, pero voy a tomarlo como el piropo más original que me hayan dicho nunca.

Doy media vuelta y el cosquilleo que siento en mi espalda me dice que tengo sus ojos clavados en mí. Cierro la puerta y me apoyo un instante en ella. Estoy acalorada y confundida, pero, sobre todo, inmensamente feliz.

Tengo ganas de ponerme a gritar como una loca, aunque no creo que sea buena idea. Me voy corriendo a buscar a Gia.

Llego a la recepción y, a excepción de unos cuantos hombres que están llevándose el mobiliario, no la veo por ningún lado, como tampoco a la chica que me atendió cuando llegué. Me voy directa al despacho al que me llevó la última vez que estuve aquí.

Doy unos golpecitos antes de abrir la puerta y a quien me encuentro no es a Gia, sino a la hija estúpida del antiguo propietario. Como estoy tan contenta, la saludo con una sonrisa.

—Hola, disculpa, estoy buscando a Gia, bueno a Georgia —rectifico enseguida.

—Como ves, no está aquí —responde en un tono cortante.

Será borde la tía.

—Sí, ya lo veo. Seguiré buscándola —contesto sin despegar la sonrisa de mi cara. Esta idiota no va a quitármela.

—Espera, pasa un momento.

¿Qué tripa se le ha roto? ¿Ahora quiere que entre?

—Sabía que el señor Brooks iba a entrevistar hoy a alguien. ¿Ese alguien eres tú?

—Sí, así es. Voy a trabajar aquí —le digo orgullosa de mí misma.

—Te vi en la exposición de fotografías acompañada por Kyle Moore. ¿Desde cuándo le conoces?

El estómago se me encoge. Me acaba de ocurrir lo mismo que cuando oí a Gia pronunciar el nombre de Kyle. Ahora entiendo por qué me ha pedido que entre en su despacho: se trata del mismo hombre.

—No hace mucho —me esfuerzo en contestar, puesto que las punzadas que arremeten contra mi estómago me advierten de que no me va a gustar nada de lo que tenga que decirme esta mujer. Pero lo que más me preocupa es

saber que sus palabras pueden herirme y eso solo significaría aceptar lo que tanto temía que ocurriese: enamorarme de Kyle.

—El tiempo que ha necesitado para encontrarme. Era mi novio — confirma, estudiando cada milímetro de mi cara. Sé que espera mi reacción, y juro que tendrán que matarme antes de darle ninguna señal que demuestre que me ha dolido.

Quiero salir de aquí y perderla de vista. No quiero saber nada más, pero mis piernas no me obedecen y el corazón me late tan deprisa que empieza a faltarme el aire.

—Pues ya te ha encontrado —contesto con una calma que no siento.

—Estaba muy claro que solo te traje aquí para que yo te viese —suelta con una risa tan falsa como ella—. Qué ridículo. Si lo que pretendía era darme celos contigo, me parece de lo más patético. —Me mira de arriba abajo. ¡Será cretina!—. Me he negado a encontrarme con él. No quiero saber nada de ese informático sin aspiraciones.

¿Acaba de decir que es informático? Sí, claro que lo ha dicho. ¿Quién es realmente Kyle? Todo cobra sentido ahora: esas invitaciones eran demasiado exclusivas; a Gia también le extrañó mucho. Me acaba de dar un puñetazo de realidad en toda mi cara.

—Tú le conoces mejor que yo. Tendrás que disculparme, pero tengo que irme. —Ahora me mira como si sintiera lástima por mí.

—Desaparecerá cuando menos te lo esperes, ya lo verás —dice a mi espalda, y un dolor punzante se clava en mi corazón.

Voy prácticamente corriendo hacia la salida. Necesito tomar aire, necesito respirar; el nudo que tengo en la garganta es demasiado fuerte y la nebulosa que empaña mis ojos es el preludio de un llanto que intento contener con todas mis fuerzas. Paso como un autómatas entre la gente que me encuentro en el camino hacia mi camioneta. Ni siquiera puedo pensar con claridad. De lo

único de lo que soy consciente en estos momentos es de que algo dentro de mí se acaba de romper en mil pedazos.

Llego a mi casa sin apenas ser consciente de ello. Apago el motor y dejo que las lágrimas corran libremente por mis mejillas. Lo peor de todo es que vuelvo a tener ese sentimiento de culpa, vuelvo a martirizarme con que yo misma me he provocado este dolor.

No puedo culparle a él; me ha utilizado para un propósito, igual que yo quise utilizarlo para el mío: volver a ser la de antes. Maldigo una y mil veces a mi corazón por haberse involucrado. Respiro hondo y me seco las lágrimas. Las dudas que tenía sobre qué hacer con Kyle ya están claras. Lo que no tenía claro, o más bien no quería aceptar, era lo que siento por él. Ahora ya lo sé, como también sé que soy una mujer fuerte.

—Ya no soy la de antes —digo en voz alta.

Abro la puerta, pero la cierro de golpe cuando oigo que la radio de la camioneta se pone a funcionar y la voz de *The Weekend* resuena a toda pastilla. ¡Joder, qué susto me he llevado! Intento bajar el volumen o apagarla, pero parece que se ha quedado atascada, porque no lo consigo. ¡Dichosa radio! Cuando quiero que funcione, no lo hace. Mis dedos se detienen cuando la letra de la canción se cuele por mis oídos:

No será en vano
tragarte todo tu dolor
y aprender a amar lo que quema
y reunir el coraje de regresar.
Las caras en la multitud sonreirán nuevamente.
Y el diablo quizás llore...
al final de la noche.

Se apaga y todo queda en silencio, dejándome igual de pasmada, pero una leve sonrisa asoma a mis labios. Sea lo que sea, quería darme un mensaje de ánimo y de esperanza.

—Gracias —pronuncio a la nada y bajo de mi camioneta.

Abro la puerta de casa y lo que veo me deja paralizada. Me cuesta respirar e, instintivamente, me llevo la mano al pecho. Un espeluznante escalofrío se apodera de todo mi cuerpo y soy incapaz de moverme, incapaz de que mi garganta emita algún sonido al ver lo que me encuentro. ¡La maldita mecedora está de nuevo junto a la ventana! ¡Dios de mi vida! ¿Cómo es posible? ¡Después de la última vez, la guardé en el cobertizo! Mi corazón golpea tan frenético contra mi pecho que resuena en mis oídos. Alguien puede estar aquí dentro. Mi miedo arrecia y sigue dejándome inmóvil. Todo está en silencio, un sepulcral silencio, pero debo hacer algo.

Mis piernas comienzan a responder, pero, cuando entro, un hedor repugnante a algo podrido abofetea mis fosas nasales e inunda mi casa. Dejo el bolso sobre el sofá y, sin pensarlo dos veces, corro hacia la puerta trasera para comprobar si sigue como la dejé: perfectamente cerrada. En efecto, así es como está. Reviso las ventanas y todo está intacto, cerrado. De regreso al salón, golpeo algo con el pie y una melodía rompe el silencio. Proviene de una pequeña caja de música que, al agacharme para cogerla, deja de sonar. Es un joyero de madera con unas pequeñas flores pintadas a mano y no es mío. ¿Cómo ha llegado a parar aquí? Intento abrir el pequeño cierre metálico, pero el temblor de mis dedos, unido al sudor de mis manos, impide que lo consiga. En un arranque de furia, golpeo la mesa con ella. ¡Se acabó! Esto se ha pasado de la raya. Hay alguien que entra en mi casa y creo que ha llegado el momento de llamar a la policía.

Treinta minutos más tarde, aparecen el *sheriff* Ben Carsie y su ayudante, Nick Chambers. Es el tiempo que llevo sentada en las escaleras del porche.

—¡Si hubiese tenido un asesino en casa, ya estaríais recogiendo un cadáver! —les grito en cuanto salen del coche.

—Seguro. Ya te habrías encargado tú de él —añade Nick con mordacidad. Creo que nunca me perdonará que no lo eligiera como acompañante del baile de primavera y prefiriera ir con Trevor.

—Dey, ¿qué ocurre? —pregunta Ben tras lanzarle una mirada reprobatoria a su ayudante por su absurdo comentario.

—Alguien ha entrado en mi casa —explico antes de abrir la puerta. Mientras les esperaba, intenté darle un sentido a ese asqueroso olor. Lo primero que pensé fue que podría tratarse de algún animal muerto. Dudo si advertirles o no, aunque lo más seguro es que ellos mismos sepan de qué se trata, ya que están acostumbrados a recoger algún que otro de la carretera. ¿Quién puede ser tan macabro como para dejar dentro de una casa algo así? Pero, al abrir, esa pestilencia ha desaparecido y, en su lugar, huele a cera quemada. Yo no tengo velas. Me estoy empezando a desquiciar, no le encuentro sentido a nada de lo que está ocurriendo.

Ben me hace a un lado al ver que sigo inmóvil delante de la puerta y entra seguido de Nick. Empiezan un meticuloso recorrido mientras yo les observo. Es lo único que puedo hacer, puesto que sigo paralizada en el umbral. La casa no es muy grande, pero consta de un salón amplio, una cocina lo suficiente espaciosa para poder moverte por ella sin golpearte con ningún mueble y dos habitaciones; una es mi dormitorio y la otra más pequeña la dispuse como taller. Es donde restauro pequeños muebles y objetos que compro en los mercadillos de antigüedades.

Al ver sus caras, comienzo a arrepentirme de haberlos llamado. Lo cierto es que no es la típica escena de un robo. Tan solo es la presencia de la dichosa mecedora que yo no he colocado. Estoy asustada, pero no estoy segura de qué, lo que exagera todavía más el miedo que siento.

—No hay señales de nada. ¿Has comprobado si falta algo? —pregunta Ben al acercarse a mí.

—No.

—¡Bien! —aclama con burla el cretino de Nick—. ¿A qué estás esperando?

—Lo único que tengo de valor lo tenéis delante de vosotros: el portátil y el televisor. No tengo joyas ni dinero.

—Y ves, Dey, todo está aquí —explica Nick señalando al mismo tiempo cada objeto como si fuese lerda.

Respiro hondo para tranquilizarme. Sé que me está provocando y no voy a entrar en su juego.

—Sé que alguien ha entrado porque esa mecedora que veis ahí —la señalo con el dedo— estaba guardada en el cobertizo que hay detrás de la casa.

—¿Eso es todo? ¿Quién diablos iba a entrar para hacer esta tontería? ¿No te das cuenta de que no tiene sentido? —pregunta al mismo tiempo que abre los brazos y niega con la cabeza una y otra vez.

¿Qué le ocurre a este imbécil? Sabía que no le caía muy bien, pero ahora puedo añadir que tampoco me soporta.

—Nick, ve a echar un vistazo —le ordena Ben, y el otro se dirige con una burla mal disimulada hacia la parte trasera a comprobar el cobertizo.

Ben sigue deambulando por mi casa en silencio, y parece que mis piernas por fin vuelven a la vida.

—Está cerrado con llave y tampoco hay signos de que hayan forzado la puerta. La has puesto tú y no lo recuerdas. Caso resuelto —dice Nick echándose a reír, y me contengo para no tirarme a su cuello y borrarle esa cargante sonrisa de la cara.

—Dey, si te da miedo vivir sola, ¿por qué no vuelves a casa de tus padres? Ahí es donde debes estar —me aconseja Ben y lo secunda Nick, moviendo la

cabeza. Para reforzar su teoría los dos hacen un gesto señalando la marca de la puerta donde se evidencia que ha sido atrancada.

—¡Maldita sea, eso no estaba ahí! —grito, presa de la rabia, volviendo a señalar la mecedora—. ¿Y ese olor? No soy tan inconsciente como para ir dejándome velas encendidas.

Se miran el uno al otro hasta que se detienen en mí. Lo más extraño es que no hay rastro de ninguna vela. Cada vez estoy más furiosa y la impotencia me estrangula, puesto que voy comprobando la amarga frustración de que no se toman en serio nada de lo que digo. Lo peor de todo es que me miran como si hubiese perdido la cabeza.

De nuevo, Nick se dirige muy decidido al cuarto de baño y regresa enseguida, llevando algo en la mano.

—Tiene todo un cargamento de pastillas antidepresivas, somníferos y estas que ves —le comenta al *sheriff* en voz baja, pero no tanto como para que yo no lo escuche, y le muestra lo que lleva en la mano—. Mi madre las tomaba. Recuerdo que el médico nos dijo que podría sufrir pérdidas de memoria. Créeme, ella ha puesto esa mecedora y no se acuerda.

Los ojos de Ben escrutan mi cara. Están cargados con toda clase de preguntas. Mis músculos se bloquean y el calor se evapora de mi cuerpo como si acabara de poner el aire acondicionado. ¿Qué puedo decir? ¡Dios! ¡No tenía que haberlos llamado! Es lo que me repito una y otra vez mientras me rodeo el cuerpo con los brazos. Ahora han visto lo que tanto tiempo llevo escondiendo, aunque ya pensaré una mentira para justificarlo. En este instante lo que me preocupa es que estoy empezando a dudar de mí misma. Mi doctora no me cree, ellos no me creen y para terminar de empeorarlo veo a través de la ventana que mis vecinas vienen trotando, con sus rostros desencajados. Han visto a la policía y deben de temerse lo peor. Sé perfectamente que esto se convertirá en otro chisme más sobre mi vida y que

correrá como la pólvora.

—Deydra, cariño, ¿estás bien? ¿Qué ocurre? —grita Emily desde la puerta.

—Señoras, quédense tranquilas, no ha pasado nada. Dey se ha puesto un poco nerviosa, eso es todo —contesta Nick, aunque sus palabras no evitan que las dos entren para comprobarlo con sus propios ojos.

Aprovecho para coger a Ben del brazo y apartarlo lejos de los oídos de su ayudante y de mis asustadas vecinas. Tengo que conseguir que me crea, sea como sea.

—El otro día vi merodeando por aquí al señor Simons —comento y, por el gruñido que ha proferido al oír su nombre, creo que voy de una a otra inane explicación. Lo estoy fastidiando aún más.

—¡Dey, basta! —me reprende—. Al señor Simons, al igual que a la totalidad de la comunidad, le gusta disfrutar del bosque y del lago. Es completamente normal que lo veas por aquí.

Mi obstinación me pide que siga insistiendo.

—¿Es normal a las cuatro de la madrugada? Sé que todo esto parece ridículo, pero estoy cien por cien segura de que alguien entra en mi casa. También encontré esto. —Señalo la caja de música que dejé sobre la mesa del salón y... ¡no está! Voy hacia allí y miro por el suelo por si se hubiese caído, pero no hay rastro de ella. ¡Dios! ¿Qué está pasando aquí?

Ben suspira, a la espera de que le muestre lo que ando buscando, y no tengo nada mejor que hacer que dejarme caer en el sofá, abatida, y taparme la cara con las manos. No sé qué voy a decirle, porque ha desaparecido. No encuentro ninguna explicación racional a todo lo que está ocurriendo.

Sé que nada es fruto de mi imaginación, y cada vez gana más fuerza la idea de que algo extraño rodea esta casa: la radio se puso en marcha sola, ese maldito joyero estaba en el suelo y esa asquerosa mecedora en el cobertizo.

Pese a que la estupidez propia no es fácil de digerir, tengo que aceptarla. Soy una grandísima y patética estúpida. Si pensé en algún momento que ellos iban a ayudarme, estaba equivocada. Ahora mismo me abofetearía una y otra vez por haberles llamado.

—Dey, ¿de verdad que te encuentras bien? —insiste el *sheriff* sin quitarme la vista de encima. Me levanto y me limito a abrir las ventanas para que este desagradable olor a cera desaparezca. Me está revolviendo el estómago.

Lo primero que se me ocurre es darle una charla sobre cómo proteger la seguridad de sus conciudadanos, atendiendo como se merece una llamada de urgencia, pero, en vista de que piensan que todo me lo estoy inventando, lo mejor será darles la razón.

—Creo que he sido yo quien la ha dejado ahí y no me acordaba —me culpo—. Últimamente hemos tenido mucho trabajo y llego agotada a casa. Perdona por haberte molestado por nada.

Niega con la cabeza, quitándole importancia, y puedo ver en sus ojos la pena que siente por mí, sobre todo, porque ahora conoce la existencia de mis medicamentos.

—Piénsatelo. —Me aprieta la mano con cariño—. Estarías mucho mejor con tus padres —vuelve a aconsejarme antes de marcharse.

—Cariño, ven con nosotras. Te prepararemos una infusión y verás qué bien te sienta —dice Blanche, inspeccionándome de arriba abajo mientras me acaricia los brazos. La miro con ternura, pero niego con la cabeza.

—Estoy bien, de verdad. No tenéis de qué preocuparos. Siento haber montado todo este lío —me disculpo, porque no sé qué otra cosa decir mientras las acompaño hasta la puerta y me aseguro de que se marchen.

Al entrar de nuevo, miro fijamente el motivo de toda mi furia. No puedo seguir así. Tomo una determinación: quienquiera que la coja, no volverá a hacerlo. Arrastro la maldita mecedora fuera de casa y voy al cobertizo a

buscar entre las herramientas el hacha de partir la leña. Salgo con ella entre mis manos y me encamino, sin pensármelo dos veces, a destrozarla.

—¡Deja esa hacha! —vocifera Emily, corriendo como puede hacía mí.

—¡Voy a deshacerme de una vez de este trasto! —le grito al tiempo que levanto mis brazos para descargar toda mi rabia contra la mecedora.

—Querida, estás muy nerviosa y llevas una herramienta muy peligrosa en tus manos. Por favor, por favor, Dey, dámela y ven conmigo a casa. —Su imploración me detiene en el acto. Está pálida y puedo ver el miedo en sus ojos; no me extraño en absoluto, en este momento soy la viva imagen de una desequilibrada mental.

— Yo... yo —balbuceo, incapaz de justificar mi comportamiento. Abatida, me dejo caer hasta que mis rodillas golpean contra el suelo y rompo a llorar.

—Cielo, no te preocupes por nada —me consuela, estrechándome contra su pecho—. Esto no lo necesitas. —Coge el hacha de mi mano y la lanza lejos de nosotras—. Llamaremos al propietario para que venga a por la mecedora. Mientras tanto, la dejaremos en mi casa, ¿de acuerdo?

La miro y asiento con la cabeza. Saca un delicado pañuelo de hilo blanco de su bolsillo y seca mis lágrimas. Su gesto maternal hace que vuelva a derrumbarme.

—Emily, ya me ocupo yo de ella. —La voz de Kyle me saca de mi lamentable estado y levanto la cabeza. Es la última persona, aparte de mis padres, que quiero ver en este momento.

Le ofrece su mano para ayudar a Emily a levantarse y veo como ella le sonrío encantada.

—¿Vas a contarme qué ha ocurrido? Me he cruzado con la policía —me dice Kyle al tiempo que se agacha para ocuparse de mí y me levanta en brazos.

—No es nada. Ha sido una falsa alarma. —Me mira preocupado.

—¿No tenías leña para el fuego? —pregunta y hace un gesto con la cabeza para señalar el hacha y la mecedora.

Esbozo una sonrisa temblorosa, y él me da un inocente y dulce beso en la sien, sacudiendo de ese modo mi maltrecho corazón.

—Esa casa está encantada —dice Blanche a nuestra espalda.

Desde luego, no va mal encaminada. Algo extraño hay y cada vez estoy más segura de ello. Kyle se detiene y se gira hacia Blanche.

—Sí, señora, y yo encantado de conocerla —le suelta con todo el desparpajo, vuelve a girarse y sigue caminando tan tranquilo hacia mi casa. Pese a mi estado, no puedo evitar romper en una sonora carcajada.

Entramos en casa y me baja con delicadeza hasta que mis pies tocan el suelo. Enmarca mi cara entre sus manos y me mira fijamente, como si quisiera comprobar que de verdad estoy bien. La preocupación que veo en sus ojos empeora aún más las cosas. Ahora soy plenamente consciente de lo que siento por él y empieza a dolerme. A pesar de ello, aplasto mi boca contra la suya. El beso es brutal, duro. Nuestros dientes chocan. Nuestras lenguas batallan, pero no puedo parar. Lo necesito en este momento, necesito no pensar en nada que no sea este intenso y salvaje deseo que me invade. Quiero sentir su piel, aunque sea por última vez. Meto mis manos bajo su camiseta y apoyo las palmas sobre su tórax; es tan cálido y firme, que mi pulso se acelera aún más. Empiezo a recorrer con ellas sus pectorales y siento como se estremece bajo mi contacto. Kyle deja escapar un leve gruñido gutural, pero, antes de que pueda perder la cabeza, quito mis manos e interrumpo el beso. Kyle me mira sorprendido mientras respira con dificultad y mi pecho está a punto de estallar por la violencia con la que me late el corazón. Lo que siento por él cada vez es más intenso y empieza a dolerme.

—Kyle, esto se acaba aquí. No quiero seguir contigo —le digo y me

enorgullezco de haberlo conseguido sin que me temblara la voz.

Arquea las cejas, desconcertado, y doy unos pasos atrás en un intento de poner distancia.

—¿Por qué? —pregunta, y noto un leve matiz de tristeza tanto en su rostro como en su voz. Me cuesta creer que pueda sentirlo de verdad. Yo no soy quien le interesa.

—Tenía un propósito. Te conté lo que quería y aceptaste ayudarme. Lo has hecho, has conseguido que vuelva a ser una mujer completa y siempre te estaré agradecida, pero sigo mi camino sin ti —le suelto sin apenas coger aire y con la vista fija en el suelo.

Me rodea la cintura con el brazo, pegándome a él, y me levanta la barbilla para que le mire.

—¿Por qué no me miras? Me sueltas todo esto sin atreverte a mirarme a los ojos. No te creo, Deydra. No me creo que este sea el motivo —dice con una dulzura que me desconcierta, y temo derrumbarme ante la menor muestra de ternura de este hombre.

—Entonces, dime tú el motivo de que aparecieras por aquí. ¿O acaso quieres que te lo diga yo? —Exploto, apartándolo de mí, porque no doy crédito a que me esté cuestionando cuando él ha venido solo por ella—. Sé que te vas a marchar y a por quien viniste. Su trabajo aquí acabó y con ello, lo nuestro. ¿Te queda claro ahora?

—No te entiendo. No sé de qué me hablas. —Sus ojos no se separan de los míos y parece realmente turbado. Y yo no entiendo por qué insiste. Le estoy facilitando su marcha.

—¿No te das cuenta? Ambos nos hemos utilizado, así que estamos en paz. —Me trago el dolor que me produzco solo con oírme—. Tus explicaciones fueron muy graciosas, pero ya sé cómo conseguiste esa invitación al evento tan exclusivo de la galería de arte... Me refiero a April.

—Estás muy equivocada —disiente y en su rostro no se aprecia el menor atisbo de emoción cuando ha oído su nombre.

—¿Vas a decirme que no la conoces? —Comienzo a sentir que la angustia me clava sus frías garras.

—Sí la conozco, pero no vine por ella. De hecho, ni sabía que estuviese aquí. —Su voz suena sincera, pero no le creo.

—Kyle, déjalo, no hace falta que...

—¿Cuándo la has visto? —me interrumpe, bastante nervioso.

—Esta mañana, en la galería de arte.

—¿Ella te ha entrevistado?

—¡No! Y estoy segura de que, aunque hubiera sido una experta en la materia, no me habría dado el empleo. Pero lo he conseguido. Tienes ante ti a la nueva empleada de Brooks Art Gallery —lo pronuncio con solemnidad, pero sin un ápice de entusiasmo.

—¿Cómo has dicho? —El semblante se le demuda y los ojos se le abren como platos—. ¿Tanto le cuesta creer que lo haya conseguido?

—Voy a trabajar en la galería de arte. Te invitaría a la inauguración, pero ya no estarás aquí. — Mis palabras salen con el angustioso convencimiento de su partida.

—Deydra, ¿quién te ha entrevistado? —pregunta y su voz suena desesperada.

¿Qué demonios le ocurre? Su reacción me tiene totalmente confundida. Es como si estuviese en estado de *shock*.

—El nuevo propietario, el señor Russell Brooks.

Su bello rostro se desencaja al oírme, se gira con violencia y en dos zancadas llega hasta la puerta. La abre, pero se para en seco y se vuelve hacia mí.

—Otra vez te equivocas, Deydra. Esto aún no ha acabado —dice con

determinación, antes de marcharse.

La amargura y la incertidumbre me estrangulan mientras veo a Kyle alejarse. Pero, de pronto, una extraña sensación se cierne sobre mí y me pone en alerta. Mis oídos perciben un pequeño chirrido antes de que mis ojos presencien aterrados cómo la puerta se cierra sola de golpe, y un estertor espeluznante se apodera de la casa. Es la sobrecogedora manifestación, la desgarradora certeza de lo que no puedo ver ni tocar... Está aquí conmigo. La sangre se me congela en las venas y se rompe en mil pedazos.

CONTINUARÁ...